



TROTSKY, por G. Zverev.

OBRAS ESCOGIDAS

*L. Trotsky*

*Vida de Lenin*



*La juventud*

**León Trotsky**

Edicions internacionals Sedov



**Obras Escogidas de León Trotsky**

**Edicions Internacionals Sedov**

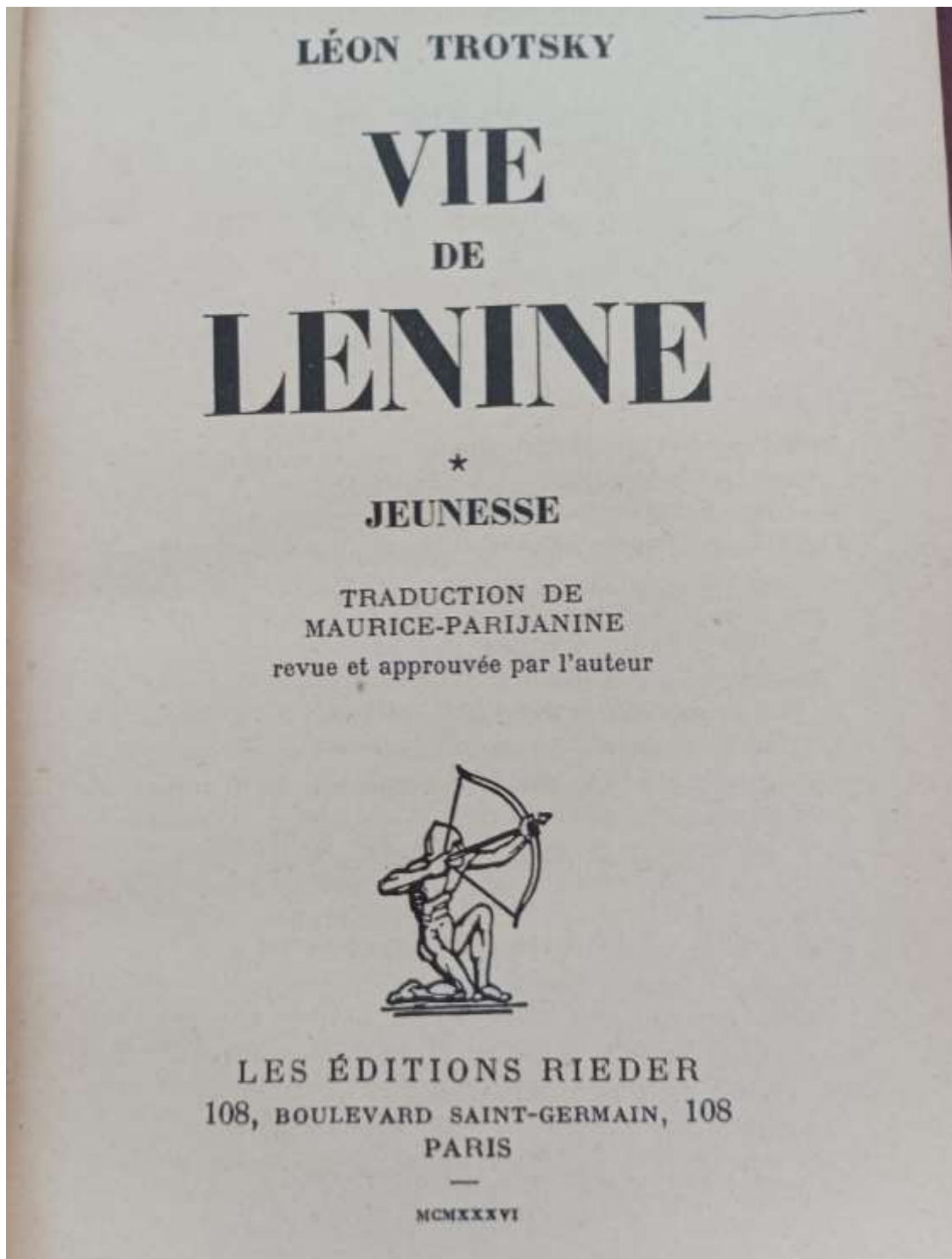
Valencia, junio de 2026

[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

Edicions internacionals Sedov



Versión al castellano desde L. Trotsky, *Vie de Lénine. Jeunesse*, Les Éditions Rieder, Paris, 1936.



|                                                          |     |
|----------------------------------------------------------|-----|
| <b>Índice</b>                                            |     |
| <i>El país natal</i> .....                               | 4   |
| <i>La familia</i> .....                                  | 12  |
| <i>La vía revolucionaria de la intelectualidad</i> ..... | 19  |
| <i>El hermano mayor</i> .....                            | 28  |
| <i>Los años ochenta</i> .....                            | 34  |
| <i>“El 1 de marzo de 1887”</i> .....                     | 41  |
| <i>Infancia y años escolares</i> .....                   | 49  |
| <i>Una familia golpeada por el destino</i> .....         | 60  |
| <i>El padre y los dos hijos</i> .....                    | 70  |
| <i>A la sombra de la reacción</i> .....                  | 82  |
| <i>Preparación</i> .....                                 | 92  |
| <i>El periodo de Samara</i> .....                        | 104 |
| <i>El año de la hambruna. El abogado Ulianov</i> .....   | 115 |
| <i>Las etapas del desarrollo</i> .....                   | 122 |
| <i>El joven Lenin</i> .....                              | 132 |

## *El país natal*

Entre otras muchas cosas, la revolución echó por tierra las antiguas divisiones administrativas del país. Desaparecieron los “gobiernos” creados bajo el reinado de Catalina II, que durante siglo y medio se habían entrelazado tan estrechamente con el sistema político, las costumbres y la literatura, que habían devenido en una especie de subdivisión perteneciente a la propia naturaleza. El “gobierno” de Simbirsk, donde el futuro Lenin pasó su infancia y primera adolescencia, formaba parte del inmenso territorio unido y dominado por el Volga, el rey de los ríos rusos. Cualquiera que haya crecido cerca del Volga llevará consigo su imagen el resto de su vida. La originalidad y el encanto del río residen en el contraste entre sus orillas: la orilla derecha se eleva como una alta barrera montañosa frente a Asia, mientras que en la orilla izquierda una vasta llanura se extiende sin fin hacia el este. A ciento cincuenta metros de altitud, por encima del cambiante espejo del río, se alza la montaña en cuyas laderas se encuentra la ciudad de Simbirsk, la más atrasada y desolada de todas las capitales de las provincias del Volga. La altura que la sostiene marca también la línea divisoria entre dos ríos, el Volga y su afluente el Sviyaga; fluyendo paralelos a lo largo de cientos de kilómetros, estos dos ríos fluyen en direcciones opuestas (tal es el capricho del relieve del terreno): el Volga hacia el sur, el Sviyaga hacia el norte, y al pie de la montaña de Simbirsk, el Sviyaga se acerca tanto al Volga que la ciudad está situada entre sus dos orillas derechas.

En la época en que comienza nuestra historia, cuando la familia Ulianov se instaló en Simbirsk en 1869, la ciudad ya existía desde hacía unos doscientos veinte años. De hecho, había sido fundada en una época en la que los gran rusos habían penetrado obstinadamente en las ricas provincias del curso medio del Volga, ya ocupadas por los chuvasios, mordovianos y tártaros, se habían apoderado de sus tierras, habían perseguido a los nómadas hacia el este y habían construido fortificaciones de madera. El mismo año de la “great revolt” (1648) [Gran rebelión, dentro de la guerra civil en Inglaterra], se fundó la pequeña ciudad de Simbirsk, en la orilla derecha del Volga, en nombre del zar de Moscovia, como punto administrativo de la región colonizada y como baluarte militar contra los no autóctonos. El amplio cerco de colonizadores, guardias fronterizos y cosacos no sólo era una guardia móvil para el Imperio, sino también una amenaza para él. A estas regiones periféricas fue hacia donde escaparon los campesinos siervos, soldados y funcionarios que habían quebrantado el destierro, todos aquellos que en general no habían consentido en vivir de buen acuerdo con Moscú, y más tarde con Petersburgo, disidentes y sectarios de todo tipo, y también muchos de la cofradía de los criminales. Los valerosos bandidos que inquietaban a los comerciantes, boyardos y voivodas, vagaban por los vastos espacios del Volga; formaban regulares formaciones de caballería, asaltaban las ciudades, se apoderaban de los ingresos fiscales y, en agradecimiento, el pueblo oprimido, perdonándoles los agravios que les habían infligido, los festejaba y cantaba.

Poco más de veinte años después de la fundación de Simbirsk, estalló en el Volga el famoso motín de Esteban Razin, que reunió a numerosas legiones de voluntarios “para expulsar a los voivodas y a los boyardors” y que, durante cinco años, realizó su aterrador viaje desde el Volga hasta el mar Caspio, sumiendo a Moscú en el terror. Tsaritsin, Sarátov, Samara, las ciudades a lo largo del Volga se rindieron una tras otra a los amotinados. Simbirsk resistió. Los nobles y los descendientes de los boyardos resistieron hasta que llegó la ayuda de las tropas regulares de Kazán. Allí, bajo Simbirsk, los rebeldes sufrieron una cruel derrota a manos del ejército del zar, formado a la europea. Las orillas del Volga se cubrieron de horcas; hasta ochocientas personas fueron ahorcadas. El propio Atamán, cubierto de heridas, fue llevado prisionero a Moscú y, como de costumbre, descuartizado.

Sin embargo, el recuerdo de Razin permaneció vivo en la región del Volga y en toda Rusia. Las colinas en las que se encuentra Kamyshin, donde los amotinados habían acampado, siguen siendo conocidas como las “mamilas de Esteban Razin”. En la épica popular, Esteban siguió siendo una de las figuras más queridas. A los intelectuales radicales les gustaba mucho cantar lieds románticos sobre Esteban escritos por poetas radicales.

Más de cien años después, durante el reinado de Catalina la Grande, en el momento en que la Gran Revolución estaba a punto de estallar en Francia, una nueva tormenta atravesó el Volga; era un cosaco del Don, Emiliano Pugachev, a la cabeza de una horda de descontentos y rebeldes; tomó una ciudad tras otra, sin llegar nunca a Simbirsk, y llegó hasta el sur de Tsaritsyn, pero allí fue derrotado por las tropas regulares, entregado por sus propios partidarios, y enviado a Moscú en una jaula de hierro, donde corrió la misma suerte que Razin.

Estas dos revueltas del Volga constituyen la tradición genuinamente revolucionaria de los mujics de la antigua Rusia. A pesar de su tremendo alcance, no supusieron ningún alivio para el pueblo. Según la ley de hierro de la historia, una revuelta campesina abandonada a su suerte no puede elevarse al nivel de una verdadera revolución. Incluso en el caso de una victoria total de la insurrección, el campesinado sólo es capaz de instalar nuevas dinastías y crear nuevas castas feudales: tal es toda la vieja historia de China. Sólo bajo la dirección de la clase revolucionaria en las ciudades puede la guerra campesina convertirse en el instrumento de una transformación de la sociedad. Pero las viejas ciudades rusas, meras aglomeraciones de la misma nobleza, la burocracia y su domesticidad, no contenían elementos progresistas. Por eso, después de cada uno de los grandiosos movimientos populares de los siglos XVII y XVIII, el Volga lavaba la sangre derramada, sin dejar rastro de ella, y la llevaba hacia el mar Caspio, mientras la opresión del zarismo y de los terratenientes se hacía aún más insostenible. Si, en ambos casos, Simbirsk resistió, fue sin duda en gran parte gracias a su carácter de viejo y sólido nido de boyardos y nobles. Esta ciudad, donde iba a nacer Lenin, desempeñó hasta el final su papel reaccionario de ciudad del curso medio del Volga, tanto durante el periodo de octubre como, más tarde, durante la guerra civil.

La vieja Rusia era casi enteramente aldeana, y el gobierno de Simbirsk era un fiel reflejo de la vieja Rusia. Incluso hacia finales del siglo pasado, treinta años después de los días que estamos describiendo, el número de habitantes de la ciudad principal todavía no superaba el 7 % respecto al conjunto del “gobierno”, y su composición difería poco de la de la aldea. En las estepas y en los bosques, los antagonismos sociales se exponían de manera particularmente brutal. Los campesinos de Simbirsk estaban mucho menos

dotados de tierras que los habitantes rurales de todas las demás provincias del Volga; un tercio de los hogares campesinos se contaban entre los que carecían de caballos, es decir, los más auténticamente pobres. Los más desfavorecidos eran los aborígenes, que sufrían una doble opresión. Las tierras mejores y más fértiles estaban en manos de los propietarios nobles. Aún más sombrío era el panorama que pintaba el mapa forestal del país: de medio millón de hectáreas de bosque, la mayor parte pertenecía a los infantazgos, es decir, a la familia del zar; alrededor de un tercio pertenecía a terratenientes; la parte de los campesinos, que constituían el 95 % de la población, representaba sólo una cincuentava parte de la superficie forestal. En realidad, quien quisiera aprender a odiar la barbarie feudal tenía que haber nacido en Simbirsk.

En su aspecto general, la ciudad ya expresaba vívidamente la estructura social del “gobierno”. La antigua Simbirsk se componía de tres partes muy diferentes: el barrio de la nobleza, el de los comerciantes y el de la clase media. En la cima de la montaña conocida como Venetz (la Corona) se extendía el barrio más hermoso, el de la nobleza. Aquí se encontraban la catedral, los servicios administrativos, las escuelas y el bulevar. Los letrados e inscripciones no sólo decían “Asamblea de la nobleza” y “Patronato de la nobleza”, sino incluso también “Apartamentos de la nobleza”, o “Baños de la Nobleza”. En las anchas calles con aceras de madera, las residencias de los nobles propietarios rodeadas de jardines parecían más bien casas solariegas rurales. En el bulevar, sobre el río, por la noche, una orquesta militar tocaba para el distinguido público. El mismo Volga, con toda su miseria, sus epidemias, la esclavitud de los campesinos y el trabajo esclavo de los arrastreros, se transformaba, visto desde el bulevar, a lo largo de decenas de verstas río arriba y río abajo, en un panorama incomparable, con la superficie ondulante de sus aguas, sus islas boscosas y la llanura desvaneciéndose en las profundidades.

La nobleza de Simbirsk proporcionó al país un buen número de altos dignatarios y grandes capitanes, que en cualquier caso apenas lograron hacerse ilustres. Sobre todo, Venetz se enorgullecía del historiador Karamzin que, en palabras de Pushkin, demostró con sencillez y elegancia “la necesidad de la autocracia y los encantos del knut”: favorecido por Nicolás I, el historiador oficioso fue recompensado tras su muerte con un monumento alegórico en su ciudad natal. La antigua Musa de la Historia, mal adaptada al clima, la flora y la fauna de la región del Volga, era conocida entre la población como “la madrecita de hierro fundido”. Las campesinas que acudían cada año a Simbirsk para ver el icono de la Virgen Madre de Kazán rezaban fervientemente a esta Clío pagana, confundiéndola, con toda sencillez de corazón, con Santa Bárbara, la gran mártir.

Las laderas de la montaña están cubiertas de huertos, muchos de ellos trabajados por disidentes ortodoxos que fueron deportados allí. Más allá de un pequeño río que atraviesa la ciudad, el Simbirka, en los días de comercio hay mercados que están abarrotados y rebosan de corteza de teca y alquitrán, pescado seco y salado del Volga, panes de leche trenzados, pipas de girasol, algarrobas y dulces. La actividad comercial se concentraba en torno a los mercados; en casas de sólida reputación, fuertemente cerradas con candado, vivían los mercaderes: pañeros, molineros, destiladores, harineros, madereros. Algunos de ellos ya movían cientos de miles de rublos y miraban de reojo hacia lo alto de la montaña aristocrática. Por último, poblaban los suburbios los pequeños burgueses, la gente humilde, los oscuros y oprimidos. Sus casitas y cabañas, con grietas por ventanas, palomares y nidos de estorninos, estaban diseminadas por todas partes, aquí en la ciénaga, allá sobre montículos, a veces solas, a veces amontonadas, a lo largo de las estrechas calles y sinuosas callejuelas, detrás de desvencijadas empalizadas. Cerdos

flacos y sucios y perros soltando pelo animaban este paisaje urbano poco acogedor. Y más allá estaba el campo, igualmente desheredado tanto en su parte rural como en la urbana.

La Rusia gótica arcaica socialmente era cruel y de poco valor sobre todo en el Volga, donde el bosque, cuna del estado gran ruso, chocaba hostilmente con la estepa nómada. Las relaciones sociales no estaban desarrolladas ni eran estables; se asemejaban a los edificios destartalados que los colonos rusos levantaban para establecerse cortando madera a toda prisa. También las ciudades rusas tienen este aspecto “provisional”: construidas con madera, se incendiaban de vez en cuando y se reconstruían a toda prisa. En 1864, un enorme incendio que duró nueve días destruyó casi tres cuartas partes de Simbirsk; cientos de personas perecieron en las llamas. Pero en los años siguientes, el ave fénix de los pinos ya había resurgido de sus cenizas con veintinueve iglesias. Mientras tanto, Simbirsk crecía lentamente; en los años setenta aún no contaba con treinta mil almas: un “gobierno” donde reinaban la ignorancia y el hambre, donde la tierra se araña con una reja de arado de madera, no necesita, y ni siquiera está en condiciones, de mantener una gran ciudad.

En primavera, sin embargo, Simbirsk se volvía encantadora: todos los jardines de la ladera florecían, el aroma de las lilas, cerezos, manzanos y cerezos silvestres recorría la cúpula aristocrática de la ciudad; al final de las calles brillaba el Volga, que se había desbordado dos o tres verstas, y por la noche los ruiseñores cantaban en los jardines. Tal es el paraíso perdido que representa la ciudad natal para los antiguos habitantes de Venetz. Pero la fiesta primaveral de la naturaleza pasaba, el sol quemaba el verdor de los huertos, la ciudad quedaba desnuda y aparecía en su abandono, en el polvo de sus calles y callejones, que los otoños lluviosos ahogaban en barro y, en invierno, se dormían bajo el pesado sudario de la nieve. “No es una ciudad, es un cementerio, como todas las ciudades así”, escribió Goncharov sobre Simbirsk, su ciudad natal.

En las alturas fluía una vida de saciados, ebria y moderada. No había ninguna necesidad de apresurarse en un sentido u otro. No fue casualidad que Goncharov, que nació en Simbirsk y estudió allí, creara la figura Oblómov, la encarnación de la inmovilidad del terrateniente, del miedo al esfuerzo, de la dichosa inacción, un tipo auténtico e inimitable de la vieja Rusia, nacido de la ley de la servidumbre, pero que sobrevivió a ella durante mucho tiempo y aún hoy no ha desaparecido. A 1.500 kilómetros de Petersburgo y 900 de Moscú, Simbirsk no tuvo ferrocarril hasta finales de los años ochenta. El único periódico político era el *Gubernskya Vedomosty* (Noticias del gobierno), órgano estatal que se publicaba dos veces por semana. Hasta finales del siglo pasado, la ciudad ni siquiera tenía teléfono. En realidad, ¿era la capital ideal para toda la Rusia de Oblómov!

Dos jerarquías, aliadas y hostiles entre sí, la de la burocracia y la de la nobleza, compartían influencia y poder en la ciudad y en toda la provincia. El gobernador estaba a la cabeza, era el ojo de San Petersburgo, el detentador del poder, velaba por el buen dormir de los nobles propietarios, a los que pudiera perturbar en sus sueños el fantasma de la aventura de Pugachev. En teoría, la Iglesia ocupaba el primer lugar; en realidad, los popes ocupaban una posición inferior a la de los mercaderes. Sólo los obispos seguían siendo considerados figuras del Olimpo, una especie de gobernantes espirituales con voto consultivo. Los funcionarios tenían su tabla inamovible de la jerarquía, que había establecido para siempre los catorce grados de dignidades humanas. Los nobles también se guiaban por los distintos matices de la sangre azul e intentaban mirar por encima del hombro a los funcionarios que habían llegado a la cima. Quién ocuparía qué lugar en la

catedral, qué orden se seguirá para acercarse a la santa cruz y besarla, o para besar la mano de la esposa del gobernador, éstas eran las cuestiones que despertaban las mayores pasiones y daban lugar a formaciones de batalla que inevitablemente desembocaban en grandiosas fiestas de borrachera y, con frecuencia, en reyertas. Cuando se trataba de honor, los caballeros de Simbirsk, tras sus efusiones, no tenían piedad ni de sus propias mandíbulas ni de las ajenas. En las casas solariegas de la nobleza, mientras tanto, florecían tiernas jovencitas al estilo de Turguénev, que se convertían, según las leyes de la naturaleza, en avariciosas terratenientes o celosas mujeres de funcionarios.

A principios de los años sesenta, cuando surgía la literatura imprecatoria, un poeta de ideas radicales, Minayev, él mismo noble de la provincia de Simbirsk, celebró en Petersburgo a su tierra natal con versos satíricos: “Patria de la vobla (gobio del Volga), patria de la inmundicia y la calumnia”. Los nobles de alta estirpe con su “lujo insolente”, con sus bufones, con la lepra de su orgullo, con los harenes de sus siervas; los notorios libertinos que se jugaban y perdían mujiks a las cartas; los liberales que pronunciaban discursos “en honor de los azotes”; los santitos que lanzaban un puñetazo en la mandíbula a un criado; el arzobispo que magullaba a los cantores en plena misa; el director del gimnasio, maldecido por toda la ciudad como “filibustero de la burocracia”, todos son suficientemente nombrados, sin ningún pudor, en yambos bastante sonoros. Por otra parte, pasadas las décadas, el poeta, ya resignado y sereno, un gran anciano, regresa a su país donde, entretanto, ha crecido toda una nueva generación; pero ninguno de los nobles le visita y nadie sigue después su féretro. ¡Este pueblo sabía honrar las tradiciones familiares!

Sin embargo, había llegado el momento (todavía faltaban unos diez años para el jubileo laico del levantamiento de Pugachev y el segundo centenario del levantamiento de Razin) y la servidumbre, ya profundamente socavada por el desarrollo del régimen burgués, debía ser abolida desde arriba. El zar obligó al mujik a pagar al terrateniente no sólo por su propia libertad, sino también por las tierras que siempre habían pertenecido al campesino y que la reforma le había arrebatado a favor del noble propietario. El acto de “emancipación” se convirtió en una formidable operación financiera, doblemente ruinosa para los campesinos. Por otra parte, los pagos de rescate aportaron a la existencia de la clase noble algo de lo que siempre había carecido: un beneficio neto. Donde podía cada uno, los señores propietarios celebraban pomposamente los funerales del siglo de oro: en París y en la Riviera, en Petersburgo y Moscú, y para los menos ricos en sus casas solariegas, o en Simbirsk, esa gran casa solariega de la nobleza provincial. Los pagos de rescate de los campesinos, sin embargo, se derretían como la cera; no se podía prever su renovación. Los más emprendedores, los que pudieron seguir el ritmo de los tiempos, se hicieron con cargo en el zemstvo (consejo rural) o, más tarde, se establecieron en la construcción de ferrocarriles; otros casaron a sus hijos con hijas de comerciantes o dieron a sus hijas en matrimonio a los herederos de los comerciantes. Pero un número mucho mayor pasaba a manos de una liquidación histórica: hipotecaron sus tierras, las hipotecaron una y otra vez, y luego vendieron las casas que tenían en la ciudad y las casas solariegas de su tierra natal, con todas las casas contiguas, con los huertos sombreados, con las musas de yeso y el campo de croquet. Los arruinados maldecían las reformas: a causa de ellas el pueblo se había echado a perder, la tierra se había empobrecido y, en los bosques de Simbirsk, había disminuido el número de comadrejas y armiños, e incluso el Volga ya no proporcionaba los gordos esturiones que se habían conocido en los buenos tiempos. Los reaccionarios exigían vergas y enviaban informes a Petersburgo sobre la

necesidad de restablecer inmediatamente la servidumbre. Los liberales se sintieron conmovidos por la lentitud de los progresos y donaron secretamente dinero a la Cruz Roja revolucionaria. Los partidarios de las vergas eran infinitamente más numerosos.

En los distritos mercantiles de Simbirsk, donde la clase comerciante era aún más burdamente conservadora que la nobleza, la época de las reformas ya había conseguido dar a la codicia tradicional una expansión desconocida hasta entonces. Precisamente de allí procedían la mayoría de los compradores de fincas nobiliarias y casas urbanas que seguían siendo propiedad de nobles. En el santuario del Olimpo provinciano entraron mercaderes de grandes barbas, que aún se avergonzaban de cambiar sus gorras de guata por sombreros y sus botas por botines franceses, pero que ya habían rechazado todo servilismo de casta. Y así fue como, incluso en el Venetz de Simbirsk, comenzó a establecerse la simbiosis poco armoniosa pero duradera de la nobleza, la clase mercantil y la burocracia, una simbiosis que, en diversas nuevas encarnaciones, dio su rostro a la Rusia oficial durante el medio siglo que transcurrió entre la abolición de la servidumbre en 1861 y el colapso de la vieja Rusia en 1917.

El progreso económico llegó de occidente a oriente y del centro a la periferia. Las influencias políticas también llegaron por la misma vía. Como parte atrasada de un país atrasado, la región del Volga no podía permanecer aislada de las ideas e intentos de acción que preparaban el camino para la transformación revolucionaria de Rusia. En el primer cuarto del siglo XIX, un noble culto de Simbirsk con el título de “Consejero de Estado”, N. I. Turguénev, seguidor de los enciclopedistas y oponente de la servidumbre, se unió a una sociedad secreta de Petersburgo, una de las que prepararon la famosa media insurrección de los regimientos de la Guardia el 14 de noviembre de 1825. Un estallido heroico y desesperado de la voluntad constitucional de una juventud militar avanzada, que sin duda incluía en sus filas a la flor y nata de las familias de la nobleza de Simbirsk, ¡y que fue aplastado por el fuego de las ametralladoras! Turguénev, que se había retirado al extranjero a la hora señalada, fue condenado a muerte en rebeldía; pronto adquirió fama europea al escribir un libro en francés sobre Rusia. El levantamiento decembrista entró para siempre en la historia rusa como una línea divisoria entre las revueltas palaciegas que se habían originado en la Guardia en el siglo XVIII y la posterior lucha emancipadora de la que fue el dramático prelude.

La llamada generación de los 40 se formó en la tradición de los decembristas, que, en palabras de otro Turguénev, el ilustre novelista, hizo “el juramento de Aníbal” de luchar contra la servidumbre, contra la esclavitud. El publicista más notable de esta generación fue A. I. Herzen. En el extremo izquierdo se alzaba la monumental figura del demócrata eslavófilo que se convertiría en el padre de la anarquía mundial, el noble Bakunin. Simbirsk dio a la generación de los años 40 la excepción no de un terrateniente liberal, sino de un hijo de la burguesía mercantil, el singularmente conservador Goncharov, que, sin embargo, al pintar el retrato Oblómov, tuvo la suerte de dictar artísticamente una sentencia irrevocable contra la cultura rusa de la época de la servidumbre.

La Guerra de Crimea (1853-1856) terminó con el aplastamiento en Crimea del ilusorio poder militar del zarismo: el barco de hélice obtuvo la victoria sobre el barco de vela, el capitalismo se impuso a la explotación de los siervos de la gleba. El sistema de fanfarrones con bigotes engomados, que se había construido sobre los huesos de los decembristas y había durado treinta años enteros, se desintegró en la putrefacción. La misteriosa muerte del zar, a quien Herzen había apodado Nicolás el Garrote, abrió las

compuertas del descontento social. La prensa empezó a hablar un lenguaje extraordinariamente audaz. La emancipación usurera de los campesinos inauguró la era de lo que se conoció como “las grandes reformas”. Engañada en sus esperanzas, la aldea enmudeció. La opinión progresista se dividió abiertamente: los radicales surgieron en oposición a los moderados. La escisión entre tendencias políticas fue ilustrada por el mordaz Turguénev, en su novela *Padres e hijos*, como una ruptura definitiva entre el pueblo de los años 40 y el de los 60. Reducir la cuestión a una brecha generacional era sólo una parte de verdad, y esa parte enmascaraba el todo. En el fondo, se trataba de una lucha social. En lugar de los nobles y educados terratenientes, que expresaban con elegancia su remordimiento por disfrutar de los privilegios de su casta, surgió un nuevo estrato social, desprovisto de privilegios y, por tanto, de arrepentimiento, desprovisto de educación estética y de buenos modales hereditarios, pero más numeroso, más resuelto y dotado de mayor abnegación: hijos de sacerdotes, oficiales de baja graduación, pequeños funcionarios, comerciantes, nobles arruinados, a veces pequeños burgueses y campesinos (estudiantes, seminaristas, maestros de escuela primaria) en una palabra, los llamados *raznochinsky* (desclasados), la intelectualidad sin clase que, precisamente a partir de esta época, concibió la idea de dirigir los destinos del país. Las protestas ocuparon inmediatamente un lugar central, y durante muchos años la palabra *estudiante* se convirtió en un sinónimo popular del apodo acuñado por Turguénev: *nihilista*.

Mientras tanto, la abolición del sistema de servidumbre había liberado a la vieja generación del “juramento de Aníbal” y, desde un punto de vista político, la había convertido, por así decirlo, en una reserva disponible.

Los liberal-zapadniki (partidarios de occidente) imaginaban que de allí en adelante Rusia se acercaría lenta y gradualmente a la civilización europea. Los *raznochinsky*, en cambio, planteaban la cuestión del destino particular del pueblo ruso, la posibilidad de evitar la esclavitud capitalista y la lucha directa contra los opresores. A pesar del considerable trasfondo utópico, la prédica de los hombres de los años sesenta era infinitamente más valiente que el “juramento” volatilizado de los “padres”. En 1863, Turguénev respondió, no sin un toque de desafío, a los consejos bienintencionados: “Nunca he escrito para el pueblo. He escrito para esa clase de público a la que pertenezco...” Ahora bien, los recién llegados deseaban acercarse al pueblo. En lugar de lanzar reprimendas humanitarias a los gobernantes, decidieron despertar el odio de los oprimidos. Tanto Turguénev como Goncharov tacharon a “los hijos” de engendros fastidiosos: Turguénev, con su característica coquetería; Goncharov, con exasperación y maledicencia. En su novela *Obryv* (*El precipicio*), ambientada en una noble mansión cerca de Simbirsk, Goncharov entregó al escarnio público al nihilista Marc Volojov, que se atrevía a sustituir a Dios por las leyes de la química, que pedía dinero prestado a los nobles liberales sin devolverlo, que llevaba a los adolescentes al camino de la anarquía y seducía a las jóvenes de buena cuna. Sin embargo, el colectivo Volojov no era un tipo cobarde y no se dejó intimidar por la condena de “los padres”; al contrario, tomó la ofensiva. Los años 60 marcaron el comienzo de una era de implacable lucha revolucionaria.

No sólo la literatura artística, también la crónica documental demuestra que Simbirsk conoció pronto a los nihilistas. Algunos fueron enviados allí por la policía desde centros más grandes. Otros se formaron sobre el terreno, bajo la influencia de los deportados. En general, cabe señalar que algunos de los revolucionarios más fuertes de la época aparecieron a menudo en los rincones más remotos del país. Entre los estudiantes

de izquierdas, por ejemplo, los cosacos del Don y los siberianos, gente que había abandonado el ambiente completamente conservador de los kulaks, así como los nativos de los gobiernos nobles retrógrados, como el de Simbirsk. La agudeza del conflicto entre las nuevas corrientes y el estancamiento de los “nidos de oso” llevó a los representantes más activos de la juventud a una ruptura brutal, a veces furiosa, con las antiguas creencias y relaciones, lo que a su vez los llevó a servir desinteresadamente a la revolución. Una mente atrasada está a menudo suficientemente dispuesta, en un momento dado, a volverse hacia el progreso con una audacia irresistible. Rusia lo ha demostrado en todo lo que le ha sucedido.

El enorme incendio de Simbirsk en 1864, como muchos otros que se produjeron en aquellos años en Petersburgo y en ciudades de provincia, tuvo un significado misterioso y enigmático. El gobierno buscó a los culpables entre polacos y los revolucionarios, pero no encontró nada. Los partidarios de la servidumbre culparon a los nihilistas e insistieron en que se aplazara la reforma del régimen campesino. Sin duda, para dar más peso a sus argumentos, ellos mismos participaron en actos incendiarios. El barón Wrangel, que investigó las causas del incendio de Simbirsk, no descubrió nada. Sin embargo, dos soldados fueron condenados a muerte como chivos expiatorios. ¿Se ejecutó la sentencia? No lo sabemos. Se dijo que el senador Jdanov, que sucedió a Wrangel tras una investigación de dos años, había reunido pruebas irrefutables de la culpabilidad de una banda reaccionaria; pero de camino a Petersburgo, Jdanov murió repentinamente y su maletín nunca se encontró.

Un tercer investigador, el general Dean, puso en libertad a todos aquellos de los que su predecesor había sospechado y desestimó el caso por inexplicable, y en 1869, cuando los Ulianov se trasladaron a Simbirsk, el senado dictaminó: “Olviden el asunto”. Y así fue.

El 10 de abril de 1870, en una casita en el patio de una casa de madera de dos plantas, situada al final de los barrios nobles de la ciudad, en la tranquila y desierta Calle de los Strelitz, no lejos de la plaza junto a la prisión, nació el tercero de los hijos de la casa del inspector de las escuelas de primaria Ulianov. La casita ya no existe y ni siquiera sabemos dónde estaba. Pero no era muy diferente de las casitas de madera que se encuentran en las ciudades de la región del Volga. En el bautismo, el niño recibió el nombre eslavo de Vladimir, que significa amo o poseedor del mundo. Ni sus padres ni el sacerdote sabían que este nombre encerraba una profecía. El niño nacido a orillas del Volga se convertiría en líder y jefe del pueblo. Simbirsk tenía por destino convertirse en Ulyanovsk. La Asamblea de la Nobleza de Simbirsk se convertiría en el Palacio del Libro, que lleva el nombre de Lenin. La Rusia de los zares se transformó en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

## *La familia*

Los miembros de la familia y otros (incluidos los que más tarde se convertirían en acérrimos adversarios) hablan en términos muy parecidos de la unidad y el carácter trabajador de la familia Ulianov, de la pureza y la radiante transparencia de las relaciones en este hogar, de la vivacidad y el buen humor que reinaban en el comedor cuando todos se reunían para sentarse a la mesa. Ni humillante incomodidad ni opulencia debilitante, sino el ejemplo constante y vivo del trabajo y del deber, en la persona del padre, la vigilancia tierna y activa de la madre, un interés común por la literatura y la música; todas estas condiciones combinadas eran extremadamente favorables para la formación, en cada uno de los hijos, de un carácter sano y vigoroso.

Iliá Nikoláievich Ulianov, el cabeza de familia, procedía de la pequeña burguesía de Astracán. La casta pequeñoburguesa encarnaba toda la miseria de la cultura urbana de la vieja Rusia. Los miembros activos y capaces de esta casta se apresuraban para convertirse en comerciantes o ingresar en la burocracia, pasando por la escuela, y, de rango en rango, ascendían hasta la nobleza. Dejando a un lado a los obreros industriales que, según sus pasaportes, seguían siendo clasificados como campesinos o pequeños burgueses, sin ser ni lo uno ni lo otro, la pequeña burguesía era un grupo variopinto de gente humilde. Eran los despojos de la sociedad, artesanos miserables, tenderos al borde de la miseria, hortelanos, posaderos improvisados, gente sin profesión, que vivían en la periferia y encontraban algún sustento con los nobles, funcionarios y comerciantes. No sabemos a qué se dedicaba el pequeño burgués Nicolás Ulianov, abuelo de Lenin; en cualquier caso, no dejó recursos a su familia. Pero, evidentemente, era una familia pequeñoburguesa fuera de lo común: se distinguía especialmente por su afán de aprender. Sólo la prematura muerte del padre obligó al hijo mayor a hacerse cargo de las preocupaciones familiares y a trabajar para particulares. Trasladó su sueño de estudiar a su hermano Ilyá, que tenía siete años. A base de trabajo duro y privaciones, el hermano mayor dio al pequeño Ilyá la oportunidad de completar sus estudios en el liceo de Astracán, y luego se ocupó de él en la universidad hasta que el joven pudo mantenerse por sí mismo. Durante el resto de su vida, Ilyá sintió una ferviente gratitud hacia su hermano, que tanto se había sacrificado por él de innumerables maneras. La lealtad, el sentido del deber, la determinación para alcanzar el objetivo propio: no es casualidad que estas cualidades se encuentren en las primeras páginas, tan ávaras, concernientes a los ascendentes de Lenin.

Ilyá fue un estudiante perseverante y exitoso. Tras ser admitido en la Universidad de Kazán en 1850, en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, completó sus estudios “con la mención de *bien* en todas las materias y con la mención *excelente* en las materias especiales”.

Le dieron el título de “profesor cualificado de matemáticas y física en liceos”. El destino del joven era cada vez más claro. Inmediatamente después de graduarse en la

universidad, se convirtió en profesor del Instituto de la Nobleza de Penza, que abandonó en 1863 para ir al gimnasio de Nizhni Nóvgorod. Estando aún en Penza con la familia de un colega, Veretennikov, Ilyá Nikoláievich conoció a su futura esposa, María Alexandrovna Blank, la hermana menor del ama de la casa. La boda, en el verano de 1863, creó una familia sólida y feliz.

Los años de estudiante de Ilyá Nikoláievich transcurrieron al final del reinado de Nicolás I, cuando había llegado el momento de la expiación de un régimen odiado. Incluso los liberales moderados y, a fortiori, la intelectualidad radical, se alegraron de las derrotas militares. Esta ruptura de la vida interna del país fue una gran escuela de civismo para las jóvenes generaciones. En aquellos días, nadie podía mantener a la clase campesina al margen de sus preocupaciones. Por primera vez se debatió abiertamente un programa de cambio social. Se comparaba el destino de Rusia con el de Europa occidental y Norteamérica. Se creía que el progreso sería en adelante constante, que el pueblo despierto lograría pronto su liberación de la oscuridad y la miseria, y que la intelectualidad cumpliría honorablemente la misión de guiar al pueblo. Con pensamientos idénticos o parecidos a éstos, ideas generosas y confusas, emprendió su carrera el joven maestro.

Por sus raíces sociales y la época de su despertar a la vida espiritual, Ilyá Nikolayevich era el típico *raznochinets* de los años sesenta. Sin embargo, las inclinaciones políticas de este amplio y variopinto grupo distaban mucho de ser homogéneas. Sólo la minoría intentó realmente organizar sus ideas sobre el destino del pueblo en un sistema acabado; y sólo el ala izquierda de esta minoría tomó el camino de la acción revolucionaria. La inmensa mayoría de los desclasados, en su juventud se contentó con ideas generales sobre el amor al pueblo, para olvidarlas por completo en el resto de su carrera. De lo contrario, ¿de dónde habría sacado el gobierno a sus funcionarios y fiscales, de dónde habría sacado la burguesía ascendente a sus abogados e ingenieros? Por eso es sabio el aforismo que alguien pronunció una vez: “Le Russe est radical jusqu’à trente ans et après, canaille<sup>1</sup>”. Ilyá Nikoláievich no pertenecía al ala revolucionaria; no hay razón para suponer que hubiera elaborado por sí mismo ningún sistema de consideraciones sociales; pero, por otra parte, la idea elemental del deber que debe cumplirse para con el pueblo la adoptó para toda la vida con seriedad y firmeza, respondiendo a la naturaleza misma de sus orígenes y la formación de su carácter.

Dos o tres de sus alumnos del gimnasio, que más tarde adquirieron cierta notoriedad, mencionaron con estima en la prensa el nombre del joven profesor de matemáticas y física tan profundamente entregado a su tarea. No sólo era exigente con sus alumnos, sino aún más consigo mismo. Los domingos, reunía a sus alumnos menos avanzados en el liceo y, gratuitamente, les daba un empujoncito, sacrificando su día de descanso. En el modesto trabajo de un profesor de provincias, ponía mucho empeño y una perseverancia desinteresada en la que había algo de heroísmo.

Este trabajo duró casi trece años, incluidos seis de vida familiar. La hija, Anna, tenía cinco años, y el hijo, Alejandro, tres y medio, cuando se produjo un cambio en la vida de la familia que marcó un punto de inflexión en el destino del país. Las reformas introducidas por el nuevo soberano se extendieron también al ámbito de la educación pública. Se creó una red de escuelas populares, en parte a cargo del gobierno, pero sobre todo de los *zemstvos*. Las escuelas necesitaban el control y la dirección del gobierno. A Ilyá Nikoláievich fue nombrado inspector de las escuelas primarias del “gobierno” de

---

<sup>1</sup> “El ruso es un radical hasta los treinta años y luego, canalla”, en francés en el texto original. N. del T.

Simbirsk, cuya población rondaba el millón de habitantes. Aceptar este nombramiento significó decir adiós a las ciencias físicas y matemáticas que tanto le gustaban, y renunciar a sus hábitos y relaciones personales. Por otra parte, la esfera de sus actividades se ampliaba, extendiéndose no sólo a los niños privilegiados como los del liceo, sino también a los verdaderos hijos del pueblo, es decir, los de la clase campesina. También es posible que el salario prometido fuera superior al de un maestro ordinario. Ilyá Nikoláyevich aceptó el nombramiento sin vacilar. En septiembre de 1869, la familia viajó por el Volga desde Nizhni Nóvgorod hasta Simbirsk. Allí permanecerían unos veinte años. En el “gobierno” de Simbirsk, el zemstvo, instituido cinco años antes, se había convertido, más que en ninguna otra parte, en el dominio de las camarillas de la nobleza. La escolarización, que no ofrecía ninguna ventaja, solía adjudicarse a un liberal. En este “gobierno” pobre y sin caminos, donde vivía un buen número de pueblos asiáticos, no era fácil, ni siquiera con buena voluntad, poner en marcha la telega de la enseñanza pública. El recién nombrado inspector de escuelas primarias no encontró más que desierto en el campo que le iba a corresponder. La prensa radical de la época citaba como ejemplo un distrito de Rusia donde, para 180.000 habitantes, había 16 escuelas y 300 cabarés. Las estadísticas culturales de la mayoría de los demás distritos no eran mucho mejores. No en vano, el joven publicista Chelgunov escribía a su esposa desde las profundidades de una remota provincia en los albores de la era reformista: “¡Qué lugar tan salvaje, salvaje, salvaje! ¡qué estancamiento y qué ineptitud! Dios mío, ¡es espantoso!”

Los campesinos habían aprendido a temer todo lo que procedía del estado: cárceles, hospitales, escuelas. Las autoridades necesitaban a los “alfabetizados” para oprimir al pueblo. Algunos maestros recibían sobornos para no desviar a los alumnos de las tareas familiares.

La primera preocupación del inspector era denunciar la hipocresía oficial y poner de relieve lo que era.

Para empezar, había que partir de cero: construir nuevas escuelas, transformar las pocas que ya existían, seleccionar y formar a los maestros o reeducar a otros. En la provincia no había ferrocarril ni carreteras asfaltadas. Sin embargo, había que viajar casi continuamente, en telegas o en trineo, por senderos estrechos, a través de bosques y estepas, a veces con barro, a veces con tormentas de nieve. Era preciso negociar incansablemente con los funcionarios de los zemstvos, con los maestros de escuela, comunidades campesinas y funcionarios del estado, calentarse, convenciendo, cediendo a menudo, amenazando a veces. En diecisiete años de trabajo se construyeron unas 450 escuelas en la provincia de Simbirsk, y se duplicó el número de alumnos. En conjunto, fueron resultados muy modestos, pero se lograron gracias a la incomparable habilidad de Ilyá Nikolayevich para tratar con personas de orígenes y niveles culturales muy diferentes. Esta habilidad, desarrollada hasta proporciones imprevistas, se la transmitió a su hijo.

Las memorias que se han escrito sobre la familia Ulianov durante los años del régimen soviético deben, por supuesto, examinarse con cierta cautela: incluso los autores de buena fe, como veremos más adelante, se inclinarían a detectar en los padres rasgos de carácter que coincidieran con los del hijo. Afortunadamente, tenemos algunos relatos muy convincentes publicados cuando Lenin era todavía un niño, un adolescente y luego un revolucionario perseguido. Un noble terrateniente de la provincia de Simbirsk, llamado Nasariev, que era miembro de un zemstvo, entusiasta por naturaleza y que había contribuido a publicaciones liberales, habló en la prensa del inspector Ulianov como de

un “fenómeno raro, excepcional”, y describía en un tono muy animado sus interminables excursiones por la provincia, a pesar del mal tiempo y de la indiferencia de la gente: “Semejante resistencia y semejante vigor sólo pueden provenir de la dedicación hasta el sacrificio” (*Vestnik Evropy* [El mensajero de Europa], 1876). El propio gobierno reconoció en un texto oficial que la energía del inspector de Simbirsk “merecía toda la atención”. Un estudio sobre la historia de la educación, publicado en 1906, señala que, entre los líderes de la educación pública en la provincia de Simbirsk, “el primer lugar pertenece, según la mayoría de sus contemporáneos, a Ilyá Nikoláyevich Ulianov”. Se trata de testimonios desinteresados que no pueden suscitar ninguna duda.

La carga explosiva de idealismo social que se había acumulado en Ilyá Nikoláyevich en su juventud fue utilizada de forma pacífica y encomiable. Su equilibrio moral se mantuvo. No tenía nada a lo que renunciar. Al contrario, incluso ahora, sobre todo en verano, durante sus ratos de ocio en el campo, a Ilyá Nikoláyevich le gustaba tararear la canción de sus tiempos de estudiante, cuya letra era del decembrista Ryleev, a quien Nicolás II había mandado ahorcar: era un verdadero juramento de odio dirigido a las “plagas de la tierra natal”. La primera plaga era la servidumbre: fue abolida. La segunda plaga era la ignorancia del pueblo: Ilyá Nikoláyevich la combatía ahora con todas sus fuerzas. En cuanto a la tercera plaga, la autocracia, el inspector de primaria prefería no hablar de ella, y probablemente ni siquiera pensar en ella. Funcionario de mentalidad progresista, no era un revolucionario.

La naturaleza, las costumbres y los modales de Ilyá Nikoláyevich no recordaban en absoluto al funcionario seco y taciturno. Al contrario, era muy humano: sociable, observador, jovial. En sus interminables giras, le gustaba detenerse en la casa solariega de algún liberal del zemstvo y hablar francamente de la vida provinciana, y especialmente de asuntos escolares. Volvía a casa con un montón de nuevas anécdotas educativas de su vida. Las contaba alegremente en la mesa familiar, en voz baja, como era su costumbre, riendo mucho, y con tanto entusiasmo, echando todo el cuerpo hacia atrás, que sus pequeños ojos marrones, rasgados como los de los kalmukos, se llenaban de lágrimas. Cualquiera que haya visto a Lenin, oído sus palabras y sus risas, tendrá una imagen clara del rostro del padre, al menos en sus rasgos más llamativos: baja estatura, complexión fornida, movimientos vivos y elásticos, pómulos prominentes, frente alta, piel oscura y calvicie precoz. Sólo en cuanto a la estructura, el hijo era visiblemente más fuerte y corpulento que su padre.

En 1874, Ilyá Nikoláyevich fue nombrado director de las escuelas primarias. Ya tenía varios inspectores a sus órdenes. Ahora se había convertido en una figura importante en la provincia. El rango de “consejero de estado titular” otorgaba al antiguo pequeño burgués un título hereditario de nobleza. Durante las innumerables investigaciones de la gendarmería hasta 1917, sus hijos e hijas tuvieron que inscribir sus títulos nobiliarios bajo epígrafes ad hoc. Pero no había nada de aristocrático en su aspecto físico ni en el de los miembros de su familia: nariz rechoncha, pómulos prominentes y dedos cortos eran claros signos de orígenes plebeyos. Sin embargo, Ilyá Nikoláyevich no se parecía en nada al tipo de “caballero burgués”: su carácter visceralmente democrático, su aversión a toda bravuconería, su sencillez en el trato con gente... eran sus mejores cualidades. Las transmitió íntegramente a sus hijos.

En general, su influencia sobre los niños era profunda y fructífera. La verdad es que el padre estaba casi siempre de gira, y a menudo ocurría que no se le veía durante semanas en la familia, pero sus mismas ausencias adquirían un significado especial, como

para inculcar a los niños la idea de que el deber lo era todo. Un celo que nunca se enfriaba por el trabajo, la franqueza y la amabilidad borraban de la imagen del padre los rasgos de burocratismo que los niños aprendían demasiado bien en la escuela. Las historias que contaba en la mesa familiar, cómo superar los obstáculos a la educación del pueblo, eran recogidas con avidez por las conciencias de los niños. El padre parecía ser la encarnación de un principio superior, que dominaba los estrechos intereses del círculo familiar. “Su autoridad en la familia”, escribió la hija mayor, “y el afecto que le tenían sus hijos eran muy grandes”.

María Alexandrovna procedía de una familia más rica y culta que la de su marido. Su padre, médico y propietario de una finca en el “gobierno” de Kazán, profesaba, según su nieta, opiniones bastante avanzadas para su época. Su apellido no era ruso en absoluto: se llamaba Blank (desgraciadamente no tenemos información sobre su nacionalidad) y estaba casado con una alemana que educó a los niños según las tradiciones germánicas. Parece que la familia vivía permanentemente en el campo; el padre cuidaba mucho la educación física de los niños; la hija, María, tuvo una infancia sana y una adolescencia tranquila y sin problemas; amaba su tierra natal, Kokúshkino. Las cosas no fueron tan bien en lo que respecta a la educación. Consideraciones pedagógicas y quizás también ciertos prejuicios de los padres para enviar a sus hijas a un internado. Las niñas mayores recibían clases de tutores. Sin embargo, en la época en que María empezó a crecer, la situación material de la familia se tambaleó y sus recursos ya no les permitían mantener tutores. La hija menor recibió lo que se conoce como una educación familiar, común a muchas otras niñas provincianas de la época: bajo la dirección de su tía alemana, fue iniciada en los idiomas y la música y, en lo demás, fue abandonada a su suerte. Más tarde, observando las ocupaciones y los éxitos de sus propios hijos, lamentó más de una vez no haber podido educarse en su tiempo.

Se casó a los veintiocho años; su marido era cuatro años mayor que ella. Ilyá Nikoláyevich tenía una situación social modesta pero estable. La dote de María no superaba la quinta parte del modesto patrimonio de su padre. Lo más probable es que la base del matrimonio fuera un cariño mutuo, si no un sentimiento más ardiente. Los años sesenta, con su énfasis en la emancipación femenina, asestaron un duro golpe a la arbitrariedad paterna en lo que respecta a los asuntos del corazón de los hijos. Además, Ilyá Nikoláyevich era independiente y el padre de María Alexándrovna se inclinaba por ideas progresistas.

Los primeros años de vida familiar en Nizhny fueron muy agradables: el alojamiento en el liceo era lo más cómodo posible para una antigua provincia rusa; había otras familias de profesores viviendo cerca; la joven encontró amigas con las que podía leer, escuchar música o simplemente relajarse y charlar. Recibían las últimas revistas de Petersburgo, donde latía el pulso del movimiento emancipador de la época. Ilyá Nikoláyevich pasaba el tiempo libre con su familia. A veces leía en voz alta por la noche: en aquella misma época se imprimía en fascículos la epopeya *Guerra y paz* de Tolstoi.

Cuando la familia se trasladó a Simbirsk, adonde llegó María Alexandrovna llevando en su vientre al futuro Vladimir, las condiciones de vida cambiaron bruscamente. La ciudad iba muy a la zaga de Nizhni Nóvgorodno, que no brillaba por su cultura; tuvieron que vivir en los límites del Venetz, alejados de la sociedad, sin amigos ni “círculo propio”. Un inspector de la pequeña burguesía, con una esposa medio alemana, no podía, por supuesto, ser recibido en la sociedad de la nobleza como un hombre de ese “medio”. Pero con el pequeño mundo de la burocracia, donde la gente se adaptaba hoscamente a

las consecuencias de la época de reformas, las relaciones tampoco mejoraban. La comunidad docente de Simbirsk era probablemente la más enmohecida y podrida de la burocracia local. El celo de Ulianov por crear escuelas ya le había convertido en un marginado en los círculos de malversadores y aduladores. Debido a la afabilidad y sencillez de sus maneras, en la ciudad le apodaban “el liberal”: la malicia se combinaba con la ironía de este apodo. El mundo de los mercaderes era demasiado tosco, y no menos cerrado que el de la nobleza. Por otra parte, un funcionario, hombre de familia y ciudadano leal, no podía ciertamente buscar conexiones en los dudosos círculos de la intelectualidad radical.

El aislamiento de la familia fue tanto más duro para María Alexandrovna, teniendo en cuenta que el nuevo trabajo de su marido le llevaba a menudo fuera de casa. La joven languidecía de melancolía hasta que se dedicó por entero a sus hijos y a su hogar. La familia crecía. Los modestos emolumentos del marido eran el único recurso. Sin padecer verdadera indigencia, había que rendir cuentas de cada kopek. Los principios de ahorro inculcados por la madre alemana fueron de gran utilidad. Ilyá Nikoláyevich les dijo a sus hijos mayores en más de una ocasión que sólo gracias al ahorro de su madre la familia podía llegar a fin de mes.

A los mayores, su madre les enseñaba los rudimentos de la lectura. Pero estos estudios se veían inevitablemente interrumpidos por una multitud de otras preocupaciones. En 1873, cuando nació el quinto hijo, se contrató a un maestro, un tal Kalashnikov, que enseñaba en una escuela parroquial y que sobrevivió mucho tiempo a sus principales alumnos, Alexander y Vladimir, y llegó a publicar vivas memorias sobre ellos. Iliá Nikoláyevich, encargado de los asuntos educativos, consideraba esencial enviar a los niños al liceo lo antes posible: como funcionario de la educación pública, no tenía que pagar las escuelas estatales y, además, temía la influencia suavizadora de la familia, prefiriendo la supervisión masculina, el estudio regular y la disciplina escolar.

En los recuerdos de Anna, llenos de piedad filial, se percibe que el padre no siempre estaba suficientemente atento a las particularidades de cada uno de sus hijos y tal vez se equivocaba al exigir demasiado, sobre todo a su hijo mayor, que ya se exigía demasiado a sí mismo. Al carácter autoritario del padre se sumaba el peso de la religión. Ilyá Nikoláyevich, matemático y físico que había escrito una tesis universitaria sobre la determinación de la órbita del cometa Klinkerfum por el método de Olbers, mantuvo intacta la fe ortodoxa de los pequeños burgueses de Astracán, asistiendo a las vísperas, ayunando y comulgando, no sólo por obligación como funcionario del estado, sino por íntima convicción.

En cuanto a la influencia sobre los hijos, fue sin duda la de la madre la que predominó. En catorce años, dio a luz a siete hijos; uno murió poco después de dar a luz, los demás sobrevivieron, y cada uno exigió cuidados y atención. La madre parecía tener en su interior una fuente inagotable de fuerza vital. Embarazada, alumbrando, alimentando y criando a sus hijos, soportando una carga más, siempre trabajando, siempre ecuánime, alegre y acogedora, era la imagen misma de la madre, la continuadora y preservadora de la especie. Los dos hijos mayores no tuvieron otra nodriza y también al resto los amamantó ella. Era su compañera de juegos, siempre allí cuando la necesitaban, la dadora de todo bien, la fuente de toda alegría, la guardiana de la justicia en la habitación de los niños. La profundidad de su influencia se debía no sólo a su constante amor a sus hijos, sino también a la singular riqueza de su naturaleza.

Lo poco que sabemos de ambos nos lleva a creer que la madre tenía una formación espiritual superior a la del padre. De ella procedían los rayos invisibles que atizaron el corazón de los niños y les dieron una reserva de calor para toda su existencia. No acariciaba a sus hijos arrebatadoramente, ni los abrumaba a besos y, si bien no se lanzaba sobre ellos, tampoco los apartaba. Desde los primeros días, los rodeó de un afecto sin límites, absteniéndose de mimarlos demasiado, pero sin vejarlos. Muchas décadas después ya, la hija recuerda con profunda ternura la música de su madre y los viajes que hacían juntas en sillas transformadas en su imaginación en trineos por una pista nevada entre pinos y abetos.

La igualdad del carácter de la madre no se debía a un retraimiento egoísta, como sucede a veces, sino, por el contrario, a una ferviente abnegación. Mujer de profunda sensibilidad, sentía intensamente tanto las raras alegrías como las frecuentes tristezas, e incluso las pequeñas penas cotidianas. Pero su naturaleza particularmente austera le impedía mostrar sus sentimientos vívidamente. Sufría las crueldades de la vida no sólo por sí misma, sino también por los demás, por su marido, por sus hijos, e incluso esto le impedía irritarse, perder los estribos, montar una escena, en otras palabras, intentar culpar de parte de su sufrimiento a los demás, a sus allegados. Una fuente inagotable de fuerza que, tras cada nuevo golpe del destino (y no le faltaban), le ayudaba a restablecer su equilibrio interior y a apoyar a quienes necesitaban apoyo. Una fuerza moral de este tipo, que no va acompañada de otros dones, no se percibe de inmediato; sólo irradia a corta distancia. Pero si no hubiera mujeres tan generosas en todo el mundo, la vida no merecería la pena. María Alexandrovna sólo encontró expresión de su fuerza más íntima a través de sus hijos. Murió poco más de un año antes de la histórica victoria de su hijo.

Nacida y criada en el seno de una familia no ortodoxa, María Alexandrovna, aunque totalmente rusificada, no tenía fuertes tradiciones religiosas, a diferencia de su marido, a excepción del árbol de Navidad alemán, y no se distinguía en absoluto por su piedad: según su hija “asistía a la iglesia rusa tan poco como al templo alemán”. Ni siquiera está claro si siguió siendo luterana o se convirtió a la religión ortodoxa cuando se casó. Sin embargo, María Alexandrovna nunca rompió con la religión y, en los momentos más difíciles, se volvió hacia ella con todo el ardor secreto de su naturaleza. Cuando la vida de su hijo, de cuatro años y peligrosamente enfermo, pendía de un hilo, la madre, consumida por el dolor y el pánico, susurró a su hija de seis años: “Reza por Sasha” y cayó de rodillas, desesperada, ante el icono. El peligro pasó aquella vez, Sasha se salvó y la madre, tranquilizada, volvió a enseñar a andar al niño convaleciente. Diecisiete años después (¡qué angustia, dolor y esperanza!) la madre, a través de las puertas de la prisión de Petersburgo, imploró a su hija de la misma manera: “¡Reza por Sasha!” Pero esta vez sólo se trataba de salvar su alma, porque la soga del Zar ya había estrangulado al querido hijo mayor, orgullo y esperanza de la familia.

## ***La vía revolucionaria de la intelectualidad***

Intelectual de estirpe plebeya, Iliá Nikoláyevich Ulianov ingresó en las filas de la burocracia, pero no se dejó absorber por ella en absoluto. Sus hijos no tenían ninguna relación con el medio burocrático: su profesión vino determinada por la lucha revolucionaria. A finales de siglo, el auge emancipador se había convertido en un movimiento de masas, y en las primeras décadas había enriquecido la historia con experimentos de laboratorio. El destino de la familia Ulianov no puede entenderse sin comprender la lógica particular del movimiento revolucionario de la intelectualidad rusa y, al mismo tiempo, la lógica de su colapso.

Durante uno de los famosos procesos políticos de los años 70, conocido como el “asunto de los 193”, el principal acusado desarrolló la idea de que, tras la reforma del régimen agrario, se había formado (al margen de la propia clase campesina) “toda una fracción... dispuesta a responder a la llamada del pueblo y que había servido de núcleo del partido social-revolucionario. Esta fracción es el *proletariado intelectual*”. Es en estos términos como Hipólito Myshkin describe con precisión el fenómeno, aunque no aprecia con exactitud su naturaleza. La sociedad basada en la servidumbre se descomponía más rápidamente de lo que se formaba la sociedad burguesa. Los intelectuales, producto de la desintegración de las antiguas castas, no encontraban ni suficientes oportunidades laborales ni carreras acordes a su influencia política. Rompían con la nobleza, la burocracia y el clero, con sus costumbres atrasadas y tradiciones esclavistas. Pero no se acercaban a la burguesía, que seguía siendo demasiado primitiva y tosca. Se sentían socialmente independientes y, al mismo tiempo, asfixiados por el dominio del zarismo. Así, tras la abolición de la servidumbre, el caldo de cultivo de las ideas revolucionarias fue casi exclusivamente la intelectualidad, es decir, la generación más joven, los elementos más pobres de los escolares, estudiantes, seminaristas, alumnos de liceo, la mayoría de los cuales, en virtud de sus condiciones de vida, no se elevaban por encima del proletariado, y muy a menudo se hundían por debajo de él. El estado necesitaba intelectuales y los formaba a regañadientes en sus escuelas. Pero los intelectuales necesitaban un cambio de régimen y se hicieron enemigos del estado. Durante mucho tiempo, la vida política del país se convirtió en un duelo entre la intelectualidad y la policía, sin la participación de las clases fundamentales de la sociedad. En el juicio de Myshkin, el fiscal general señaló, sarcásticamente pero no sin razón, que “el medio más avanzado”, es decir, las clases propietarias y la generación más vieja de la propia intelectualidad, así como el medio “inculto”, es decir, las masas populares, eran igualmente de inaccesibles a la propaganda revolucionaria. Bajo estas condiciones, el conflicto era de esperar. Pero al “proletariado intelectual”, debido a su situación, le venía impuesta la lucha y ello exigía grandes ilusiones.

La intelectualidad, que apenas había tenido tiempo de liberarse de las relaciones y costumbres sociales de la época medieval, creía naturalmente que su fuerza radicaba en

sus ideas. Desde los años sesenta, había asimilado la teoría de que la marcha hacia adelante de la humanidad era el resultado del pensamiento crítico; ¿y quién podía presentarse como poseedora del pensamiento crítico, sino ella misma, la intelectualidad? Atemorizada al mismo tiempo por el hecho de ser poco numerosa y estar aislada, la intelectualidad se veía forzada a recurrir al mimetismo, arma de los débiles: renegaba de sí misma, para tener tanto más derecho a hablar y actuar en nombre del pueblo: así procedió Myshkin en el resto de su famoso discurso. Pero “pueblo” significaba “campesinado”. El proletariado industrial, que no era muy numeroso, no era más que un vástago accidental y malsano. La veneración mostrada por los narodniki (populistas) por el campesinado y su sistema comunal se convirtió en la otra cara de la inconmensurable reticencia del “proletariado intelectual” a desempeñar el papel de palanca principal, si no única, del progreso. Toda la historia de intelectualidad rusa se ha desarrollado entre estos dos polos: la humillación deliberada y la soberbia, reflejos distorsionados de su debilidad social.

Los elementos revolucionarios de la intelectualidad no sólo intentaron identificarse teóricamente con el pueblo, sino que trataron de fundirse con él en la realidad; se vistieron con la casaca del mujik, comieron su sopa de magra col, aprendieron a manejar el arado y el hacha. No se trataba de una farsa política, sino de un compromiso real. Pero se basaba en un gran malentendido: la intelectualidad concebía al pueblo a su imagen y semejanza, y este acto bíblico de creación la preparaba para trágicas sorpresas a la hora de pasar a la acción.

Ya los primeros grupos revolucionarios se asignaron la tarea de preparar una insurrección campesina. ¿No ha demostrado todo su pasado la aptitud del mujik para la rebelión? Esteban Razin y Emiliano Pugachev tendrían que ser sustituidos por el pensamiento crítico individual. Estas esperanzas, al parecer, no eran del todo fantasiosas. Durante los años de preparación y aplicación de la reforma, el campesinado se sublevó en varias partes del país; por ello el gobierno se vio obligado a recurrir a la fuerza armada; en la mayoría de los casos, se utilizó el castigo patriarcal de la verga. En 1860, los levantamientos en el campo dieron lugar a una pequeña organización clandestina en Petersburgo llamada “Joven Rusia”. Su objetivo inmediato: “una revolución sangrienta e implacable que debe transformar radicalmente todos los fundamentos de la sociedad moderna”. Pero la revolución tardaba en llegar. Sin cambiar sus análisis, la intelectualidad llegó a la conclusión de que sólo se trataba de un breve aplazamiento. Se formaron nuevos círculos para preparar la insurrección. El gobierno respondió con medidas represivas, cuya furia mostró el alcance de su pánico. El notable publicista Chernyshevsky, auténtico líder de la generación joven, fue expuesto a la picota y enviado a prisión por intentar dirigir una proclama a los campesinos. Con este golpe, el zar pretendía, no sin razón, decapitar el movimiento revolucionario durante mucho tiempo. El 4 de abril de 1866, Dimitri Karakozov, de veinticinco años, antiguo estudiante y miembro de la baja nobleza, disparó por primera vez contra Alejandro cuando salía del Jardín de Verano. La bala no alcanzó al zar, pero puso punto final al capítulo “liberal” de su reinado. La persecución de la prensa y las redadas policiales en los domicilios de pacíficos residentes intimidaron a los círculos liberales, que ya no eran tan valientes. Los elementos independientes de la burocracia se plegaron. Podría pensarse que fue a partir de entonces cuando Iliá Nikoláyevich Ulianov dejó de tararear las canciones de su juventud. El conde Dmitri Tolstoi, ministro de educación pública, decidió sofocar el pensamiento libre en su embrión mismo mediante un sistema de educación clásica esterilizada, diseñado para

deformar los cerebros jóvenes. El monstruoso sistema tomó forma. Por las torturas de un clasicismo policial, en el que Atenas y Roma sólo servían de propileos para la San Petersburgo imperial, tuvieron que pasar más tarde Alejandro y Vladimir Ulianov.

Sólo habían transcurrido seis años entre la primera proclama y el primer ataque armado contra el zar. Así fue como la intelectualidad, en los albores de su actividad revolucionaria, cerró su primer ciclo: después de haber esperado un levantamiento inmediato de los campesinos mediante la propaganda y la agitación, recurrió al terrorismo individual. Después vendrían muchas experiencias, errores y decepciones. Pero fue precisamente a partir de este punto, de la abolición de la servidumbre, cuando comenzó una empresa única en la historia, la de los pioneros revolucionarios que, durante sesenta años, llevaron a cabo su labor de socavamiento, preparando las explosiones de 1905 y 1917.

Dos años después del asunto Karakozov, Nechayev, un modesto maestro de escuela de provincias que enseñaba catecismo en una escuela parroquial (una de las figuras más grandilocuentes de la galería de revolucionarios rusos), intentó crear una asociación de conspiradores conocida como la “Venganza del Pueblo o Hacha”. Netchaev fijó el levantamiento campesino para el noveno aniversario de la reforma, el 19 de febrero de 1870, fecha en la que, según la ley, las relaciones transitorias en la aldea debían ser sustituidas por relaciones definitivas. El trabajo preparatorio revolucionario se extendió meticulosamente a lo largo del calendario: hasta mayo de 1869, en la capital y en los centros universitarios; de mayo a septiembre, en las capitales de provincia y comarcales; a partir de octubre, “en lo más espeso de la masa popular”; en la primavera de 1870 debía comenzar una lucha sin cuartel contra los explotadores. Pero, una vez más, no hubo levantamiento. Lo único que ocurrió fue el asesinato de un estudiante sospechoso de traición. Nechayev, que había huido al extranjero, fue entregado al zar por el gobierno suizo y murió en la fortaleza de Pedro y Pablo. En el lenguaje de los círculos revolucionarios, la palabra Nechayevshchina (lucha concebida a la manera de Nechayev) fue durante mucho tiempo duramente condenada, como sinónimo de medios de acción arriesgados y censurables encaminados a fines revolucionarios. Cientos de veces, Lenin fue acusado por sus adversarios políticos de utilizar los métodos de lucha de Nechayev.

Los años setenta marcaron el comienzo del segundo ciclo de la revolución, de mucha mayor capacidad y envergadura, pero que en su desarrollo reprodujo la sucesión de etapas que ya conocemos: comenzó con esperanzas basadas en un levantamiento popular e intentos de prepararlo, pasó por un conflicto con la policía política sin la participación del pueblo y terminó con el terrorismo individual. El complot de Nechayev, basado enteramente en la dictadura de un solo individuo, provocó una violenta reacción en los círculos revolucionarios contra el centralismo y la disciplina ciega. Tras un breve paréntesis en 1873, el movimiento resurgió como una cruzada caótica de las masas intelectuales dirigiéndose al pueblo. Jóvenes, en su mayoría antiguos y antiguas estudiantes, que sumaban unas mil personas, llevaron la propaganda socialista a los lugares más recónditos del país, sobre todo en la región del Bajo Volga, en busca del legado de Razin y Pugachev. Notable por su amplitud y su idealismo juvenil, el movimiento, verdadera cuna de la revolución rusa, se distinguía, como es típico de la juventud, por la extrema ingenuidad de sus métodos. No había una organización dirigente, ni un programa claro, ni habilidades conspirativas entre los propagandistas. Y entonces, ¿para qué? Un joven así, que había roto con la familia y la escuela, sin profesión, sin relaciones ni obligaciones personales, sin temor a los poderes del cielo y de la tierra, se

veía a sí mismo como la cristalización viva del levantamiento popular. ¿Una constitución? ¿Parlamentarismo? ¿Libertad política? No, no se dejaría engañar por esas trampas occidentales. Necesitaba la revolución completa, sin restricciones ni etapas intermedias.

En cuanto a las teorías, las simpatías de los jóvenes estaban divididas entre Lavrov y Bakunin. Estos dominadores de los espíritus procedían de la nobleza, ambos se habían educado en la misma escuela de junkers de Petersburgo, Miguel Bakunin diez años antes que Pedro Lavrov. Ambos acabaron sus vidas como emigrantes: Bakunin en 1876, cuando Vladimir Ulianov aún calzaba zapatos de niño; Lavrov vivió hasta 1900, cuando Ulianov se transformaba en Lenin. El antiguo oficial de artillería Bakunin ya formaba parte de la segunda emigración y había tenido tiempo de pasar del paneslavismo democrático al anarquismo puro cuando el coronel Lavrov (profesor de la escuela de artillería y ecléctico de erudición enciclopédica) desarrolló en revistas jurídicas la teoría del “pensamiento crítico en el individuo”, en cierto modo el pasaporte filosófico del “nihilista” ruso. La doctrina del deber para con el pueblo era la mejor respuesta al mesianismo de la intelectualidad, cuya arrogancia teórica se combinaba en la práctica con una constante voluntad de sacrificio. La debilidad del “lavrisimo” residía en que no indicaba los caminos de la acción, por no hablar de su carácter de propaganda abstracta de un evangelio revelado de una vez por todas. Incluso pacíficos trabajadores de la cultura como Iliá Nikoláyevich Ulianov podían considerarse sinceramente discípulos de Lavrov, pero por eso mismo no satisfacía a elementos más activos y decididos de la juventud. La doctrina de Bakunin parecía infinitamente más clara y, sobre todo, más audaz: definía al campesino ruso como “un socialista por instinto y un revolucionario por naturaleza”; consideraba que la tarea de la intelectualidad era reclamar una “destrucción general” inmediata, de la que Rusia debía salir hacia una federación de comunas libres. El propagandismo paciente sólo podía quedar en un segundo plano frente al pleno espíritu subversivo. Bajo la égida del bakuninismo, que se convirtió en la doctrina dominante, la intelectualidad de los años setenta dio por sentado que bastaba con esparcir las chispas del pensamiento crítico para que el bosque y la estepa estallaran en llamas abrazándose en un inmenso incendio.

“Los movimientos de la intelectualidad (como demostró más tarde ante los tribunales Mychkin, a quien ya conocemos) no se crean artificialmente, sino que son el eco del descontento popular”. Incuestionable en el sentido histórico amplio, esta idea, en cualquier caso, no podía en modo alguno atestiguar una relación política directa entre el descontento popular y los objetivos de los revolucionarios. Por una fatal combinación de circunstancias, las aldeas, que habían estado agitadas durante casi todo el curso de la historia rusa, se calmaron justo cuando la ciudad empezó a interesarse por ellas, y se calmaron durante mucho tiempo. La reforma campesina se convirtió en un hecho consumado. La ostensible dependencia del esclavo mujik respecto al terrateniente desapareció. Gracias a la subida de los precios del trigo en los años sesenta, aumentó la prosperidad de las capas superiores y más emprendedoras del campesinado, que determinaban la opinión en el campo. En cuanto al carácter expoliador de la reforma, los campesinos se inclinaban por atribuirlo a la resistencia de los nobles a la voluntad del zar. Las esperanzas de un futuro mejor se depositaban en el propio zar: se le pedía que reparara lo que habían echado a perder los nobles terratenientes y los funcionarios. Tal mentalidad no sólo hacía a los campesinos inaccesibles a la propaganda revolucionaria, sino que los animaba a ver a los enemigos del zar como a propios. El impulso apasionado e impaciente de la intelectualidad hacia la clase campesina chocó con una desconfianza exacerbada de la población rural hacia todo lo que procediera de los señores, los habitantes de las

ciudades, los cultos y los estudiantes. El pueblo, lejos de abrir los brazos a los propagandistas, los rechazaba con hostilidad, y este hecho condicionó el dramático curso del movimiento revolucionario de los años 70, así como su trágico desenlace. Sólo la nueva generación de la clase campesina, que había crecido después de la reforma, iba a sentir con nueva agudeza la insuficiencia de la tierra, la pesadez de los impuestos, la opresión de una casta y, esta vez, bajo la influencia directa del movimiento obrero, emprender la expulsión de los terratenientes que acechaban en sus madrigueras. Pero se necesitaría otro cuarto de siglo para conseguirlo.

En todos los casos, la “marcha hacia el pueblo” terminó en un completo fracaso. Ni el Volga, ni el Don, ni el Dniéper respondieron al llamamiento. La inobservancia de las precauciones más esenciales al trabajar ilegalmente condujo al descubrimiento de los propagandistas: la inmensa mayoría de ellos, más de 700, fueron detenidos en 1874. El ministerio público llevó a cabo dos grandes procesos que pasarán a la historia de la revolución: el “asunto de los 50” y el “asunto de los 193”. Las acusaciones lanzadas por los acusados contra el zar por encima de la cabeza de los jueces tocaron la fibra sensible de varias generaciones jóvenes.

La costosa experiencia había demostrado que las breves incursiones en el campo eran insuficientes. Los propagandistas decidieron probar el sistema de asentamiento permanente entre la población, tomando la apariencia de artesanos, comerciantes, oficinistas, funcionarios de sanidad, maestros de escuela, etc. En términos de escala, este movimiento, que comenzó en 1876, era mucho menor que la caótica ola de 1873: la decepción y la represión habían tenido tiempo de hacer una selección. Al adoptar un estilo de vida sedentario, los propagandistas se vieron obligados a diluir el vino fuerte del bakuninismo con té de hierbas: el espíritu sedicioso fue reprimido por la militancia de la cultura, en la que la prédica socialista, incluso la prédica individual, sólo encontró un lugar excepcional.

De acuerdo con la doctrina populista que negaba cualquier futuro al capitalismo ruso, no se dio al proletariado ningún papel autónomo en la revolución. Pero era natural que la propaganda, cuyo contenido estaba calculado para surtir efecto en el pueblo, sólo encontrara un eco simpático en las ciudades. La escuela de la historia está llena de recursos pedagógicos. El movimiento de los años 70 es muy instructivo, quizá sobre todo por el hecho de que, en torno a un programa cuidadosamente adaptado a la escala de una revolución campesina, sólo se reunieron intelectuales y algunos obreros industriales aislados. Así se reveló la inconsistencia del populismo y se prepararon los primeros elementos críticos para su revisión. Pero antes de llegar a una doctrina realista basada en las tendencias reales de la sociedad, la intelectualidad revolucionaria aún tenía que escalar el Gólgota de la lucha terrorista.

Los plazos lejanos y en absoluto garantizados para el despertar de las masas populares no respondían en absoluto a las apasionadas esperanzas de los círculos revolucionarios de las ciudades. La feroz represión ejercida por el gobierno contra los propagandistas de la primera movilización (años de detención preventiva, decenas de años de trabajos forzados, palizas, casos de locura, suicidios) despertó el ardiente deseo de pasar de las palabras a los hechos. Pero, ¿cómo podía manifestarse la “acción” inmediata de los pequeños círculos si no era en golpes individuales a los representantes más odiados del régimen? El espíritu terrorista empezó a salir a la luz cada vez más. El 24 de enero de 1878, una joven solitaria disparó contra el prefecto de policía de Petersburgo (gradonatchalnik), Trepov, por orden del cual poco antes el prisionero

Bogolyubov había sido sometido a castigos corporales. El disparo de V. I. Zasúlich (una mujer notable con la que Lenin trabajaría más de veinte años después, en el extranjero, en la misma redacción) fue sólo un tributo espontáneo rendido a la indignación; pero este gesto fue la forma embrionaria de todo un sistema. Seis meses más tarde, Kravchinsky, empuñando un puñal además de una pluma, mató al todopoderoso jefe de los gendarmes, Mezentsev, en una calle de Petersburgo. Y también en este caso fue para vengar a compañeros que habían muerto. Pero Kravchinsky ya no era una figura aislada: actuaba como miembro de una organización revolucionaria.

Las “colonias” dispersas entre la población necesitaban un liderazgo. La experiencia de la lucha superó fácilmente los prejuicios contra el centralismo y la disciplina que parecían teñir el espíritu de Nechayev. Los grupos provinciales se unieron con entusiasmo al centro emergente. Así se formó *Zemlia i Volia* (Tierra y Libertad) a partir de elementos seleccionados, una organización de populismo revolucionario realmente notable por su composición y cohesión. Pero, por desgracia, la actitud de estos populistas hacia el pueblo, tan indiferente a los sangrientos sacrificios de los revolucionarios, estaba marcada por un creciente escepticismo. Zasúlich y Kravchinsky, con su ejemplo, animaban en cierto modo a las armas inmediatamente, sin esperar a las masas, para defenderse a sí mismos y a sus familias. Seis meses después del asesinato de Mezentsev, un joven aristócrata, disparó al nuevo jefe de los gendarmes, Drenteln, pero esta vez siguiendo órdenes precisas del partido. ¡Falló! Más o menos al mismo tiempo, en la primavera de 1879, un miembro del partido muy notable en provincias se presentó en la capital ofreciendo matar al zar. Hijo un funcionario menor, que se había convertido en maestro de escuela de distrito tras ganar una beca estatal, Alejandro Soloviev había pasado por la seria escuela de las colonias revolucionarias en los pueblos de la región del Volga antes de llegar a desesperarse del éxito de la propaganda. Los dirigentes de *Zemlia i Volia* dudaban. El salto del terrorismo a lo desconocido les asustaba. Aunque el partido no había dado su respaldo, eso no detuvo a Soloviev. El 2 de abril, en la Plaza del Palacio, disparó tres veces a Alejandro II con un revólver. Una vez más, el zar resultó ileso. El gobierno, por supuesto, lanzó otra lluvia de represalias contra la prensa y los jóvenes. El disparo de Soloviev está vinculado al movimiento de los años 70, a la “marcha hacia el pueblo”, del mismo modo que el ataque de Karakozov está vinculado a los primeros intentos de propaganda de la década anterior. La simetría es evidente. Pero el segundo ciclo revolucionario es infinitamente más amplio que el primero en cuanto al número de individuos implicados, su experiencia y temperamento, y la ferocidad de la lucha. El atentado de Soloviev, que a partir de entonces *Zemlia i Volia* no creyó posible negar, ya no era un acto aislado como el disparo de Karakozov. El terrorismo sistemático estaba a la orden del día. La guerra con Turquía, que provocó un descalabro económico y condujo a la capitulación de la diplomacia rusa en el Congreso de Berlín (1879), produjo una fuerte conmoción en la sociedad, minó el prestigio del gobierno y, despertando excesivas esperanzas en los revolucionarios, les empujó hacia la lucha política directa. En junio de 1879, tras romper con el grupo de populistas de la vieja escuela que no estaban dispuestos a separarse del pueblo, *Zemlia i Volia* cambió de imagen y entró en la arena política con el nombre de *Narodnaya Volya* (La voluntad del pueblo). De hecho, en su declaración programática, el nuevo partido no renunciaba a la agitación de masas: al contrario, incluso había decidido destinar a ella dos tercios de los recursos del partido, y sólo un tercio al terrorismo. Pero esta decisión no era más que un homenaje platónico al periodo anterior. Mientras tanto, los químicos revolucionarios se habían dado cuenta fácilmente de que la

dinamita y la piroxilina, que habían sido ampliamente utilizadas durante la guerra ruso-turca, eran relativamente fáciles de preparar con lo que había en casa. La suerte estaba echada. Al mismo tiempo que la propaganda (que había defraudado las expectativas) dejaba paso definitivamente al terrorismo, el revólver, tras haber demostrado su ineficacia, era sustituido por la dinamita. Toda la organización se reorganizó para responder a las necesidades de la lucha terrorista. Todas las energías y recursos se dedicaron a preparar los atentados. Los propagandistas de los pueblos se sintieron olvidados en sus agujeros. Intentaron en vano crear una organización independiente, Chorny Perediel (que podría traducirse como Repartición Negra). Pretendía servir de puente hacia el marxismo, pero carecía de valor político autónomo. El giro hacia el terrorismo era inevitable. Los revolucionarios rectificaron las concepciones expuestas en sus programas en función de las necesidades del nuevo método de lucha. Zemlia i Volia profesaba la doctrina de que una constitución sería en sí misma perjudicial para el pueblo: la libertad política debía ser sólo uno de los productos subsidiarios de la revolución social; Narodnaya Volia, en cambio, reconocía que la conquista de la libertad política debía convertirse en la premisa indispensable de la revolución social. Zemlia i Volia pretendía ver el terrorismo simplemente como una señal para la acción, dada desde arriba a las masas oprimidas; la Narodnaya Volia se asignaba por tarea llevar a cabo la revolución utilizando el terrorismo para “desorganizar al gobierno”. Lo que había comenzado como un acto semiinstintivo de venganza por compañeros de armas gravemente heridos se transformó, con el tiempo y el curso de las cosas, en un sistema concluyente de lucha política. Así, aislada del pueblo y, al mismo tiempo, empujada por el curso de los acontecimientos al primer plano de la historia, la intelectualidad se esforzó en dar a su debilidad social la fuerza explosiva añadida de la dinamita. En sus manos, la química de la destrucción se transformó en alquimia política.

Como resultado del cambio de tareas y métodos, el centro de gravedad del trabajo se desplazó de los pueblos a las ciudades, y de las ciudades a la capital. En adelante, el estado mayor revolucionario tuvo que trabajar en oposición directa al estado mayor del gobierno. Al mismo tiempo, el estado de ánimo del revolucionario cambió, al igual que su aspecto exterior. Con desaparición de la ingenua creencia en el pueblo, también se desechó la anterior despreocupación en las conspiraciones. El revolucionario se recuperó, se volvió más cauto, más lúcido, más decidido. Cada día volvía a estar en peligro de muerte. Para defenderse, lleva un puñal en el cinto y un revólver en el bolsillo. Personas que, hace dos o tres años, aprendían zapatería o carpintería para mezclarse con el pueblo, aprenden ahora el arte de fabricar bombas, lanzarlas y, mientras huyen, disparar a los perseguidores. El combatiente ha sustituido al apóstol. Si el propagandista de la aldea se vestía casi con harapos para parecerse en todo al “pueblo”, el revolucionario de la ciudad procuraba, en su aspecto exterior, distinguirse lo menos posible del ciudadano acomodado y educado. Pero, por muy llamativo que fuera el cambio (que se produjo en el espacio de pocos años), el contraste entre las dos máscaras hacía fácil reconocer a un mismo “nihilista”: vestido con un peto corto, no era el pueblo; con un traje de caballero, no era un burgués. Al margen de la sociedad, deseoso de hacer saltar por los aires la vieja sociedad, se veía obligado a adoptar el color protector de uno u otro de sus polos opuestos.

La vía revolucionaria de la intelectualidad se nos va revelando poco a poco. Habiendo comenzado por endiosarse teóricamente, bajo el nombre de “pensamiento crítico”, luego renunció voluntariamente a disolverse en el pueblo y, tras fracasar, acudió inmediatamente a su propio endiosamiento práctico en la persona del comité ejecutivo

terrorista: el pensamiento crítico se había alojado en un artefacto explosivo cuyo papel era poner los destinos del país a disposición de un puñado de socialistas. Este era, al menos, el programa oficial de la Narodnaya Volya. Pero renunciar a la lucha de masas reducía los fines socialistas a una ilusión subjetiva. Lo único real que quedaba era la táctica de intimidar a la monarquía con bombas, con la única perspectiva de obtener libertades constitucionales. Por su papel objetivo, los anarquistas-rebeldes de la víspera, que no habían querido ni oír hablar de democracia burguesa, se convirtieron en un destacamento de combate al servicio del liberalismo. La historia encontró la manera de poner a los presuntuosos en su sitio: lo que estaba en su orden del día no era la anarquía, sino la libertad política.

La lucha revolucionaria se convirtió en una furiosa competición entre el comité ejecutivo y la policía. Los militantes de Zemlia i Volia, y luego los de Narodnaya Volia, llevaban a cabo sus ataques como francotiradores, y en la mayoría de los casos fracasaron. La policía los capturaba y los ahorcaba sin perder un instante. Entre agosto de 1878 y diciembre de 1879, diecisiete revolucionarios fueron ahorcados, frente a dos víctimas entre la gente del gobierno. No quedaba más remedio que renunciar a golpear a tal o cual alto dignatario y concentrar todos los golpes en el zar. Incluso ahora, medio siglo después, no podemos dejar de maravillarnos ante la energía, el valor y la capacidad de organización de un puñado de militantes. Jéliabov, político y orador; Kibalchich, científico e inventor; mujeres de incomparable fuerza moral como Perovskaya y Figner formaban la élite de la intelectualidad, la flor y nata de aquella generación. Se subordinaban por completo al plan libremente acordado y enseñaban a los demás a hacer lo mismo. No había obstáculo insuperable para los héroes que habían hecho un pacto con la muerte. Antes de destruirlos, el terrorismo les dio una fuerza sobrehumana. Cavaron una trinchera bajo la vía férrea por la que circulaba el tren del zar, luego bajo la calle por la que pasaba la tripulación imperial; en la persona del obrero Jalturin, colaron una carga de dinamita en el palacio y la detonaron. Fracaso tras fracaso: “El todopoderoso protege al emancipador”, escribía la prensa liberal. Pero al final, la energía del comité ejecutivo prevaleció sobre la vigilancia del todopoderoso. El 1 de marzo de 1881, tras el fallo del joven Ryssakov, el joven Grinévitky, con una segunda bomba del sistema Kibalchich, mató a Alejandro II en una calle de la capital, y a sí mismo al mismo tiempo. Esta vez, había golpeado el corazón mismo del régimen. Pero pronto se hizo evidente que, al calor del éxito terrorista, la propia Narodnaya Volya se había consumido. La fuerza del partido se concentraba casi por completo en su comité ejecutivo. Más allá, sólo quedaban grupos auxiliares, desprovistos de toda significación autónoma. La lucha terrorista, incluido el trabajo técnico preparatorio, era dirigida en cualquier caso por los miembros del estado mayor central. Entonces, ¿cuántos combatientes había? El cálculo es ahora irrefutable. Los primeros miembros del comité ejecutivo eran 28. Hasta el 1 de marzo de 1881, el número total de miembros, que nunca actuaron simultáneamente, era de 37. Viviendo todos ilegalmente, es decir, habiendo cesado toda relación social e incluso familiar, estos hombres no sólo mantuvieron en vilo a toda la policía, sino que durante un tiempo incluso convirtieron al nuevo zar en “el ermitaño de Gachina”. El mundo entero fue sacudido por el estruendo del titánico ataque contra el despotismo de Petersburgo. Parecía que el misterioso partido tenía legiones de combatientes a su disposición, y el comité ejecutivo alimentó cuidadosamente la ilusión de esta omnipotencia. Pero sólo con la ilusión no se puede resistir mucho tiempo. Las reservas se habían agotado inesperadamente rápido.

En el pensamiento del Narodnaya Volya, se suponía que cada golpe al enemigo fortalecería la autoridad del partido, le permitiría reclutar nuevos combatientes, aumentar el círculo de simpatizantes y, si no despertar inmediatamente a las masas populares, al menos sí infundir más ánimo a la oposición liberal. Pero todo en estos atentados era fantasía. El heroísmo atrajo sin duda a imitadores. Desde luego, no faltaban hombres y mujeres jóvenes dispuestos a lanzarse con sus bombas. Pero ya no había nadie para reunirlos y guiarlos. El partido se desmoronaba. Por su propia naturaleza, el terrorismo gastaba las fuerzas ya preparadas que le habían llegado del periodo de propaganda mucho más rápidamente de lo que conseguía crear otras nuevas. “Nos estamos comiendo nuestro capital”, dijo el líder del Narodnaya Volya, Jeliabov. En verdad, el proceso de los regicidas provocó ardientes ecos en algunos corazones, entre los jóvenes. Aunque Petersburgo pronto se vio demasiado bien purgada por la policía, siguieron formándose grupos de Narodnaya Volya en diversas partes de las provincias hasta 1885. Sin embargo, esto no condujo a una segunda oleada de terror. Tras quemarse los dedos, la intelectualidad en su conjunto de nuevo saltó hacia atrás ante la pira revolucionaria.

Las cosas no iban mejor con los liberales, hacia quienes los terroristas, habiendo apartado sus ojos de la clase campesina, miraban con crecientes esperanzas. Es cierto que, bajo la influencia de los fracasos diplomáticos del gobierno y de las turbulencias económicas, los miembros de los zemstvos intentaron, a modo de prueba, movilizar sus fuerzas. Sin embargo, fue una movilización de impotencia. Asustados por el fortalecimiento de la determinación de los bandos enfrentados, los liberales se apresuraron a descubrir en el Narodnaya Volya no un aliado, sino el principal obstáculo en el camino hacia la reforma constitucional. En palabras del miembro más “izquierdista” de los zemstvos, I. I. Petrunkevich, los actos de terrorismo sólo sirvieron para “atemorizar a la sociedad y exasperar al gobierno”.

Así, en torno al comité ejecutivo, surgido de un movimiento relativamente amplio de la intelectualidad, el vacío se hacía tanto más profundo cuanto más ensordecedores eran los estallidos de su dinamita. Ningún destacamento partidista puede resistir mucho tiempo en medio de una población hostil. Ningún grupo clandestino puede actuar si no está rodeado de simpatía. El aislamiento político puso a los terroristas firmemente a merced de la policía que, con éxito creciente, barrió los restos de los viejos grupos y los embriones de los nuevos. La liquidación de Narodnaya Volya mediante una serie de detenciones y procesos ya se estaba produciendo con el telón de fondo de la completa reacción social de los años ochenta. Analizaremos más detenidamente este oscuro periodo en contexto de la empresa terrorista de Alejandro Ulianov.

## *El hermano mayor*

Alejandro, tanto en apariencia como en carácter, se parecía a su madre, especialmente en sus primeros años: “La misma rara combinación [escribió la hermana] extrema de firmeza e igualdad de carácter con sorprendente sensibilidad, ternura y espíritu de justicia. Pero más austero y concentrado, incluso más viril”. El tutor de los niños, Kalashnikov, decía que su rostro blanco como la leche, su voz suave y sus movimientos tranquilos irradiaban una gran fuerza interior desde los años de su infancia. El aislamiento de la familia en Simbirsk en los primeros años, la ausencia de compañeros de juegos infantiles y, en cierta medida, las exigencias de su padre, no hicieron sino acentuar el carácter cerrado y concentrado del joven muchacho. No faltaron impresiones dolorosas y brutales. Empezando por el hecho de que la casa en la que vivían los Ulianov en Viejo Vénetz no estaba lejos de donde se encontraba la prisión. La madre cuidaba de los pequeños, los mayores no tenían vigilancia y salían a pasear solos por la plaza. Los días de fiesta “el pueblo” se reunía en el Viejo Vénetz, mientras que “el público” paseaba por el Nuevo Vénetz. La plaza pronto se llenaba de cáscaras de girasol, restos de pescado seco y otros comestibles. En Pascua, la gente se divertía haciendo rodar huevos duros de colores. Vestidos con colores brillantes y blusas chillonas se reunían frente al tióvivo, con acordeones que hacían sonar sus acentos discordantes. Hacia el anochecer, las canciones de los borrachos surgían de la plaza y se producían peleas encarnizadas. De hecho, los días festivos no se permitía a los niños entrar en el Vénetz, pero otros días, mientras retozaban en el polvo, contemplaban el Volga o escuchaban el canto de los pájaros en los huertos, más de una vez se veían interrumpidos en sus juegos por el tintineo de cadenas, por llamadas groseras o invectivas. El pequeño Alejandro echaba un vistazo a través de las puertas con una curiosidad conmovedora; en él aumentaban el miedo y la piedad.

En Kokushkino, la propiedad del abuelo materno en la región de Kazán, se pasaba bien, allí las hijas casadas y sus numerosos hijos se reunían para pasar las vacaciones. Había animadas diversiones, paseos, piragüismo y, más tarde, caza, a la que Alejandro se entregaba con gran entusiasmo. Pero alrededor estaba la miseria de la población rural, y todo el entorno seguía profundamente impregnado de las costumbres de la época de la servidumbre. Un campesino local llamado Karpei, cazador y pescador, contó a Ana y Alejandro cómo había visto, con sus propios ojos, hacer correr a los “pequeños judíos” por el gobierno de Kazán, siendo enviados a Siberia: niños de unos diez años, arrebatados a la fuerza a sus padres, para ser convertidos en ortodoxos y siervos del zar. Las historias de Karpei eran más dolorosas que los versos de Nekrassov. Más tarde, cuando ya estaba en la universidad, Alejandro leyó en una publicación clandestina, en un libro de Herzen, cuando éste, de camino a ser deportado, que este se había encontrado con un convoy de pequeños judíos que eran enviados a Siberia; entre ellos había niños de ocho años que cayeron rendidos de cansancio y murieron en el camino. Herzen se encerró en su trineo y lloró amargamente, y en su impotencia maldijo a Nicolás y a su régimen. Pero, ¿lloró

Alejandro? Según su hermana, incluso de niño apenas lloraba. Pero sentía la injusticia con mayor intensidad y conocía el ardor de las lágrimas interiores.

Cuando le preguntaron “¿cuáles son los mayores vicios?”, Alejandro, siendo aún un niño, respondió: “la mentira y la cobardía”. Siempre tuvo su propia opinión, casi siempre tácita, pero profundamente vívida y, por tanto, firme. Este niño retraído nunca hablaba con su familia de que había perdido la fe, pero cuando su padre, que era creyente, le preguntaba con suspicacia: “¿Vas a ir a vísperas esta noche? Alejandro respondía “no” con tal convicción que su padre no se atrevía a insistir.

Alejandro ingresó en el gimnasio en 1874, en la clase preparatoria. Aunque la época de la reforma ya había llegado a su fin, el liceo de entonces era algo así como un reformatorio para chicos jóvenes. El principal instrumento de tortura era la enseñanza de los clásicos. “El conocimiento de las lenguas muertas [como lo explicaban los creadores del sistema educativo], por la dificultad misma del éxito, da una lección de modestia, y la modestia es el primer signo y la primera necesidad de una verdadera educación”. La educación clásica estaba destinada a ser una piedra de molino alrededor del cuello del niño. La asistencia a la iglesia se vigilaba con sumo cuidado y envenenaba las vacaciones. Entre dos genuflexiones, el director lanzaba una mirada escrutadora a los alumnos de las clases superiores: ¿tendría alguno la osadía de permanecer de pie mientras él, el director, estaba postrado ante su dios? Los juegos de cartas, las borracheras y otras distracciones similares se consideraban bagatelas en comparación con asistir a círculos educativos independientes, leer revistas liberales, ir al teatro o incluso cortarse el pelo de forma poco marcial. A los ojos de los jefes, y no siempre sin razón, un aire retraído o un porte orgulloso eran signos de protesta encubierta. Las relaciones, constantemente tensas, desembocaron en estallidos violentos en algunos gimnasios, e incluso en conspiraciones contra profesores particularmente odiados. Las cosas llegaron a tal punto que, en 1880, el conde Loris-Melikov, que durante un tiempo desempeñó el papel de dictador liberal de la policía ante un atemorizado Alejandro II, informó al zar de que la instrucción pública había logrado poner en su contra “a los altos dignatarios, al clero, a la nobleza, a los académicos, a los zemstvos y a las ciudades...” Con un simple movimiento de cabeza, el conde D. Tolstoi, el odiado creador del sistema “clásico”, fue sustituido por el ministro “liberal” Saburov. Oscilando de un lado a otro, y más bien en dirección a la reacción, el sistema escolar se mantuvo durante un cuarto de siglo y, con cierta suavización, hasta los últimos días de la monarquía. El odio al liceo se convirtió en una especie de tradición nacional. No es casualidad que Minayev, en un poema satírico ya mencionado, lanzara como una flecha una estrofa de lo más virulenta contra el director del gimnasio de Simbirsk. Otro poeta, Nadson, que pertenecía a la misma generación que Alejandro Ulianov, escribió sobre su estancia en la escuela:

Maldito sean, mis años de juventud,  
que transcurrieron sin amor, libertad ni ternura...

La dureza y crueldad del régimen escolar eran más dolorosas de soportar para Alejandro que para la mayoría de los jóvenes de su edad. Pero, mordiéndose la lengua, siguió estudiando. Cuando llegaba a casa, Ilyá Nikoláyevich preguntaba atentamente por los estudios de su hijo, exigiéndole que trabajara sin reproches. La presión de su padre coincidía con las cualidades innatas del joven, que era muy dotado y trabajaba mucho. Todos en la familia trabajaban duro.

Alejandro estaba en quinto curso cuando el director, Vichnievsky, un hombre anterior a la reforma, fue sustituido por Kerensky, el padre del futuro héroe de la revolución de febrero.

El nuevo director cambió un poco el aire del gimnasio, que se parecía al de los cuarteles y la policía, pero lo básico del sistema escolar permaneció, por supuesto, inalterado. El 1 de marzo de 1881, Alejandro estaba en sexto curso, llegó de Petersburgo la sorprendente noticia de que los revolucionarios habían matado al zar. Toda la ciudad se llenó de rumores y suposiciones. El director de la escuela, Kerensky, pronunció un discurso sobre el villano acto cometido contra el zar emancipador. El cura del liceo, describiendo el martirio del ungido de Dios, calificó a los revolucionarios de “monstruos de la raza humana”. Pero la autoridad del buen padre, así como la de los dirigentes del liceo, ya no tenía mucho peso en el alma de Alejandro.

En casa, el padre, alarmado como el cabeza de familia, ciudadano y funcionario, despotricaba contra los terroristas. Ilyá Nikoláyevich regresó conmocionado de la catedral, donde se había velado al zar asesinado. Sus años de estudiante habían transcurrido en los oscuros días que siguieron a la aplastada revolución de 1848. El advenimiento de Alejandro II se había convertido para siempre en su conciencia en el símbolo de una era de libertad: en cualquier caso, para un trabajador intelectual se abría una carrera con la que sólo habría podido soñar en tiempos de Nicolás I. Con amargura, en más de una ocasión comentó después la reacción que se había producido tras el 1 de marzo y que se hacía sentir dolorosamente también en la vida escolar. En las críticas de su padre, Alejandro no podía evitar discernir la voz de un funcionario liberal consternado por semejante tragedia. Pero el suceso era tan extraordinario, la presión de la indignación pública tan abrumadora, que Alejandro no encontraba palabras para expresar sus confusos pensamientos. En cualquier caso, sus simpatías se dirigían hacia los revolucionarios ejecutados. Pero no lo dijo en voz alta: en primer lugar, no tenía suficiente confianza en sí mismo y, en segundo lugar, temía influir en sus hermanos pequeños y temía que sus padres le reprendieran severamente. Siempre fue así.

Durante sus nueve años de estudios, Alejandro no fue ni una sola vez objeto de queja: era un alumno muy bueno que siempre pasaba de clase en clase con el primer premio, nunca fue insolente ni grosero, no por falta de valor, sino porque sabía contenerse: Para él, el liceo no era más que un puente que conducía a la universidad y, sin alegría, pero con brillantez, cruzó este puente, terminando sus estudios en el liceo con la medalla de oro, clasificado en primer lugar, un año o incluso dos por delante de sus compañeros.

Los años de gimnasio de Alejandro coincidieron exactamente con el ciclo principal del movimiento revolucionario de la intelectualidad: había ingresado en la clase preparatoria en 1874, en el apogeo del movimiento populista, y terminó sus estudios secundarios en 1883, cuando la Narodnaya Volya aún parecía estar en el cénit de su poder. Simbirsk no quedó en absoluto al margen del movimiento: los sospechosos de los centros más grandes eran enviados allí, los deportados que regresaban de Siberia eran retenidos allí y, de vez en cuando, misteriosos viajeros escoltados por gendarmes con bigote pasaban por Simbirsk en carruajes tirados por tres caballos al galope. En 1877 y 1878, las ideas populistas arraigaron en Simbirsk gracias a un profesor de gimnasio llamado Muratov, activo militante del Chernó Peredel (organización que aspiraba a un nuevo reparto de la tierra), bajo cuya influencia había grupos de jóvenes escolares y militares e, incluso, algunos profesores. Aunque Muratov fue destituido de Simbirsk tras año y medio de docencia, los círculos juveniles siguieron existiendo durante los años siguientes. Pero

Alejandro no tenía ninguna relación con ellos. El ambiente de la familia, donde se vivía para el progreso de la educación, donde se quería a Nekrassov y Shchedrin, evidentemente dio suficiente satisfacción durante un tiempo a las necesidades ideológicas que se despertaban en él como niño, adolescente y en el joven hombre. Pero incluso en los tres primeros años de su vida de estudiante, Alejandro siguió permaneciendo fuera de los círculos revolucionarios. La razón de ello radica en su carácter tan íntegro, e incluso en cierta lentitud natural. Era ajeno a cualquier diletantismo intelectual o moral, a cualquier acercamiento o ruptura fácil con personas e ideas. No se decidía con facilidad. En cambio, cuando se decidía, no conocía el miedo ni la vacilación.

Alejandro pasó gran parte del verano de 1882, sus últimas vacaciones de colegial, en la cocina de una casita que había transformado en laboratorio de química. Era el último en entrar a tomar el té, pues le costaba separarse de su trabajo; a menudo había que llamarle dos veces. Ilyá Nikoláyevich bromeó un poco con su hijo sobre su entusiasmo por la química. Alejandro guardó silencio y sonrió con indulgencia. “Participa poco en la conversación general. Apenas ha tomado el té, se retira”. Según Anna, la pasión de Alejandro por la química empezó a separarlos en cuanto terminaron el gimnasio. En realidad, la causa de este creciente distanciamiento no se encontraba sólo en las ciencias naturales, y éstas ni siquiera estaban en primer plano. Alejandro había entrado en un periodo de reevaluación de valores, cuando los adolescentes y los jóvenes sopesan aquellas cosas que, el día anterior, les resultaban todavía cercanas, y a menudo las encuentran demasiado ligeras. Alejandro participaba cada vez menos en las distracciones familiares, prefiriendo la caza o una conversación con una prima por la que sentía una simpatía que pronto se convirtió en un tímido primer amor.

En una novela de Tchirikov sobre la ciudad de Simbirsk, muy familiar para el autor, la pasión de Alejandro por el estudio de la química se presenta como una preparación consciente de su actividad terrorista: es una de las muchas exageraciones de un autor que empezó simpatizando con el bolchevismo y acabó siendo un emigrante blanco. Alejandro amaba la química. Su mirada concentrada, meditativa, ligeramente lenta, era la de un experimentador por vocación hacia las ciencias naturales. En 1883 abandonó Simbirsk. Cuando Ilyá Nikoláyevich recomendó a su hijo que partiera hacia Petersburgo, le advirtió que tuviera cuidado: los últimos estertores del terrorismo aún resonaban en la memoria de la gente. El hijo pudo decirle muy sinceramente unas palabras tranquilizadoras a su padre: aún estaba lejos, en espíritu, de la lucha revolucionaria. Alejandro sólo tenía gusto por la ciencia; su cerebro estaba lleno de fórmulas de Mendeleev. Para él, la capital era sobre todo la universidad.

Seguía siendo la vieja Petersburgo, que no llegaba al millón de habitantes. Alejandro tomó una habitación con una anciana que era una admirable representante de la vieja Rusia, y en cuya casa, según el relato de su hermana, “reinaban la calma y el bienestar, con el olor de las lamparitas encendidas delante de los iconos”. El confuso sentimiento de insatisfacción con todo el régimen, que Alejandro había traído consigo, no se vio reforzado ni agravado en sus primeros años de universidad; si no se debilitó, en todo caso quedó reprimido en lo más profundo de su conciencia. La universidad abrió nuevos horizontes a la mente joven, y Alejandro fue poseído por el demonio del conocimiento. Se lanzó de cabeza a las ciencias naturales y pronto atrajo la atención de sus compañeros y profesores.

El padre había fijado para su hija y su hijo una mensualidad de cuarenta rublos. Esta suma, cabe pensar, era al menos el doble, si no más, del presupuesto medio de los

estudiantes de la época. Aunque Alejandro aseguró a su padre que treinta rublos eran suficientes para él, su padre siguió enviándole tanto como a su hija. Alejandro guardó silencio al respecto. Pero cuando regresó a Simbirsk para las vacaciones, entregó a su padre ochenta rublos por los ocho meses transcurridos. Lo más característico de esta pequeña historia es que, durante todo el invierno, Alejandro no había dicho ni una palabra a su hermana sobre sus acciones: no quería presionarla ni obstaculizar su libertad de movimientos. Es más, nunca le tuvo mucho cariño. El padre se sintió transportado al ver el comedimiento del joven para el que, en la capital, no faltaban las tentaciones. Por otra parte, el mismo episodio demuestra hasta qué punto Alejandro se mantuvo alejado, en el primer período de su vida universitaria, no sólo de las organizaciones revolucionarias, sino, en general, de todos los grupos juveniles: de lo contrario, sin duda habría encontrado un empleo para los diez rublos que le sobran cada mes. Según el relato del estudiante Govorujin, en cuyo testimonio podemos confiar, a finales de 1885, cuando aún cursaba el tercer año, Alejandro Uliánov se negó a unirse a los círculos estudiantiles: “Hay mucha cháchara, pero poco aprendizaje.” Del mismo modo que, en medicina, es inadmisibles que un profano se inmiscuya en el establecimiento de un tratamiento basado en su propia opinión, que se apoya en cierta pedantería, habría sido criminal que alguien ignorante de las cuestiones sociales se embarcara en la vía revolucionaria. Otros observadores de la época, en particular su hermana mayor, presentan a Alejandro bajo la misma luz, si dejamos de lado ciertas frases convencionales.

Existen, sin embargo, otros relatos que pueden ser más acordes con la imagen abstracta de un revolucionario desde la cuna, pero que difieren de la realidad. En un librito dedicado a la memoria I. N. Uliánov, la hija menor, María, escribe que el padre “conocía, no podía dejar de conocer” las intenciones revolucionarias del hijo mayor. En realidad, el padre no podía conocerlas, porque no existían: sólo pudieron formarse en el otoño de 1886, cuando el padre ya no vivía. En el momento de la muerte de Iliá Nikoláyevich, María tenía ocho años y no podía ser capaz de emitir juicios políticos. No se refiere a recuerdos personales, sino a consideraciones psicológicas generales: “Su afecto mutuo era demasiado grande, su amistad demasiado estrecha...” Pero, aparte del hecho de que el amor a los padres ha obligado a más de un revolucionario a ocultarles hasta la última hora el peligro que lo amenazaba, en el presente caso el hijo no tenía nada que ocultar. Además, es dudoso que la verdadera relación entre Ilyá Nikolayevich y Alejandro pueda expresarse con las palabras “una estrecha amistad”. La hermana mayor se refiere más de una vez a la actitud cerrada de Alejandro en la familia desde sus primeros años, y señala la influencia en este espíritu reticente de las excesivas exigencias del padre. Ya sabemos por ella que Alejandro no confiaba sus dudas sobre la religión a su padre creyente. La primera vez que el hijo se negó a ir a vísperas, fue algo inesperado para Ilyá Nikoláyevich; por ambas partes, al parecer, se evitaron explicaciones. ¿Podría haber sido diferente en el campo de la política, donde los enfrentamientos, de haber tenido tiempo de madurar en vida del padre, habrían sido infinitamente más graves? María cita el testimonio de su hermano Dimitri que, con once años, fue testigo de una larga conversación entre el padre y Alejandro en un ala del jardín, seis meses antes de la muerte del padre, un año y medio antes de la ejecución del hijo. El niño no entendió lo que se dijo en aquella conversación, pero para el resto de su vida le quedó la impresión de algo extremadamente importante y significativo. “Ahora”, dijo Dimitri, “estoy perfectamente convencido de que la conversación versó sobre asuntos políticos y que, sin duda, no fue ni única ni accidental”. La suposición de Dimitri (y es una suposición hecha cuarenta años después) sólo puede

aceptarse a la luz de las instrucciones por su padre a través de Anna, que ya vivía en Petersburgo: “Dile a Alejandro que tenga cuidado, aunque sólo sea por nuestro bien”. En el momento de su último encuentro con su padre, en verano de 1885, Alejandro se encontraba en ese estado de transición en el que un joven hombre, en sus discusiones con revolucionarios, tiende a defender su derecho a dedicarse a la ciencia, y en el que, al encontrarse con ablandados por la experiencia de la vida, siente la necesidad de defender la actividad revolucionaria. Las conversaciones entre hijo y padre podrían tener lugar a este nivel; aunque hay que añadir que Alejandro difícilmente podría haber sentido la necesidad de abrir su alma a su padre, de quien no podía, por poco que fuera, esperar ayuda ideológica en cuestiones de revolución. Pero independientemente de la confesión de Alejandro, era natural que su padre se preocupara. La horca y las penas de prisión estaban constantemente frente a muchos padres y madres. Más de una vez, Ilyá Nikoláyevich debió de preguntarse si su amado hijo no se vería arrastrado a una desgracia irremediable. En este sentido podían, de hecho, debían, celebrarse las últimas conversaciones de las vacaciones, sobre todo en vísperas de la separación. ¡Cuántas advertencias de este tipo dieron en todos los rincones de Rusia los padres conservadores y liberales a los hijos más radicales! Unos trataban de alejarse de las crueldades del régimen y de sus mentiras; otros señalaban el horror de las consecuencias. El último argumento del padre: “Al menos ten piedad de tu madre y de mí”, era doloroso, pero rara vez persuasivo.

Durante sus tres años y medio en la universidad, Alejandro no hizo más que aprender. Parecía como si estuviera acumulando conocimientos para las décadas venideras. Pero no escapó a su destino... La resistencia inicial de Alejandro a las influencias revolucionarias, y el carácter que adquirió posteriormente su efímera actividad revolucionaria, estuvieron determinados por los profundos cambios que se habían producido en la atmósfera política del país y, en particular, en las opiniones de la intelectualidad. Esta es la clave para explicar el destino de Alejandro Uliánov.

## *Los años ochenta*

Muy pronto después del 1 de marzo de 1881, en una carta abierta a Alejandro III, el Comité Ejecutivo de la Narodnaya Volya ofreció poner fin a la lucha terrorista si él, el nuevo zar, convocaba a los representantes del pueblo. “La marcha de las cosas” no es una metáfora, es una realidad: sabe desautorizar a quienes no la entienden. No hace mucho que los populistas despreciaban una constitución como introducción previa al capitalismo. Ahora, a cambio de la constitución, prometían renunciar a la lucha revolucionaria. El asustado zar lloró en el chaleco de su tutor Pobiedonovtzev. Sin embargo, las vacilaciones no duraron mucho en los círculos dirigentes. La acción terrorista no había encontrado respuesta en el país. Los campesinos veían el asesinato del zar como una venganza de la nobleza. Muy pocos obreros se unieron al movimiento revolucionario. Los liberales se habían hundido. Nadie apoyó las reivindicaciones del Zemsky Sobor (Asamblea de la Tierra). El gobierno recobró el valor, convencido de que los terroristas no representaban nada ni a nadie, salvo su heroísmo personal. El 29 de abril, el zar promulgó un manifiesto en el que declaraba inquebrantable la autocracia. Al mismo tiempo, se hicieron preparativos para un movimiento de pogromos. A partir de entonces ya se sabía a dónde se iba. El procurador general del sínodo, Pobiedonovtzev, el ministro conde D. Tolstoi y el publicista moscovita Katkov se convirtieron en los inspiradores del reinado que estaba a punto de comenzar. ¿Zemsky Sobor? Pero basta con echar un vistazo a los “comadros” de los zemstvos provinciales. ¿Quiénes son los líderes en ellos? “No son nada, gente inmoral que no vive con sus familias, que se entregan al libertinaje...”. Así enseñaba Pobiedonovtzev al joven zar, considerado un buen padre de familia.

A los terroristas no les quedaba más remedio que iniciar la caza del nuevo zar. Para ello, uno de los representantes más respetados de la Narodnaya Volya elaboró un programa de acción: “¡Un Alejandro tras otro!” Pero esta fórmula quedó en el aire. El capital estaba agotado. Faltaba mucho para renovar la mano de obra. En 1883, el provocador Degaev entregó a V. N. Figner, una de las figuras más notables del comité ejecutivo. En 1884, G. A. Lopatin, que había tenido tiempo de familiarizarse con Marx y Engels en el extranjero, regresó a Petersburgo para reavivar el terrorismo en el centro. Pero ya no funcionó. Cuando Lopatin fue detenido, se encontraron muchas direcciones que permitieron a la policía liquidar todo lo que quedaba de la Narodnaya Volya. Esta cadena de reveses tenía una lógica fatal. El movimiento político de la intelectualidad aislada había quedado reducido a la técnica del regicidio, aislando incluso a los terroristas de la intelectualidad. En los primeros efectos del terrorismo, la sorpresa desempeñó un papel fundamental. En cuanto la policía fue alertada y comenzó a utilizar el arma de la provocación, estranguló al pequeño grupo de terroristas. La continuidad organizativa se rompió de una vez por todas, y la tradición se vio cada vez más plagada de dudas. Los nuevos intentos de actividad revolucionaria bajo la vieja bandera fueron dispersos y algo

fortuitos, y ni siquiera condujeron a éxitos episódicos. Sin embargo, la inercia provocada en el palacio imperial por el terror no desapareció durante mucho tiempo. Alejandro III nunca abandonaba Gachina. Temiendo atentados, la coronación se pospuso hasta mayo de 1883. Pero no hubo atentados. El día de la coronación, el zar expuso un programa claro ante los decanos comarcales: “Obedeced a vuestros mariscales de la nobleza y no creáis rumores absurdos y sin sentido sobre un nuevo reparto de tierras”.

El repentino giro de la nobleza hacia el lado de la reacción en la década de 1880 se vio favorecido por las convulsiones del mercado mundial: la crisis agraria que se iniciaba había provocado importantes cambios en las ideas y los programas. La abolición de la servidumbre no coincidió por casualidad con el periodo de subida de los precios del trigo. La agricultura capitalista, al desarrollar las exportaciones, dio mayores ventajas a los terratenientes. En los primeros tiempos tras las reformas, sólo quebraron los nobles más parásitos, que no podían salir de apuros ni siquiera con los pagos de rescate efectuados por los campesinos. Las simpatías de los terratenientes avanzados hacia las medidas liberales, que habían transformado Rusia de una tierra de servidumbre en una tierra de nobleza aburguesada, continuaron mientras los precios del trigo se mantuvieron altos. La crisis agraria mundial de los años ochenta asestó un duro golpe al liberalismo de la nobleza. A partir de entonces, los terratenientes sólo pudieron sobrevivir con la ayuda de subvenciones estatales directas y a condición de que se restableciera, aunque de forma incompleta, la explotación del trabajo campesino. En 1882 se creó el Banco Campesino para ayudar a la burguesía campesina a pagar a los nobles arruinados indemnizaciones excesivamente elevadas por sus tierras. Tres años más tarde, el zar, en un manifiesto especial, confirmó el derecho de la nobleza a la primacía en el estado y, esta vez sí, creó el Banco de la Nobleza, destinado a pagar indemnizaciones directas a la casta noble.

La caída de las exportaciones de trigo a Europa abrió también la posibilidad de una fuerte subida de los impuestos a la importación de productos industriales procedentes de Europa. Esto era precisamente lo que pretendía la joven y codiciosa industria rusa. Las ideas del trabajo libre en la agricultura y del libre comercio exterior surgían simultáneamente. Alejandro III restableció la semiservidumbre en interés de los nobles terratenientes e impuso derechos de aduana semiprohibitivos en interés de los industriales. La consigna oficial del reinado, “Rusia para los rusos”, significaba: nada de ideas occidentales, especialmente de las constitucionales; las funciones del estado reservadas a la nobleza rusa, el mercado interior para la industria rusa; el gueto para los judíos; la esclavitud para Polonia y Finlandia, en interés del funcionario y del comerciante rusos. La política económica de Alejandro III era una combinación de la semirestauración de la servidumbre y el fortalecimiento del capitalismo, dos procesos opuestos. Los nobles terratenientes e industriales sacaban todo lo que podían del pueblo: mano de obra barata, rentas elevadas, precios altos de los productos industriales y, además, obtenían subvenciones, subsidios y encargos del estado. Los nobles dejaron de jugar al juego liberal, pero los comerciantes aún no habían empezado a hacerlo. La burocracia se vengó de la época de las grandes reformas. La reacción gubernamental se desarrolló sin trabas durante todo el reinado. Las transformaciones que se habían producido en la primavera del reinado anterior fueron sometidas a una revisión consecuyente que tendió a reforzar los privilegios de la nobleza, las limitaciones nacionales y la supervisión policial. Frente al décimo aniversario de las “grandes reformas” (1861-1870) se situó el aniversario de las contrarreformas (1884-1894).

En 1882, el liberal Kavelin, extremadamente conservador y vinculado a las altas esferas, escribió confidencialmente a un dignatario caído en desgracia: “En todas partes no hay más que estupidez y cretinismo, la más tonta rutina o corrupción... Sobre esta podredumbre, sobre esta carroña, no se puede construir nada duradero”. A su manera, el curso de los acontecimientos demostró que Kavelin estaba equivocado. Sobre la podredumbre y la carroña se construyó un reinado de estilo monumental. Tras los primeros años que le hicieron falta para calmarse, Alejandro III llegó a creer en sí mismo y en su poder. Enorme, pletórico, desgarrado, dado al vodka, las comidas grasientas y los chistes groseros, ni siquiera admitía la idea de que sus súbditos pudieran tener derechos. Gracias al antagonismo mortal entre Francia y Alemania, la posición internacional de Rusia parecía doblemente segura. La corte de Petersburgo vivía en completa armonía con la de Berlín. Al mismo tiempo, la amistad francesa abría al zarismo perspectivas financieras inagotables. Alejandro trataba al mundo occidental, con sus “palcos de feria” de su parlamentarismo, como a chusma. Un día de verano, negándose a responder a un despacho diplomático urgente, añadió esta explicación para el ministro: “Europa puede esperar cuando el zar de Rusia esté pescando”. Cuando se trataba de sus colegas coronados, el zar era muy franco: llamaba a la reina Victoria vieja chismosa, a Guillermo II “dingo”, al rey Milán de Serbia bruto y al sultán de Turquía viejo gorro de dormir. No todos estos juicios eran absolutamente erróneos.

Al zar no le faltaba sentido común. Kavelin reconocía en él “una gran circunspección, una gran reserva, una gran desconfianza, tal vez una cierta dosis de astucia”. Al leal liberal sólo le afligía pensar que el zar no tenía suficientes “conocimientos y educación”. Por otra parte, Alejandro III estaba inquebrantablemente convencido de que su pesado físico era de origen divino y de que, en todas sus funciones, servía al bien de Rusia y a los fines de la providencia. En una mente tan limitada, había un carácter: él era temido. Bien parecidos o calvos, los grandes duques que se enfrentaban borrachos a los actores franceses, disimulaban sus payasadas como tímidos colegiales. Cuando el director del departamento de policía, Durnovo, se dejó involucrar imprudentemente en un asunto desagradable, el zar escribió: “quitadme a este cerdo de encima”, pero esto no impidió que Durnovo se convirtiera en un todopoderoso ministro de Nicolás II. Para justificar la bajeza de los dignatarios ante el grosero personaje que ocupaba el trono, el ministro de la guerra Vannovsky dijo: “Es un nuevo Pedro I con garrote”. El ministro de asuntos exteriores Lamsdorf escribió en su diario: “Nada más que un garrote, ningún Pedro I”. La policía lo dominaba todo sin esfuerzo. Los sargentos municipales, con sus grandes bigotes y medallas, el famoso prefecto Gresser, que recorría “su” ciudad en una carroza enjaezada a dos caballos tordos, el Consejo de Estado, el santísimo sínodo, Pobiedonovtzev, la inmutable aguja de la fortaleza de Pedro y Pablo, el viejo cañón anunciando el mediodía... ¡qué conjunto! Con su descaro, Gresser ordenaba a la orquesta de la ópera que no tocara demasiado alto para no molestar al augusto público. Y la orquesta obedecía, aunque la partitura fuera del mismo Wagner. El ruido estaba estrictamente prohibido: en la literatura, en la calle, incluso en la música.

El espíritu del reinado fue encarnado más tarde, quizá no de forma muy consciente, por el escultor italo-ruso Paolo Trubetskoy, en el famoso monumento a Alejandro III, que combina la apoteosis con la sátira. Un gigante gordo aplasta con su poderoso trasero de hierro fundido a un corcel que más bien parece un cerdo cebado. Con este inmovible estilo de pocilga se presentaba toda la Rusia oficial. Examinándolo más de cerca, el cuarto de siglo que había comenzado con la emancipación de los

campesinos y terminado con el asesinato de Alejandro II había revelado, en cierta medida, una vez más la solidez de los cimientos nacionales: autocracia, ortodoxia, divisiones nacionales. ¿No había demostrado la experiencia que los bastiones de granito del zarismo eran inexpugnables, incluso con dinamita? Todo parecía estar cortado y cosido a la medida de la eternidad.

El viejo maestro de la sátira rusa, Saltykov-Chtchedrin, se quejaba amargamente en su diario cuando se acercaba al final de su vida: “La vida se está volviendo aburrida y tediosa... uno se siente como en una casamata donde, a traición, le han golpeado en el cráneo”. Hoy resulta difícil imaginar el fervor que rodeaba a *Otechesvennyye Zapiski* (Anales de la Patria) en los círculos de la intelectualidad de izquierdas, una valiente revista mensual que era lo más cercano en espíritu al populismo revolucionario. “Esperábamos el fascículo”, cuenta uno de sus contemporáneos, “como a un querido visitante que lo sabe todo, que lo explicará y lo contará todo...” No se trataba sólo de una publicación literaria, sino también de un punto de encuentro ideológico. Las tendencias de la sociedad rusa culta se habían agrupado durante mucho tiempo, sobre todo desde la reforma campesina, en torno a lo que se llamaban “las grandes revistas”. Pero la piadosa trinidad que había declarado la guerra al “diablo de los sesenta”, Pobiedonovtzev, D. Tolstoi y Katkov, estaba lista para el golpe. El “golpe en el cráneo” no se hizo esperar: en 1884 se prohibió *Otechestvennyé Zapiski*. El mundo de la intelectualidad radical se desbarató. Al mismo tiempo, las obras de Mill, Bockle y Spencer, por no hablar de Marx y Chernyshevsky, fueron retiradas de las bibliotecas.

El último número del periódico *Narodnaya Volya*, publicado el 1 de octubre de 1885, cuando el propio partido ya no existía, describía el estado moral de la sociedad culta con colores muy sombríos: “completo desorden intelectual, un caos de las opiniones más opuestas sobre las cuestiones más elementales de vida social..., pesimismo individual y colectivo, por un lado, misticismo social-religioso por otro...”. Los militantes menos destacados de los años 70, que habían sobrevivido y seguían libres, miraban a su alrededor asombrados: todo se había vuelto irreconocible para ellos.

Los partidarios del terrorismo eran en realidad muy numerosos. Se puede mantener el silencio ante todo, decían, pero no se puede callar ante la explosión de una bomba. Sin embargo, los terroristas ya eran diferentes. Habiendo renunciado a la utópica idea de tomar el poder, sólo esperaban obtener concesiones liberales por medio de bombas. Pero para incitar a los jóvenes a arriesgarse a morir, necesitaban una gran idea, o al menos una gran ilusión: algo que ya no existía. Convertidos en constitucionalistas de espíritu, los que predicaban el terrorismo miraban esperanzados a los liberales. Pero la oposición entre los poseedores permaneció en silencio. Así que el terrorismo se rompió por los dos extremos. Había “predicadores” y defensores del terrorismo, pero no había terroristas. En los círculos revolucionarios que surgían aquí y allá reinaba la postración. La canción favorita de la época sólo ofrecía un consuelo: “De nuestros huesos surgirá el vengador implacable”. Yakubovich, uno de los últimos militantes de *Narodnaya Volya*, estigmatizó a su generación en versos poéticos como “maldita por Dios”.

El populismo de los años 70 se caracterizaba por un odio revolucionario a la sociedad de clases y un programa utópico. En el transcurso de los años 80, la intransigencia revolucionaria desapareció, el espíritu utópico permaneció; pero, al no tener ya ningún alcance, se convirtió en un programa de reformas en beneficio de los pequeños propietarios. Para llevar a cabo este programa, los epígonos del populismo sólo tenían que contar con la buena voluntad de las clases dominantes. “Nuestro tiempo no es

el tiempo de los grandes problemas”, decían los populistas seducidos por los liberales. Pero el proceso se detuvo ahí sólo para una pequeña minoría. Los amplios círculos de la intelectualidad, por utilizar la llamativa expresión de uno de los publicistas de la reacción, “renunciaron por completo a la sucesión” de los años 60 y 70. En filosofía, esto significó romper con el materialismo y el ateísmo; en política, significó romper con la revolución. La apostasía se generalizó en todas sus formas. Los estratos más amplios de la intelectualidad declararon francamente que ya estaban hartos de los mujik y que era hora de vivir un poco para sí mismos. Las descoloridas revistas de los radicales y liberales denunciaban la decadencia de la opinión social. Gleb Uspensky, el más notable de los escritores populistas, se quejaba de que, en el tren, ya no se oía ninguna de las antaño generales y animadas conversaciones sobre temas políticos: ya no había nada que decirse. Pero la “vida para uno mismo” resultó ser extremadamente carente de contenido. Petersburgo, como se quejaba la prensa avanzada, nunca había sido tan incolora como lo era en aquellos tiempos; un completo marasmo comercial y un estancamiento intelectual total que se convirtió en postración. La situación era aún peor en las provincias. Las capitales de provincia sólo se diferenciaban entre sí en que unas bebían más y otras jugaban más a menudo a las cartas. El arte dirigido directamente al pueblo era condenado cada vez más como tendencioso. Los intelectuales exigían un “arte puro” que no les preocupara recordándoles problemas sin resolver y obligaciones incumplidas.

El joven poeta Nadson, con las alas medio rotas, la lira astillada y los pulmones tuberculosos, se convirtió en el cantor de los círculos izquierdistas. En sus quejumbrosos versos, que pronto se reprodujeron en varias ediciones, la nota principal era la duda. “No conocemos ninguna salida”, decía el poeta, llorando por su generación, que había perdido toda fe en héroes y profetas de antaño. La estrella de Antón Chéjov ascendía lentamente en la literatura. Chéjov intentó reír, pero su risa pronto se quebró en un ambiente de decadencia y abatimiento. Chéjov se reveló a sí mismo y a su época en “cuentos crepusculares” e “historias aburridas”, en las que las quejas sobre la crueldad y la estupidez de la existencia se combinaban con vanas esperanzas de un mundo mejor “dentro de trescientos años”. El cuadro de Chéjov fue completado por Levitan, que representó el estiércol de la aldea asaltado por los cuervos y la carretera bañada por la lluvia a la sombría luz del crepúsculo otoñal. El gris fue el telón de fondo de toda la época.

De especial importancia en los años ochenta fue la influencia del conde León Tolstoi, no como artista, durante mucho tiempo considerado con justicia ilustre, sino como predicador y sermoneador. El desarrollo de Tolstoi interfirió más de una vez en la órbita de la intelectualidad rusa, pero nunca coincidió con ella. Profundamente arraigado en la vida aristocrática y temeroso de su disolución, Tolstoi buscó un nuevo eje para sí mismo. El liberalismo burgués le resultaba aborrecible por su estrechez de miras, su hipocresía y sus maneras de nuevo rico, al igual que la intelectualidad radical, que, al carecer de base, era nihilista y tendía a comer sólo con el cuchillo. Tolstoi buscaba calma y armonía, quería escapar de la angustia social y, al mismo tiempo, de una conmovedora y siempre presente aprensión a la muerte. Mientras la intelectualidad radical intentaba fertilizar la comuna rural con su “pensamiento crítico”, en opinión de Tolstoi todo el atractivo del mujik era su falta de crítica y, en general, de pensamiento personal. A fin de cuentas, Tolstoi era un aristócrata ruso arrepentido (tipo no infrecuente desde época de los decembristas), sólo que era el pasado, no el futuro, lo que orientaba su arrepentimiento. Había meditado en rehacer el paraíso perdido de la armonía patriarcal, pero esta vez sin coacción ni violencia. El artista se había convertido en moralista. El

moralista pedía ayuda a una religión esterilizada. El más sanguíneo de los realistas empezó de repente a enseñar que el verdadero propósito de la vida consiste en prepararse para la muerte. No permitía que nadie se mostrara crítico con su revelación, se burlaba de la ciencia y el arte, anatematizaba a sus propagadores y predicaba la resignación con magnífico entusiasmo. Si despojamos a su pensamiento filosófico de las seducciones con que lo envolvía el artista que no quería renunciar, no nos queda más que un quietismo abrumador. Toda lucha contra el mal no hace sino aumentar el mal. Que cada uno busque el bien en su interior. El oprimido no debe impedir que el opresor renuncie voluntariamente a la opresión. Toda la prédica de Tolstoi es necesariamente negativa: “No te enfades. No forniques. No digas palabrotas. No pelees.” A esto se añaden algunas otras recetas más prácticas: no fumes y no comas carne. Básicamente, el cristianismo no es una doctrina para mejorar el mundo, sino un método profiláctico para la salvación individual, un arte de abstenerse de todo pecado. Su ideal es la vida monástica, del mismo modo que el resultado más extremo de la vida monástica es la vida del estilista. No en vano el tolstoísmo tenía afinidades con el budismo.

El llamamiento a la no resistencia cayó como agua de mayo sobre el terreno preparado por el colapso de los planes y esperanzas de la Narodnaya Volya. Puesto que la quintaesencia de la violencia revolucionaria se había revelado incoherente, la beneficiosa solución de la “caridad” cristiana tenía que ocupar su lugar. Si no había sido posible derrocar al zarismo, quedaba condenarlo moralmente. “El reino de Dios está dentro de vosotros”. La idea de una mejora moral espontánea ocupó el lugar de un programa de transformación social. En los círculos de la intelectualidad, el tolstoísmo hacía incursiones devastadoras. Siguiendo el ejemplo del maestro, algunos intentaron coser malas botas o construir estufas inservibles. Otros renunciaron al tabaco y al amor carnal, aunque no por mucho tiempo en la mayoría de los casos. Otros establecieron colonias agrícolas donde el vino evangélico de la caridad pronto se avinagró con la hostilidad mutua. Cinco jóvenes de Tiflis preguntaron a Tolstoi (y toda la prensa reprodujo su pregunta) cómo podían llevar una vida santa. Pero vivir en olor de santidad no funcionaba bien. Al contrario, cuanto más alto se buscaban las reglas de la moral individual, más profundamente se hundía uno en el fango de la existencia. Diez años más tarde, el filósofo idealista Vladimir Soloviev intentó resumir la posición del movimiento educativo ruso en la siguiente fórmula: “El hombre no es más que una variedad del mono, y por eso debemos... dedicarnos de todo corazón a nuestros hermanos inferiores”. La paradoja había sido concebida como una burla a la estrechez de miras del materialismo; en realidad, se convirtió en una sátira de la categoría idealista. No en vano, a la era del materialismo craso y ateo, en la que los hombres se entregaban en cuerpo y alma para allanar el camino hacia un futuro mejor, había sucedido una década de idealismo y misticismo, en la que cada cual daba la espalda a los demás para salvar su alma con mayor seguridad.

El significado político de estas metamorfosis ideológicas no tiene nada de misterioso, sobre todo en retrospectiva: la gran mayoría de la intelectualidad surgió de un medio en el que aún prevalecían las costumbres preburguesas, y la izquierda pasó por un periodo de sacrificio heroico por la causa del pueblo, antes de comprometerse, tras los crueles reveses sufridos, en la vía de la regeneración burguesa. La egolatría del militante heroico de la víspera empezó a aflorar. Sobre todo, tenía que despojarse de la idea del “deber para con el pueblo”. Naturalmente, la literatura y la filosofía se apresuraron a acoger y celebrar el tímido despertar del individualismo burgués. Las clases dominantes

hicieron lo que pudieron para domesticar a la intelectualidad que ya les había causado tantos problemas. El proceso de acercamiento y reconciliación entre la burguesía, que se civilizaba, y la intelectualidad, que se aburguesaba, era, en verdad, inevitable. Sin embargo, la barbarie de las condiciones políticas impedía un desarrollo ininterrumpido e igualitario. Estaba escrito que el destino de la intelectualidad rusa sería tomar más de un desvío.

En los años 80, el estudiante Alejandro Ulianov se implicó en la lucha, mientras su hermano Vladimir continuaba sus estudios en el gimnasio de Simbirsk.

## ***“El 1 de marzo de 1887”***

Aunque los nuevos estatutos universitarios elaborados en 1884 habían prohibido todas las organizaciones estudiantiles, seguían existiendo en la capital una veintena de grupos regionales, con unos 1.500 miembros. Los grupos regionales eran de carácter totalmente inofensivo, reuniéndose en torno a restaurantes de poca monta y sociedades de ayuda mutua. Dada la pobreza de la inmensa mayoría de los estudiantes, este tipo de organizaciones resultaba de vital interés. Sin embargo, el gobierno las temía, y no sin razón: los revolucionarios utilizaban asociaciones de todo tipo para reclutar partidarios y, en tiempos de agitación política, la agrupación regional más pacífica movilizaba a los jóvenes para la lucha. Pero tras el aplastamiento de la Narodnaya Volya, se consideró que Petersburgo estaba completamente libre de revolucionarios; los pocos que sobrevivieron se escondieron en provincias. La forma de pensar del mundo estudiantil le parecía tan tranquila a las autoridades que éstas hicieron la vista gorda ante las agrupaciones regionales. La inmensa mayoría de los estudiantes se había retirado de la política. Sobre el telón de fondo gris de la universidad, se perfilaba más claramente la capa de jóvenes arribistas, futuros funcionarios, que ya en su vestimenta y peinado presentaban un tipo absolutamente opuesto al del nihilista. Famélica y abrumada por el régimen policial, la juventud seguía descontenta, pero no salía de una pasividad morosa.

Sin embargo, sobre el oleaje general de la decadencia seguían agitándose flujos y reflujos, principalmente entre las estrechas orillas del mundo estudiantil. Solamente en su tercer año en la universidad, Alejandro se mezcló con sus círculos estudiantiles: los de biología, economía, ciencias y letras. Pero también en este caso se trataba de desarrollar puntos de vista, no de política activa. En este ámbito, estableció relaciones más estrechas con los elementos radicales de las asociaciones regionales. Dedicó más tiempo a estudiar cuestiones sociales. En los círculos surgió la idea de celebrar el vigésimo quinto aniversario de la reforma campesina (19 de febrero de 1861) con un servicio fúnebre en el cementerio de Volkovo, por el descanso de los que habían preparado la “emancipación”. ¡Qué transmutación de valores! El gran publicista Chernyshevsky vilipendió la reforma calificándola de expolio y engaño, y pagó cara esta opinión tan sanamente osada, que se convirtió en la base del movimiento revolucionario de los veinte años siguientes. Cuando Alejandro II le preguntó: “¿Por qué me has disparado?”, Karakozov, que ya estaba en manos de la policía, respondió: “Porque prometiste a los campesinos libertad y tierra, y les engañaste”. El mismo juicio emitieron el 19 de febrero Hipolito Mychkin, sus camaradas y los populistas. Pero a medida que la reacción se hacía más fuerte, las “grandes reformas” del reinado anterior, celebradas por la prensa liberal, empezaron a aparecer ante los jóvenes estudiantes bajo una luz más favorable. Tras la pesada silueta de Alejandro III, la figura de Alejandro II adquirió contornos casi liberales. La celebración del aniversario de la reforma campesina fue adquiriendo un carácter opositor y se expuso a la persecución policial. En esta ocasión, se ordenó a la prensa que

se abstuviera de publicar artículos sobre el aniversario. El funeral en memoria de los funcionarios que habían participado en la reforma se convirtió así en un acto de protesta. El pope del cementerio consintió, no sin temblar, en celebrar el rito por el descanso de las almas de los emancipadores, incluido por supuesto Alejandro II, que había sido asesinado no más de seis años antes por los hermanos mayores de los asistentes al Réquiem. En este movimiento político, incluso más claramente que en todas las persecuciones policiales, ¡se nos revelan las profundidades de la reacción social! De hecho, algunos de los manifestantes dedicaron el servicio fúnebre no a la memoria de los burócratas, sino a la de los escritores que habían luchado por la emancipación de los campesinos. Aquí no había nada claro, las líneas de demarcación serpenteaban.

El cementerio de Volkovo se convirtió en el primer escenario de la actividad pública de Alejandro Ulianov, que había participado con gran celo en la preparación del servicio fúnebre. Los círculos liberales a los que habían convocado los responsables del acto no respondieron en absoluto como de costumbre. Sólo había estudiantes, unas 400 personas. Al parecer, la policía no se decidió a interrumpir una ceremonia religiosa de la oposición, o simplemente la dejó pasar. Los jóvenes casi se dispersaron con la sensación de haber obtenido una victoria. Los más decididos decidieron que podían seguir en la misma línea.

Los líderes del mundo estudiantil se reunieron y, en los meses siguientes, crearon la Unión de Organizaciones Regionales. Entre los centros dirigentes figuraba también Ulianov. Pero la actividad de la Unión, de por sí muy modesta, se vio pronto interrumpida por las últimas vacaciones de Alejandro en el Volga, con su familia, de la que ya había desaparecido su padre. En otoño se reanudó la actividad de los círculos y las organizaciones regionales. Los dirigentes, que eran los mismos en todas partes, pensaron en aprovechar el vigésimo quinto aniversario de la muerte del famoso crítico Dobroliubov, discípulo y camarada de lucha de Chernyshevsky, para organizar un nuevo funeral. Esta vez asistieron 600 personas y, según otras fuentes, 1.000. Sin embargo, la puerta principal del cementerio de Volkovo estaba cerrada: la policía no se había dejado coger desprevenida. Cuando una diputación pidió que se autorizara el servicio fúnebre, el prefecto de la ciudad, Gresser, se negó. Cuando la multitud de estudiantes regresó a la ciudad, fue rodeada por cosacos y retenida durante dos horas bajo la lluvia. Posteriormente, cuarenta de los manifestantes fueron expulsados de Petersburgo. Este acontecimiento, insignificante en sí mismo, en el sentido literal de la palabra, conmocionó y transformó a los iniciadores de la manifestación, especialmente a Ulianov. Para él fue una experiencia personal, especial, y de golpe concentró las observaciones que había hecho antes y las conclusiones que había sacado de sus libros en una ardiente necesidad de actuar. ¿Cómo responder a los autores de la violencia? Los debates eran interminables, y también los planes audaces, sólo que no había fuerzas suficientes para llevarlos a cabo. Se redactó una proclama “a la sociedad”, es decir, a profesores, dirigentes de los zemstvos, abogados y escritores. Sin embargo, la mayoría de los sobres que contenían el manifiesto fueron retirados de los buzones por la policía, sin perturbar el apacible letargo de los liberales. Los disturbios estudiantiles fueron remitiendo poco a poco. Pero durante aquellos calurosos días surgió un grupo de los más decididos que, desde su indignación personal y su impotencia política, sacaron una conclusión ya consagrada en el pasado: ¡terrorismo! Durante algún tiempo, Ulianov intentó mantener su vieja posición: no se puede emprender una labor revolucionaria sin haber elaborado los principios adecuados. La respuesta fue que, mientras estaba sentado frente a sus libros, la violencia triunfaba y

se fortalecía. El argumento era tanto más persuasivo cuanto que Alejandro ya no tenía ganas de resistir. No quería dar marcha atrás. Uno de los principales iniciadores de la manifestación de la que otros habían sido víctimas, el autor de la proclama “a la sociedad”, a la que nadie había respondido, Alejandro, estaba ya bajo el signo del imperativo terrorista. Tras breves discusiones en un estrecho círculo, finalmente se unió a un pequeño grupo con tendencias terroristas. Dos o tres de los conspiradores tenían poca experiencia y modestas conexiones. Así surgió el asunto del 1 de marzo de 1887.

Alejandro dividió el último periodo de su vida entre el laboratorio universitario donde estudiaba la *Idothea entonon*, las arañas de mar, y el laboratorio secreto de la conspiración donde se preparaba dinamita de magnesio. Preparado para entregar su cabeza por el futuro de la humanidad, siguió estudiando las facultades oculares de los gusanos como un observador apasionado. La ciencia le sujetaba con fuerza y le resultaba difícil liberarse de su abrazo, como un guerrero que debe desprenderse de su amada en vísperas de la primera y última batalla. No es menos característico de este joven que, en los días que precedieron al atentado, cuando todas las fibras de su ser debían retorcerse en las agonías más sobrehumanas, encontrara en sí mismo el dominio suficiente para redactar, con mano torpe, el programa de la “facción terrorista”, que él mismo había redactado.

Del Réquiem por los que habían preparado la reforma campesina al Réquiem por el escritor radical muerto prematuramente; y del Réquiem que no se cantó a los preparativos del asesinato del zar, tal es el camino recorrido en pocos meses por los que participaron en el atentado. Más tarde, ante el tribunal, el abogado principal describió con bastante precisión la juventud del complot: “Estos hombres [dijo] no siempre fueron terroristas; en agosto de 1886, eran simplemente ‘descontentos’; en noviembre, después del servicio fúnebre prohibido en la tumba de Dobroliubov, eran ‘protestantes’, y sólo en enero maduró en ellos la tendencia terrorista...” El abogado liberal no añadió que el salto de una misa de réquiem a una bomba sólo fue posible porque, al amparo del nuevo reinado, se había acumulado suficiente descontento secreto en los círculos más democráticos de la intelectualidad, por no hablar del pueblo. Pero no importaba. La audaz empresa de un pequeño grupo aislado estaba condenada al fracaso. Si la ofensiva revolucionaria de los años 1860-1866, desde la primera proclama hasta el fusilamiento de Karakozov, fue a grandes rasgos, en la sucesión interna de sus etapas, un esbozo del gran movimiento de la intelectualidad de 1873-1881, el episodio de 1886-1887 fue eco retardado del mismo y el signo una decadencia.

\*\*

El 1 de marzo por la tarde, en la Perspectiva Nevsky, la policía detuvo a seis jóvenes. Uno de ellos llevaba un grueso libro con la inscripción “Diccionario de Medicina” en el lomo. En realidad, se trataba de la medicina política del terrorismo. El falso diccionario contenía dinamita y balas de estricnina. También se encontraron dos artefactos cilíndricos en manos de otros terroristas. Los proyectiles estaban destinados a Alejandro III. Los registros y detenciones comenzaron y se multiplicaron. Los participantes en el audaz atentado contra el todopoderoso amo de Rusia eran todos estudiantes; sólo uno de los designados para lanzar las bombas había llegado a los veintiséis años; uno de los organizadores tenía veintitrés; los otros cinco participantes directos tenían entre veinte y veintiuno. La preparación de los proyectiles había sido principalmente tarea de un estudiante de ciencias naturales al que aún le quedaban tres

meses para alcanzar la mayoría de edad. El constructor se llamaba Alejandro Ulianov. Había utilizado sus investigaciones como químico aficionado en la cocina de la pequeña casita de Simbirsk. El iniciador de toda la empresa fue un estudiante enfermo llamado Chevyrev, de veintitrés años. Fue él quien reclutó y distribuyó el trabajo. Su experiencia revolucionaria personal no era ni podía ser considerable. Entre el fogoso y sanguíneo Chevyrev y el más reflexivo Ulianov, había habido más de una discusión sobre el reclutamiento de personas que no tenían suficiente experiencia. Sin embargo, no había mucho donde elegir. Dos estudiantes introducidos fortuitamente en la trama entregaron después a Ulianov. La organización disponía de medios técnicos y financieros insignificantes. Para obtener ácido azotico y 150 rublos para cubrir gastos, tuvieron que ir a Vilna, pero el ácido era demasiado débil y el dinero no llegaba inmediatamente. Para que uno de los organizadores pudiera viajar al extranjero, Ulianov empeñó por 100 rublos la medalla de oro que le habían otorgado en el gimnasio. La pistola Browning que le habían dado al lanzador de bombas, Gueneralov, para que pudiera salvarse disparando a sus perseguidores, estaba fuera de servicio. El mismo nivel era el que se alcanzaba en cada etapa de la conspiración. Todas estas empresas estaban cosidas con hilo blanco.

Incluso durante los preparativos del 1 de marzo de 1881, en los que trabajaban revolucionarios incomparablemente más experimentados, la terrible tensión se convirtió en fatiga y apatía a medida que se acercaba la hora fatal. ¿Cómo es posible que las dudas no royeran el corazón de Ulianov y de los demás jóvenes conspiradores? Corría el rumor de que el gobierno ya estaba al corriente del atentado planeado. Alguien del grupo sugirió posponer el asunto hasta el otoño. Pero esto entrañaba nuevos peligros. Según ciertas informaciones, Alejandro había previsto el fracaso del atentado. Para ser más precisos, el estado de ánimo de un puñado de sacrificados oscilaba violentamente entre el optimismo y la desesperación. Pero la voluntad prevaleció sobre las dudas. Los preparativos continuaron sin descanso. Los proyectiles estaban preparados, los papeles repartidos, las posiciones fijadas, sólo quedaba matar y, en cualquier caso, perecer.

En realidad, el gobierno no tenía ni idea. Unos años de tranquilidad habían desacostumbrado a la policía a pensar en el terrorismo. Sin provocadores, la policía suele ser incapaz de descubrir complós. Entre los jóvenes conspiradores no había provocadores. Pero encontraron la manera de delatarse: por juventud, por ingenuidad, por despiste de uno de ellos. Sólo después de la revolución, cuando se examinaron los archivos policiales, se descubrió la causa del fracaso. Seis semanas antes del suceso, el estudiante Andreiushkin, que había sido designado para lanzar una bomba, había escrito una carta amistosa a un estudiante que conocía en Járkov, que contenía una especie de himno al terrorismo. La carta, cuya firma era ilegible, fue examinada por la policía. El destinatario en Járkov fue citado por la policía y delató a su corresponsal en Petersburgo. Las autoridades policiales dudaron mucho, pero en Járkov no había motivos para darse prisa. Finalmente, la policía de Petersburgo obtuvo el nombre y la dirección del autor de la carta y lo puso bajo vigilancia: esto ocurrió el 28 de febrero, justo la víspera del atentado planeado. Andreiushkin y otras personas fueron observadas en la Perspectiva Nevsky desde el mediodía hasta las cinco, portando objetos pesados. La policía no tenía ni idea de que se trataba de bombas. Buscaban al autor de la carta sospechosa, y sólo a él. Al día siguiente, “los mismos individuos, seis en número, fueron vistos de nuevo en la Perspectiva Nevsky, en las mismas condiciones”. Sólo entonces fueron detenidos. No había límites a la estupefacción al saber que habían tropezado con un grupo de terroristas. Por supuesto, este descubrimiento fue comunicado inmediatamente a Alejandro III. El zar

escribió en el informe: “Por esta vez, Dios nos ha salvado, pero ¿será por mucho tiempo?” No estando muy seguro de la ayuda divina, el zar añadió palabras de aliento a sus guardias terrenales: “Gracias a todos los funcionarios y agentes de policía por haber vigilado y actuado con eficacia”. En realidad, los oficiales y agentes apenas merecían agradecimiento: habían sido favorecidos por el azar. No sabemos, por otra parte, cómo habría resultado el atentado sin la intervención de la policía y el azar. En cuanto a la calidad de las bombas, la cuestión nunca se aclaró. Cuando Ossipanov, que ni siquiera había tenido la idea de quitarse de encima el artefacto cuando fue detenido en la calle, lo lanzó en la comisaría para acabar con él y con sus guardias, la bomba no explotó. No hay motivos para creer que los demás artefactos fueran mejores. Un general de artillería, en calidad de experto, reconoció que “la fabricación de los artefactos era imperfecta”. Todo era defectuoso en esta trágica empresa: las ideas, el personal, la conspiración, la técnica de fabricación de la bomba.

El fiscal describió así la situación social de los acusados: nueve estudiantes, un licenciado por academia eclesiástica, un estudiante de farmacia, un pequeño burgués, dos comadronas y una maestra de primaria. El banquillo de los acusados representaba el estrato más bajo y democrático, de la intelectualidad; y, exclusivamente, la generación más joven. El fiscal se vio obligado a admitir que “no todos los acusados habían alcanzado la mayoría de edad civil”, pero ello no le impidió considerarlos suficientemente maduros para la horca. Los abogados liberales no diferían demasiado del fiscal en el tono de sus alegatos. Como “verdaderos rusos”, no podían creer que semejante crimen hubiera sido cometido por jóvenes rusos; detrás de él buscaban “una vileza alógena cometida contra la santa Rusia”. La mayoría de los acusados no se comportaron correctamente durante la investigación y ante el tribunal. Algunos fueron pusilánimes y entregaron a los demás. Pero los valientes también hablaron más de la cuenta y favorecieron la acusación, tanto contra sí mismos como contra otros. Entre los acusados estaba Bronislaw Pilsudski, hijo de un rico terrateniente, que había puesto su piso de estudiantes a disposición de Ulianov para la impresión del programa. El hermano de Bronislaw, José Pilsudski, fue llevado a la prisión judicial como testigo. Bronislaw se comportó con bajeza, negando toda simpatía por la Narodnaya Volya y alegando su falta de carácter y despiste. José testificó con gran circunspección, pero acabó convencido de que había enviado telegramas desde Vilna en “jerga revolucionaria convencional”. Más tarde, José Pilsudski, el dictador de Polonia, sustituyó con éxito la “jerga revolucionaria” por la jerga fascista.

El proceso judicial demostró sin lugar a dudas que, si bien Alejandro Ulianov no había sido el líder, era en cualquier caso la figura más imponente de la conspiración. Y durante los días más difíciles, cuando el instigador y el organizador habían desaparecido de Petersburgo de acuerdo con el plan establecido de antemano, Ulianov, como dijo correctamente el fiscal, “pagó personalmente por los dos instigadores y líderes”. Sin haber desempeñado ningún papel en la calle durante el último acto, ni como lanzador de bombas ni como explorador, Ulianov fue detenido en el piso del estudiante Kantcher, donde había caído en una trampa de la policía. Sólo gracias a Kantcher, que reveló todo lo que sabía, las autoridades descubrieron el verdadero papel de Ulianov. A partir de ese momento, el acusado Lukachevich leyó en los ojos de su colaborador en la fabricación de las bombas “la inquebrantable resolución de morir”. “Si lo necesitas, ponlo todo a mi cuenta”, le susurró Ulianov al mismo Lukashevich durante el proceso. Muchos años después, la acusada Anna le dijo a su hija: “Le habrían ahorcado veinte veces más si hubiera podido aliviar así la suerte de otros”.

La conducta de Uliánov en el proceso y ante el tribunal muestra todo el alcance del carácter de este adolescente: quería asumir toda la responsabilidad posible para aliviar a sus camaradas; al mismo tiempo, temía mostrarse en su verdadero papel de líder por miedo a ofender la dignidad personal de los demás. Dice tener toda la responsabilidad, pero no todo el honor. “Tengo plena confianza”, dijo el fiscal, “en las declaraciones del acusado Uliánov, cuya confesión, si no es absolutamente cierta, sólo tiene la desventaja de transferir sobre sí mismo lo que en realidad no hizo”. El tributo de estima del fiscal hizo aún más seguro el calvario de Uliánov.

Además de los jueces, el fiscal, los defensores y los acusados, había otra figura, aún invisible, pero muy activa en el juicio: el zar. En cierto sentido, el proceso fue un duelo entre dos personalidades: Alejandro Romanov y Alejandro Uliánov. El zar tenía entonces treinta y tres años. No se encorvaba ante el microscopio ni se rompía la cabeza estudiando a Marx. Sin embargo, creía en iconos y reliquias y se veía a sí mismo como un zar “verdadero ruso”, pero no sabía escribir correctamente ni una sola frase en ruso (ni en ningún otro idioma). Sobre el programa redactado por Uliánov, el zar escribió de su puño y letra: “El memorándum ni siquiera es de un loco, es de un puro idiota”. En cuanto a las afirmaciones del programa de que, debido al régimen político existente, era casi imposible actuar para elevar el nivel del pueblo, el Romanov escribió: “Eso es consolador”. Finalmente, en los márgenes de la parte práctica del programa, que incluía, con un régimen democrático, las exigencias de una nacionalización de la tierra, de las fábricas y de todos los instrumentos de producción, el zar anotó: “la comuna en estado puro”. Por último, le llamaron especialmente la atención las palabras de Uliánov fechadas el 21 de marzo: “En lo que respecta a mi participación moral e intelectual en este asunto, ha sido completa, es decir, he dado todo lo que me permitían mis capacidades y la fuerza de mis conocimientos y convicciones”. El zar escribió al margen: “¡Esta franqueza es hasta conmovedora!” Esto no impidió al zar, tan conmovido, ahorcar a cinco de los acusados, que en total sumaban apenas ciento diez años.

Los terroristas de los años 70 pasaron por la escuela preparatoria de propaganda y organización revolucionaria; así adquirieron madurez y experiencia. Antes de ir al cadalso, Jelabov, Kibalchich y Perovskaya habían tenido tiempo de adquirir madurez política y un temperamento revolucionario de alta calidad. La Narodnaya Volya había surgido del intento de crear un movimiento de masas, y su objetivo, al menos sobre el papel, era provocar la insurrección asegurándose de antemano la colaboración de los obreros y la simpatía de parte de la tropa. En realidad, como sabemos, el comité ejecutivo se vio obligado a concentrar todas sus fuerzas en el zaricidio. El grupo de 1887 comenzó inmediatamente a examinar un punto en el que el comité ejecutivo se había roto la cabeza. La mentalidad decadente de la intelectualidad había como cortado de antemano, en cierta medida, el camino a las masas. La conspiración Shévyrev-Uliánov ni siquiera intentó ir más allá de los confines de un círculo de estudiantes. No hubo ningún intento de propaganda, ningún llamamiento a los trabajadores, ninguna organización de una imprenta, ninguna publicación de un periódico. Los iniciadores del atentado terrorista no contaron ni con la ayuda del pueblo ni con el apoyo de los liberales. No se llamaban a sí mismos un partido, sino una facción, es decir, un segmento de un todo que ya no existía. Renunciaron a la centralización: no tenían nada ni nadie que centralizar. Quisieron creer que habría otros grupos en el país dispuestos a actuar espontáneamente, y que eso bastaría para garantizar el éxito.

En su discurso ante el tribunal, Ulianov dio una explicación muy vívida, si no de la lucha terrorista, al menos sí de las fuentes de la creencia en ella. “No tenemos clases fuertemente agrupadas que puedan frenar al gobierno...”, dijo. Al mismo tiempo, “nuestra intelectualidad es físicamente tan débil y está tan desorganizada que actualmente no puede participar en una lucha abierta”. Esta evaluación pesimista de las fuerzas sociales estaba destinada a conducir a la desesperación política, según la mentalidad dominante de los años ochenta. Pero sabemos bien que la desesperación extrema se convierte a menudo en fuente de esperanzas ilusorias. Ulianov concluyó: “La débil intelectualidad, con muy poca comprensión de los intereses de las masas, sólo puede defender su derecho a pensar en forma de terrorismo.” Estas son las fuentes psicológicas del asunto del 1 de marzo de 1887, de este asombroso intento de una docena de adolescentes que no contaban con el apoyo de nadie y que trataron de dar una dirección diferente a la vida política de la sociedad.

Seis personas participaron en la elaboración del programa del grupo: tres de ellas, incluido Ulianov, se consideraban miembros de la Narodnaya Volya, mientras que otras tres se inclinaban por llamarse socialdemócratas. Sin embargo, la diferencia entre ellos era muy convencional. Los que se denominaban socialdemócratas empezaban a reconocer la posibilidad de aplicar el marxismo no sólo en occidente, sino también en Rusia. Sin embargo, en la cuestión de una “lucha política inmediata”, también se aferraban firmemente al terrorismo. Si un movimiento revolucionario de las masas (tal era la tendencia de su pensamiento) sólo se producía en función del desarrollo ulterior del capitalismo, a la intelectualidad revolucionaria no le quedaba más remedio en ese momento que empuñar el arma que había caído de las manos de la Narodnaya Volya. En este punto había acuerdo entre personas que tenían opiniones divergentes sobre muchos otros problemas. El terror, como cuestión crucial, relegaba inevitablemente a un segundo plano todas las demás cuestiones. No es sorprendente que las dos tendencias se hubiesen fusionado bajo el nombre de “Facción Terrorista de Narodnaya Volya”: ambas miraban hacia atrás, no hacia adelante. Sus mentes estaban totalmente ocupadas por el deslumbrante ejemplo del 1 de marzo de 1881. Si el terrorismo preconizado por el comité ejecutivo no había conducido al objetivo previsto, era sólo porque no se había llevado hasta el final. “No creo en el terrorismo”, dijo Alejandro Ulianov, que se consideraba a sí mismo un nuevo tipo de militante de Narodnaya Volya; “creo en el terrorismo sistemático”.

Alejandro era un ávido lector de Marx y otros libros de economía y sociología. Puede decirse sin duda que, con sus grandes facultades y aplicación, consiguió en el último año de su vida reunir una buena cantidad de conocimientos en un campo que era nuevo para él. Pero sólo eran conocimientos. No había desarrollado para sí mismo un conjunto de concepciones del mundo, ni un método. De la teoría del marxismo no había sacado las consecuencias necesarias para la realidad rusa, y él mismo admitía, en privado, que seguía siendo un lego en las cuestiones de la comuna rural y del desarrollo del capitalismo. Había escrito un programa basado en el hecho ya consumado de la conspiración terrorista. De ahí sus esfuerzos en restar importancia a los desacuerdos que, durante los años 80, empezaron a dividir el movimiento revolucionario en dos campos, más tarde irreconciliables. El fondo de la discusión se reducía sobre todo a esta alternativa: ¿la lucha de clases del proletariado o el estudiante con su bomba? Es cierto que el programa de Ulianov reconocía la necesidad de “la organización y la educación de la clase obrera”. Pero el programa posponía este problema a un futuro indefinido; el documento declaraba que la actividad revolucionaria entre las masas, “manteniéndose el

régimen político existente, era casi imposible”. Esta forma de plantear la cuestión simplemente dejaba de lado el fondo mismo de la discusión. En el desarrollo de la lucha de la clase obrera era donde los verdaderos marxistas, como Plejánov y sus amigos, veían la fuerza esencial para el derrocamiento de la autocracia. Por el contrario, la fracción terrorista creía que la intelectualidad, “físicamente débil”, tenía que derrocar a la autocracia antes de que la clase obrera pudiera entrar en la arena política. De ahí la inevitable conclusión de que, como mínimo, sería prematuro crear organizaciones socialdemócratas.

Para juzgar la relación de cada uno de los participantes con la perspectiva marxista, disponemos de un documento humano del mayor interés psicológico. Elegido para lanzar una bomba, el estudiante Andreiushkin, que también había adoptado la doctrina de Marx “en su conjunto y en su totalidad”, escribió a un amigo en la desafortunada carta que contribuyó al descubrimiento de toda la conspiración: “No voy a enumerar las cualidades y ventajas del terror rojo, porque me llevaría siglos hacerlo, dado que es mi afición, y ésta es sin duda la fuente de mi aversión a los socialdemócratas.” El expansivo Andreiushkin tenía razón a su manera. Si la esperanza en una transición directa de la economía rural, basada en la comuna, al socialismo, aún podía trasladarse al brumoso reino de la “teoría”, el dogma del “valor independiente de la intelectualidad” tenía un significado práctico de lo más candente. Un revolucionario que se convirtiese él mismo en una bomba no podía tolerar no sólo la negación, sino la más mínima expresión de duda sobre el valor insustituible y salvador de vidas de la dinamita.

Los intentos de los historiadores soviéticos no oficiales de presentar la “facción terrorista” como una especie de puente entre el movimiento anterior y la socialdemocracia, para poder presentar a Alejandro Ulianov como un eslabón entre Cheliabov y Lenin, no se justifican en absoluto con un análisis de los hechos y las ideas. En la esfera de la teoría, el grupo de Ulianov vivía de consideraciones eclécticas, características de los años ochenta, un período de decadencia. En términos prácticos, este grupo debe asociarse con los epígonos de la Narodnaya Volya, de la que llevó los métodos hasta el absurdo. La hazaña del 1 de marzo de 1887 no fue un signo de lo que estaba por venir; de hecho, fue la última convulsión, verdaderamente trágica, de las ya condenadas pretensiones de “la personalidad que piensa críticamente” a un papel histórico independiente. Fue sólo el principio de una educación que había costado muy cara.

## *Infancia y años escolares*

En el espacio de catorce años (de 1864 a 1878), los Ulianov tuvieron siete hijos. A excepción del quinto, Nicolás, que sólo vivió unos días, podemos hacer la siguiente edificante deducción basándonos en todos los datos de que disponemos: los más sobresalientes, por el carácter y las dotes, de los hijos de la familia (Alejandro, Vladimir y Olga) constituían el grupo de edad intermedia, con Vladimir en el centro. La hija mayor, Ana, y dos de los hijos menores de la familia, Dimitri y María, a pesar de tener todo tipo de cualidades honorables, no superaban el nivel medio. Cuando nació Vladimir, el padre tenía treinta y nueve años y la madre treinta y cinco (la edad en que las facultades físicas y morales están plenamente desarrolladas), y aunque los demás hijos, con excepción de la menor, María, nacieron con uno o dos años de diferencia, la madre había tenido un respiro de cuatro años antes del nacimiento de Vladimir.

Por supuesto, sería extremadamente instructivo rastrear el linaje de Lenin unas cuantas generaciones atrás. Sin embargo, hasta ahora no se ha hecho casi nada de genealogía. Es muy probable que no sea fácil establecer el linaje de los antepasados por parte de padre, que incluso sea del todo imposible, debido al origen plebeyo del abuelo, un pequeño burgués de Astracán: los registros civiles de los pequeños burgueses y campesinos no se llevaban correctamente y, además, los registros civiles y otros libros se quemaban periódicamente en el reino de los edificios de madera. Sin embargo, es posible establecer una peculiaridad genealógica con mucha mayor certeza de lo que puede hacerse sobre la base de los documentos más convincentes: los rasgos de Ilyá Nikoláyevich, en particular sus pómulos prominentes y sus ojos rasgados, eran sin duda una mezcla de sangre mongola. El rostro de Lenin también lo decía. Esto no es sorprendente: una gran parte de la población de Astracán estaba formada desde hacía mucho tiempo por tártaros, en quienes, según las observaciones de la escuela de biología de Mendel, el ojo mongol es hereditariamente más común que el ojo europeo. Lo que es menos explicable es que, hasta ahora, casi nada se ha publicado sobre la ascendencia de Lenin por parte de su madre. Sabemos que María Alexandrovna era hija de un médico llamado Blank, casado con una alemana. En cuanto a la abuela de Lenin, podemos suponer sin temor a equivocarnos que tenía su origen en una de las colonias alemanas del Volga, que dieron lugar a un buen número de familias acomodadas y relativamente cultas. Pero, ¿quién era Blank? El Sr. Ulianov afirma que el abuelo era de origen pequeño burgués, de mentalidad avanzada e independiente y que, precisamente por eso, se jubiló pronto y se dedicó a la agricultura. No se dice nada sobre su nacionalidad. Sin embargo, el apellido Blank, sobre todo porque se refiere a un hombre de clase media, indica sin duda un origen no ruso. ¿No es esta circunstancia la que explica algunas extrañas reticencias? Después de todo, los memorialistas oficiales son capaces de pensar que tal o cual detalle genealógico puede disminuir o realzar la figura de Lenin. Pero incluso dejando de lado la cuestión del origen de los Blanks, podemos ver que por las venas de

Lenin corría sangre de al menos tres “razas”: gran rusa, alemana y tártara. Si hay algún fallo en esto, sólo puede estar en el culto a la “raza pura”.

En general, tenemos menos información sobre la infancia de Vladimir que sobre la de Alejandro. Esto se explica por los nacimientos escalonados en la familia. Los niños crecían en parejas. Anna, la memorialista más observadora y prolífica de la familia, que había seguido más de cerca el crecimiento y desarrollo de Alejandro, era seis años mayor que Vladimir. María era casi ocho años menor. En ambos casos, la diferencia era demasiado grande para permitir observaciones y recuerdos precisos. La persona que había compartido más de cerca la infancia de Vladimir, su hermana Olga, murió a los diecinueve años. La figura del niño y del adolescente se nos ilumina a través de diversos episodios que quedaron en la memoria de la hermana mayor; ella se interesó más por Vladimir cuando éste alcanzó la adolescencia. No se conservan cartas de infancia de Vladimir, pero es probable que no escribiera ninguna: toda la familia vivía junta. No hay diarios, y no parece que Vladimir los escribiera nunca: vivió demasiado intensamente su infancia como para dejar constancia de sus sensaciones.

Vladimir aprendió a andar muy tarde, casi al mismo tiempo que su hermanita Olga, dieciocho meses menor que él. Y sus primeras hazañas en el campo de la marcha no fueron muy felices: el niño se caía a menudo pesadamente, y siempre se golpeaba la cabeza, de modo que los vecinos de abajo siempre podían darse cuenta sin equivocarse de la fuerza de su balanceo. “Probablemente su cabeza pesaba más que el resto”, escribió su hermana. Cada vez que se caía, Vladimir lanzaba aullidos que hacían temblar la casa: en sus primeros años, no perdía ocasión de desarrollar sus cuerdas vocales. “La pasión por la destrucción”, dijo Bakunin, que murió en el exilio cuando Lenin sólo tenía seis años, “es una pasión constructiva”. Vladimir creía firmemente en esta fórmula: rompía los juguetes antes de ponerse a jugar con ellos. Su niñera le regaló un trineo con tres caballitos de cartón piedra: empezó escondiéndose detrás de una puerta para escapar al control vejatorio de los adultos de la casa, y giró y giró las patitas de los caballitos hasta que se desprendieron.

La independencia y el ardor apasionado de su carácter se hicieron patentes desde muy temprana edad. A menudo, los adultos se veían obligados a llamar al orden a este niño impetuoso y ruidoso. No temía exhibirse en público. “En un barco de vapor no se grita así”, le decía su madre cuando se iban de vacaciones a la región de Kazán. “Pues un vapor grita bien”, respondió Vladimir sin bajar la voz. La principal influencia de su madre sobre sus hijos era la persuasión y la perseverancia. Pero cuando estos recursos educativos resultaban insuficientes, Vladimir era llevado al estudio vacío de su padre y obligado a sentarse en “el sillón negro”. Vladimir se resignaba y permanecía en silencio; a veces, bajo el impacto del golpe que acababa de recibir, y quizá por el olor del cuero, se quedaba dormido...

Este chico, que había empezado a andar tarde, era muy inquieto. Por su complexión rechoncha y su baja estatura, en casa le apodaban el “barrilito”. Aunque los juguetes le eran bastante indiferentes, en los juegos que exigían movimiento, presteza y fuerza, intentaba, no sin éxito, ocupar el primer puesto. El escondite, el billar, el tobogán y, más tarde, el croquet y el patinaje se apoderaron de él de forma alterna o simultánea.

Alejandro era inventivo en sus juegos, pero comedido incluso en sus arrebatos. Vladimir siempre quería “superar y jugar mejor”, y estaba dispuesto a usar los codos para conseguirlo. Y Vladimir se diferenciaba de su hermano mayor en muchos otros aspectos desde su más tierna infancia. Alejandro era diligente, le gustaba coleccionar, le gustaba

trabajar la madera con una sierra: así era como él, el futuro naturalista, practicaba la diligencia y la paciencia. Para Vladimir, el estudio meticulado no estaba en su carácter. Durante un tiempo, Alejandro coleccionó carteles teatrales y los colocó cuidadosamente en el suelo. El pequeño Vladimir saltó sobre los preciosos carteles de colores, los pisoteó, los arrugó y rompió algunos. Alejandro no entendía aquel vandalismo, se le oscurecieron los ojos; pero no pegó al descarado, ni siquiera lo regañó, no era su costumbre: se guardaba las penas para sí, las pequeñas y las grandes. Pero cualquiera que fuese la diferencia de temperamento entre Vladimir y Alejandro, el primero hacía todo lo posible por imitar al segundo. Cuando le preguntaron si iba a comer kacha con mantequilla o leche, respondió: “como Alejandro”. Y al igual que Alejandro, más tarde bajaría patinando una empinada colina. La fuerza moral y el carácter firme de su hermano se impusieron al “barrilito”. Al mismo tiempo, la emulación le impulsó a ponerse al mismo nivel que su hermano mayor. La frase “como Alejandro”, de la que a menudo se burlaban en casa, tenía un doble sentido: una admisión de la superioridad de los demás y el deseo de “superarse y sobrepasarse”.

La franqueza de Alejandro era orgánica y casi enfermiza: el engaño y la mentira le resultaban tan imposibles como las burlas y las groserías; en los casos difíciles, guardaba silencio. Había un elemento de malicia en la sana franqueza de Vladimir. Incluso con su naturaleza sana, era absolutamente incapaz de renunciar a la mentira defensiva: era incapaz de darse un festín con una cáscara de manzana sin haberla robado de la cocina en ausencia de una madre vigilante; era incapaz de retorcer las patas de los caballos de cartón piedra sin haberse escondido detrás de la puerta; ¿y era posible que admitiera ante una tía poco conocida que había sido precisamente él, Vladimir, quien, mientras la visitaba, había roto una garrafa al correr? Y, sin embargo, tres meses más tarde, antes de irse a dormir, el niño rompió a llorar en su lecho, diciéndole a su madre que no sólo había roto la garrafa, sino que había mentido a su tía. Esto demuestra que el imperativo categórico de la moral no era en absoluto tan ajeno a Vladimir como afirmaron más tarde sus innumerables enemigos.

Quizá merezca la pena señalar que Vladimir no era en absoluto un “niño prodigio”, un término quizás reservado para su hermana menor, Olga. Había crecido como un niño normal y sano, quizá con algún retraso en los primeros años. Según cuenta Elisarova, aprendió a leer con su madre a los cinco años, e incluso al mismo tiempo que su hermana pequeña, Olga. Hay que reconocer que esto significaba que la pequeña había empezado a leer demasiado pronto. Quizá habría que añadir al menos seis meses o un año. Como especialista en educación, Ilyá Nikoláyevich recibió muchos libros para niños. Sin embargo, cuando se trataba de leer y recitar poesía, era Olga la más apasionada; estaba muy emparentada con Vladimir en cuanto a su desarrollo intelectual, pero, en cuanto a su carácter, más cerca de Alejandro. Vladimir leía con fluidez, pero se alegraba de abandonar los libros infantiles por el bullicio. Amaba la vida a través del movimiento. De vez en cuando aparecían en el estudio de su padre nuevos aparatos de física y otros equipos que permitían a los niños comunicarse con los misterios de la ciencia en su tiempo libre. Sin duda, Vladimir era capaz de captar lo esencial en dos palabras. Desarrolló y adquirió criterio muy rápidamente.

A diferencia de Alejandro, que era muy atento con los miembros jóvenes de la familia, a Vladimir le gustaba poner a prueba su superioridad sobre ellos en diversas ocasiones. Cuando los niños, acompañados al piano por su madre, cantaban la canción de la cabra atacada por el lobo gris, Dimitri, que era muy sentimental, solía echarse a llorar.

Se intentaba hacerle comprender que no debía tomarse tan a pecho la historia de una cabra desconocida. Dimitri intentaba contenerse. Pero no se trataba de eso. El lobo gris estaba observando al propio Dimitri. En cuanto la canción llegaba a la parte crítica, Vladimir, con gestos y entonaciones contritos, terminaba la estrofa final: “Todo lo que le quedaba a la abuela eran cuernos y unicornios”, y el pobre Dimitri empezaba a sollozar.

Gracias a la madre, la música era muy popular en la familia. A los niños les encantaba cantar, o “gritar”, como decía la anciana criada, acompañados de su madre. Según la tradición, Vladimir no sólo era vivaz, sino que también tenía buen oído para la música. Las facultades musicales del niño, si es que existían, no se desarrollaron, al menos después. Pero su amor por la música le acompañó el resto de su vida.

El tutor Kalashnikov y la entonces profesora Kachkadamova prepararon a Vladimir para los exámenes de ingreso en el gimnasio. Kalashnikov recuerda a un muchacho de constitución fuerte, con el pelo rojizo rizado sobre una frente ancha, de aspecto no muy parecido al de los demás niños de la familia, más activo, rápido de entendederas y propenso a las burlas. Kalashnikov había adquirido la costumbre de pronunciar despacio y modulando, ya que habitualmente tenía que tratar con niños de otros países en la escuela local. El impaciente Vladimir, que no necesitaba este sistema, perseguía sin miramientos a su maestro. Este curioso rasgo demuestra que el sentimiento de respeto no estaba desarrollado en el joven y que había empezado pronto a probar sus pequeñas garras con otros que no fueran sus hermanos menores.

En 1878, cuando Vladimir tenía ocho años, los Ulianov se mudaron a una casa propia, una modestísima casa de madera con un huerto, que se convirtió en el centro de los cuidados y atenciones de toda la familia. Vladimir era quizá el más ágil y el más ansioso de todos por salir corriendo, regadera en mano, a trabajar en el huerto; se podría decir que tampoco era el último en disfrutar de los frutos. A los niños se les decía exactamente qué arbustos y árboles estaban reservados para ellos, cuáles debían guardarse para las provisiones de invierno o para el cumpleaños de su padre, y todos observaban estrictamente la disciplina de la glotonería. Una niña, en una visita, mordió con picardía una manzana que aún estaba sujeta al árbol y salió corriendo. Medio siglo después de esta catástrofe, A. Elisarova aún recuerda: “Para nosotros, un comportamiento tan bribón (!) era extraño e incomprensible”. Este juicio sorprendentemente pedante arroja luz sobre el espíritu patriarcal de la familia, donde la disciplina era mantenida de diferentes maneras, pero con gran éxito, tanto por la madre como por el padre. El espíritu de economía, la preocupación por el orden, el respeto al trabajo y sus frutos fueron asimilados por el futuro gran destructor desde sus primeros años. Aunque, por supuesto, habría sido incapaz de calificar de inocente travesura infantil el comportamiento de un pícaro, el descuido y el despilfarro por parte de los adultos le resultaron, en cualquier caso, profundamente antipáticos desde entonces.

A los trece años, Alejandro pensó en publicar una revista familiar semanal; al no sentirse apto para la profesión de escritor, asumió el papel de secretario de los editores y también proporcionó pasatiempos, jeroglíficos e ilustraciones. Con nueve años, Vladimir se convirtió en el principal colaborador de la publicación bajo el pseudónimo de Kubyshkin (barrilito). Incluso Olga, de siete años, colaboraba con sus garabatos. Se publicaba todos los sábados con un título apropiado (*Subbotnik*). Anna, que a los quince años ya conocía las obras del famoso crítico Belinsky, escribía artículos sarcásticos sobre un cuento del joven escritor Kuibyshkin. Vladimir escuchaba las críticas, pero no se ofendía lo más mínimo: aprendía y tomaba nota. Padre y madre también participaban en

estos debates literarios. Sus rostros se iluminaban de alegría al ver a sus hijos. “Estas veladas [escribe Elisarova] marcaban el punto álgido de nuestra intimidad familiar, ¡Qué recuerdos tan radiantes y alegres nos dejaron!”

A la edad de nueve años y medio, Vladimir fue inscrito en una clase elemental de un gimnasio. Ahora vestía uniforme “como Alejandro” y estaba bajo autoridad de los mismos profesores que llevaban librea con un águila bicéfala en los botones metálicos. Sin embargo, el carácter de Vladimir en su conjunto hacía que le resultara mucho más fácil que a Alejandro soportar el opresivo y falso régimen del liceo. Ni siquiera los estudios clásicos fueron una carga para él: el futuro escritor y orador pronto adquirió gusto por los antiguos maestros de la palabra hablada. Vladimir aprendía con extraordinaria facilidad. Este muchacho inquieto y bullicioso, cuya mente abarcaba un amplio horizonte intelectual, poseía el don de la atención concentrada en un grado inigualable. Sentado inmóvil ante su pupitre, asimilaba todas las explicaciones de los profesores y las absorbía; de este modo, una lección por aprender se convertía ya para él en una lección aprendida. Cuando llegaba a casa, completaba rápidamente los deberes para el siguiente día. Mientras los dos mayores se sentaban a trabajar en la gran mesa del comedor, Vladimir ya seguía con su ajetreada vida, armando jaleo, parlotando y tomando el pelo a los más pequeños. Los mayores protestaron. La autoridad de su madre no siempre era suficiente. Vladimir andaba a cuatro patas. A veces, si el padre estaba en casa, llevaba al pequeño alborotador a su estudio para ver si ya había terminado sus lecciones. Pero Vladimir respondía sin vacilar. El padre sacaba los viejos cuadernos y examinaba los conocimientos del niño sobre todo el plan de estudios. Una vez más, Vladimir era imbatible: las palabras en latín estaban firmemente fijadas en su memoria. El padre no sabía si alegrarse o consternarse: realmente el chico se zafaba de los estudios con demasiada facilidad, y era posible que sin desarrollar la voluntad de trabajar...

Cuando volvía del gimnasio, Vladimir contaba a sus padres los acontecimientos del día, hablando sobre todo de las preguntas que le habían hecho sobre las distintas asignaturas y de las respuestas que había dado. Como sus éxitos habían llegado a ser bastante uniformes, pasaba a paso ligero por delante del estudio de su padre y daba su informe en dos palabras: “Griego, muy bien; alemán, muy bien”. Al día siguiente o al otro, lo mismo: “Latín, muy bien; álgebra, muy bien”. Padre y madre intercambiaban sonrisas de satisfacción a escondidas. A Ilyá Nikoláyevich no le gustaba elogiar abiertamente a los niños, sobre todo a aquel niño presuntuoso que lo aprendía todo con demasiada facilidad. Pero, por supuesto, los éxitos de los niños añadían una nota de alegría a la vida familiar. Por las tardes, todos se reunían alegremente en torno a la gran mesa de té. Ilyá Nikoláyevich no había perdido el gusto por las bromas y las anécdotas escolares. Había muchas risas, y el principal animador era a menudo el director de las escuelas primarias. La institutriz Kachkadamova cuenta que: “en esta familia tan unida una se siente reconfortada y a gusto, Vladimir y su hermana Olga eran los más habladores. Sus voces alegres y sus risas contagiosas resonaban por toda la casa.”

La voz de Vladimir, hay que reconocerlo, era a veces demasiado alta. Como el chico era muy disciplinado dentro de las paredes del liceo, la tensión nerviosa acumulada se liberaba inevitablemente en casa, y no siempre para gran tranquilidad de su familia. Su comportamiento dentro de la familia era muy desigual, dependiendo de si su padre estaba en casa o no. Vladimir temía claramente a su padre, que no sólo era capaz de jugar infantilmente con sus hijos, sino también de mostrar rigor de vez en cuando. Elisarova cree que el agobiado padre no tenía suficientemente en cuenta la individualidad de los

niños, en particular la de Alejandro, pero que, no obstante, su sistema de enseñanza era “bastante justo” con Vladimir, como contrapeso a “su gran presunción y su carácter seguro”. Recogemos con gratitud estas preciosas migajas, y sólo lamentamos que sean tan pocas. ¿Formaba parte sistema de Ilyá Nikoláyevich abstenerse tanto de elogiar como de castigar? inspector de escuelas primarias, escribió ya en 1872: “Los maestros abnegados no necesitan recurrir al castigo...”. Sin embargo, en su familia, este padre ¿aplicaba sus propios preceptos pedagógicos? No tenemos pruebas directas de ello. Los recuerdos familiares, como siempre, sin suavizar nada, insisten sin la menor reticencia en la igualdad de carácter y firmeza de la madre; tanto más natural es pensar que con el padre era diferente. El carácter autoritario de Ilyá Nikoláyevich, propenso a los arrebatos, no puede sino confirmar esta hipótesis. Toda familia tiene su otra cara. ¿Y puede ser diferente cuando está cargada de obligaciones que evidentemente la aplastan? Una buena familia no significa una familia irreprochable, sólo una que es mejor que otras colocadas en las mismas condiciones. La familia Ulianov era una buena familia, de espíritu conservador, una familia provinciana con intereses serios y un ambiente sano. Los padres vivían en perfecta armonía, y los hijos no estaban expuestos en absoluto a la influencia desmoralizadora de las disputas o conflictos entre padre y madre. La existencia de los mayores, sobre todo de Alejandro, favorecía el desarrollo de los más pequeños. Aunque Vladimir enfermaba a veces durante sus primeros años escolares, su cuerpo era lo bastante fuerte y se desarrollaba bien. Debido a sus habilidades, no era cuestión de forzar demasiado sus fuerzas. Creció como un joven roble, echando profundas raíces y alimentándose abundantemente de aire y savia. Cómo no decir: ¡feliz infancia!

El verano en Kokushkino, la tierra natal de la madre, era, como para todos los niños, más o menos privilegiados, la mejor época año. Allí, tras una larga separación se reunían muchos primos y primas, se organizaban interminables juegos y largos paseos, y se formaban amistades infantiles o pasiones amorosas. Vladimir era el más animado en los juegos, sobre todo en las competiciones de todo tipo. En Kokushkino, conoció de cerca el mundo de los campesinos, e incluso una o dos veces se le dejó ir con los pastores a vigilar los caballos por la noche. El literato Kuybyshkin estaba lejos de pensar que esos contactos con el pueblo serían interpretados, medio siglo más tarde, ¡como el origen de la idea de un sindicato de obreros y campesinos! Pero no cabe duda de que, en la mente particularmente receptiva de un chiquillo, esos fugaces encuentros vacacionales acumularon una preciosa reserva de sensaciones que habrían de fructificar más tarde.

Cuando Alejandro II fue asesinado, Vladimir estaba en su segundo año de escuela, no llegaba a los once años. A esa edad, de hecho, Alejandro ya leía a Nekrassov y meditaba a su manera sobre el destino de los oprimidos. Pero su padre no animaba a sus hijos pequeños a leer literatura “radical”. Ya había una corriente de reacción en el ambiente, cuyo aliento se sentía no sólo en el gimnasio, sino también en la familia. Se puede afirmar que el interés de Vladimir por la política no se despertó hasta que terminó sus estudios en el liceo. El acontecimiento del 1 de marzo de 1881, con los funerales y discursos que le siguieron, no le afectó más que la emoción de un incendio o una catástrofe ferroviaria. El hijo del director de las escuelas primarias, educado en el espíritu de la disciplina y la fe ortodoxa, aún no había empezado a dudar de la rectitud de las cosas tal y como son. Es interesante señalar que su futuro camarada de lucha más cercano, Julius Zederbaum (Mártov), que más tarde se convertiría en el líder de los mencheviques y en un adversario irreconciliable, fue educado en una familia judía liberal de Odessa y, a la edad de ocho años, reaccionó sin duda con más fuerza que Vladimir ante el

acontecimiento del 1 de marzo. En la cocina oyó hablar de los nobles que habían asesinado al “Emancipador”; en el salón, de los locos que soñaban con conquistar la libertad con bombas. Los pogromos antisemitas que marcaron el inicio del nuevo reinado marcaron el rumbo político de Julius, un niño impresionable y superdotado, desde muy pequeño. Vladimir, en cambio, con su alegría y su actividad, pronto tuvo que sacudirse la impresión causada por el extraordinario acontecimiento que había tenido lugar en unas alturas inaccesibles y que no tuvo ningún efecto sobre él personalmente ni sobre sus allegados. Se limitó a pasar al orden del día: “Aritmética, muy bien; latín, muy bien...”.

Su padre se equivocaba al preocuparse, Vladimir no presumía demasiado de sí mismo; al contrario, cuanto más progresaba, más se controlaba. Durante un tiempo fue muy aficionado al patinaje, pero como se sentía inclinado a dormir después del deporte en el aire helado, abandonó el patinaje en beneficio de sus estudios. Relatando este episodio según el propio Lenin, Krúpskaya añade: “Vladimir Ilich, desde su más tierna juventud, supo deshacerse de todo lo que le estorbaba. Como ya sabemos, su atención, dispersa en una variedad de temas, era capaz de concentrarse y, en última instancia, tomar una dirección utilitaria. Era muy bueno observando en los demás no sólo sus debilidades y lados cómicos, sino también los rasgos fuertes de carácter de los que él carecía. Quizá no siempre los señalaba: Vladimir había aprendido de su padre a no ser demasiado rápido en los elogios, pero era tanto más aficionado a captar los rasgos positivos de los demás. Los demás miembros de su familia trabajaban de forma más diligente y metódica que él, especialmente Alejandro. El ejemplo del mayor nunca abandonaba su horizonte. Desde que Ilyá Nikoláyevich había comprado una casa, los dos hermanos vivían en habitaciones contiguas en el entresuelo, alejados de los demás. Sumido en sus pensamientos, Alejandro, se diría que pasaba a menudo por delante de su ruidoso y displicente hermano menor sin detenerse. Pero Vladimir observaba atentamente a Alejandro y seguía su ejemplo. Y así permaneció hasta que el hermano mayor se marchó a la universidad, cuando el menor entraba en su quinto año de estudios. Esta proximidad había tenido una influencia beneficiosa en Vladimir: le había enseñado a multiplicar sus habilidades gracias a esa asiduidad. Además, mientras Alejandro se ganaba el afecto de todos con su amable reserva, Vladimir, al igual que su padre, se distinguía por una gran irritabilidad que le causaría muchos contratiempos. Al llegar a la adolescencia, intentó ser “como Alejandro”. Pero no fue fácil, porque sus arrebatos de ira delataban un temperamento indomable. Cuando la hermana mayor escribió: “En sus años más maduros, ya no observamos, o casi no observamos en absoluto, arrebatos por su parte”, no estaba huyendo de alguna exageración. Pero no cabe duda de que Vladimir aprendía con éxito a disciplinarse.

Había en la casa un juego de ajedrez, cuyas piezas habían sido torneadas por el padre en Nizhni Nóvgorod, y que poco a poco se había convertido en una especie de reliquia. Por la parte masculina, empezando por el padre, se dedicaban con ardor a la casuística desinteresada de este antiguo juego, en el que la superioridad de ciertas facultades intelectuales, en verdad no las más elevadas, encuentra su expresión y satisfacción más inmediatas. Los hijos siempre respondían con entusiasmo a la invitación de su padre a jugar, pero la balanza de poder se inclinaba cada vez más a favor de la generación más joven. Alejandro había comprado un manual de ajedrez y, con su característica y tranquila perseverancia, había estudiado a fondo la teoría del juego. Al cabo de un tiempo, Vladimir siguió su ejemplo. Estaba claro que los hermanos habían tenido mucho éxito, porque una noche, cuando Vladimir subía las escaleras, se encontró

con su padre que volvía del entresuelo con el manual, claramente con el objetivo de armarse mejor para futuros duelos.

Pero si hay una pausa, el trabajo lleva su tiempo. Siguiendo los pasos del programa del liceo, Vladimir progresaba sin dificultad y siempre recibía recompensas. Sólo en séptimo se produjo un conflicto entre él y el profesor de francés, un individuo ignorante y ridículo al que Vladimir había hecho blanco de sus burlas. La imprudencia de Vladimir fue castigada: el francés le puso una mala nota para el trimestre. Ilyá Nikoláyevich se conmovió y Vladimir prometió firmemente poner fin a los experimentos arriesgados. El incidente no tuvo consecuencias. La dirección de la escuela no vio en esta insolencia hacia un profesor al que no respetaba una señal de un estado de ánimo reprobable. Y, por el momento, tenía razón.

En los anales del gimnasio de Simbirsk, Vladimir Ulianov eclipsó obviamente a Alejandro. En el terreno de los gustos y predilecciones intelectuales, los hermanos mostraban diferencias llamativas e interesantes. Alejandro no era muy dado a las disertaciones; al contrario, sólo las redactaba breves y áridas. Los frenos interiores que hacían tan atractivo su carácter le impedían expresarse. Odiaba las frases hechas, y todo lo que fuera más allá de lo necesario en una conversación le estorbaba. Su pensamiento, honesto hasta la timidez, carecía de flexibilidad. Y como, aunque poseía un notable sentido crítico, carecía de don literario, redujo sus redacciones a un mínimo ascético.

Vladimir, en cambio, se había distinguido en clase como “literato”. Tampoco él sentía predilección por el estilo en sí. Al contrario: era tan ajeno a los adornos superficiales en literatura como en la ropa. Su sano apetito intelectual no necesitaba condimentos. Pero la sequedad literaria de Alejandro no era propia de Vladimir. La fuerte y agresiva confianza en sí mismo de Vladimir, que alarmaba a su padre y de vez en cuando disgustaba a su hermano mayor, no flaqueaba ni siquiera en el campo de la escritura creativa. Cuando se ponía a escribir una composición, no en el último momento sino con tiempo suficiente, sabía de antemano que diría todo lo que había que decir y de la manera que tocaba. Tras elegir un lápiz de mina dura y afilarlo finamente para que los caracteres aparecieran con trazos finos sobre el papel, esbozaba, en primer lugar, su plan para asegurarse de que sus pensamientos estuvieran plenamente desarrollados. A continuación, rodeaba el esquema con anotaciones y citas extraídas no sólo de libros de texto, sino también de otros libros. Una vez terminado el trabajo preparatorio, numeradas las anotaciones, fijadas la introducción y la conclusión, la composición era casi evidente en el papel; sólo quedaba limpiar cuidadosamente el trabajo. El profesor de letras Kerensky, que también era director del liceo, era un gran admirador de este vigoroso y pelirrojo prosista, ponía su trabajo como ejemplo y le recompensaba con la máxima nota. En sus reuniones con los padres (y las relaciones entre Kerensky y los Ulianov eran amistosas), el director del gimnasio no perdía ocasión de elogiar a su alumno.

En cuanto a las ciencias naturales, Vladimir fue bastante frío durante sus años de gimnasio: como su hermano mayor, no iba a cazar mariposas ni a pescar, no ponía trampas para pájaros y no acompañaba a Alejandro en sus excursiones estivales en canoa. Su amor por la naturaleza no se desarrolló hasta más tarde. Su propia naturaleza, con sus dones y posibilidades en constante expansión, absorbió demasiada de su atención en aquellos años de despertar espiritual y crecimiento temprano. Se dedicó a la literatura, la historia y los clásicos latinos, es decir, a la esfera del saber que concierne directamente al hombre y al ser humano. Sin embargo, sería inexacto definir la naturaleza general de sus intereses como los de un *humanista*. La palabra huele demasiado a diletantismo, lugares comunes

y citas bonitas. Sin embargo, el pensamiento de Vladimir estuvo impregnado orgánicamente de un profundo sentido del realismo desde una edad temprana. Sabía observar, captar y casi espiar la vida en sus diversas manifestaciones, tenía un gusto muy agudo por los hechos en toda su materialidad, y buscaba con recelo el envés de las apariencias engañosas, igual que en su infancia había tratado de alcanzar el misterio más íntimo de los juguetes, de los caballitos. Su preferencia por las ciencias en la escuela primaria no era tanto un reflejo de la tendencia esencial de su intelecto como de una cierta etapa en su desarrollo. Ni la literatura ni la historia, y menos aún la filosofía clásica, entraron posteriormente en el círculo inmediato de sus intereses intelectuales. Poco después de graduarse en sus estudios en el liceo, pasó a la anatomía de la sociedad, es decir, la economía política.

Hasta ahora no hemos dicho nada sobre la actitud de Vladimir ante la religión. Y no ha sido por casualidad: la cuestión de la ortodoxia y de la Iglesia no se presentó a su conciencia de manera crítica hasta en el último período sus estudios secundarios. El hecho de que sea tan inverosímil como parece, y sin embargo muy explicable por las condiciones del entorno, de la época y de su carácter personal, parece molestar a los biógrafos oficiales. Para llegar a la verdad, hay que superar un montón de obstáculos. Por otra parte, el ejemplo de la ruptura del joven Lenin con la leyenda del cristianismo puede ayudarnos a discernir claramente cómo surgió y se desarrolló la leyenda leninista.

El ingeniero Krzhijanovsky, conocido activista soviético, escribió: “solía contarme [Lenin] que en su quinto año en el gimnasio había acabado de repente con todas las cuestiones de religión: había deshecho de cruz que llevaba al cuello como la mayoría de los rusos y la había lanzado a la basura”. Krzhijanovsky escribió sus recuerdos sobre Lenin (al que había estado unido en su juventud a través de la actividad revolucionaria, el encarcelamiento y la deportación) unos treinta años después de la conversación a la que se refiere. ¿Es cierto que la crisis de conciencia religiosa de Vladimir se produjo en su quinto año en la escuela, y es cierto que la pequeña cruz fue arrojada entonces “a la basura”, o Lenin simplemente utilizó una de las fuertes metáforas a las que se inclinaba en la conversación? Para resolver estas cuestiones, el testimonio tardío de Krzhijanovsky necesita, como veremos, ser seriamente verificado: después de tanto tiempo, la memoria distorsiona no sólo la experiencia de los demás, sino incluso lo que uno mismo ha experimentado. Tanto más sorprendente es la versión arreglada del testimonio de Krzhijanovsky por otro viejo bolchevique, uno de los líderes de la historiografía del partido: según Lepechinsky, en cuanto Vladimir llegó a la conclusión de que “no hay dios”, “se arrancó la cruz del cuello, escupió despectivamente sobre la reliquia sagrada y la arrojó al suelo”. Podrían darse otras variantes, describiendo cómo Vladimir no sólo arrojó la cruz al suelo, sino que también la pisoteó. Las razones pedagógicas para la libre interpretación del texto fundamental las formula muy claramente Lepechinsky en una revista para jóvenes: los jóvenes comunistas (komsomols) deben saber cómo el joven Lenin se deshizo de los prejuicios religiosos, “a su manera, como *un verdadero Ilich*, revolucionariamente...”. Otros memorialistas y comentaristas nos muestran, no tanto a Lenin en sus primeros años, sino a ellos mismos (¡ay!) en sus años de decadencia.

Krúpskaya, que conoció a Lenin al mismo tiempo que Krzhianovsky y Lechinsky, no dice nada en sus propias memorias sobre la cuestión de la religión y la Iglesia. “La nocividad de la religión”, escribió en sus conocidas *Memorias*, “era algo que Ilich había comprendido desde los quince años. Se deshizo de la cruz y dejó de ir a la iglesia. Entonces no era tan sencillo como ahora”. Como para justificar a Lenin por haber roto

demasiado tarde con la religión ortodoxa, Krúpskaya comete un error sobre su edad: si esto ocurrió durante su quinto año de escuela, Vladimir no tenía quince años, sólo catorce. Todas estas versiones, que no concuerdan entre sí, se han reproducido innumerables veces. Sin embargo, sobre el asunto en cuestión, hay un testimonio que no sólo es incomparablemente convincente, sino que además es un documento absolutamente auténtico.

A. Elisarova es la única testigo viva que puede hablar de la evolución de Vladimir, no a partir de una frase fugaz o una conversación de una época muy reciente, sino de sus propias observaciones, que vivió en relación con todas las circunstancias del pasado de la familia y, en consecuencia, con infinitas mayores garantías de autenticidad en cuanto a los hechos y la psicología. Parece que deberíamos empezar por escucharla. En el invierno de 1886, unidos por la pérdida de su padre, la hermana y el hermano salían juntos a pasear con frecuencia, y Ana observó que Vladimir “tenía un estado de ánimo muy hostil hacia la dirección y la enseñanza del liceo, así como hacia la religión”. Su hermano no le dijo nada sobre la pequeña cruz arrojada a la basura. El testimonio de Elisarova nos será útil en el futuro. Baste señalar ahora que hasta que Vladimir cumplió diecisiete años su hermana no se topó con algo nuevo en él. Por el momento, basta señalar que no fue hasta que Vladimir estaba en su decimoséptimo año que su hermana topó con algo nuevo en él, una actitud negativa hacia la religión, que ella creía vinculada a su rebelión contra las autoridades del liceo. Como para excusar este desarrollo tardío en comparación con los nuevos tiempos, Elisarova escribe: “En aquella época, los jóvenes, especialmente en una provincia remota, ajenos a la vida social, no adoptaban tan pronto una postura política”. Aparte de este valioso testimonio de Elisarova, en cuyos recuerdos podemos confiar, en el caso que nos ocupa, tanto más cuanto que, tras varios meses de separación, los cambios en el estado de ánimo y las ideas de su hermano debieron ser obvios para ella, tenemos aún otro testimonio, esta vez absolutamente incontestable: el del propio Lenin. En la hoja de encuesta del partido, meticulosamente rellena por él de su puño y letra, a la pregunta: “¿Cuándo dejó de creer en la religión?”, respondió: “A los dieciséis años”. Lenin sabía ser exacto. Pero su declaración, que concordaba perfectamente con el testimonio de la hermana mayor, no fue bien recibida, pues evidentemente no era suficientemente edificante para la educación de los komsomols.

Lo que dice Elisarova sobre el tardío desarrollo político de la juventud en una provincia perdida sólo es cierto en parte, y en cualquier caso insuficiente. Según su propio relato, Alejandro se había apartado antes de la Iglesia. Esta diferencia entre los dos hermanos no tiene nada de enigmática. Cuando Alejandro pasó por el gimnasio, el ateísmo combativo se había apoderado de la intelectualidad avanzada e incluso se abría paso entre las filas del profesorado del liceo. En los años ochenta, por el contrario, la “instrucción religiosa y moral” impuesta desde arriba por Pobedonostsev fue bien acogida por la reacción ideológica, incluso en la sociedad más culta. Pero no debemos perder de vista la diferencia física de sus individualidades. Introspectivo y extremadamente sensible a todas las mentiras, Alejandro podría y debería haber despertado antes al espíritu de crítica y descontento. En cuanto al jovial Vladimir, su ardor le impidió, durante un tiempo, prestarle oídos a la duda. No se encontraba profundidad mística en la actitud religiosa de Vladimir. Para él, su relación con la Iglesia era simplemente parte de su vida familiar y escolar, en la que nadaba como pez en el agua, disfrutando de éxitos, juegos y bromas. En cierto sentido, no tenía tiempo para ajustar cuentas con la tradición religiosa. Fue necesario un fuerte impulso exterior para que el trabajo interno de crítica, que ya había

acumulado un buen número de observaciones inconscientes, de repente pasase a primer plano. Este impulso iba a ser la muerte del padre, la primera muerte humana vista de cerca, y además la muerte un ser querido.

## *Una familia golpeada por el destino*

“Todas las familias felices se parecen [dijo Tolstoi]; por desgracia, cada familia es infeliz a su manera”. Durante casi veintitrés años, la familia Ulianov vivió una vida feliz y se parecía a las demás familias en las que reinaban la armonía y la prosperidad. En 1886 sufrió su primer golpe: la muerte de su padre. Pero las desgracias nunca vienen solas. A la primera siguieron pronto otras: la ejecución de Alejandro, la detención de Anna. Y muchas más desgracias vendrían después. A partir de entonces, amigos y extraños empezaron a considerar a los Ulianov como una familia desgraciada. Y en efecto, llegaron a ser infelices, pero a su manera...

Cuando Ilyá Nikoláyevich cumplió veinticinco años de servicio, el ministerio sólo le concedió un año más de servicio, en lugar de los cinco años que se concedían a la mayoría de los funcionarios superiores. Iliá Nikoláyevich vio con amargura cómo se despreciaban sus méritos. Cuando Elisarova especula con que el padre fue hostigado, o más exactamente, fue necesario hacerlo, por su excesivo celo por la educación pública, obviamente va demasiado lejos: el ministro que se negó a mantener a Ulianov otros cinco años fue Sabúrov “el liberal” que, en 1880, iba a representar la “dictadura del corazón” en el ámbito de la educación pública. También es posible que, deseoso de renovar la plantilla, Saburov empezara por eliminar a los eméritos rutinarios, y que Iliá Nikoláyevich se encontrara, por un descuido ministerial, incluido en esta categoría. Sin embargo, el propio Saburov se vio pronto obligado a dimitir, al igual que su jefe Loris-Melikov, y el sucesor de Saburov, tras examinar el asunto, mantuvo a Ulianov en el cargo otros cinco años. No cabe duda de que a Iliá Nikoláyevich le costó soportar estas tribulaciones inesperadas. Su prematura jubilación amenazaba no sólo con apartarle de su trabajo habitual, sino también con causar penurias materiales a su familia.

En realidad, el cambio de rumbo del gobierno en materia de educación se produjo tras la jubilación de Ulianov. El zemstvo cayó en desgracia y, con él, las escuelas del zemstvo. En 1884, al mismo tiempo que se elaboraban nuevos estatutos universitarios, se promulgaron decretos sobre las escuelas parroquiales. Ilyá Nikoláyevich no simpatizaba con esta reforma: no por hostilidad a la Iglesia, por supuesto (al contrario, puso mucho empeño en que el catecismo se enseñara regularmente en los zemstvos), sino por devoción a su tarea de educador. A medida que los vientos de la reacción soplaban con más fuerza, el director de las escuelas primarias de Simbirsk, debido al cuidado que ponía en la educación popular, se encontró involuntariamente en desacuerdo con el nuevo rumbo. Lo que en un principio había sido mérito suyo, ahora parecía echársele en cara. Se vio obligado a dar un paso atrás y adaptarse. El trabajo de toda su vida se derrumbó al mismo tiempo. De vez en cuando, Iliá Nikoláyevich contaba a los niños más mayores las desastrosas consecuencias de la lucha revolucionaria, que había producido reacción en lugar de progreso. Tal era el estado mental de la mayoría de los trabajadores culturales pacíficos de la época. Nazarev, un noble terrateniente de Simbirsk, envió al redactor jefe

de la revista liberal *Vestnik Evropy* (El Mensajero de Europa) su corresponsalía habitual, añadiendo confidencialmente sobre Ulianov: “No goza de las atenciones del gobierno y está lejos de prosperar”. A Iliá Nikoláyevich le resultaba difícil, aunque se resignaba, soportar el acoso del gobierno a las escuelas populares. La alegría de antaño había desaparecido. Los últimos años de su vida estuvieron envenenados por la incertidumbre y la ansiedad. Cayó enfermo repentinamente en enero de 1886, justo cuando redactaba su informe anual. Alejandro estaba en Petersburgo, enfrascado en una disertación sobre zoología. Vladimir, al que sólo le quedaban dieciocho meses para dejar el gimnasio, ya estaba pensando en la universidad. Anna había vuelto a casa para las vacaciones de Navidad. Nadie en la familia (y tampoco el médico) consideraba grave la enfermedad de Ilyá Nikoláyevich. Él seguía trabajando en su informe, y su hija le leía unos papeles, cuando de repente se dio cuenta de que su padre empezaba a delirar. A la mañana siguiente, el día 12, el paciente no entró en el comedor, sino que sólo se acercó a la puerta y se asomó. “Era como si hubiera venido a despedirse”, escribió más tarde María Alexandrovna en sus memorias. Hacia las cinco la tarde, su madre, preocupada, llamó a Anna y Vladimir. Ilyá Nikoláyevich estaba tumbado en el sofá que le servía de cama, ya agonizando. Los niños vieron a su padre estremecerse varias veces y luego calmarse para siempre. Aún no había cumplido los cincuenta y cinco años. El médico determinó que la causa de la muerte, “hipotéticamente, con la mayor probabilidad”, era una hemorragia cerebral. Este fue el primer golpe cruel para la familia Ulianov.

“El funeral del padre demostró lo popular que era en Simbirsk.” Los discursos y comentarios enumeraron, como es habitual, los méritos de Ulianov en el campo de la educación. Los recuerdos más calurosos fueron los de los maestros de Simbirsk. El director había sido exigente con ellos, a veces incluso riguroso, pero había hecho todo lo posible por mejorar su situación material. “No habrá otro Ilyá Nikoláyevich”, decían al dispersarse tras el funeral.

Anna se quedó un tiempo en Simbirsk para hacer compañía a su madre. Fue durante este período invernal cuando se produjo el conocido acercamiento entre la hermana mayor y Vladimir, con los paseos juntos y las largas conversaciones durante las cuales el hermano se reveló ante ella como un contestatario, habitado por un espíritu de negación, que todavía sólo se revolvía contra “los dirigentes y la enseñanza en el gimnasio, así como la religión”. Durante las vacaciones del verano anterior, este estado de ánimo aún no existía.

La muerte del padre interrumpió bruscamente el arrullo de la vida familiar, cuyo bienestar parecía que no iba a tener fin. ¿Cómo no suponer que fue precisamente este golpe el que dio un nuevo rumbo crítico a los pensamientos de Vladimir? Las respuestas del catecismo a las preguntas sobre la vida y la muerte debieron parecer miserables y degradantes frente a la rigurosa verdad de la naturaleza. Si realmente tiró su crucecita a la basura o, más probablemente, si el recuerdo de Krzhijanovsky transformó una expresión imaginaria en un gesto físico, una cosa está clara: Vladimir iba a romper con la religión bruscamente, sin largas vacilaciones, sin ningún intento de conciliar verdad y mentira, con una audacia juvenil que, por primera vez, le dio alas.

Alejandro llevaba toda la noche trabajando cuando recibió la inesperada noticia de la muerte de su padre. “Durante varios días lo dejó todo”, cuenta uno de sus compañeros, “iba de un rincón a otro de su habitación como un herido”. Pero conforme al espíritu de esta familia, donde los sentimientos fuertes iban de la mano de la disciplina, Alejandro no se rindió. No se separó de la universidad ni se fue corriendo a Simbirsk,

sino que se recompuso y retomó sus estudios. Unas semanas más tarde, su madre recibió una carta suya, breve como siempre: “Por mi estudio zoológico sobre los gusanos anillados, me han concedido la medalla de oro”. María Alexandrovna lloró, combinando la alegría por su hijo con el dolor por la pérdida de su marido.

A partir de entonces, tuvieron que vivir de la pensión de la madre, y quizás también de algunos pequeños ahorros que les dejó su padre. Se apretujaron en la casa y acogieron inquilinos. Pero la organización de la vida seguía siendo la misma. María Alejandrovna cuidaba de los más pequeños y esperaba a que el mayor terminara la universidad. Todos trabajaban. Vladimir daba satisfacciones con sus éxitos, pero preocupaciones con sus excesos. Y así transcurrió el año de luto. La vida ya se movía en una nueva dirección, más estrecha, cuando la familia recibió un golpe totalmente inesperado y de doble impacto: el hijo y la hija fueron acusados en relación con un complot para matar al zar. Daba miedo incluso pronunciar tales palabras.

El 1 de marzo, Anna fue detenida en la habitación de su hermano, donde había aparecido justo cuando se había iniciado el registro. Sumida en una terrible incertidumbre, la joven fue encarcelada por un asunto en el que no había tomado parte. ¡Así que en eso andaba Alejandro! Habían crecido codo con codo, habían jugado en el estudio de su padre con la barra de cera y el imán, a menudo se habían quedado dormidos escuchando a su madre tocar música, habían estudiado juntos en Petersburgo, ¡y ella sabía tan poco de él! Cuanto mayor se hacía Alejandro, más se distanciaba de su hermana. Anna recordaba con amargura cómo Alejandro, cuando iba a visitarlo, sólo soltaba su libro con visible pesar. Nunca le confiaba sus pensamientos. Con cada nueva información sobre las infames acciones de las autoridades zaristas, se volvía más oscuro y más retraído en sí mismo. “Incluso entonces, un observador perspicaz podría haber predicho su camino...” Pero Anna no era una observadora perspicaz. En el último año, Alejandro se negó a quedarse con ella, explicando a un amigo que no quería comprometer a su hermana, que no mostraba ninguna inclinación por la acción social. En invierno, Alejandro fue sorprendido por Anna cuando sostenía unos objetos extraños. No tenía ni idea de que fueran explosivos. Pronto se encontró con una reunión de conspiradores en su piso. Pero los amigos de él no eran los amigos de ella. No la iniciaron en nada. Uno de los últimos días, el 26 de febrero, cuando su alma estaba sumida en una angustia mortal, Alejandro se presentó inesperadamente en su casa, se sentó, reflexionó, esperó, como si esperara el milagro de un acercamiento. Pero no comprendía el estado de ánimo de su hermano y trataba de hablar con él de cosas frívolas. El milagro no se produjo y Alejandro se marchó, retraído, extraño, condenado. Y ella seguía lamentándose de que le ocultara algo. Sólo cuando estuvo en la cárcel se dio cuenta de que su hermano había venido a verla para hacer un último llamamiento y que ella no le había dado lo que esperaba. Desde niña, estaba acostumbrada a buscar la aprobación o la culpa en Alejandro. Ahora sentía claramente que no había obtenido la aprobación, y que esta vez era para siempre. Escribió a su hermano de una prisión a otra: “No hay nadie mejor ni más noble en la tierra que tú”. Pero el tardío gemido de confesión no llegó a su destino.

A propósito de la detención de Alejandro y Anna, un pariente de los Ulianov que vivía en Petersburgo escribió a la antigua institutriz de los niños, pidiéndole que advirtiera a la madre con cuidado. Frunciendo sus jóvenes cejas, Vladimir permaneció largo rato en silencio, considerando la carta de Petersburgo. El rayo había arrojado una nueva luz sobre el rostro de Alejandro. “Pero se trata de un asunto serio [dijo]. Podría acabar mal para Alejandro”. Evidentemente, no dudaba de la inocencia de Anna. La tarea de preparar a su

madre para esta noticia recayó en él. Pero su madre, habiendo adivinado que algo andaba mal desde las primeras palabras, exigió la carta e inmediatamente comenzó los preparativos para su partida. No había ferrocarril desde Simbirsk, así que tuvieron que ir en coche hasta Syzran. Por razones de economía y seguridad durante el viaje, Vladimir se dispuso a buscar un compañero de viaje para su madre. Pero la noticia de los hechos ya se había extendido por la ciudad; todo el mundo les trataba con miedo y cautela, nadie aceptaría viajar con la madre de un terrorista. Vladimir había aprendido la lección. Aquellos días desempeñaron un papel importante en la formación de su carácter y sus inclinaciones. Volvió a ver al joven severo y taciturno que solía encerrarse en su habitación cuando no estaba cuidando de los pequeños que le habían sido confiados. Así que aquí estaba él, químico incansable, este observador de los gusanos anillados, este hermano silencioso, ¡tan cercano y a la vez tan desconocido! Cuando tenía que hablar con Kachkadamova sobre el desastre, Vladimir repetía: “¡Pues bien, es Alejandro no podía hacer otra cosa!” La madre venía a ver a sus hijos en breves visitas, les contaba las medidas que había tomado y esperaba que Alejandro fuera enviado a prisión de por vida. “Entonces me iré con él, mis hijos mayores ya son mayores, y me llevaré a los pequeños.” Ya no eran una catedral y la fama de un erudito, sino las cadenas y el as de diamantes de un traje de presidiario lo que se había convertido en el objeto de sus esperanzas.

María Alexandrovna no consiguió reunirse con su hijo hasta el 30 de marzo, un mes después de su detención. Alejandro lloró, abrazó sus rodillas, le suplicó que le perdonara, se justificó diciendo que, aparte de sus deberes familiares, tenía otro deber para con la patria, e intentó preparar a su madre para el destino que le esperaba. “Hay que resignarse, mamá”, le dijo. Pero mamá no quería resignarse. Dejando a su hijo, iba a ver a su hija; dejando a su hija, iba a ver a las autoridades y a personas influyentes. Su dolor era inconmensurable, pero su valentía estaba a la altura de su dolor. No se rindió, llamó a todas las puertas, intentó devolver la esperanza a su hijo y dio esperanzas a su hija. Fue admitida para las sesiones del tribunal. En mes y medio de detención, Alejandro se había vuelto más viril, e incluso su voz tenía una nueva autoridad impresionante. El adolescente se había convertido en un hombre. “¡Cómo de bien habló Alejandro, tan persuasivamente, tan elocuentemente!” Pero la madre no pudo quedarse en la sala hasta el final de su discurso: la elocuencia le rompió el corazón. La víspera de la ejecución, aún esperanzada, repitió a su hijo a través de los dos barrotes de la sala de visitas: “¡Ánimo!” El 5 de mayo, de camino a ver a su hija, se enteró por una hoja que se vendía en la calle de que Alejandro ya se había ido. Nadie sabe qué sentimientos llevó consigo la desdichada madre hasta las rejas tras las que se encontraba Anna. Pero María Alexandrovna no cedió, no se derrumbó, no le contó el secreto a su hija. Cuando su hija le preguntó por su hermano, su madre respondió: “Reza por Alejandro”. Anna no podía ver la desesperación tras el coraje. ¡Con qué respeto los funcionarios de prisiones, que ya se habían enterado de la ejecución de Alejandro, permitían pasar ante ellos a esta mujer austera vestida negro! Su hija aún no sabía que el luto por su padre se había convertido ya en luto por su hermano.

Simbirsk estaba perfumada con las flores de sus jardines cuando llegó de la capital la noticia de que Alejandro Ulianov había sido ahorcado. La familia del consejero de estado, respetada por todos hasta entonces, se había convertido en la familia de un criminal ajusticiado por el estado. Conocidos y amigos, sin excepción, se alejaron de la casa de la calle Moscú. Incluso el buen maestro de escuela, que había venido muchas veces a jugar al ajedrez con Ilyá Nikoláyevich, ya no asomaba la nariz. Vladimir

observaba su entorno, su cobardía y su traición, con ojos penetrantes. Le proporcionó lecciones inestimables de realismo político.

Anna fue liberada pocos días después de la ejecución de su hermano; en lugar de enviarla a Siberia, las autoridades acordaron enviarla, bajo supervisión policial, a Kokushkino, la tierra natal de su madre. Para María Alexandrovna comenzó una nueva etapa. No sólo tuvo que reconstruir sus relaciones con el mundo exterior, sino también a sí misma. El lento y riguroso movimiento de la revolución rusa, que pasaba por encima de las jóvenes generaciones de la intelectualidad, estaba rehaciendo la educación de más de una madre conservadora. Las mujeres de la nobleza, la burguesía o la pequeña burguesía se vieron obligadas a pasar largas horas en las salas de visita de la gendarmería, en las fiscalías y en las conserjerías de las cárceles. No se convirtieron en revolucionarias, pero, en defensa de sus hijos, libraron su propia lucha contra el régimen, en la retaguardia del frente revolucionario. Hicieron más odiosas a las autoridades quejándose de su venganza y crueldad. La función maternal se convirtió en una función revolucionaria. De este medio surgieron figuras verdaderamente heroicas, con un ímpetu espiritual superior al de la evangélica mater dolorosa que sólo sabía postrarse ante la autocracia del cielo. María Alejandrovna se unió a la orden de las madres sufrientes y militantes durante los treinta años que le quedaban de vida.

Precisamente durante las semanas en que se decidía en la capital el destino de su hermano, el menor tuvo que preparar sus exámenes de fin de estudios en el liceo. Al igual que Alejandro tras la muerte de su padre, Vladimir sólo interrumpió su intenso trabajo durante unos días después de la ejecución de su hermano. El consejo pedagógico describió a la perfección el carácter de Ulianov en octavo curso: “Estudia con celo todas las asignaturas, especialmente las lenguas de la antigüedad”. En diez de las asignaturas del plan de estudios, Ulianov obtuvo la calificación de “muy bien”, solamente en lógica obtuvo la calificación de “bien”. ¿No fue porque Hegel, su futuro maestro, llamaba a la lógica escolar *dies tote Gebein* (ese miembro muerto) y comparaba despectivamente los silogismos con un juego infantil de paciencia? ¿O tal vez la lógica del futuro revolucionario ya se alejaba de lo “muy bueno” a lo “bueno” en relación con la lógica oficial? A pesar de la reciente reprimenda que había recibido de Petersburgo por haber concedido la medalla de oro y el diploma más laudatorio al futuro criminal Alejandro Ulianov, el consejo pedagógico no podía negarle a su hermano menor la medalla de oro: en sus exámenes finales, Vladimir obtuvo una nota de “muy bien” en todas las asignaturas. Cuando abandonó el liceo, tenía diecisiete años y dos meses.

Los zemstvos y la prensa de la época se quejaban de que el sistema de estudios clásicos estaba dando al país “hombres de pecho hundido, nerviosos, con espinas dorsales deformadas y mentes más bien débiles”. No es de extrañar: todo el sistema en sí estaba diseñado para deformar mentes y columnas vertebrales. Sin embargo, Vladimir Ulianov salió del gimnasio sano y salvo: aunque el barrilito había perdido mucho peso, su pecho estaba bien desarrollado, sus nervios estaban en buen estado y su mente, al igual que su columna vertebral, era fuerte y recta. Este adolescente no podía calificarse de guapo en absoluto: tenía la tez grisácea, ojos rasgados de mongol, pómulos prominentes, rasgos fuertes pero desiguales, pelo rojizo sobre una robusta cabeza. Pero los pequeños ojos marrones brillaban con perspicacia y astucia bajo las cejas rojas y el juego del rostro reflejaba fielmente la música de las fuerzas internas. En un grupo de estudiantes congelados ante la cámara, Vladimir no podía llamar la atención. En cambio, en una

conversación animada, en un espectáculo y, sobre todo, en el trabajo, era inevitablemente el primero, y el segundo quedaba muy por detrás de él.

Merece la pena reproducir íntegramente la evaluación oficial de Vladimir Uliánov por parte del director del gimnasio, Kerensky: “Altamente dotado, constantemente diligente y cuidadoso, Uliánov estuvo siempre a la cabeza de su clase y, al final de sus estudios, fue condecorado con la medalla de oro, habiéndose mostrado muy digno de ella por sus éxitos, su desarrollo y su conducta. Ni en el gimnasio ni fuera de él se supo nunca que Uliánov, de palabra o de obra, hubiera recibido algún juicio desfavorable de los jefes o profesores del liceo. La educación y el desarrollo moral de Uliánov fueron siempre cuidadosamente supervisados por sus padres y, a partir de 1886, tras la muerte de su padre, sólo por su madre, que dedicó todo su cuidado y energía a su educación. Esta educación se basaba en la religión y en una disciplina razonable. Los felices frutos de la educación familiar eran evidentes en la excelente conducta de Uliánov. Al observar más de cerca el estilo de vida familiar y el carácter de Uliánov, no pude evitar darme cuenta de que era excesivamente reservado y distante, incluso con los conocidos y, fuera del gimnasio, con los amigos que eran el orgullo de sus escuelas. La madre de Uliánov no tiene intención de perder de vista a su hijo durante sus estudios en la universidad”. El propio Kerensky, a juzgar por sus informes anuales, basaba la educación en “el desarrollo del sentimiento religioso, la deferencia hacia las personas mayores, la sumisión a las autoridades y el respeto a la propiedad ajena”. A la luz de estos principios irreprochables, no es fácil creer que el certificado ejemplar que expidió se refiriera al hombre que más tarde socavaría la religión, las autoridades y la propiedad. De hecho, el director del liceo era también un amigo íntimo de la familia Uliánov y, según Elisarova, quería dar de Vladimir una opinión favorable para ayudarlo a superar las dificultades a las que se enfrentaba en su carrera debido a lo que le había ocurrido a su hermano mayor. Pero cualesquiera que fueran los motivos de Kerensky, nunca habría decidido, delante de todo el consejo de enseñanza, ofrecer una opinión tan favorable de su alumno si no hubiera estado seguro de que correspondía a la realidad. El director actuaba tanto más seguro cuanto que su estrecha relación con los Uliánov, que sin duda no era casual, le había permitido completar las observaciones que había hecho sobre Vladimir en la escuela con las que había hecho en la familia.

La indicación de que la base de la educación familiar era “la religión y una disciplina razonable” la confirma la propia Elisarova en los siguientes términos: “Iliá Nikoláyevich era... un creyente profundamente sincero, y educó a sus hijos con este espíritu”, al mismo tiempo les exigía “subordinación hasta la pedantería”. Vladimir siguió siendo creyente hasta los dieciséis años. Y debido a las condiciones mismas del desarrollo de la opinión rusa y a los rasgos distintivos de todo su carácter, si conservaba sus convicciones religiosas, no podía albergar simultáneamente ideas destructivas en el campo de la política. Independientemente de lo que piensen los beatos de la revolución, debemos aceptar el hecho tal como es: el núcleo de la personalidad de Vladimir, aunque hinchado de jugos vitales, estuvo oculto durante un tiempo bajo la corteza protectora de la tradición. Vladimir había aprendido a refrenar su causticidad natural cuando era necesario, sobre todo después de su desventura con el “francés”. No iba en busca de aventuras y no le gustaba armar jaleo por nada. Sin renunciar a su individualidad, sabía cómo enfrentarse al régimen del gimnasio, contrarrestándolo con su resistencia moral, su ingenio y su buen humor.

Es cierto que, aproximadamente un año antes, Vladimir había dado la espalda a la religión, sentando así las bases para una revisión general de todas las concepciones tradicionales. Pero este proceso seguía desarrollándose en la oscuridad. Vladimir apenas empezaba a convertirse en “pensador crítico”. Al mismo tiempo, la sabiduría que había adquirido a través de la experiencia, a la edad de diecisiete años le enseñó a ocultar el cambio que se había producido en él a un maestro que le observaba de cerca. Por lo tanto, no hay razón para reprochar al digno director haber disfrazado sus sentimientos de súbdito leal en nombre de la amistad personal. Pueden surgir algunas dudas, no por los pasajes laudatorios, sino precisamente por los aspectos críticos del testimonio. Un estado temporal de depresión, debido a desgracias familiares, no debería, en ningún caso, permitirnos clasificar al adolescente franco y burlón como una persona retraída e inaccesible. Sólo habría que suponer que Kerensky padre, era tan mal psicólogo como más tarde demostró ser su hijo, si, bajo la fórmula bastante imprecisa de “reservado”, escondía otro rasgo que el director había notado, pero que no había sido capaz de comprender y llamar por su verdadero nombre. El problema, además, no era fácil. Detrás del comportamiento y el espíritu disciplinados de Vladimir, se percibía una especie de elemento psíquico inusual. También se manifestaba en sus relaciones con los jóvenes de su edad. Todo parecía ir bien, pero las cosas no eran del todo normales. Vladimir compartía sus conocimientos con los demás. Enseñó latín con éxito a su hermana mayor. Durante dos años trabajó sin remuneración con un profesor chuvasio, preparándole para el bachillerato. Le gustaba escribir redacciones para otros, intentando adaptarse al estilo de los demás. Pero nunca se llevó a nadie a casa. Vladimir Ulianov estaba separado de los jóvenes de su edad, incluso de los que “eran el honor de la escuela”, por una especie de tabique invisible que excluía tanto la intimidad como la familiaridad. Tenía excelentes relaciones con mucha gente, pero no era amigo de nadie. “Mi hermano [escribe Elisarova] se burlaba a menudo de sus compañeros y de algunos profesores”. Las burlas, hay que decirlo, eran certeras y no siempre salvaban los propios sentimientos; pero lo más grave era que marcaban una distancia entre el burlador y su víctima. “No tenía grandes amigos, ni siquiera en sus años de gimnasio”, admite Elisarova. La fanfarronería, la arrogancia y la jactancia eran completamente ajenas al niño, y luego al adolescente: las propias dimensiones de su personalidad ya descartaban tales faltas. Pero la enorme superioridad personal del futuro pescador de hombres se negaba a aceptar cualquier comparación que exigiera, si no igualdad, al menos cierta equivalencia. A pesar de su sociabilidad, Vladimir se mantenía distante. En la medida en que podía comprenderlo, el director había intuido ese rasgo de carácter que más tarde le valdría tantos reproches y reprimendas, hasta el momento en que finalmente se impuso. Tal vez sería más exacto verlo como una manifestación del genio. En el gimnasio, Vladimir Ulianov era el embrión de Lenin.

Kerensky no hablaba a la ligera de la intención de la madre de “no dejar marchar” a Vladimir por su cuenta. En el curso de las interminables gestiones de María Alexandrovna a favor de Alejandro, el jefe del departamento de policía le había dado el “consejo” de enviar a su hijo menor lo más lejos posible del foco de contagio de la capital, a una de las universidades más tranquilas de la provincia. Así pues, se decidió que Vladimir estudiara en Kazán. María Alexandrovna decidió trasladarse allí con toda la familia: quería creer que, bajo su protección, Vladimir no se dejaría llevar tan fácilmente por un camino desastroso. Además, quedarse en Simbirsk habría sido intolerable: todo allí recordaba demasiado al pasado reciente, y los amigos de ayer, con su cobarde hostilidad, expulsaban en cierto modo a la familia de su antiguo nido. María

Alexandrovna se apresuró a vender la casa y, pocas semanas después, se trasladó con los hijos que le quedaban a Kazán para estar con Vladimir. En su nuevo hogar, la familia se encontró de nuevo aislada, como lo había estado durante el primer periodo de su vida en Simbirsk, y ahora bajo la negra nube de la desgracia.

La ciudad, que contaba con unos cien mil habitantes y era llamada “la capital del Volga”, conservaba, a pesar de tener una universidad, el carácter de una provincia remota. Las ideas y esperanzas que habían agitado a la sociedad culta veinte años antes se habían marchitado y desvanecido. “El aburrimiento que corroe la vida en Kazán”, escribía un periodista de revistas de la época, “ha penetrado por todas partes y ha infundido una especie de apatía a las instituciones públicas de Kazán, la Duma y los zemstvos”. Fundada a principios del siglo XIX, la Universidad de Kazán tuvo una historia dramática. Cuando la Santa Alianza desplegó sus alas negras sobre Europa, la ciencia universitaria en Rusia, resignada como era, cayó bajo la sospecha de los beatos de la corte. Cuando el inspector general Magnitsky se horrorizó al descubrir que la ley natural era deducida por los profesores de Kazán a partir de la razón y no del Evangelio, propuso cerrar la universidad y arrasar el edificio. Alejandro I persiguió el mismo objetivo por una vía diferente: nombró al Inspector General rector de la universidad. Magnitsky elaboró un reglamento muy estricto para todas las ciencias, redactado por un sargento y completado por un monje borracho. A partir de entonces las parábolas se desarrollaban en nombre de la Santísima Trinidad y las reacciones químicas sólo se producían con la aprobación del Espíritu Santo. Reducida durante mucho tiempo a un estado de completa humillación, la universidad experimentó más tarde un cierto renacimiento durante los veinte años de rectorado del célebre Lobachevsky, creador de la geometría no euclidiana, conocida como geometría “hipotética”. Ulianov padre había sido discípulo de Lobachevsky, pero en realidad durante los años de una nueva decadencia en las universidades rusas, provocada por el temor de Nicolás I a la revolución de 1848. Ilyá Nikolayevich, como profesor de Penza y por recomendación de Lobachevsky, había dirigido la estación meteorológica durante varios años, laboriosamente y no sin éxito.

Vladimir ingresó en la Universidad de Kazán treinta y siete años después que su padre, pero no en la facultad de ciencias, sino en la de derecho. El director del gimnasio de Simbirsk se entristeció por esta elección: había esperado que su mejor alumno se convirtiera en filólogo. Pero la carrera de pedagogo no le seducía: Vladimir quería ser abogado. Se podría decir que la comunidad estudiantil de Kazán era aún más democrática que la de otras universidades. Pero la vida en los centros de enseñanza superior estaba en aquellos días en estado de pánico: sólo habían pasado tres meses desde la ejecución Alejandro Ulianov y sus camaradas. El gobierno, que disponía de una poderosa policía y un millón de soldados, temía constantemente a los estudiantes, que apenas llegaban a quince mil. El estatuto de 1884 estaba ya plenamente en vigor. Los profesores liberales fueron cesados, los grupos regionales inofensivos fueron disueltos, los estudiantes sospechosos fueron expulsados y los que se quedaron fueron obligados a llevar un odiado uniforme. El ministro de instrucción pública, el conde Delianov, una pérfida nulidad, emitió una circular especial prohibiendo la entrada en los liceos a los “hijos de las cocineras”. Leonid Krassin, que tenía la misma edad que Lenin y que más tarde militó con él, recuerda en sus memorias: “En el otoño de 1887, cuando llegué a Petersburgo para hacer mis exámenes en el Instituto Tecnológico, la capital vivía la más oscura de las reacciones”. En cualquier caso, en Kazán, las cosas no iban mejor.

Sin embargo, el medio estudiantil encontró en sí mismo la fuerza para rebelarse. Las primeras notas de protesta habían resonado dentro de los muros de la Universidad de Petersburgo en primavera, cuando el rector, Andreevsky, con ocasión del complot de Ulianov y sus camaradas, pronunció una arenga dentro del espíritu tan característico de los héroes de la cátedra, patéticamente rastreros: “¿Por qué se les ha abierto a estos desgraciados la puerta de nuestra universidad? Han entrado en nuestra encantadora familia universitaria para deshonrarla...”, etcétera. Al día siguiente, una proclama de la Union de las Agrupaciones Regionales declaraba deshonrada a una universidad por haber “caído servilmente, detrás de su rector, a los pies del despotismo...”. La ejecución de cinco estudiantes desató el frenesí en la universidad. Las vacaciones apaciguaron un poco los ánimos. Pero a partir del otoño, los estudiantes se sintieron atrapados en una red. El ambiente en las aulas y los pasillos se volvió opresivo. En noviembre, se desató una oleada de “desorden”. Desde Moscú, llegó al Volga en diciembre.

El 4 de diciembre, los estudiantes de la Universidad de Kazán convocaron una reunión oficial, citaron al inspector, le expusieron en voz alta sus reivindicaciones y se negaron a dispersarse. El inspector se fijó en un joven estudiante de la primera fila que, al marcharse, mostró una tarjeta de registro con el nombre de Ulianov. Esa misma noche fue detenido en su piso. No es fácil responder a si se le había señalado por su comportamiento contestatario o si se le había incluido en la lista de cuarenta estudiantes detenidos por la mala fama de su nombre. En cualquier caso, el papel de líder no estaba al alcance de un novato: los organizadores de los “desórdenes” eran siempre estudiantes de los cursos superiores más experimentados, que actuaban de común acuerdo y tenían vínculos con otros centros universitarios. Sin embargo, los documentos oficiales de la época intentan arrojar algo de luz sobre la conducta del joven estudiante. El rector de la universidad escribió en un informe que, en palabras del inspector, Vladimir Ulianov, durante su corta estancia en la universidad, se había distinguido por “disimulo, descuido e incluso grosería”. De hecho, dos días antes de la asamblea, habría llamado la atención de los supervisores: estuvo charlando en la sala de fumadores con “los estudiantes más sospechosos”, saliendo y volviendo a entrar, trayendo diversos objetos; el 4 de diciembre, se precipitó en la sala de banquetes con el primer grupo, y se precipitó gritando por los pasillos, “haciendo grandes gestos como para incitar a los demás a hacer lo mismo”. Un hecho se desprende claramente de este pintoresco esbozo: desde la primera hora de su estancia en la universidad, Vladimir había caído bajo la atenta mirada de la policía, que enseguida descubrió en él tres vicios: “el disimulo, la despreocupación e incluso la grosería”. Es perfectamente razonable creer un relato impreso según el cual Lenin, como él mismo contó más tarde, “no desempeñó ningún papel notable” en el desorden. Pero el inspector difícilmente se había equivocado cuando, apuntando su lupa hacia Ulianov, lo descubrió “en el grupo dirigente”. Y quizás el ojo experimentado del policía pudo ver el odio ardiente en los ojos de este adolescente con un nombre embarazoso. “Dadas las circunstancias excepcionales en las que se encuentra la familia”, añade el rector de la universidad en su informe, “esta actitud de Ulianov en la asamblea dio motivos a los inspectores para juzgarle muy capaz de realizar manifestaciones de todo tipo, ilegales y delictivas.” Por tanto, la detención tuvo carácter preventivo. Elisarova y otros consideran un desafío adicional el hecho de que Ulianov, al salir de la reunión, entregara al inspector su carné de estudiante. En realidad, el significado de este gesto no está claro. Es posible que los estudiantes más sabios se las ingeniaron para no tener que mostrar su carné y que Ulianov se viera sorprendido. Pero también es posible que, en un estado de extrema

excitación, pusiera su tarjeta de registro bajo las narices del inspector como la tarjeta de visita de un manifestante. El comisario de policía que llevó a Ulianov a comisaría intentó darle una lección por el camino: “¿Por qué te rebelas, joven? Tienes un muro delante...” – “Un muro, sí, pero se está desmoronando” -respondió el prisionero- “y se va a derrumbar”. Sin embargo, había un toque de optimismo en esta respuesta: un empujón al muro no era suficiente. Pero el amotinado apenas tenía más de diecisiete años. Con los años, aprendería a apreciar los problemas de forma más realista. Tras varios días detenido, Vladimir fue expulsado de la universidad, donde había pasado menos de cuatro meses, y expulsado de Kazán. Seis meses después de la ejecución de Alejandro, la familia recibió otro golpe, menos trágico, pero igualmente doloroso: la carrera del hijo menor parecía haber terminado.

Todavía en primavera, el director del gimnasio testificó solemnemente: “Jamás se ha señalado un solo caso en el que Vladimir Ulianov haya provocado, con sus palabras o con un gesto, un juicio desfavorable”. Pero las calles de Kazán aún no se habían cubierto de nieve y Ulianov ya estaba socavando los cimientos de la sociedad: se escondía en la sala de fumadores, hablaba con estudiantes sospechosos, gesticulaba e instaba a los demás a actuar. ¿Fue tan repentino el cambio, o las notas del liceo y de las autoridades universitarias daban una imagen de él totalmente contraria a la realidad? Había algunas distorsiones. Pero ése no era el punto principal. En los últimos meses, Vladimir había vivido la mayor convulsión personal de su vida: el zar había mandado ahorcar a su hermano.

## *El padre y los dos hijos*

En la literatura soviética, es ya casi una práctica habitual describir las tendencias revolucionarias de los hermanos Ulianov como el resultado de la influencia de su padre. Tal es el mecanismo de la leyenda. Cualquiera que haya tenido trato con la familia del director de las escuelas primarias, en los últimos años se ha sentido en el deber de presentar retrospectivamente en la prensa sus ideas sobre el carácter revolucionario de la familia. Al igual que en la literatura cristiana no sólo los santos sino, si es posible, sus antepasados son adornados con los atributos de la mayor piedad, así los evangelistas moscovitas-bizantinos de los últimos tiempos consideran inaceptable ver al padre de Lenin sólo como lo que fue, es decir, un funcionario dedicado a la educación pública. ¡En vano! Nadie espera que el padre de un poeta haya tenido dotes poéticas, y al padre de un revolucionario no se le exige que sea un conspirador. Basta con que los padres no impidan a sus hijos desarrollar sus dotes naturales. Pero, en general, el biógrafo no tiene nada que exigirles a los padres. Debe mostrarlos tal como eran. ¿Qué lecciones se pueden extraer de una biografía si no se ocupa de los hechos? “Iliá Nikoláyevich simpatizaba mucho con el movimiento revolucionario”; la casa de los Ulianov en la calle de Moscú era, al parecer, una especie de club político; en los debates sobre temas revolucionarios, “el tono lo marcaba Alejandro”, pero Vladimir también -¿podía ser de otra manera?- participaba a menudo en las discusiones, y con gran éxito. Un escritor autorizado como el difunto Lunacharsky dijo que Ilyá Nikoláyevich “simpatizaba con los revolucionarios y educó a sus hijos en un espíritu revolucionario”. Un paso más y descubrimos que Lenin estaba “ligado por la sangre, a través de su padre y su hermano, a la revolución de antaño, a la Narodnaya Volya”. Con asombro nos enteramos por la hija menor, M. Ulianova, de que Ilyá Nikoláyevich “formó” al nuevo cuadro de profesores de primaria “en el espíritu de los años 60 y 70”. No cabe duda de que su enseñanza contribuyó a difundir las ideas progresistas de los años 60 y 70. Pero la historia del pensamiento social ruso suele entenderlo como las ideas del populismo revolucionario, es decir, la ruptura con la Iglesia, el reconocimiento de la doctrina del materialismo, la guerra implacable contra las clases explotadoras y el zarismo. No se podía hablar de tal educación en las escuelas primarias normales, incluso si el propio organizador compartiera “las mejores ideas de los años 70”. Pero no las compartía en absoluto. Estaba en la naturaleza de Ilyá Nikoláyevich llevar a la educación un celo piadoso que, sin embargo, no excluía su fe en la Eucaristía. Esto no puede explicarse con vanas referencias a “los tiempos”: las mentes avanzadas, no sólo de los años sesenta, sino incluso de los cuarenta, eran ateas y socialistas utópicas. Ilyá Nikoláyevich no era uno de ellos, ni por la naturaleza de su actividad ni por su forma de pensar. Baste decir que, desde el principio de su trabajo como inspector, se empeñó en llamar la atención de sus superiores sobre la falta de celo de los sacerdotes en la enseñanza del catecismo. Según relatos fidedignos, los maestros que habían pasado por las clases de Ulianov resultaron ser los mejores profesores de la provincia, pero no desempeñaron

ningún papel en la historia del movimiento revolucionario. Las ideas de Iliá Nikoláyevich y sus discípulos no eran las ideas revolucionarias de Chernyshevsky, de Bakunin, de Yeliabov, sino que eran las ideas moderadamente liberales de los pedagogos volcados en difundir la cultura. Sin embargo, en aquellos años también había revolucionarios en la profesión docente, e Ilyá Nikoláyevich mantuvo una estrecha relación de trabajo con algunos de ellos durante el primer periodo de su carrera docente. Pero ninguno de ellos permaneció en su puesto y todos fueron excluidos de la enseñanza. Tal fue el caso de uno de los profesores del Instituto Noble de Penza, que se tomó la libertad de pronunciar un discurso de oposición en la ceremonia anual de 1860. Ilyá Nikoláyevich nunca habría podido imaginar semejante hazaña ni semejante “desvarío”. Ya en 1859 recibió “Por sus excelentes servicios y su celo”, una gratificación de 150 rublos. Un senador en misión de investigación no tardó en informar de que “cumplía concienzudamente con sus obligaciones”. Tres años más tarde, un nuevo inspector altamente cualificado, expresando una opinión desfavorable de otros maestros, elogió a Ulianov. Al año siguiente, en 1863, durante el levantamiento polaco, el ayudante de campo general Ogarov buscó entre los maestros de las provincias del Volga los engranajes de la sedición y concluyó que “el espíritu de negación e incredulidad” se apoderó de la Universidad de Kazán, Ilyá Nikoláyevich, estudiante del Alma Mater contaminada, seguía siendo muy apreciado. Tres años más tarde, en el caso Karakozov, fue acusado uno de los antiguos colegas y amigos de Ulianov. En esta ocasión, ni siquiera fue objeto accidental de innmerecidas sospechas: a ojos de las autoridades, su mentalidad religiosa trazaba con toda razón una clara línea divisoria entre él y el mundo sedicioso. Así, desde los albores de su actividad, en sus años de juventud y celibato, Iliá Nikoláyevich se mantuvo estrictamente dentro de los límites de sus obligaciones como profesor. En ningún lugar y en nada mostró inclinación alguna a seguir el camino prohibido.

La creación de una oficina inspectores de escuelas primarias fue, en sí misma, una reacción burocrática contra la autonomía de los zemstvos en materia educativa. Bajo ninguna circunstancia se podía haber nombrado para un puesto de confianza a un pedagogo algo sospechoso desde el punto de vista de su “moralidad” política. Al relatar la historia de la lucha del gobierno contra los zemstvos, Lenin, en un artículo de 1901, señala dos fechas en particular: 1869 y 1874, cuando la burocracia, haciendo retroceder a las administraciones locales autónomas, asumió definitivamente el cuidado de la educación popular. Estas dos fechas son de interés no sólo histórico, sino también biográfico: en 1869, el padre de Lenin fue nombrado inspector, y en 1874, director de las escuelas primarias. Ilyá Nikoláyevich fue muy bien valorado en el gobierno y ascendió sin cesar en la escala jerárquica; a su debido tiempo se le concedió el título de “excelencia” y la condecoración de San Vladimir, acompañada de ennoblecimiento hereditario reversible. No, este curriculum vitae no se parece en nada a la carrera de un revolucionario, ni siquiera a la de un pacífico ciudadano de la oposición. Podemos creer perfectamente a la hija mayor cuando afirma que “su padre nunca fue un revolucionario”. Si Elisarova, obligada, como todo el resto, a rendir homenaje a la leyenda oficial, escribe en ensayos más recientes que, debido a sus convicciones, Ilyá Nikoláyevich fue un “populista”, el término “populista” debe tomarse en un sentido muy amplio: las tendencias populistas tiñeron no sólo la ideología de los liberales, sino también la de los ultraconservadores. Bajo la influencia de la intensificación de la lucha revolucionaria en la segunda mitad de la década de 1870, Ilyá Nikoláyevich, como la mayoría de los liberales, se desplazó no hacia la izquierda, sino hacia la derecha de sus opiniones ya

moderadas. Una vez había regalado a sus hijos mayores una colección de poemas de Nekrasov, y Alejandro quedó embriagado por las estrofas, mordaces como ortigas, de esta poesía plebeya. Pero tres o cuatro años más tarde, cuando Vladimir entró en la adolescencia, su padre, lejos de empujar a los hijos menores, empezó a contener a los mayores. Pronto se encerró definitivamente en su caparazón oficial. Cuando una sobrina se le quejó indignada del injusto despido de un maestro de primaria cuyas actividades no habían sido antigubernamentales, Ilyá Nikoláyevich escuchó sin decir palabra, “concentrado en sí mismo, incluso con la cabeza gacha”. A las preguntas de su hija de catorce años, guardaba silencio. Este relato de primera mano arroja luz sobre la figura paterna y todo el clima familiar. En cuanto a los debates revolucionarios en los que “Alejandro marcaba la pauta”, no cabía duda. “Nuestro padre, que nunca fue revolucionario [prosigue Elisarova], al tener más de cuarenta años y cargado de familia de la que ocuparse, quiso protegernos a los jóvenes en aquellos años”, y estas simples palabras ponen fin de una vez por todas a la leyenda de la influencia revolucionaria de su padre. Pero el testimonio irrefutable de la hija mayor suele ser ignorado.

Julius Cederbaum, el futuro Mártov, cuenta cómo, en 1887, uno de los jóvenes abogados llevó subrepticamente a casa de su padre la acusación en el caso Lopatin, y cómo él, un muchacho de catorce años, conteniendo la respiración y desplegando todas las fuerzas de su pensamiento, escuchó por la noche la lectura del discurso del fiscal sobre atentados, fugas y rebeliones armadas. La familia de Cederbaum era una pacífica familia liberal sin vínculos con círculos revolucionarios. Sin embargo, la lectura de un documento tan secreto sobre un caso de terrorismo habría sido absolutamente inconcebible en casa de Su Excelencia el Consejero de Estado Ulianov. Durante sus primeros años en Simbirsk, Ilyá Nikoláyevich, como forastero y “liberal, se encontró aislado en el pequeño mundo de los gobernantes de la provincia, pero, según todos los indicios, acabó siendo “una figura muy popular, querida y respetada en la ciudad”, lo que equivale a decir que tenía conexiones con la burocracia. No era casualidad que el director del gimnasio, Kerensky, un firme conservador que basaba su método de enseñanza en “el Santo Evangelio y el culto divino”, tuviera gran simpatía por la familia Ulianov. En cuanto a los últimos años de la vida de Ilyá Nikoláyevich, durante el reinado de Alejandro III, quizá sea en una declaración de Delarov, antiguo diputado de Simbirsk en la Duma del Segundo Imperio, donde más nos acerquemos a la verdad: “I. N. Ulianov era un hombre de ideas conservadoras, pero ni retrógrado ni conservador a la antigua usanza; tenía sus propios objetivos particulares en la vida..., un celo por servir al bien del pueblo”.

Si se habla la influencia directa de Ilyá Nikoláyevich en la elección de la carrera de sus hijos, fue durante cierto tiempo sólo en la hija mayor: su primer deseo consciente fue convertirse en maestra y, durante unos dos años antes de marcharse a la enseñanza superior, trabajó en una escuela primaria. Pero fue precisamente en su hermana mayor en quien Alejandro no encontró ninguna preocupación revolucionaria. En cuanto a los hijos, durante sus años de liceo, cuando estaban bajo la influencia directa de su padre, ni Alejandro ni Vladimir se unieron a ninguno de los círculos clandestinos donde se formaban futuros revolucionarios leyendo libros tendenciosos. Es muy probable incluso que nadie quisiera llevar por un camino reprobable a los hijos de un alto funcionario, que invariablemente seguían siendo los mejores alumnos de su clase y mantenían una conducta escolar intachable. Pero había otra causa más profunda. En la familia de un esclavista, de un funcionario corrupto o de un cura rapaz, el hijo o la hija, se veían arrastrados por nuevas corrientes, tenían que romper pronto y bruscamente con sus padres

para buscar otro ambiente fuera de su familia. Los hijos de Ulianov, por el contrario, encontraron satisfechas sus necesidades espirituales durante mucho tiempo dentro de los confines del hogar paterno. Además, inclinados por naturaleza a tomárselo todo en serio, debían de mirar con cierto recelo las soluciones desenfadadas que daban a las grandes cuestiones los jóvenes de su edad, que a menudo no tenían éxito en los estudios. Pero el conflicto entre las dos generaciones estaba predeterminado incluso en esta familia: los hijos completaban su reflexión y formulaban las conclusiones ante las que sus padres vacilaban. Sólo su muerte prematura libró a Ilyá Nikoláyevich del inevitable conflicto con sus hijos en la arena política.

Onces años después de la muerte de su padre, Lenin escribió: “¿Quién no sabe con qué facilidad se realiza en la santa Rusia la transformación de un intelectual radical, de un intelectual socialista, en un funcionario del gobierno imperial, un funcionario que se consuela pensando que es ‘útil’ dentro de los límites de la rutina de las oficinas, un funcionario que justifica con esta ‘utilidad’ que es ‘útil’ dentro de los límites de la rutina de las oficinas, y que justifica con esta ‘utilidad’ su apatía política, y su servilismo ante el gobierno del knut y del látigo?” Sería injusto aplicar estas duras palabras sin reservas a Iliá Nikoláyevich Ulianov, pero sólo porque en su juventud no había sido ni socialista ni radical en el verdadero sentido de la palabra. Pero no se puede negar que durante toda su vida fue un sumiso funcionario de la autocracia. Los admiradores demasiado entusiastas que, a causa del hijo, tratan de dar un nuevo matiz a la fisonomía política del padre, muestran así un exceso de veneración por los lazos parentales de Lenin y una falta de respeto por sus verdaderas ideas.

La opinión generalmente aceptada de que Vladimir se vio influido, en primer lugar, por la influencia revolucionaria de su hermano terrorista parece tan plenamente verificada por todas las circunstancias de su vida que ni siquiera necesita ser demostrada. En realidad, esta hipótesis también es falsa. Alejandro no introdujo a ninguno de los miembros de su familia en su mundo íntimo, y a Vladimir menos que a nadie. En palabras de Elisarova, “eran individuos sin duda muy brillantes, cada uno a su manera, pero absolutamente diferentes. El paralelismo entre los dos hermanos, aunque pueda llevarnos a anticipar la evolución del hermano menor, viene impuesto aquí por el propio flujo de nuestra narración. Un publicista radical, Vodovozov conoció a Alejandro en Petersburgo y luego frecuentó a los Ulianov en Samara, escribió muchos años después, cuando había emigrado por razones de sentimiento antisoviético, que la familia Ulianov, que era de una “rara amabilidad”, ofrecía “dos tipos diferentes, fuertemente marcados”: uno, perfectamente representado por Alejandro, con el óvalo de su rostro pálido y sus ojos meditabundos y penetrantes, cautivaba por su frescura y espiritualidad juveniles; el otro tipo, detestable para Vodovozov, encontraba su máxima expresión en Vladimir: “Todo el rostro era sobrecogedor en su conjunto debido a una especie de amalgama de ingenio y tosquedad, diría incluso animalidad. Llamaba la atención esa frente inteligente, pero echada hacia atrás; una nariz carnosa; Vladimir Ilich era casi completamente calvo a los 21-22 años”. El contraste así establecido, claramente inspirado en las imágenes Ormuzd y Ahriman, no es propiedad exclusiva de Vodovozov. Kerensky el hijo, que no conoció personalmente a ninguno de los dos hermanos (tenía seis años cuando Vladimir terminó sus estudios en el liceo) los calificó de “antípodas morales”: el “brillante encanto” de Alejandro se contraponía al “cinismo insuperable” de Vladimir. El escritor de Simbirsk, Tchirikov y otros, utilizan colores muy parecidos: la simpatía sincera o ficticia por el hermano mayor debe conferir peso a la aversión por el menor. Pero el contraste

establecido no es una invención; no es difícil discernir en él el reflejo de un contraste real distorsionado por el odio.

“La diferencia de naturaleza entre los dos hermanos [escribió Elisarova] era evidente desde la infancia y nunca hubo intimidad entre ellos”. Vladimir consideraba a Alejandro con un “respeto sin límites”, pero era evidente que no gozaba de las simpatías de éste (Elisarova es más discreta en este punto: “Alejandro sentía mucha más simpatía por Olga, entre los hermanos menores”). Basándose en antiguos relatos fragmentarios de su marido, que no podía recordar con claridad, Krúpskaya intenta dilucidar en unas pocas líneas la relación entre los dos hermanos en su juventud: “Tenían muchos gustos en común, y ambos sentían la necesidad de estar solos durante mucho tiempo... Normalmente vivían juntos... y cuando alguno de los muchos jóvenes de su séquito venía a visitarles... a los chicos les gustaba decir: ‘Hacednos el favor de irnos’”. Esta “frase favorita”, demuestra por sí sola que Krúpskaya no tenía una idea clara del carácter de Alejandro ni de la relación entre los hermanos. Vladimir bien podría haber dicho: “Por favor, dejadnos”. Pero Alejandro, que no toleraba el ingenio sarcástico, sólo podría hacer una mueca.

En apariencia y carácter, Alejandro se parecía más a su madre. En el rostro y la psicología de Vladimir predominaban los rasgos del padre. Este contraste es muy importante en cuanto al fondo, pero es demasiado elemental para agotar la cuestión. La virilidad (en ruso esta palabra ha sido usurpada por el varón) era el rasgo de carácter más claro de María Alexandrovna. Pero era la virilidad de una madre que se entrega por completo y hasta el final a su familia y a sus hijos. Y la virilidad de Alejandro era sobre todo el valor de hacer sacrificios. Vladimir debía a Iliá Nikoláyevich su autoritarismo, su fogosidad, su ingenio burlón, su untuosidad, su calvicie prematura y su muerte prematura. Pero si el mayor no era un doble de su madre, el menor lo era aún menos de su padre. Cada uno de ellos heredó ciertos “cromosomas” de sus progenitores y, a través de ellos, de antepasados más lejanos que, al cruzarse, dieron lugar a estas dos figuras humanas, tan excepcionales y, sin embargo, tan disímiles.

Indudablemente, los dos hermanos tenían varios rasgos en común: grandes aptitudes, aunque desiguales; amor al trabajo; capacidad de entregarse por entero a la acción; una frugalidad que resultaba incluso asombrosa para gente tan joven. Por último, *last but not least* (pero no por ello menos importante), ambos se convirtieron en revolucionarios. Los escritores reaccionarios no se cansan de presentar a los revolucionarios rusos como ignorantes y carentes de talento. De hecho, Turguénev y Goncharov no estaban lejos de sostener la misma opinión. Sin embargo, no fueron ciertamente los incompetentes quienes determinaron la fisonomía general de las filas revolucionarias. Los hermanos Uliánov (tanto Alejandro como Vladimir), al igual que los líderes de los decembristas, los grupos educativos, los populistas y Voluntad del Pueblo antes que ellos, representaban la flor y nata de la intelectualidad rusa.

“En toda mi vida, que ya es bastante larga [escribió Vodovozov], no puedo contar más que a pocas personas que me hayan causado una impresión tan encantadora, en el pleno sentido de la palabra, como Alejandro Ilich Uliánov”. Todos los que conocieron al hermano mayor coinciden en la seductora armonía de su naturaleza, libre de “la más mínima pose o afectación”, su franqueza orgánica y su escrupulosa atención a la personalidad de los demás, incluso en las cosas pequeñas. No es difícil imaginar que, en las relaciones personales, Alejandro era infinitamente más seductor que Vladimir. Es cierto que la falta de falsedad y pose de Vladimir, y su detestación de la gloria, no tenían

nada que envidiar a las de Alejandro. Lo mismo ocurría con todo su carácter, sólo que su naturaleza era muy diferente; no se dedicaba a las relaciones personales. Cada uno de los hermanos estaba hecho de una sola pieza, pero los elementos eran diferentes. Y cuando el bonachón Lunacharsky afirma que Alejandro “en términos de genialidad sólo era superado por Vladimir Ilich”, uno no puede evitar pensar: esta gente utiliza una escala muy corta para medir la genialidad. Este enfático epíteto aplicado a Alejandro es, de hecho, un reflejo retrospectivo de la figura histórica de Vladimir.

Desde sus años de liceo, el mayor de los Vladimir leía a Dostoievski con placer y emoción: la atormentada investigación psicológica de su obra resonaba en el mundo interior de este muchacho centrado y profundamente sensible, ya herido por la realidad del mundo que le rodeaba. Para Vladimir, el autor de *Crimen y castigo* seguía siendo un desconocido, incluso en su madurez. En cambio, releía ávidamente a Turguénev, a quien Dostoievski detestaba, y luego a Tolstoi, el más poderoso de los realistas rusos. En la antítesis de Tolstoi y Dostoievski, que no por casualidad era uno de los temas favoritos de los viejos críticos literarios rusos, hay muchos aspectos diferentes, pero el más importante es el contraste que puede trazarse entre una trágica introspección y una radiante asimilación del mundo exterior. Sería demasiado simplista atribuir esta antítesis enteramente a los dos hermanos; pero no es en absoluto indiferente para la comprensión de sus caracteres.

Alejandro tenía una constitución melancólica. Ilyá Nikoláyevich pensaba que Vladimir tenía un temperamento “colérico”. Anna retrata al hermano mayor como retraído, a menudo incluso malhumorado en su ternura tácita: “Nunca lo vi alegremente despreocupado”, escribió uno de los que participaron en la trama, “estaba constantemente meditabundo y melancólico”. Esto contrastaba fuertemente con Vladimir, cuyo rasgo más llamativo era su jovialidad siempre desbordante, expresión de una fuerza segura de sí misma. Hablando de Alejandro como un organizador reflexivo, otro de los conspiradores señaló discretamente: “Quizá era un poco lento”. En cambio, Vladimir se distinguía, sobre todo, y no sólo en sus años mozos, por su impetuosidad y rapidez en el trabajo, cualidades alimentadas por la riqueza, diversidad y rapidez de sus asociaciones subconscientes: ¿no es este uno de los principales recursos del genio?

Una de sus características esenciales”, escribe Elisarova sobre Alejandro, “era que no sabía mentir. Si no quería decir algo, se callaba. Esta cualidad suya quedó brillantemente demostrada ante el tribunal.” Uno está tentado de añadir: ¡qué desgracia! En una lucha social sin cuartel, una mentalidad así te deja indefenso en política. Los moralistas austeros, que son mentirosos por vocación, pueden divagar, pero la mentira es un reflejo de las contradicciones sociales, y a veces un medio de combatirlas. Ningún esfuerzo moral individual puede escapar a la textura de la mentira social. En este caso, Alejandro era más un caballero que un político. Y esto creó una barrera psicológica entre él y su hermano menor, que era mucho más resistente, más oportunista en cuestiones de moral individual, mejor equipado para la lucha, pero en cualquier caso no menos intransigente con respecto a la injusticia social.

Turguénev dijo del hermano de León Tolstoi, Nicolás, sutil observador y psicólogo, que sólo le faltaban ciertos defectos para convertirse en un escritor notable. El propio León Tolstoi consideraba “muy acertada” esta paradójica apreciación. Tal vez indirectamente, veía en ella una justificación para los rasgos de su carácter que le impedían mantener buenas relaciones incluso con los miembros de su familia. El comentario de Turguénev significa que, para desempeñar una función pública, es

necesario poseer cualidades adicionales que distan mucho de servir siempre para adornar la vida individual. Si esto es cierto para un escritor, lo es aún más para el político y, en un grado inconmensurablemente mayor, para el dirigente. Pero del juicio de Turguénev no se deduce en absoluto que, en la balanza de la moralidad, si es que hay balanzas para imponderables, León Tolstoi pesara menos que su hermano Nicolás. La influencia de Alejandro en el círculo de personas con las que entró en contacto fue grande. Pero es poco probable que hubiera podido ir más allá de este círculo. Alejandro carecía de voluntad de dominio, de la capacidad de utilizar para su causa no sólo las cualidades, sino también los defectos de los demás, y de despreciar a la gente cuando era necesario. Era demasiado egocéntrico, demasiado poseído por sus propias impresiones, demasiado inclinado a considerar resuelto un problema cuando lo había resuelto para sí mismo. El incansable espíritu ofensivo del proselitismo no estaba en su naturaleza. Y era precisamente la existencia en el joven de los rasgos que caracterizaban al futuro hombre público, escritor, orador, agitador y tribuno, lo que le hacía extraño e incluso poco atractivo a los ojos de Alejandro.

Vemos a Vladimir, en todas las circunstancias, como un iniciador, reformador y líder de masas. En cuanto a Alejandro, en condiciones culturales más avanzadas, podemos imaginarlo como un pacífico erudito y padre de familia. Arrastrado a la revolución por el curso de los acontecimientos, adoptó el método consagrado en la tradición del terrorismo, fabricó bombas según el modelo de Kibalchich y, cubriendo a los demás con su cuerpo, caminó hacia la muerte. Alejandro fue un mártir, mientras que Vladimir fue un líder en todos los sentidos. Uno ha pasado a la historia de la revolución como la figura más trágica de los que fracasaron, el otro como la más grande de la victoria.

L. Kámenev, que fue inicialmente redactor jefe de las *Obras completas* de Lenin, escribió con cautela: “Es posible que Vladimir Ilich conociera por primera vez la doctrina de Marx, y las ideas y tendencias que ocupaban a la intelectualidad de aquellos años, precisamente por boca de su hermano mayor”. Otro notable publicista soviético y antiguo redactor jefe de *Izvestia*, Stéklov, mucho más categórico: “Poco antes de su detención, el hermano mayor había regalado a su hermano menor... el primer volumen de *El Capital*. De este modo, Alejandro Ulianov lo estableció no sólo como su sucesor, sino también como heredero y continuador de Karl Marx”. Esta versión se ha difundido por todo el mundo, pero contradice completamente los hechos y las circunstancias psicológicas. Anna nos dice: “Alejandro nunca discutía ni negaba nada en presencia de gente más joven. Y a su hermana mayor, que vivía muy cerca de él en Petersburgo, no le confiaba nada de lo que era más importante para él. Entre los hermanos no existía esa esfera íntima de interés y conversación (sobre Dios, el amor, la revolución) que en otras familias une estrechamente a los mayores y a los menores. Ya hemos oído decir a Ana: “La diferencia de naturaleza entre los dos hermanos se hizo patente desde la infancia, y nunca hubo intimidad entre ellos. Durante el verano de 1886, el último que los hermanos pasaron juntos, estaban más separados que nunca. Tras recuperarse con relativa rapidez de la muerte de su padre, Vladimir se sentía el cabeza de familia. Su reciente emancipación de las ideas religiosas debió de elevar su autoestima. Como suele ocurrir con los jóvenes de carácter fuerte, la necesidad de Vladimir de cierta autonomía se manifestó de forma incómoda durante este periodo de cambio, a expensas de la personalidad de los demás y, en gran medida, a expensas de la autoridad de su madre. “La burla era un rasgo constante del carácter de Vladimir, sobre todo en esta edad de transición”. Podemos dar tanto más crédito a estas palabras cuanto que la hermana mayor, tal como se retrata en sus escritos,

apenas parece haber olvidado las burlas. En cuanto a Alejandro, sólo toleraba con dificultad las burlas de terceros: en cuanto a él, a nadie se le habría ocurrido burlarse de él. Aquel verano, Alejandro reanudó por primera vez el contacto con la familia, cuyo padre ya no estaba. El tierno afecto que sentía por su madre, acrecentado por la separación y la pérdida que habían compartido, se manifestó con particular intensidad. Aparte de la profunda diferencia de caracteres, los hermanos se orientaban ahora en direcciones distintas. A la adoración infantil de la época en que Vladimir quería hacerlo todo “como Alejandro” le sucedió una lucha por su independencia personal; inevitablemente, empezó a distanciarse de su hermano mayor: a la concentración de espíritu de Alejandro, a su atención hacia la gente, a su miedo a mostrar su superioridad, Vladimir oponía una agresividad ruidosa, la burla, su pasión orgánica por ser el primero. El verano transcurrió entre malentendidos.

Escuchemos a Elisarova. La brusquedad y burla de Vladimir “se hicieron particularmente evidentes... tras la muerte de su padre, cuya presencia siempre había tenido un efecto moderador en los chicos”. Vladimir “empezó a responderle [a su madre] a veces con una brusquedad que no se habría permitido en tiempos de su padre”. De paso, parece que la insolencia de Vladimir era una protesta tardía contra el gobierno de su padre. La madre recordaría más tarde con mirada dolida cómo Alejandro había tenido que intervenir a veces a su favor durante aquel verano. Un día Vladimir, jugando al ajedrez con gesto despreocupado, desairó a su madre que le recordaba un recado que tenía que hacer y, cuando María Alejandrovna insistió irritada, él replicó con una broma despreocupada. Alejandro intervino: “O haces lo que te dice mamá o no juego más contigo”. El ultimátum fue expuesto con calma, pero con tanta firmeza que Vladimir lo acató de inmediato. Anna, aunque dijo que le chocaban “las burlas, la insolencia y la arrogancia” de Vladimir, cayó sin embargo bajo su control y, en cualquier caso, disfrutaba de las conversaciones con él en las que se sucedían las bromas, las pullas y las risas. Alejandro no sólo no participaba en tales conversaciones, sino que a penas las toleraba: el cargaba con sus propios sentimientos, y Ana lo sorprendió varias veces mirándola con desaprobación. En otoño, ya en Petersburgo, se atrevió a preguntarle: “¿Qué te parece bueno de nuestro Vladimir? Alejandro respondió: “No hay duda de que es muy capaz, pero no nos entendemos”. Tal vez incluso había dicho: “No nos llevamos nada bien”, añadió Elisarova, corrigiéndose; en cualquier caso, su hermano había hablado “resuelta y claramente”. “¿Por qué?”, preguntó la asombrada hermana. Pero Alejandro eludió responder, subrayando así la profundidad del desacuerdo. El hermano mayor trataba al menor no como a un “muchacho capaz”, sino como a un igual, un “hombre capaz”, y hay muchas razones para creer que la memoria de Ana ha conservado fielmente este matiz. Pero al mismo tiempo, lo que impresionaba a su hermana era la distancia moral que mantenía con su hermano. La falta de parentesco espiritual de Alejandro bastaba para descartar la posibilidad de conversaciones con Vladimir sobre temas íntimos. Pero había otra causa no menos profunda. En el verano de 1886, Alejandro aún no había decidido nada por sí mismo. Estaba leyendo a Marx, pero no tenía ni idea de qué aplicación práctica le daría. Incluso en otoño, en Petersburgo, seguía intentando aplazar las deducciones revolucionarias a las que estaba llegando. ¿Podría confiar sus vacilaciones y dudas a su hermano menor con quien, además, “no se llevaba bien”?

Por consiguiente, no se puede hablar de una influencia política directa de Alejandro sobre Vladimir. Pero la influencia moral tenía que encontrar una expresión política, aunque no fuera inmediata. Al sugerir a su hermano que se exigiera más a sí

mismo y a los demás, Alejandro, sin pretenderlo, provocó el conflicto, que a decir verdad era inevitable, entre Vladimir y el mundo que le rodeaba. Anna recuerda cómo Alejandro llegó a la casa de vacaciones y estrechó la mano del antiguo comisario de su padre de “forma amistosa”, lo que “suscitó comentarios, como algo insólito”. Este interesante episodio, que no permaneció accidentalmente en la memoria de la hermana, arroja luz sobre las costumbres del funcionariado burgués de la época, tal y como se manifestaban incluso en una de las mejores familias de la época: ¡la atmósfera general seguía saturada hasta la asfixia de los humos del derecho de servidumbre! No cabe duda de que los gestos sinceramente “democráticos” de Alejandro fueron más importantes para la formación de la personalidad de Vladimir que las breves conversaciones sobre Narodnaya Volya o Marx. Pero nunca tuvieron tales conversaciones.

¿Cuáles eran los pensamientos y el estado de ánimo de Vladimir en el verano de 1886, en vísperas de su último curso en el liceo? Desde el invierno anterior, según Elisarova, había entrado en el periodo “en el que uno rechaza a las autoridades, el periodo en el que, por primera vez, a través de una actitud negativa, digamos, se forma su personalidad”. Pero su crítica, a pesar de toda su vehemencia, seguía teniendo un alcance muy limitado: se dirigía contra el gimnasio, los profesores y, en cierta medida, la religión. “No había nada precisamente político en nuestras conversaciones. Vladimir no preguntó a su hermana, que había llegado de la capital, nada sobre organizaciones revolucionarias, publicaciones ilegales o grupos políticos estudiantiles. Anna añade: “Estoy convencida de que, dada la relación que existía entonces entre nosotros, Vladimir no me habría ocultado tales preocupaciones”, si las hubiera tenido. La historia de las discusiones políticas que supuestamente tuvieron lugar en la casa de los Ulianov durante la vida de su padre, papel protagonismo de Alejandro en estos debates y de las hábiles réplicas de Vladimir, es una invención de cabo a rabo, como demuestran los recientes descubrimientos en los archivos de la gendarmería, incluso en los días más oscuros de la década de los 80 existían círculos clandestinos y pequeñas bibliotecas cuidadosamente seleccionadas entre los estudiantes del liceo de Simbirsk; Vladimir, seis meses después de la muerte de su padre, aún no se había acercado a la política y no mostraba interés alguno por los panfletos. El nombre de Marx no significaba absolutamente nada para el adolescente, que se interesaba casi exclusivamente por la literatura. Pero la literatura le apasionaba. Durante días y días, absorbía página tras página de las novelas de Turguénev, tumbado en un camastro y dejándose llevar la imaginación al reino de “los que sobran” y de las jovencitas idealizadas, bajo los tilos de las alamedas nobles. Después de leer hasta el final, volvía a empezar: su avidez nunca quedaba satisfecha.

Así que, a pesar de su proximidad, cada uno de los hermanos vivió aquel verano en su propio mundo. Desde el amanecer hasta el anochecer, Alejandro se inclinaba sobre el microscopio. A este respecto, Krúpskaya puso en boca de Lenin la siguiente frase: “No, mi hermano nunca llegará a ser revolucionario”, pensaba yo entonces, “un revolucionario no puede dedicar tanto tiempo al estudio de los gusanos anillados”, ¡un anacronismo evidente! El Vladimir de entonces, ajeno a la política, no podía concebir tales pensamientos sobre su hermano, a quien toda la familia consideraba un futuro erudito. Por otra parte, tras la detención y ejecución de Alejandro, Vladimir tuvo que repetirse: ¿quién podía creer que mi hermano sustituiría un día el microscopio por una bomba?

Cuando fue liberada, Anna perdonó a Vladimir y no le contó lo que su hermano había dicho de él. Pero Vladimir no era sordo ni ciego. En la actitud de Alejandro hacia él, no podía evitar sentir una distancia teñida de secreta irritación, cuando no incluso

aversión. Nada es irreparable, todo es temporal y cambiante: así que tuvo que consolarse; el acercamiento llegaría inevitablemente más tarde; él, Vladimir, demostraría lo que valía y Alejandro se vería obligado a reconocerlo; aún quedaba toda una vida por delante, es decir, una eternidad. Pero ahora, todavía estamos en el maravilloso mundo de Turguénev. Y, sin embargo, no, lo que ocurrió fue la Fortaleza de Pedro y Pablo y la ejecución de Alejandro.

Unos años más tarde, un socialdemócrata, Lalayantz, preguntó a Lenin sobre el asunto del 1 de marzo. Lenin respondió: “Para todos nosotros, la participación de Alejandro en un acto terrorista fue completamente inesperada. Quizás mi hermana sabía algo, pero yo no sabía nada”. En realidad, la hermana tampoco sabía nada. El testimonio de Lalayantz confirma plenamente el relato de Anna y coincide con lo que, según Lenin, Krúpskaya relata en sus recuerdos. Para explicar este hecho, que destruye por completo su propia versión de la intimidad de los hermanos, Krúpskaya intenta alegar la edad, pero esta alegación, cuando menos insuficiente, no cambia los hechos. El dolor de Vladimir por la muerte de su hermano sólo podía estar teñido de amargura al pensar que Alejandro le había ocultado la parte más importante y profunda de sí mismo, y de odio a sí mismo por no haber prestado suficiente atención a su hermano, por haber subrayado provocativamente su independencia. La reverencia que había sentido hacia Alejandro de niño volvía ahora multiplicada por diez, agudizada por un sentimiento de culpa hacia él, y por la conciencia de la imposibilidad de “enmendarse”. “Ante mí ya no estaba el muchacho bullicioso y jovial”, escribe en sus memorias su antiguo maestro que le entregó la carta fatal de Petersburgo, “sino un hombre maduro, que reflexionaba profundamente”. Fue con los dientes apretados como Vladimir aprobó sus exámenes finales de gimnasia. Se conserva su fotografía, probablemente tomada para el examen final: en un rostro de rasgos aún inciertos pero que ya muestra una fuerte concentración, con el labio superior levantado de forma provocativa, se ha extendido la sombra de la pena y del primer odio profundo. Así, hubo dos muertes al comienzo de este nuevo periodo en la vida de Vladimir. La muerte del padre, de naturaleza fisiológica, fomentó su actitud crítica hacia la Iglesia y el mito religioso. La ejecución de su hermano despertó un odio ardiente hacia los verdugos. El futuro revolucionario ya se estaba gestando en el carácter del adolescente y en las condiciones sociales que le estaban moldeando. Pero necesitaba un impulso inicial, y éste se lo dio la inesperada ejecución de su hermano. Los primeros pensamientos políticos de Vladimir estaban inevitablemente impulsados por una doble necesidad: vengar a Alejandro e infligir una negación a la desconfianza de éste a través de la acción.

¿Por qué, en tal caso, Vladimir tomó el camino del marxismo y no el del terror? se preguntan los biógrafos oficiales, y todos responden con la banal alegación de “genio”. En realidad, no sólo la respuesta, sino la propia pregunta es ficticia: como veremos, Vladimir no tomó el camino del marxismo hasta unos años más tarde; fue el resultado de una profunda reflexión, y siguió siendo partidario del terror durante mucho tiempo. Los burdos anacronismos provienen inevitablemente de la reticencia a considerar al ser humano vivo en su evolución viva. La propia Krúpskaya fue víctima de una representación del marxista Lenin ¡en 1887! Tratando de explicar por qué la ejecución de Alejandro no provocó en Vladimir “la resolución y el afán de seguir el camino del hermano”, formuló una hipótesis absolutamente infundada según la cual Vladimir, “por aquel entonces, ya tenía sus propias ideas sobre muchas cosas, ya había resuelto por sí mismo la cuestión de la necesidad de la lucha revolucionaria”. María, la menor de los Ulianov, fue aún más lejos en el mismo sentido. En la ceremonia de conmemoración de

Lenin, el 7 de febrero de 1924, contó cómo, al enterarse de la noticia de la ejecución de su hermano, Vladimir había gritado: “No, no seguiremos el mismo camino. Ese no es el camino”. Podríamos dejar de lado el evidente sinsentido del relato de María Ulianova, que no tenía ni nueve años en el momento del suceso, si la frase que imprudentemente puso en circulación no hubiera quedado literalmente consagrada como prueba de la profundidad del pensamiento político del escolar de Simbirsk, que apenas el día anterior se había despojado del caparazón de la religión, que aún no conocía el nombre de Marx, que no había leído ningún panfleto ilegal, que no sabía ni podía saber nada de la historia del movimiento revolucionario ruso, y que ni siquiera había llegado a descubrir en sí mismo ningún interés por la política. En estas condiciones, ¿qué podían significar las palabras que le atribuía su hermana menor? En cualquier caso, desde luego no una oposición entre la lucha revolucionaria de las masas y el terror practicado por los intelectuales. Si aceptamos por un momento que la frase enunciada fue realmente pronunciada, podría no haber expresado un programa, sino sólo desesperación: Alejandro no debería haber seguido este camino. ¿Por qué no se dedicó a la ciencia? ¿Por qué buscó su propia caída?

A diferencia de las piezas de moneda, las historias imaginarias, como sabemos, no se desvanecen, sino que, por el contrario, crecen con la difusión. El viejo bolchevique Chelgunov cuenta: “Cuando se leyó el telegrama que anunciaba la ejecución de Alejandro, Vladimir Ilich se frotó la frente y dijo: ‘Bueno, vamos a buscar una manera más eficaz’”. Todas las leyes de la psicología humana son pisoteadas aquí. Vladimir no se retorció de desesperación al oír la terrible noticia, no se afligió por la irreparable pérdida, sino que “se frotaba la frente” y declaraba la necesidad de seguir “un camino más eficaz”. ¿A quién iban dirigidas estas palabras? Su madre estaba en Petersburgo y Anna seguía en prisión. Naturalmente, Vladimir confió sus revelaciones tácticas a Dimitri, que tenía trece años, y a María, ¡que tenía nueve!

Estos devotos discípulos juegan tan fácilmente con los hechos y la lógica sólo porque no están suficientemente satisfechos con cómo era el maestro. Quieren un Lenin mejor. Le atribuyen en su temprana juventud el poder intelectual que sólo pudo adquirir mediante un trabajo titánico. Con exceso de celo, le atribuyen cualidades adicionales. Así crean otro Lenin, un Lenin perfecto. Para nosotros, es suficiente con el Lenin que existió en realidad.

Según Krúpskaya, si el joven Vladimir no hubiera tenido ya sus propias ideas revolucionarias en grupo, tras la ejecución de su hermano, habría seguido sus huellas. Pero eso es exactamente lo que hizo. No fue al pueblo, ni a los campesinos, ni a la fábrica, ni a los obreros, sino, como Alejandro, a la universidad. Allí conoció a los jóvenes demócratas, que primero luchaban por el derecho a organizar sus comedores y salas de lectura, y luego, como Alejandro, por el derecho a estudiar en la universidad y acababan en complós terroristas. Tras ser expulsado por una protesta estrictamente académica, Vladimir se convenció firmemente de la idea del terrorismo. Si no se embarcó prácticamente en un compló, no fue por razones de principio, sino porque, tras el desastre del 1 de marzo de 1887, los atentados se habían vuelto psicológica y físicamente imposibles durante mucho tiempo. Las unidades revolucionarias, sin experiencia ni perspectivas, estaban tan aisladas de su entorno social e incluso estudiantil, tan desunidas, que nadie tenía el valor de levantar los brazos para emprender acciones prácticas. El viejo camino de la intelectualidad se cerró definitivamente sobre la tumba de cinco estudiantes. No se abrió ningún otro camino. No había ningún llamamiento a la lucha en ninguna

parte. Vladimir no sabía cómo vengarse. El carácter acentuado de la reacción y la decadencia política de la intelectualidad dieron tiempo al joven. Veremos que lo utilizó bien.

## *A la sombra de la reacción*

El régimen de Alejandro III alcanzaba su apogeo. Promulgada en 1889, la ley sobre los jefes de zemstvos restableció el poder administrativo y judicial de la nobleza sobre los campesinos de las localidades. Al igual que los nobles terratenientes anteriores a la reforma, los nuevos jefes recurrieron al derecho a someter a los mujik, a su discreción, no sólo a arrestos, sino incluso a azotes. La contrarreforma de los zemstvos en 1890 entregó definitivamente la administración autónoma de las localidades a la nobleza. De hecho, el estatuto de los zemstvos de 1864 ya había asegurado el dominio de los nobles terratenientes sobre las administraciones autónomas, gracias al censo agrario. Pero como la tierra se le había escapado de las manos a la nobleza, fue necesario reforzar el censo de la propiedad con el de la casta. La burocracia adquirió una fuerza que sólo había poseído en tiempos del abuelo Nicolás-el-Garrote, de santa memoria. La propaganda revolucionaria, cada vez menos frecuente, se castigaba ahora, aunque no tan severamente como en tiempos del “zar emancipador”, generalmente con unos años de cárcel o la deportación; sólo los terroristas seguían siendo enviados a prisión o ahorcados. Sin embargo, para la deportación se elegían lugares especialmente insalubres. El trato feroz que se infligía a los revolucionarios detenidos por los más leves actos de protesta era aprobado personalmente por el zar. En marzo de 1889, treinta y cinco deportados que se habían encerrado en una de las casas de Yakutsk fueron fusilados en masa: seis murieron, nueve resultaron heridos y tres fueron ejecutados, mientras que los demás fueron enviados a prisión. En noviembre del mismo año, una convicta, Siguida, condenada a cien latigazos por haber insultado al director de la prisión, murió al día siguiente; treinta convictos, a modo de respuesta, se envenenaron; cinco murieron inmediatamente. Pero era tal la desintegración de los círculos revolucionarios, ahogados en un océano de indiferencia, que la sangrienta represión no sólo no provocó ninguna resistencia activa, sino que incluso permaneció ignorada durante mucho tiempo. Es dudoso, por ejemplo, que los rumores de los trágicos sucesos de Yakutsk y del río Kara llegaran a oídos de Vladimir Ulianov antes de que transcurriera un año como mínimo, y él vivía entonces en Samara.

Tras el aplastamiento de las universidades, el espíritu revolucionario de la juventud estudiantil estaba en su punto más bajo. No hubo ni un solo intento de responder a la violencia gubernamental con el terror. El asunto del 1 de marzo de 1887 fue la convulsión final del período de la Narodnaya Volya. “El valor de gente como Ulianov y sus camaradas”, escribió Plejánov en el extranjero, “me evoca la virilidad de los antiguos estoicos... Su prematura desaparición sólo podía estigmatizar la impotencia y caducidad de la sociedad que les rodeaba... Su valor era el de la desesperación”.

El año 1888 fue el más oscuro de este siniestro periodo. “El atentado de 1887 [escribe Brusnev, un estudiante de Petersburgo] aplastó el menor atisbo de libertad de pensamiento entre los estudiantes... Teníamos miedo unos de otros, y todos en general sospechábamos de todos los demás”. “La reacción social había llegado a su punto [dice

Mickiewicz, estudiante moscovita, en sus recuerdos], ni antes ni después hubo un año tan sombrío... En Moscú no pude encontrar ni una sola publicación ilegal”. Las traiciones, los actos de traición y la apostasía se sucedían sin pudor. El líder y teórico de la Narodnaya Volya, León Tijomirov, que cinco años antes había estado predicando la toma del poder para una revolución socialista inmediata, se declaró partidario de la autocracia zarista a principios de 1888 y publicó un panfleto en la emigración: *Por qué he dejado de ser revolucionario*. El desaliento general llevó a cientos y miles de antiguos rebeldes a unirse, ya no con el pueblo, sino con las clases poseedoras y la burocracia. Una estrofa de Nadson, precedente a su muerte: “No, ya no creo en vuestros ideales”, sonó como la confesión de toda una generación. Los menos flexibles se ahorcaron o se pegaron un tiro. Chéjov escribió al publicista Grigorovich sobre los suicidios de estos jóvenes: “Por una parte... una apasionada sed de vida y de justicia, el sueño de una actividad tan inmensa como la estepa...; por otra, una llanura sin límites, un clima riguroso, un pueblo ignorante y grosero, con su historia dura y fría, el yugo tártaro, el funcionariado, la pobreza, una vida inculta... La existencia aquí aplasta al hombre... como un peñasco de varias toneladas.”

Al comienzo mismo de esta brumosa década de la reacción, se había producido un acontecimiento político de primer orden: había nacido la socialdemocracia rusa. De hecho, en los primeros años, vegetó casi exclusivamente en Ginebra y Zúrich, apareciendo como una secta de emigrados sin arraigo, cuyos miembros se podían contar con los dedos de una mano. Sin embargo, al estudiar su génesis, veremos que la socialdemocracia fue un producto orgánico del desarrollo de Rusia y que no fue casualidad que Vladimir Ulianov, a principios de los años 90, vinculara su vida a la de este partido.

Hipolito Myshkin, el principal acusado en el proceso de los ciento noventa y tres, declaró que los actos revolucionarios de la intelectualidad eran la expresión (habría sido más exacto decir el reflejo indirecto) de los problemas del campesinado. En efecto, si en la vieja Rusia no hubiera existido la cuestión revolucionaria campesina, que periódicamente daba lugar a hambrunas y epidemias, o incluso a revueltas elementales, tampoco habría existido la intelectualidad revolucionaria, con su heroísmo y sus programas utópicos. El régimen zarista estaba en la fase de gestación de una revolución cuya base social estaba constituida por la contradicción entre los restos del feudalismo y las necesidades del desarrollo capitalista; los complós y atentados de la intelectualidad no eran más que los primeros dolores de parto de la revolución burguesa. Pero si la tarea más inmediata de la revolución burguesa era la emancipación de la clase campesina, era en el proletariado donde debía encontrar su fuerza decisiva. Desde los primeros pasos de la historia revolucionaria de Rusia, podemos establecer ya la dependencia inmediata y evidente que unía los actos revolucionarios de la intelectualidad con los disturbios que se producían entre los obreros industriales.

El trastorno general provocado en el campo por la reforma campesina de 1861 se reflejó en las ciudades en huelgas obreras, que confirmaron el descontento del “pueblo” y animaron a los primeros círculos revolucionarios. El año en que nació Lenin se produjeron las primeras grandes huelgas en Petersburgo. No busquemos presagios místicos en esta coincidencia. Pero qué matiz particular adquieren a la luz de esta relación las palabras del manifiesto de Marx dirigido a los miembros de la sección rusa de la I Internacional en ese mismo año de 1870: “...que su país comienza también a participar en el movimiento general de nuestro siglo”. A mediados de los años setenta, cientos de

trabajadores ya habían sido arrastrados al movimiento revolucionario. De hecho, según la teoría que predominaba, ellos mismos intentaban verse como miembros de la comuna rural que habían abandonado temporalmente el arado. Pero haciéndose eco activamente de la prédica campesinófila, a la que los propios campesinos permanecían sordos, los obreros avanzados, que ya habían sido atraídos al movimiento revolucionario, la interpretaban como correspondiente a su propia situación social, alarmando así frecuentemente a sus tutores intelectuales. En las ciudades del norte y del sur, los hijos pródigos del populismo crearon las primeras organizaciones proletarias, formularon reivindicaciones relativas a la libertad de huelga, de asociación, de reunión, de convocatoria de representantes del pueblo, y pusieron el sello de su influencia en las rebeliones espontáneas de los obreros industriales.

Las huelgas petersburguesas de 1878-1879, que, según Plejánov, testigo presencial que había participado en los acontecimientos, “se convirtieron en el hecho del día, por el que se interesó casi todo el Petersburgo culto y pensante”, elevaron la temperatura en los círculos revolucionarios y precedieron inmediatamente al paso de los populistas a la lucha terrorista. A su vez, los hombres del Narodnaya Volya, en busca de combatientes dispuestos a tomar el relevo, se dedicaron, entre otras cosas, a hacer propaganda entre los obreros. Los movimientos revolucionarios de los dos medios sociales, el intelectual y el proletario, aunque se desarrollaban en estrecha relación, tenían cada uno su lógica particular. Aunque la propia Narodnaya Volya ya había sido completamente desmantelada, los círculos obreros que sus miembros habían creado siguieron existiendo, sobre todo en las provincias. Pero las ideas del populismo, aunque pasadas por el prisma del pensamiento obrero, les impidieron avanzar en la dirección correcta durante mucho tiempo.

La lucha de los marxistas contra estas ideas se vio obstaculizada, en particular, por el hecho de que los propios populistas no tenían en absoluto una actitud desfavorable hacia Marx. Debido a un gran malentendido teórico con raíces históricas, lo contaban sinceramente entre sus maestros. La traducción rusa de *El Capital*, iniciada por Bakunin y continuada por el populista Danielson, apareció en 1872, fue acogida muy favorablemente en los círculos radicales y se distribuyeron inmediatamente tres mil ejemplares. La segunda edición fue prohibida por la censura. De hecho, el éxito aparente del libro se explicaba por la falta de éxito interno de la doctrina. El análisis científico del capitalismo fue visto por la intelectualidad (tanto por los bakuninistas como por los lavristas) como una denuncia de los graves errores de la Europa occidental y una advertencia para no tomar el camino equivocado. El Comité Ejecutivo de la Narodnaya Volya escribió a Marx en 1880:

“Ciudadano, la clase intelectual y progresista de Rusia... acogió con entusiasmo la publicación de tus trabajos científicos. Allí, en nombre de la ciencia, se reconoce el valor de los mejores principios de la vida rusa.” No fue difícil para Marx adivinar el malentendido: los revolucionarios rusos habían descubierto en *El Capital*, no lo que había en él, es decir, el análisis científico del sistema capitalista, sino una condena moral de la explotación; habían creído, pues, reconocer en él opiniones científicas sobre “los mejores principios de la vida rusa”: el sistema de vida comunal y el sistema corporativo (artel). El propio Marx no veía en la comuna rural del sistema ruso un “principio” socialista, sino un sistema histórico de esclavización de los campesinos y el fundamento material del zarismo. No ahorró sarcasmos dirigidos contra Herzen, quien, como muchos otros, había descubierto el “comunismo ruso” en la obra de un viajero y conservador prusiano, el

barón Haksthausen. El libro de Haksthausen había aparecido en ruso dos años antes de *El Capital*, y la clase “intelectual y progresista de Rusia” insistía obstinadamente en reconciliar a Marx y Haksthausen. No era de extrañar: combinar un objetivo socialista con la idealización de los fundamentos de la servidumbre constituía el sistema teórico del populismo.

En 1879, Zemlia i Volia (Tierra y Libertad) se dividió, como recordará el lector, en dos organizaciones: Narodnaya Volia, que expresaba la tendencia democrático-política y agrupaba a los elementos más combativos del movimiento anterior, y el Chorny Perediel (Repartición Negra) que intentaba salvaguardar los principios puramente populistas de una revolución campesina socialista. Al oponerse a la lucha política que provocaba todo el movimiento, Chorny Perediel perdió toda su fuerza de atracción. “Desde los primeros días de su creación, la organización no tenía ninguna posibilidad”, se lamentaba en sus memorias uno de sus fundadores, Deutch. Los mejores obreros, como Jalturin, se dirigieron al Narodnaya Volya. Los jóvenes estudiantes iban en la misma dirección. Peor aún era la situación entre el campesinado: “Allí no teníamos absolutamente nada”, y Chorny Perediel no desempeñaba ningún papel revolucionario. En cambio, se le reservó la tarea de hacer de puente entre el movimiento populista y la socialdemocracia.

Los líderes de la organización (Plejánov, Zassúlich, Deutch, Axelrod) se vieron obligados a emigrar uno tras en el transcurso de 1880-1881. Estos obstinados populistas, que no habían querido disolverse en la lucha por una constitución liberal, tuvieron que buscar con especial celo el sector del pueblo al que aferrarse. Su propia experiencia, a pesar de sus intenciones, demostró sin lugar a dudas que sólo los obreros industriales eran accesibles a la propaganda socialista. Al mismo tiempo, la literatura populista, tanto artística como científica, había sacudido suficientemente, a pesar de su tendencia, las representaciones a priori de una “producción popular” armoniosa, que de hecho verificó ser un estadio primitivo del capitalismo. Sólo quedaba sacar las conclusiones inevitables. Pero este trabajo suponía toda una revolución ideológica. Gran parte del trabajo de revisión de las concepciones tradicionales y de introducción de la nueva orientación fue realizado, sin duda, por el líder de Chorny Perediel, George Valentinovich Plejánov. Nos encontraremos con él más de una vez, primero como nuestro maestro, luego como nuestro hermano mayor en colaboración y, finalmente, como adversario irreconciliable de Lenin.

Rusia ya ha emprendido el camino del desarrollo capitalista. Y la intelectualidad no puede desviarla de este camino. Las relaciones burguesas llegarán a una contradicción cada vez más grande con la autocracia y, al mismo tiempo, crearán nuevas fuerzas para la lucha contra la esta. La conquista de la libertad política se convierte en la condición indispensable para la posterior lucha del proletariado por el socialismo. Los obreros rusos deben apoyar a la sociedad liberal y a la intelectualidad en sus esfuerzos por obtener una constitución, y a la clase campesina en su levantamiento contra los restos de la servidumbre. Por su parte, la intelectualidad revolucionaria, si quiere convertirse en un poderoso aliado, debe, en lo que se refiere a la teoría, situarse en el terreno del marxismo y gastar sus fuerzas en la propaganda entre los obreros.

Estas eran las líneas generales del nuevo concepto revolucionario. Actualmente, puede parecer una serie de lugares comunes. En 1883, tuvo un impacto profundo, el del desafío más insolente a los prejuicios más sagrados. La situación de los innovadores se complicó extraordinariamente por el hecho de que, al tiempo que anunciaban teóricamente el advenimiento del proletariado, se vieron obligados en los primeros tiempos a dirigirse directamente a la capa social a la que ellos mismos pertenecían. Entre

los pioneros del marxismo y los obreros que despertaban existía el tradicional muro intermedio de la intelectualidad. Los viejos puntos de vista estaban tan fuertemente arraigados en este medio que Plejánov y sus camaradas incluso decidieron evitar el nombre de socialdemocracia y se llamaron a sí mismos Grupo Emancipación del Trabajo.

Así surgió, en la pequeña Suiza, la célula de un futuro gran partido, la socialdemocracia rusa, de la que más tarde surgió el bolchevismo, creador de la república de los sóviets. El mundo se construye de un modo tan imprevisto que, cuando dan a luz los grandes acontecimientos históricos, ni los heraldos hacen sonar sus trompetas ni los astros celestes no envían sus presagios. El nacimiento del marxismo ruso pareció durante los primeros ocho o diez años un episodio apenas digno de atención.

Por miedo a desanimar a los pocos intelectuales de izquierda, el Grupo Emancipación del Trabajo no tocó el dogma del terrorismo durante varios años. Consideraba que el error del Narodnaya Volya consistía únicamente en no complementar su actividad terrorista con “la creación de elementos para el futuro partido obrero socialista de Rusia”. Plejánov intentó, y no sin razón, oponer a los terroristas como políticos al populismo clásico que había rechazado la lucha política. “Narodnaya Volya [escribió en 1883] no puede encontrar su justificación, y no debe buscarla, fuera del socialismo científico moderno”. Pero las concesiones hechas al terrorismo siguieron siendo ineficaces y las admoniciones teóricas no encontraron respuesta.

En la segunda mitad de los años ochenta, la decadencia del movimiento revolucionario se extendió a todas las corrientes y, engendrando una inercia espiritual, obstaculizó una mayor difusión de las ideas marxistas. Cuanto más desertaba la intelectualidad en su conjunto del campo de batalla, más se obstinaban los elementos que permanecían fieles a la revolución en su apego a las tradiciones consagradas por un pasado heroico. La asimilación de las ideas marxistas podría haberse visto facilitada por la lucha revolucionaria del proletariado europeo. Pero los años 80 también fueron años de reacción en occidente. En Francia, las heridas de la Comuna aún no habían cicatrizado. Los obreros alemanes estaban confinados en la clandestinidad por Bismarck. El sindicalismo británico estaba profundamente imbuido de la arrogancia tory. Bajo la influencia de causas temporales a las que volveremos, el movimiento huelguístico en la propia Rusia también se había adormecido. No es de extrañar, por tanto, que el grupo de Plejánov se encontrara completamente aislado. Se le acusó de fomentar artificialmente la discordia entre las clases en lugar de crear la indispensable unión de todas las “fuerzas vivas” contra el absolutismo.

Redactado apresuradamente por Alejandro Ulianov, tan preocupado por la fabricación de ácido azoico como por llenar de estricnina las balas de los revólveres, el programa de la fracción terrorista declaraba, es cierto, que sus diferencias con los socialdemócratas “no eran muy consistentes”, pero se contentaba simplemente con expresar la esperanza de “una transición inmediata de economía pública a una forma superior”, ignorando la etapa capitalista de la evolución, y con reconocer “el gran valor independiente de la intelectualidad, su capacidad para librar una lucha política inmediata contra el gobierno”. En la práctica, el grupo de Alejandro Ulianov estaba más alejado de los obreros que los terroristas de la generación anterior.

Las relaciones del Grupo Emancipación del Trabajo con Rusia fueron fortuitas e inseguras. “Sólo nos llegaron vagos rumores sobre la fundación del Grupo de Plejánov [relata Mickiewicz] para la Emancipación del Trabajo en 1883”. En los círculos hostiles de la emigración se contaba, no sin placer, cómo, en Odesa, un grupo de radicales había

quemado solemnemente el folleto de Plejánov *Nuestras diferencias*, y tales rumores eran recibidos con confianza, pues correspondían bien al estado de las mentes, si no a los hechos. Los pocos partidarios del grupo entre los jóvenes rusos que vivían en el extranjero eran muy inferiores a los revolucionarios de la década anterior en cuanto a amplitud de miras y valor personal; algunos se llamaban a sí mismos marxistas con la esperanza de que esto les eximiera de sus obligaciones revolucionarias. Plejánov, que no perdonaba a nadie cuando lanzaba improperios, llamaba a estos dudosos seguidores de su pensamiento “inválidos que nunca habían estado en el campo de batalla”. A principios de los años 90, la incapacidad de la intelectualidad para asimilar las ideas del marxismo fue interpretada por Axelrod como una deformación burguesa. Aunque esta explicación era correcta para el conjunto de los hechos históricos y estaba confirmada por la secuencia de los acontecimientos, se adelantaba demasiado a los hechos: la intelectualidad rusa aún tenía que pasar por la fase de entusiasmo casi unánime por el marxismo, y ese momento estaba ya muy cerca.

Sin esperar a que su existencia fuera reconocida por la teoría, el capitalismo cumplía eficazmente su trabajo a la sombra de la reacción. Las consecuencias de las medidas esclavistas y capitalistas del gobierno no lograron formar un conjunto armonioso. A pesar del amplio apoyo financiero del estado, la nobleza terrateniente se arruinaba rápidamente. En los treinta años que siguieron a la reforma, la casta dominante renunció a más del 35 % de sus tierras, y hay que señalar que fue precisamente el reinado de Alejandro III, el periodo de la restauración de la nobleza, también el gran periodo de su ruina. Por supuesto fue la pequeña y mediana nobleza la que resultó desposeída. En cuanto a la industria, cuyos ingresos aumentaron un 60 % gracias a los elevados impuestos a la importación, siguió creciendo, sobre todo hacia el final de la década. Así pues, a pesar de las contrarreformas de la nobleza, se estaba produciendo una transformación capitalista de la economía nacional. A medida que la política gubernamental apretaba cada vez más los nudos del sistema medieval, especialmente en el campo, también contribuía a aumentar la fuerza de las ciudades, destinadas a cortar esos nudos. El reaccionario reinado de Alejandro III se convirtió en el caldo de cultivo de la revolución rusa.

Al cuadro general de los años ochenta presentado en uno de los capítulos anteriores hay que hacer ahora una corrección muy importante: la postración política alcanzaba a diferentes capas la sociedad culta (funcionarios liberales en los zemstvos, intelectuales radicales, círculos revolucionarios), pero al mismo tiempo, a la sombra de la reacción, se producía el despertar de los obreros en las profundidades de la nación; se producían huelgas tormentosas, a veces se saqueaban fábricas y plantas industriales, había refriegas con la policía, todavía sin claros objetivos revolucionarios, pero ya con víctimas revolucionarias. Al mismo tiempo que se planteaban las reivindicaciones, despertaba la solidaridad; se formaba una personalidad en la masa; aquí y allá aparecían líderes. En la historia del proletariado ruso, los años 80 fueron el comienzo de su ascenso.

La oleada de huelgas que había comenzado a estallar en los últimos años del reinado de Alejandro II, pero que alcanzó su punto álgido en los años 1884-1886, obligó a la prensa de diversos matices a alarmarse y a reconocer el nacimiento en Rusia de una particular “cuestión obrera”. En su haber, la administración zarista comprendió la importancia revolucionaria del proletariado mucho antes que los intelectuales de izquierda. Desde finales de los años setenta, los documentos oficiales secretos empezaron a subrayar el papel de los obreros industriales como clase extremadamente poco segura,

mientras que las publicaciones populistas seguían disolviendo al proletariado en la clase campesina.

En 1882, al mismo tiempo que se ejercía una cruel represión contra los huelguistas, empezó a tomar forma la legislación sobre las fábricas: se prohibió el trabajo infantil, se creó una inspección de fábricas y hubo una embrionaria reglamentación sobre el empleo de mujeres y adolescentes. La ley del 3 de junio de 1886, que siguió inmediatamente a las grandes huelgas textiles, obligó a los patronos a pagar los salarios en fechas fijas y en metálico, y abrió la primera brecha en el muro de la arbitrariedad patriarcal. Fue así como el gobierno zarista, que se complacía en ver la capitulación de todos los grupos de oposición de la sociedad cultivada, se vio obligado a su vez a empezar a capitular ante la clase obrera que entonces despertaba. Sin una estimación de este hecho, es imposible comprender toda historia posterior de Rusia, incluida la de la revolución de octubre.

A pesar de la continuación e incluso el agravamiento de la crisis agraria, la depresión industrial, a pesar de todas las teorías populistas, dio paso a una recuperación hacia finales de los años ochenta. El número de obreros aumentó rápidamente. La nueva legislación sobre las fábricas y la bajada de los precios de los bienes de consumo corriente mejoraron la suerte de los trabajadores, acostumbrados a la miseria de la aldea. Las huelgas remitieron durante un tiempo. Fue precisamente durante este periodo cuando el movimiento revolucionario cayó al nivel más bajo que había alcanzado en los treinta años anteriores. Así, el estudio concreto de los zigzagueos políticos de la intelectualidad rusa proporciona un capítulo de sociología extremadamente instructivo: el “pensamiento crítico” libre se encuentra a cada paso dependiendo de causas materiales desconocidas para él. Si un trozo de plumón que puede ser arrastrado por el más leve soplo fuera capaz de tener conciencia de sí mismo, se consideraría el ser más libre de la tierra. En el movimiento huelguístico de principios de la década de 1880, el papel principal lo desempeñaron los obreros educados en el movimiento revolucionario de la década anterior. A su vez, las huelgas impulsaron a los obreros más conscientes de la nueva generación. Es cierto que en aquella época la investigación mística también penetró en los círculos obreros. Pero si para la intelectualidad el tolstoísmo significaba renunciar a la lucha activa, para los obreros era a menudo la primera forma, aún vaga, de protesta contra la injusticia social. Así, ideas completamente idénticas cumplían a menudo funciones opuestas en capas sociales diferentes. Los ecos del bakuninismo, las tradiciones de la Narodnaya Volya, las primeras consignas del marxismo se combinan, entre los obreros avanzados, con su propia experiencia de las huelgas y adquieren inevitablemente tintes de una lucha de clases. Ya en 1887, León Tolstoi tenía algunas reflexiones tristes sobre el resultado de la lucha revolucionaria de los veinte años anteriores. “Cuántas genuinas aspiraciones al bien, cuántas disposiciones al sacrificio, ha gastado nuestra juventud intelectual para instituir la justicia... ¿Y qué se ha hecho? ¿Nada? Peor que nada.” El gran artista se equivocó también esta vez en política. Las aniquiladas fuerzas morales de la intelectualidad se habían hundido aún más profundamente en el suelo y pronto resurgirían con los primeros brotes de la conciencia de masas.

Abandonados por sus dirigentes de la víspera, los círculos obreros siguieron buscando independientemente su propio camino; leían mucho, buscaban en revistas viejas y nuevos artículos sobre las condiciones de vida de los obreros de Europa occidental, estableciendo comparaciones con su propia existencia. Uno de los primeros obreros marxistas, Chelgunov, recuerda que durante los años 1887-1888, es decir, durante el

periodo más maldito de todos, “los círculos obreros se desarrollaban cada vez más... Los obreros progresaban... iban a rebuscar a las librerías de segunda mano y compraban libros”. Sin duda, los libros habían sido vendidos a comerciantes de segunda mano por una intelectualidad desencantada. Un tomo de *El Capital* en una librería de segunda mano estaba valorado entre cuarenta y cincuenta rublos. Sin embargo, los obreros de Petersburgo consiguieron hacerse con este libro de sabiduría. “Yo mismo”, escribió Chelgunov, “a veces me veía obligado a romper *El Capital* en pedazos, a dividirlo en capítulos para que pudiera leerse simultáneamente en cuatro o cinco círculos”. El obrero Moiseenko, organizador de una formidable huelga textil, también estudiaba las obras de Lassalle con sus camaradas, basándose en una referencia de *El Capital*. El grano no cayó sobre la piedra.

En un homenaje al viejo publicista Chelgunov (que, por supuesto, no debe confundirse con el arriba mencionado obrero, su tocayo), poco antes de su muerte en 1891, un grupo de obreros petersburgueses le agradeció en particular el haber mostrado a los obreros rusos el camino correcto a través de sus artículos sobre la lucha proletaria en Francia e Inglaterra. Los artículos de Chelgunov estaban escritos para intelectuales. En manos de los obreros eran fuente de deducciones que iban más allá del pensamiento del autor. Conmovido por la visita de una delegación obrera, el anciano se llevó a la tumba la imagen de una fuerza que despertaba. El más notable de los escritores populistas, G. I. Uspensky, antes de caer en la demencia, pudo darse cuenta de que los obreros avanzados le apreciaban y le querían, y felicitó públicamente a los escritores rusos “al ver que les llegaban nuevos lectores”. Los oradores obreros de Petersburgo, que celebraban clandestinamente el Primero de Mayo en 1891, hablaban con gratitud de la lucha librada hasta entonces por la intelectualidad y, al mismo tiempo, expresaban sin ambages su intención de ocupar su lugar. “La juventud de hoy [dijo uno de ellos] no piensa en el pueblo. Estos jóvenes no son más que un elemento parasitario de la sociedad.” El pueblo comprenderá mejor a los obreros propagandistas “porque estamos más cerca de él que los intelectuales”.

Sin embargo, al cabo de las dos décadas, soplaban nuevos vientos, aunque muy lentamente, incluso en los círculos de la intelectualidad. Los estudiantes entraron en contacto con los obreros y se impregnaron de su coraje. Entonces aparecieron los socialdemócratas, en su mayoría gente muy joven cuyas voces cambiaron junto con su respeto por las viejas autoridades. Un joven de la época, Grigoriev, que vivía en Kazán, escribió en sus recuerdos: “En 1888, entre los jóvenes de Kazán crecía el interés por el nombre de Marx.” En el centro de los primeros círculos marxistas de Kazán estaba el notable joven revolucionario Fedoseyev. Según Brusnev, a partir del invierno de 1888-1889, en Petersburgo, “el interés por los libros que trataban cuestiones sociales y políticas había crecido considerablemente. La gente empezó a demandar literatura ilegal”. Los periódicos se leían de otra manera. El *Russkija Vedomosti* (Informaciones Rusas), órgano central del liberalismo de los zemstvos, publicó durante estos años extensos comunicados desde Berlín, con largas citas de los discursos de Bebel y otros líderes socialdemócratas. El periódico liberal quería decir al zar y a sus consejeros que la libertad no era peligrosa: el emperador alemán seguía firmemente asentado en su trono, la propiedad y el orden estaban firmemente garantizados. Pero los estudiantes revolucionarios encontraron algo más en tales discursos. Los propagandistas soñaban con educar a los obreros para que se convirtieran en Bebels rusos. Las nuevas ideas habían sido introducidas por estudiantes polacos: el movimiento obrero en Polonia se había desarrollado antes que en Rusia. Según

Brusnev, que en los meses siguientes estuvo en el centro de un grupo socialdemócrata en Petersburgo, la corriente marxista ya predominaba en los círculos de estudiantes de tecnología en 1889: a los futuros ingenieros que se preparaban para servir al capitalismo les costaba mantener su fe en vías originales para Rusia.

Los estudiantes de tecnología realizaban una propaganda bastante activa entre los círculos obreros. Al mismo tiempo, los viejos círculos inactivos se animaban. De vuelta de la deportación, los miembros de la Narodnaya Volya intentaban, aún sin éxito, reconstituir el partido terrorista.

Leonid Krasin, que había aparecido por entonces en el ruedo petersburgués, de regreso de la lejana Siberia con su hermano Hermann, describió más tarde, no sin humor, sus inicios en el marxismo. “Hacia finales de 1889, las cualidades combativas de nuestro círculo se consideraban firmemente establecidas. Leonid tenía entonces diecinueve años. Mickiewicz observó también un cambio en el estado de ánimo de los estudiantes moscovitas: ya no se desesperaban tanto como antes; se formaron círculos culturales más espontáneos y aumentó el interés por el estudio de Marx. En la primavera de 1890, tras un paréntesis de tres años, estallaron graves disturbios estudiantiles. Como consecuencia, los hermanos Krassin, estudiantes de tecnología, se vieron relegados de Petersburgo a Nizhni Nóvgorod. Por boca de ellos Mickiewicz, deportado al mismo lugar, escuchó por primera vez la encendida prédica del marxismo y se lanzó sobre *Nuestras diferencias* de Plejánov. “Un mundo nuevo se abrió ante mí: se había encontrado la clave para comprender la realidad circundante”. *El Manifiesto Comunista*, leído después, causó una enorme impresión en Mickiewicz: “Comprendí las bases de la gran teoría histórico-filosófica de Marx. Me hice marxista y, desde entonces, para toda la vida”. Entretanto, Leonid Krasin obtuvo permiso para regresar a la capital, donde trabajó en la propaganda entre los tejedores. Nevzorova, estudiante a principios de los 90, cuenta qué revelación supuso para la juventud de la época las primeras publicaciones del Grupo Emancipación del Trabajo. “Aún recuerdo la profunda conmoción que me causó el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels”. Krasin, Mickiewicz, Nevzorova y sus amigos, tales eran los futuros cuadros en crecimiento del futuro bolchevismo.

El nuevo estado de ánimo de la intelectualidad rusa también se vio alimentado por los acontecimientos en occidente, donde el movimiento obrero salía del marasmo. La famosa huelga de los estibadores ingleses, dirigida por el futuro renegado John Burns, abrió el camino a un nuevo sindicalismo combativo. En Francia, los obreros se recuperaban de la catástrofe, y fue entonces cuando los marxistas Guesde y Lafargue comenzaron a propagandizar. En otoño de 1889 se celebró en París el Congreso Constituyente de la nueva Internacional. En el congreso, Plejánov hizo su profética declaración: “La revolución rusa sólo podrá triunfar como revolución obrera, no hay ni puede haber otro camino”. Estas palabras, que resonaron en la sala del congreso casi sin ser percibidas, despertaron un eco en los corazones de varias generaciones de revolucionarios en Rusia. Finalmente, en Alemania, en las elecciones de 1890, la socialdemocracia ilegal obtuvo casi un millón quinientos mil votos. La ley de excepción contra los socialistas, que había estado en vigor durante doce años, cayó en el descrédito.

¡Qué ingenuo creer en el nacimiento arbitrario de las ideas! Hizo falta toda una serie de circunstancias objetivas, materiales, presentadas en una secuencia determinada y en una relación específica, para que el marxismo penetrara en las mentes de los revolucionarios rusos. El capitalismo tuvo que progresar seriamente; la intelectualidad tuvo que agotar todas las demás vías: el bakuninismo, el lavrismo, la propaganda entre el

campesinado, la permanencia en el campo, el terrorismo, la facción cultural pacífica, el tolstoísmo; los obreros tuvieron que organizar huelgas; el movimiento socialdemócrata de occidente tuvo que adquirir un carácter más activo; por último, la formidable y catastrófica hambruna de 1891 tuvo que poner al descubierto todas las úlceras de la economía pública rusa: entonces y sólo entonces, las ideas del marxismo, que habían encontrado su formulación teórica casi cincuenta años antes y habían sido anunciadas por Plejánov en Rusia desde 1883, empezaron por fin a ser aceptadas en suelo ruso. Sin embargo, aún no estaba todo dicho. Tras haber sido ampliamente difundidas en los círculos intelectuales, in situ fueron objeto de deformación, conforme con la naturaleza social del medio. Sólo con la aparición de una vanguardia proletaria consciente tomó forma definitivamente el marxismo ruso. ¿Significa esto que las ideas no son esenciales ni activas? No, sólo significa que las ideas están socialmente condicionadas; antes de convertirse en la causa de los hechos y acontecimientos, deben devenir su consecuencia. Más exactamente: la idea no se eleva por encima del hecho como instancia superior, porque la idea misma es un hecho, que entra como eslabón indispensable en la cadena de otros hechos.

El propio desarrollo de Vladimir Ulianov estuvo estrechamente ligado a la evolución de la intelectualidad revolucionaria y a la formación de una delgada capa de obreros avanzados. Aquí, la biografía está orgánicamente ligada a la historia. El proceso subjetivo de formación espiritual coincide con el proceso objetivo de ascenso de la crisis revolucionaria del país. Al mismo tiempo que surgían los primeros cuadros y círculos socialdemócratas, a la sombra de la reacción el futuro líder del pueblo revolucionario se prepara y madura.

## *Preparación*

Los estudiantes excluidos por razones de higiene política podían ser enviados de los centros universitarios a su “país natal”. Pero a Vladimir no le quedaban parientes en Simbirsk, donde había vivido más de diecisiete años, casi un tercio de su vida. Se le permitió amablemente alojarse en la antigua finca del abuelo Blank, una quinta parte de la cual había sido heredada por María Alexandrovna. En diciembre, Ulianov partió hacia Kokushkino, a cuarenta verstas de Kazán. Allí tuvo que vivir, bajo discreta vigilancia policial, hasta el otoño del año siguiente. Poco después llegaron de Kazán la madre, María Alexandrovna, y los hijos menores. La familia vivía en un ala de la casa, fría y mal amueblada, que pertenecía a una de las tías. Los vecinos no querían saber mucho de los Ulianov. De vez en cuando, el capitán de la gendarmería hacía acto de presencia, queriendo saber si el elemento criminal seguía en su lugar. Las tías, alarmadas, como de costumbre, agasajaban al capitán con bebida, sirviéndole té con mermelada, o aguardiente de cerezas, y la cosa no iba a más. A veces, algún primo que no destacaba en nada venía de visita. El invierno en Kokushkino era tranquilo. Soplaron los vientos, llegaron las nieves y la casa quedó atrapada en la avalancha nevada. La madre suspiraba y volvía la cabeza hacia otro lado. De vez en cuando, las tías sacudían la cabeza con aire de reproche. ¿Qué razón podía tener realmente Vladimir para tirar su vida por la borda? ¿No bastaba con lo que le había ocurrido a Alejandro? Además, evitaban pronunciar el nombre de Alejandro.

Vladimir estaba alcanzando la mayoría de edad y se había vuelto más atento con su madre, que, como en el pasado, dedicaba a sus hijos inagotables recursos de amor y cuidados. Anna, generalmente conocida por sus cambios de humor, estaba aún más nerviosa que de costumbre tras la prueba de la cárcel. La familia llevaba una vida cotidiana lánguida, sin saber qué esperar mañana. Afortunadamente, en el ala de la casa descubrieron el armario de libros del difunto tío, que había tenido fama de erudito en su época. Tíos de este tipo, a menudo del tipo de los que aparecen en *Diario de un hombre superfluo* de Turguénev, se encontraban en muchas familias de nobles terratenientes; cuando se trasladaban al cementerio, dejaban a sus sobrinos y sobrinas uno o doscientos libros raros y colecciones de viejas revistas rusas. Vladimir se lanzó sobre el armario de su tío. El primer acceso a la lectura “seria” no podía dejar de producirse desordenadamente; la elección de los libros fue azarosa, y sin nadie allí para guiarle, los ojos del joven se perdían en ellos con codicia.

Cuando Vladimir empezó a leer las revistas progresistas de antaño, vio por primera vez el significado de la lucha entre las distintas tendencias por los destinos económicos de Rusia. Su conocimiento de las publicaciones de los años 60 y 70, que siguió ampliando, le resultaría más tarde inestimable en sus debates con los populistas y en sus primeras obras literarias. Pero el armario de la aldea no era suficiente, y tuvo que recurrir a la biblioteca de Kazán. Al mismo tiempo, se suscribió a un periódico, muy

probablemente el moscovita *Russkia Vedomosti* (Información Rusa), que proyectaba un apagado destello de liberalismo en el crepúsculo de los años ochenta. Durante su estancia de diez meses en Kokushkino fue cuando, presumiblemente, Vladimir aprendió por primera a leer un diario, un complicado arte en el que más tarde se convertiría en un virtuoso. En cuanto a las relaciones con el mundo exterior, esperaremos las ocasiones propicias. La llegada de una cesta con libros, periódicos y cartas era siempre un acontecimiento. Vladimir no mantenía correspondencia. Sólo una vez trató de informar a uno de sus antiguos amigos del liceo sobre sus recientes disputas con las autoridades universitarias, y en su carta amontonaba duras críticas a sus oponentes. Pero su hermana mayor, que se inclinaba por la prudencia, argumentó que no era razonable ponerse en peligro a sí mismo y al destinatario, y Vladimir, al que no le gustaba ceder ante argumentos ajenos, no envió una carta que había escrito con brío.

Entre el armario del tío y la cesta de mimbre que contenía el correo de Kazán, la vida transcurría en Kokushkino bajo vigilancia policial. Las heridas de la familia se curaron imperceptiblemente, las de los niños rápidamente, las de la madre lentamente. Vladimir daba clases a su hermano pequeño Dimitri, iba a esquiar y cazaba liebres y otros animales con el rifle en la mano, pero sin éxito. Sobre las decepciones cinegéticas de Vladimir, Anna escribió: “En el fondo, como mis otros dos hermanos, nunca fue cazador”. Es difícil estar de acuerdo en eso. En realidad, Lenin era un cazador apasionado, pero demasiado fogoso: en este terreno no se amoldaba bien a la disciplina. Su excesivo ardor le impidió más tarde convertirse en un buen cazador, aunque consiguió algunos resultados durante su deportación.

Llegó la primavera, la primera primavera que Vladimir había conocido en el campo. Ahora tenía dieciocho años, la edad primaveral. Ahora debía de entender mejor por qué Alejandro amaba la naturaleza y el aislamiento que encontraba en ella. Hacia el verano llegaron los primos y la familia se había recuperado de los golpes recibidos. Kokushkino revivió y hubo paseos en grupo, partidas de ajedrez, cantos y cacerías. Entre estos veraneantes, no había nadie con quien mereciera la pena intercambiar ideas sobre temas problemáticos; en cambio, a los primos se les podía perseguir impunemente: aunque eran mayores, “eran claramente inferiores a una palabra bien afinada y a una sonrisa traviesa de Vladimir”. En mayo, cinco meses después de su expulsión, Vladimir intentó que le reabrieran las puertas de la universidad. El jefe del distrito escolar de Kazán presentó un informe al ministro, según el cual era evidente que el antiguo alumno Ulianov, “a pesar de sus notables capacidades y su excelente inteligencia, no podía ser reconocido, por el momento, como una persona fiable ni moral ni políticamente”. Una breve frase, “por el momento”, indicaba que el jefe del distrito escolar no perdía las esperanzas. El jefe del departamento de educación pública, sin leer el informe hasta el final, escribió al margen: “¿No es éste el hermano del otro Ulianov? ¿Es también de Simbirsk?” Después de anotar en la última parte del documento que “el solicitante era hermano del Ulianov condenado a muerte”, añadió: “No hay razón para reinsertarlo”. El ministro de educación pública era el conde Delianov. Witte lo describió como “un hombre bueno y amable” y, al mismo tiempo, como “un armenio matón” que vacilaba en todos los sentidos. No tenía ningún sentido vacilar con un Ulianov: el ministro lo rechazó de plano.

Dos meses más tarde, María Alexandrovna volvió a dirigir una súplica a Delianov, pero la firmó ella misma. Antes de que el “hombre bueno y amable” pudiera negarse, Vladimir envió al ministro del interior una solicitud de permiso para viajar al extranjero a continuar sus estudios. La respuesta negativa del director del departamento de policía a

esta solicitud de pasaporte extranjero fue comunicada a Vladimir a través de la policía de Kazán, ya que las autoridades, ante la reiterada insistencia de su incansable madre, acababan de permitirle regresar a Kazán. La familia se trasladó allí en el otoño de 1888, con la excepción de Anna, a quien no se permitió partir hasta algún tiempo después.

Desde la muerte de Iliá Nikoláyevich, los Ulianov vivían de una pensión. Mil doscientos rublos al año, pagados por el tesoro a la viuda y a los hijos; en provincias era una suma considerable, pero con una familia numerosa, tenían que vivir frugalmente. El dinero de la venta de la casa de Simbirsk constituía una reserva. María Alexandrovna alquiló una casita en las afueras de la ciudad, con una terraza y un huerto en pendiente. Por alguna razón, en la planta baja había dos cocinas. Como una de las dos habitaciones era superflua, fue ocupada por Vladimir, quien, disfrutando de una relativa soledad, se sumergió en la lectura. Comenzaron para él los años de preparación. Desde su expulsión de la universidad hasta su marcha a Petersburgo y sus actividades revolucionarias, duraron casi seis años. Fue precisamente aquí, en el Volga, en Kokushkino, en Kazán, y más tarde en la provincia de Samara, donde se formó el futuro Lenin. Para el biógrafo, estos años críticos 1888-1893 son muy interesantes, pero, al mismo tiempo, son los más difíciles de estudiar.

Cada movimiento del joven Ulianov era objeto de informes policiales secretos. Estos informes, como banderas en un mapa biográfico, marcan su camino aparente y facilitan el trabajo del investigador. Pero en lo que respecta a la trayectoria interior de Vladimir, en este periodo preparatorio, cuando aún no se había convertido en escritor, para esa trayectoria estas banderas aún no existen. Hay testimonios dispersos, que ciertamente no carecen de interés, pero que son demasiado fragmentarios y algunos son simplemente apócrifos. No había nadie más maduro en política que pudiera servirle de guía, o que al menos pudiera ser un observador atento. Aparte de su hermana mayor, que nos ha contado todo lo que sabía la evolución de su hermano, Vladimir sólo se relacionó con jóvenes de su edad, básicamente colegiales, y la mayoría de ellos desaparecieron de la escena sin dejar memorias. Vladimir no surgió como escritor hasta 1893; no se ha conservado ningún documento relativo a su desarrollo, ninguno de sus cuidadosos escritos, ni siquiera su correspondencia personal.

Elisarova respondió a las frecuentes quejas sobre la escasez de material que caracteriza los años cruciales de Lenin: “No se podía hablar mucho de él. Leía, estudiaba, discutía”. Una pizca de irritación en estas palabras sólo aclara que Elisarova sólo observaba la vida espiritual de Vladimir desde fuera. Por lo que a ella respecta, no se trataba de saber qué había leído, qué había estudiado, qué había discutido, cuál podía haber sido su actitud ante el populismo y Narodnaya Volya, cómo había cambiado esa actitud bajo la influencia de Marx, los choques con la realidad, los encuentros personales y las influencias. En una palabra, cómo, siendo todavía un desconocido para la política y habiendo apenas roto con la Iglesia Ortodoxa, el escolar de Simbirsk que se emborrachaba con Turguénev por descuido se convirtió, en una remota provincia del Volga, en un perfecto marxista, en un revolucionario inflexible, en el líder del mañana. “No recuerdo cómo se llamaban sus conocidos”, escribió Anna, que no se interesaba por la vida interior de Vladimir, como tampoco había entrado antes en esfera de intereses de Alejandro. En consecuencia, sus notas sobre el desarrollo ideológico de Vladimir son pobres en contenido y poco sólidas, a pesar de que ella fue su testigo más cercano durante el crítico periodo de preparación.

La línea general de desarrollo de Vladimir no fue, de hecho, una excepción: a principios de los años 90, la joven generación de la intelectualidad en su conjunto se volcó bruscamente en el marxismo. Las causas históricas de este giro tampoco fueron un misterio: fueron la transformación capitalista de Rusia; el despertar del proletariado; el callejón sin salida al que había llegado la marcha revolucionaria independiente de la intelectualidad. Pero no debemos permitir que una biografía desaparezca en la historia. Es necesario mostrar cómo, en general, las fuerzas históricas y las tendencias cristalizan en un individuo, con todos sus rasgos individuales y peculiaridades personales. Muchos jóvenes de ambos sexos estudiaron a Marx en aquellos años, algunos de ellos a orillas del Volga. Pero sólo uno de ellos logró asimilar a fondo la doctrina, subordinar a ella tanto sus pensamientos como sus sentimientos, y así elevarse por encima de ella, convirtiéndose en un maestro, mientras que la doctrina era un instrumento. Y este ser único fue Vladimir Uliánov. Pero, aunque dispusiéramos de datos sobre el proceso de su formación durante los años de preparación, la situación del biógrafo seguiría siendo desesperada. Hay una serie de puntos importantes que permiten determinar con exactitud su órbita espiritual. En cuanto a las lagunas, será necesario formular hipótesis psicológicas, proporcionando al mismo tiempo al lector los datos indispensables para su verificación.

En Kazán, la familia seguía bastante aislada, aunque probablemente menos que durante los últimos meses en Simbirsk. María Alexandrovna se había desprendido de un entorno y, por el momento, aún no había encontrado otro. Anna vivía ajena a la familia: se preparaba para casarse con Elisarov. Vladimir no era un extraño en Kazán. Buscó a algunos de sus viejos conocidos y, a través de ellos, hizo otros nuevos. Es de suponer que Vladimir no llevó a nadie a casa; no lo había hecho estudiaba en el gimnasio y, desde su expulsión, había protegido cuidadosamente a su familia de visitas no deseadas y posibles disgustos. Además, los jóvenes radicales tenían que evitar a la familia de Alejandro Uliánov para no atraer la atención extra de la policía.

Entre los nuevos conocidos de Vladimir se encontraba un antiguo miembro de la Narodnaya Volya, Chetvergova, a quien, según algunos relatos, Vladimir miraba “con gran simpatía”. Elisarova señala que, en general, Lenin no renunció a “la herencia” de la antigua Narodnaya Vol ya; pero aquí, por supuesto, cae en uno de sus habituales anacronismos: más tarde, cuando Lenin hubo examinado de cerca los componentes del pasado revolucionario, sí que adoptó cierta parte de la herencia de la Narodnaya Volya: lucha sin cuartel contra el zarismo, centralismo, conspiración; pero si en 1888 “no renegaba” del espíritu de la Narodnaya Volya, era sólo porque aún no había tenido tiempo de considerarlo críticamente. Las ideas y las tendencias aún no estaban claramente delimitadas en su mente. Para los demás y para sí mismo, seguía siendo el hermano pequeño de Alejandro Uliánov, héroe y mártir. Miraba a Chetvergova como un novato en el cuartel miraría a un veterano cubierto de cicatrices.

¿Cuándo y cómo conoció Vladimir a su futuro maestro, Marx? Alejandro había leído *El Capital* durante sus últimas vacaciones. Debido al destino de su hermano, el nombre de Marx pudo sacar de repente a Vladimir de la esfera de indiferencia en la que descansan tantos nombres humanos. Uno de sus compañeros del liceo escribió que ambos habían intentado traducir *El Capital* del alemán tras la ejecución de Alejandro. Si este recuerdo, que la hermana mayor pone en duda, no es un simple error de memoria, el intento sólo pudo haber sido episódico y no se llevó a cabo más allá de las primeras páginas: “¿Cómo podrían haber sido capaces de llevar a cabo semejante empresa los jóvenes estudiantes del liceo?”, observó Elisarova con razón.

Otro relato, más seguro a pesar de los errores de hecho que contiene, sitúa el conocimiento de Marx alrededor de un año más tarde. Basándose en conversaciones con Lenin en la emigración, durante la guerra imperialista, Rádek relata: “Siendo aún alumno del gimnasio, Ilich cayó en un círculo de la Narodnaya Volya. Allí oyó hablar de Marx por primera vez. El estudiante Mandelstamm, futuro cadete, ofrecía una charla y desarrollaba... las ideas del Grupo Emancipación del Trabajo... Ilich discernió, como a través de la niebla, una poderosa teoría revolucionaria. Compró el primer volumen de *El Capital*, que le reveló el mundo exterior”. No fue en Simbirsk, sino en Kazán, y Vladimir no era un alumno del liceo, sino un estudiante excluido. Por lo demás, la narración, aunque estilizada, no suscita serias reservas. En cuanto a Mandelstamm, futuro abogado liberal, el hecho de que en su juventud se hubiera contagiado de marxismo es la primera vez que nos encontramos con este interesante detalle, que Rádek sólo pudo recoger del propio Lenin. La referencia al círculo Narodnaya Volya confirma que el hermano del terrorista participaba efectivamente en sus reuniones.

Sin embargo, en ningún caso debe pensarse en el círculo de Kazán como en un grupo de conspiradores, y menos aún como en una organización terrorista. Simplemente, una serie de jóvenes se reunieron alrededor de un individuo bajo vigilancia policial, tal vez en torno al mismo Chevergova. Si tomamos al pie de la letra la afirmación de Rádek de que Lenin oyó pronunciar por primera vez el nombre de Marx aquella noche, no sólo tendremos que relegar al apócrifo el relato del intento hecho en Simbirsk de traducir *El Capital* en alemán, sino que también tendremos que admitir que, durante el verano de 1886, Vladimir no había mostrado absolutamente ningún interés por el gran volumen en el que Alejandro había pasado las tardes, lo cual no es en absoluto imposible: leyendo a Turguénev y jugando al ajedrez, el estudiante del gimnasio podía, con un rápido vistazo, ojear una encuadernación sin recordar siquiera el nombre del autor.

La ciudad universitaria de Kazán sólo recibió una docena de ejemplares de la primera edición rusa de *El Capital*; la mayor parte de la tirada fue prohibida en las bibliotecas y confiscada durante las redadas. Hacía tiempo que el libro se había convertido en una rareza. No sabemos si Vladimir consiguió este tesoro del armario secreto de algún liberal culto, o si se lo pasaron deportados de Narodnaya Volya o estudiantes de la capital. Es posible que fuera precisamente su búsqueda de *El Capital* lo que le llevó, a través de Mandelstamm u otros canales, a entrar en contacto con los primeros círculos marxistas.

En cualquier caso, expulsado de la universidad imperial, el estudiante ingresó en la universidad clandestina de Marx. ¡Y qué estudiante! El biógrafo daría mucho por poder mirar a través de una rendija al joven Lenin en el rincón de la cocina de la casita de Kazán, inmerso en el primer capítulo de *El Capital*. Cuando por la noche su mirada se posó en Anna, la eligió inmediatamente como auditorio. Vladimir no podía guardarse sus pensamientos, como había hecho Alejandro. Lo poseían, lo sometían y le exigían que sometiera a otros a ellos. Sentado ante los fogones de la cocina, cubierto de periódicos viejos, gesticulando locamente, reveló a su hermana mayor los misterios de la plusvalía y la explotación.

Tenemos muy poca información sobre el círculo de Kazán al que pertenecía Vladimir. “En este círculo no había ningún líder con autoridad”, escribe Elisarova. Varios estudiantes leían juntos buenos libros e intercambiaban ideas sobre lo que habían leído. Hacia la primavera de 1889, al parecer, los estudios se hicieron más sistemáticos. Vladimir se ausentaba más a menudo por las tardes. Durante estos meses había logrado avanzar en el estudio de *El Capital* y, en general, había madurado; podemos suponer con

cierta certeza que se convirtió en el primero entre iguales del círculo y que cumplía sus deberes de líder oficioso muy seria y concienzudamente. Pero aún no había encontrado su camino.

En la ciudad universitaria había varios círculos similares. El más serio de ellos fue el círculo Fedoseyev, que desempeñó un papel central. El líder del círculo, que nació en 1869 y murió trágicamente con veintinueve años, fue una figura verdaderamente notable. Debido a su influencia revolucionaria sobre sus compañeros, ya había sido expulsado de la clase superior del liceo. Esta lección no sirvió para corregirlo; al contrario, le animó a ampliar su acción. Según un informe de un oficial de la gendarmería local, “Fedoseyev, aunque muy joven, tenía una autoridad considerable desde el punto de vista revolucionario entre los jóvenes estudiantes de Kazán...” El círculo de Fedoseyev disponía de una pequeña biblioteca ilegal y había creado sus propias ediciones clandestinas. En una época de profunda reacción, se trataba de una gran y audaz iniciativa que, a decir verdad, no se desarrolló ampliamente.

Vladimir, que no pertenecía al círculo central, había oído hablar de sus planes, pero no había participado en ellos. Quería estudiar. El destino de Alejandro le empujaba sin duda en la dirección revolucionaria, pero también le advertía de los peligros. Lanzarse de cabeza, sacrificarse desmedidamente, esta idea le era ajena incluso en sus años mozos. Ya era consciente de su valor personal. Se preparaba sin prisas ni sobresaltos febriles. ¡No es que le faltara pasión! Pero la capacidad de disciplinar la pasión era una de sus aptitudes más elevadas, y era precisamente esto lo que lo convirtió en el líder de los demás.

Sin ofrecernos ninguna indicación concreta, Elisarova data en el invierno de 1888-1889 “el comienzo del desarrollo de las convicciones socialdemócratas de Vladimir Ilich”. La circunspecta frase “el comienzo del desarrollo” no dice casi nada. En cualquier caso, está muy lejos de la afirmación de la hermana menor, que afirmaba que la elección del camino socialdemócrata ya se había hecho en 1887. Sin embargo, la hermana mayor también se anticipa a los acontecimientos. Por el momento, sólo se trataba de estudiar la teoría económica de Marx, con la que incluso los populistas estaban de acuerdo a su manera. Vladimir estudió esta teoría más seriamente que otros, pero aún estaba lejos de las deducciones políticas necesarias. Así lo demuestra, aunque indirectamente, su actitud hacia Fedoseyev. En opinión de Elisarova, “no hay razón para hablar de la influencia de uno sobre el otro”, dado que eran “fuerzas aproximadamente iguales”. Para la cuestión que nos ocupa, no es necesario comparar el peso específico particular de cada uno de estos jóvenes, de los cuales Fedoseyev era el mayor por un año. Se trata de determinar las etapas de la evolución hacia la socialdemocracia. Por todo lo que se sabe de Fedoseyev, está claro que había tomado una considerable ventaja sobre Ulianov. Según Maxim Gorki, que en aquellos años vivía a orillas del Volga y frecuentaba los círculos radicales, Fedoseyev declaró su solidaridad con *Nuestras diferencias* de Plejánov ya en 1887. Aunque la memoria de Gorki, en lo que se refiere a ideas y fechas, no se distingue por su fidelidad, su testimonio es confirmado indirectamente por otros contemporáneos. “Fedoseyev era ya [1888] un marxista en formación”, escribió Lalayanz, antiguo alumno de Kazán. En respuesta a una pregunta que se le formuló, el propio Lenin escribió, pocos años antes de su muerte: “N. E. Fedoseyev fue uno de los primeros en proclamar que pertenecía al movimiento marxista”. Bajo la influencia de un alto miembro del movimiento socialdemócrata, P. Skvortzov, Fedoseyev rechazó resueltamente el terrorismo de la Narodnaya Volya, lo que no era en absoluto la regla en los círculos

marxistas de aquellos años. Precisamente este punto iba a ser el principal escollo para el hermano de Alejandro Ulianov.

Es justo suponer que, en la periferia de la propaganda de Fedoseyev, Vladimir se encontró introducido por primera vez en la esfera de los intereses marxistas; probablemente fueron los mismos círculos los que le regalaron el precioso volumen de *El Capital*. Vladimir, sin embargo, no conoció a Fedoseyev y no se reunió con él ni una sola vez hasta que abandonó Kazán, aunque mantuvo relaciones muy estrechas con miembros menos distinguidos del mismo grupo. Este hecho, al que los autores de memorias y biógrafos no han prestado atención, requiere alguna explicación. El propio Lenin, en la nota antes mencionada, señaló: “Oí hablar de Fedoseyev cuando vivía en Kazán, pero nunca lo conocí personalmente”. Más adelante veremos que Lenin siempre buscaba conocidos y contactos entre personas de ideas afines. Pronto entabló correspondencia con Fedoseyev sobre cuestiones teóricas del marxismo e hizo un viaje especial para tratar de conocer personalmente a Fedoseyev. ¿Por qué, entonces, en Kazán, donde era tan fácil llegar a conocerlo, Ulianov no buscó a Fedoseyev, y por qué incluso prácticamente lo evitó, podría decirse? La hipótesis de que Fedoseyev, que ocupaba un lugar central en la vida “clandestina” de los marxistas de la época, evitara este conocimiento por razones de clandestinidad nos parece completamente inverosímil: según Grigoriev, que vivía en Kazán, el nombre de Fedoseyev se mencionaba con frecuencia entre los jóvenes y “no de forma completamente clandestina”; además, Vladimir, que ya había sido expulsado de la universidad, era hermano de un terrorista que había sido ahorcado: esta recomendación era demasiado impresionante. Es mucho más probable que fuera el propio Vladimir quien evitara relacionarse. Aunque se había dedicado a estudiar *El Capital*, no tenía intención de romper con la tradición de Narodnaya Volya. Al mismo tiempo, no se sentía con fuerzas para defender esta tradición frente a las críticas de un socialdemócrata que rechazaba el terrorismo. Si a esto le añadimos que no le gustaba aceptar los argumentos de los demás, especialmente de un hombre de su edad, es fácil comprender por qué Vladimir hubiera preferido no exponerse prematuramente a los golpes de su adversario. A través de los otros miembros del círculo, estaba lo suficientemente al tanto de los pensamientos y argumentos de Fedoseyev como para tenerlos en cuenta en sus estudios. Más de una vez, en sus últimos años, Lenin recurrió a este tipo de prospección circunspecta, que sobre todo da testimonio de un formidable autocontrol y de la cualidad expresada por la expresión “pensar por uno mismo”. El carácter psicológicamente convincente de estas deducciones nos permite enunciar la hipótesis (y pronto encontraremos una serie de confirmaciones) que durante al menos cuatro años (1887-1891) las tendencias revolucionarias de Vladimir no habían adquirido un matiz socialdemócrata y que el estudio del marxismo no significaba que hubiera roto con la bandera enarbolada por su hermano mayor.

Antes de leer las obras de Plejánov, Vladimir ni siquiera podía plantearse seriamente la elección entre la socialdemocracia y el movimiento Narodnaya Volya. De hecho, Kámenev, el primer editor de las *Obras* de Lenin, afirma con seguridad que la literatura del Grupo Emancipación del Trabajo que se difundía en los círculos radicales de Kazán en aquella época “llegó sin duda a oídos de Vladimir Ilich”. Pero no estamos del todo seguros. Vladimir pasó en total unos siete meses en Kazán. El nombre de Plejánov seguía sin significar nada para él. Aunque las publicaciones del Grupo Emancipación del Trabajo circulaban a escondidas, lo hacían en un solo ejemplar. Vladimir estaba suficientemente absorbido por *El Capital*. Por último, si *Nuestras*

*diferencias* hubiera caído en sus manos en aquella época, debido a su desconocimiento del ABC de la economía política y de la historia del movimiento revolucionario ruso, es poco probable que hubiese podido sacar mucho provecho de un libro polémico que no estaba concebido para principiantes.

En cuanto al momento en que Vladimir empezó a familiarizarse con la literatura socialdemócrata rusa, dejando de lado la hipótesis de Kámenev, sólo tenemos un relato positivo, el de Rádek: Lenin le dijo durante un paseo que ya había estudiado no sólo *El Capital*, sino también el *Anti-Dühring* de Engels, antes de haber podido obtener las publicaciones Grupo Emancipación del Trabajo. Se puede dar por sentado que Vladímir no compró el *Anti-Dühring* en Petersburgo hasta el otoño de 1890, por lo que su conocimiento de las obras de Plejánov, imprescindible para ingresar en la socialdemocracia, data de 1891. Si no eliminamos los entusiastas anacronismos, no podremos establecer los verdaderos hitos en el desarrollo de Vladimir y mostrar, aunque sólo sea de forma aproximada, cómo este joven que a la edad de diecinueve años sólo había comenzado a estudiar ciencias sociales, entró en la arena cuatro años más tarde como un joven guerrero armado de pies a cabeza. Las fechas que acabamos de mencionar se enriquecerán más tarde con un contenido más vívido. Su genio era orgánico, obstinado y, en ciertas etapas, incluso dilatorio, porque era profundo. ¿Cómo no aconsejar una vez más a los memorialistas, biógrafos, admiradores y hermanas?: no azotéis a Lenin con látigos infantiles, dejadle caminar a su ritmo, encontrará el camino y, tenedlo por seguro, ¡en el momento oportuno!

El invierno que pasó en Kazán fue una época de intensa pasión por el ajedrez. Dos circunstancias alentaron esta fiebre: la edad de la adolescencia, que siente la necesidad de todo tipo de gimnasia, de un gasto desinteresado de energía física e intelectual, y la incertidumbre de su situación: Vladimir era un estudiante excluido y no sabía dónde acudir. Ya en el gimnasio había logrado éxitos notables para un aficionado, superando con creces a su padre. Durante las últimas vacaciones de Alejandro, los hermanos habían entablado batallas por las tardes, obstinados, en silencio, con la mente concentrada. Jugando con Dimitri, su hermano menor, y en general con jugadores más débiles, Vladimir no estaba familiarizado con la debilitante magnanimidad que permite a un adversario deshacer una jugada desafortunada, desmoralizando a ambos jugadores. Para él, respetar las reglas formaba parte del placer mismo del juego. La falta de inteligencia y el descuido deben ser castigados, no recompensados. El juego es una repetición de la lucha, y en la lucha no se te permite recuperarte. Vladimir asistía regularmente al club de ajedrez de Kazán y probaba sus fuerzas en casa sin mirar el tablero. Ese invierno, Elisarov le organizó una partida por correspondencia con el abogado Jardín, un distinguido aficionado de Samara. El duelo por correspondencia llegó a un punto crítico. A Vladimir le pareció que, con un último golpe, había empujado a su oponente a una situación sin salida. Mientras esperaba la respuesta siguió moviendo las figuras y volvió a convencerse de que su oponente no tenía salvación a la vista. Jardín replicó con una jugada tan inesperada que Vladimir cayó en un estado de estupefacción que, tras un cuidadoso análisis, se tradujo en una respetuosa exclamación: “¡Vaya! ¡Ese es un jugador, un poder del infierno! Siempre descubría la fuerza de los demás, incluso de un adversario, con satisfacción estética. Tres años más tarde, el abogado Jardín se convertiría en el jefe del asistente jurídico Vladimir Ulianov.

La hermana relata un curioso episodio que se produjo durante el periodo de Kazán. Vladimir empezó a fumar, probablemente bajo influencia de sus compañeros de círculo,

donde los confusos debates sobre el capitalismo quedaban envueltos en inevitables nubes de humo. Su madre estaba preocupada, como debe estarlo cualquier madre. Siendo en vano los argumentos sobre su salud, María Alexandrovna alegó que, como no ganaba nada por su cuenta, no era conveniente que ocasionara a la familia gastos innecesarios. Al parecer, Vladimir sintió muy intensamente el reproche que escondían las palabras de su madre sobre unas esperanzas que no habían sido justificadas. Inmediatamente dejó de fumar y así lo hizo durante resto de su vida.

El miedo a que “pillaran” a Vladimir llevó a la madre, según Anna, a comprar “una pequeña granja en el gobierno de Samara y pedir permiso para pasar allí el verano”. El relato de Anna tiene el defecto de no ser completo. La “pequeña granja”, como informó inmediatamente el gobernador Sverbeyev al departamento de policía, consistía en un terreno de noventa hectáreas con un molino. En realidad, María Alexandrovna perseguía objetivos económicos: después de todo, tenía que pensar en el sustento de la familia. El padre de María Alexandrovna, aunque médico de formación, se dedicaba a la agricultura en Kokushkino, mientras que su madre procedía, al parecer, de una familia de colonos alemanes de la región del Volga que eran agricultores modélicos. La propia María Alexandrovna se había encargado durante mucho tiempo del huerto familiar. No es de extrañar que se le ocurriera la idea de comprar un terreno y establecerse allí permanentemente. Convertir a Vladimir en terrateniente y agricultor habría tenido la ventaja añadida de protegerle de las pruebas y peligros de la política.

Mientras tanto, Anna se preparaba para casarse con uno de los amigos universitarios de Alejandro, Elisarov, el antiguo estudiante petersburgués. A él le correspondió encontrar una propiedad en el gobierno de Samara, su tierra natal. Con la ayuda de su hermano, un kulak, Elisarov cumplió con éxito el encargo aprovechando la oportunidad de comprar una finca perteneciente a Sibiriakov, propietario de una mina oro. Sibiriakov, generoso por naturaleza a la manera rusa, adinerado, propagandista de la ilustración y liberal de izquierdas, se había propuesto crear granjas modernas y escuelas modelo en el gobierno de Samara. De estas iniciativas no fructificó ninguna, y la inmensa finca tuvo que ser vendida en lotes. El precio pagado por una parcela de noventa hectáreas, que incluía un molino y una casa señorial, a unos cincuenta kilómetros de Samara, fue de siete mil quinientos rublos. No era una suma pequeña para la época: se obtuvo de la venta de la casa de Simbirsk, quizá con la adición de la parte de María Alexandrovna de la finca de Kokushkino. Así, los Ulianov se convirtieron en pequeños terratenientes de la estepa.

El silencio de Elisarova sobre el aspecto económico de la operación pretende, obviamente, proteger la figura de Vladimir de cualquier contacto con la vida cotidiana. De hecho, sólo elimina un eslabón muy interesante de la cadena de su vida. Afortunadamente, Krúpskaya nos transmite un comentario fugaz pero extremadamente valioso del propio Lenin: “Mi madre quería que me ocupara del trabajo en el campo. Me volqué en ello, pero vi que no funcionaría: las relaciones con los mujiks se estaban volviendo anormales”. No sabemos nada más de este episodio. Sólo por las cartas que Vladimir escribió más tarde a su madre podemos ver que los problemas económicos y las dificultades de Alakayevka no le eran completamente ajenos. Agradecemos doblemente a Krúpskaya sus dos parsimoniosas líneas: por ellas nos enteramos de que Vladimir se había puesto prácticamente manos a la obra para llevar a cabo los planes económicos de su madre e incluso había podido convencerse por experiencia de que “las relaciones con los mujiks se estaban volviendo anormales”. Este episodio es más importante que la prosa

y el verso sobre sus visitas a los pastores al aire libre y sus encuentros con los mujiks de Kokushkino durante sus paseos. El primer verano se dedicó sin duda a la agricultura, pero como Vladimir pudo presentarse a los exámenes en la primavera de 1890, los proyectos económicos fueron naturalmente abandonados, pero habían dejado su huella en la personalidad de Vladimir. Durante un tiempo, aunque muy breve, no sólo había observado a los campesinos, sino que había chocado con ellos en el terreno de las relaciones comerciales. ¡Y eso no es en absoluto lo mismo!

Como la granja carecía de equipo y de trabajadores permanentes, sólo se podía trabajar la tierra mediante transacciones con los campesinos de Alakayevka, el caserío vecino, cuyo estado era verdaderamente lamentable y estaba en la miseria. De ochenta y cuatro cabezas de familia, nueve no poseían ni caballos ni vacas, y cuatro ni siquiera tenían una isba propia; las parcelas de tierra eran miserables; no había escuela, había taberna; de una población de doscientas almas, sólo cuatro muchachos tenían una vaga educación, y el resto de la población no sabía leer ni escribir. Sobre esta pobreza había varias casas de kulak, que en realidad eran bastante miserables, pero que tenían la aldea en sus manos. La única forma en que podía obtener beneficios era aliándose con los kulaks y explotando despiadadamente a los pobres. Si, más tarde, Lenin demostró una perspicacia excepcional en detectar todas las formas de esclavitud en el campo de las relaciones agrarias, debemos suponer que el contacto que había establecido con los campesinos de Alakayevka no desempeñó un papel insignificante a este respecto.

Hubo que renunciar a la administración de la propiedad, las tierras se alquilaban y la casa solariega sirvió de casa de campo para la familia durante los cuatro o cinco meses de verano. La vida libre y la tranquilidad de la estepa, un viejo jardín sin cultivar con una hondonada que bajaba hasta el arroyo, un estanque donde se podía nadar a gusto y, no muy lejos, un bosque donde se podían recoger frambuesas: esta residencia se adaptaba perfectamente a los Ulianov. En el jardín, cada uno tenía su lugar favorito para leer y estudiar. La familia vivía menos aislada que en Kokushkino, y el miedo a acercarse a los Ulianov ya se había disipado, aunque al principio las visitas no eran frecuentes. María recuerda la vergüenza de los hermanos y hermanas por culpa de Vladimir que, ante la visita de personas poco familiares, saltaba por la ventana para esconderse en el jardín. Como todos sabemos, la prevención contra los extraños y la tendencia a usar la ventana son generalmente propias de la juventud, sobre todo en el campo, donde los recién llegados son raros y las ventanas bajas. Pero tal vez el plumón de la timidez no había perdido aún su color en este joven presuntuoso; en todo caso, en esta timidez había todavía una tendencia a no gastarse con gente que no valía la pena.

En la región de Alakayevka, a finales de los años 70, los populistas habían probado suerte con la propaganda y, durante los años 80, habían creado comunas agrícolas en tierras adquiridas al mismo Sibiriakov: después de haberse preocupado por salvar a los campesinos mediante la revolución, habían pasado a salvarse a sí mismos utilizando la mano de obra de la población rural. El gobierno miraba con mucho recelo tales iniciativas, pero las comunas y los arteles de intelectuales que habían surgido en diversas partes del país vegetaban tan pacíficamente que, en su mayor parte, no dieron motivo a la represión policial. Algunas iniciativas se transformaron en empresas capitalistas, pero la mayoría se derrumbaron en cuanto dieron sus primeros pasos. Así ocurrió en la cercana comuna de Alakayevka: los miembros no tardaron en dispersarse en distintas direcciones, a excepción del obstinado organizador del asunto, Preobrazhensky. Vladimir llegó a conocerle a él y, a través de él, a otros representantes del populismo provincial. Mantuvo

largas conversaciones con Preobrazhensky, a menudo a altas horas de la noche, yendo y viniendo por el camino entre la granja y la comuna. Vladimir escuchaba y observaba. No, estos hombres resignados, que trabajaban mal la tierra, tal vez en nombre del comunismo o por la salvación de sus almas, no, no podían ganárselo.

Alakayevka no estaba, por supuesto, fuera del alcance de las autoridades policiales. En un informe al departamento de policía, el jefe de la gendarmería de Samara anunció la llegada a la granja de la familia Ulianov, incluidos Anna, que estaba bajo vigilancia estricta, y Vladimir, que estaba bajo vigilancia simple, así como el antiguo estudiante Elisarov, “sospechoso desde el punto de vista político”. El ministerio de educación recibió informes detallados sobre la familia Ulianov del jefe del distrito escolar de Maslennikov siempre que fue necesario. El círculo de observaciones incluía también al alumno de secundaria Dimitri, sobre el que se enviaban informes mensuales al jefe del distrito. El asunto se complicaba por el hecho de que los Ulianov vivían en una de las antiguas granjas de Sibiriakov, amigo de los deportados políticos y protector de las comunidades agrícolas. “Las circunstancias se complicaron [escribió Maslennikov a Petersburgo] por el hecho de que las cuestiones relativas a las granjas de Samara y a la familia Ulianov estaban estrechamente vinculadas”. En resumen, no faltaron observadores y, en palabras del comisario, la vigilancia “no pasó desapercibida para los vigilados”. Sin embargo, los resultados fueron modestos: “No se observó nada censurable”, escribió melancólicamente la gendarmería de Samara. Era difícil darse cuenta de nada, dado que los procesos censurables sólo tenían lugar en las circunvoluciones más secretas del cerebro. Por otra parte, ¡eran procesos muy peligrosos!

Sin convertir a Vladimir en un maestro granjero, el traslado a Alakayevka le salvó de una detención prematura, junto con sus amigos de Kazán, en julio de 1889, cuando fueron apresados no sólo el círculo central de Fedoseyev, sino también los miembros del círculo auxiliar al que Vladimir pertenecía. Muchos años después, él mismo escribió: “Creo que podrían haberme detenido fácilmente si me hubiera quedado en Kazán aquel verano”. En este sentido, los cálculos de su madre estaban justificados, al menos durante un tiempo. Las noticias de las detenciones en Kazán causaron una fuerte impresión en Vladimir. Le confirmó en su creencia de que no hay que entregarse al enemigo indiscriminadamente, por nimiedades; debemos realizar nuestro trabajo correctamente para causar al enemigo el mayor daño posible, pero para ello indispensablemente debemos estar preparados.

En el jardín, a la sombra de los tilos, Vladimir tenía su lugar habitual, protegido del sol por el follaje, con una mesa y un banco colocados sobre la tierra: allí pasaba sus horas de estudio. “Durante cinco años, de 1889 a 1893 [escribió Dmitri Ulianov], éste fue el verdadero estudio de Vladimir”. Cerca, sobre dos postes, había un travesaño para ejercicios gimnásticos, conocido en alemán como el Reck. El hermano pequeño de Vladimir estaba asombrado de la energía y la pasión que Vladimir ponía en aprender a elevarse sobre el Reck, no sobre el pecho, sino sobre la espalda. Durante mucho tiempo no lo consiguió. Finalmente, llamó a Dimitri para que presenciara su triunfo: “¡Mira! ¡He hecho el columpio!” Todo radiante de alegría, ya estaba sentado en el Reck. Superar la dificultad, disciplinar sus propios esfuerzos, levantarse y sentarse en el Reck, “hacer un columpio”, ¡no hay nada mejor! Enseñar a Dimitri un nuevo truco de gimnasia es una obligación, como lo es desvelar a Anna los misterios de la plusvalía.

Vladimir se bañaba a menudo en el estanque de Alakayevka y nadaba muy bien; iba de caza, sobre todo cuando implicaba un buen paseo, por ejemplo, por los bosques

cercanos en busca de urogallos, pero no soportaba quedarse quieto con una caña de pescar. El deporte no era nada popular entre la intelectualidad democrática de la época. Pero era Vladimir quien buscaba incansablemente mantener un equilibrio activo entre las fuerzas espirituales y físicas. Cuando se ejercitaba en el Reck, nadaba, caminaba y cantaba, desplegaba un entusiasmo inagotable y, al mismo tiempo, disciplinado. Al igual que en su primera infancia, veía la vida ante todo como un movimiento, con la diferencia de que ahora el primer lugar lo ocupaba el movimiento del pensamiento.

Vladimir ayudaba a su hermana menor María en sus estudios, le enseñaba a coser un cuaderno con hilo blanco en lugar de negro, le enseñaba a cuadrar papel para un mapa, y realizaba estas pequeñas tareas con la escrupulosidad que le distinguía en todo su trabajo y que iba a permanecer grabada en la memoria de María durante el resto de su vida. Después de cenar, en el mismo rincón del jardín, Vladimir se dedicaba a una lectura más fácil, a veces a la literatura; a menudo se le unía Olga, que se preparaba para asistir a los cursos superiores en Petersburgo, y juntos leían a Gleb Uspensky, el artista del populismo.

El porche bajo el toldo se utilizaba como terraza: allí se tomaba el té y se leía por la noche para no atraer a los mosquitos a los dormitorios; también allí se servía el resopón con una sencillez casi bíblica: se traía una gran jarra de leche del sótano y los niños bebían de ella mientras comían pan de trigo gris. Por la noche, a menudo solían darse al canto y a la música. Cantaban en coro; Elisarov, el marido de la hermana mayor, hacía de solista, acompañado por Olga. Vladimir también interpretaba a menudo su papel. Su repertorio incluía la romanza:

*Tienes encantadores ojitos*

y cuando se llegaba a la patética estrofa:

*Estoy completamente perdido, perdido...*

la voz del cantante siempre se quebraba en la nota aguda; Vladimir hacía un gesto desesperado con la mano y gritaba entre risas: “¡Perdido, perdido!...”

Ya hemos mencionado que, en cuanto se hubo instalado en Alakayevka, Vladimir solicitó un segundo permiso para viajar al extranjero, supuestamente “para curarse”, pero en realidad para ser admitido en una de las universidades extranjeras. Sin embargo, el departamento de policía consideró que también era posible someterse a tratamiento en el Cáucaso y no le concedió el pasaporte. La negativa fue, por supuesto, vejatoria, pero la desgracia no fue tan grande después de todo. Durante los dos años y medio que Fedoseyev pasó en una celda, Vladimir permaneció bajo el ala de su madre, en condiciones tan favorables para su salud física como moral. Evidentemente, el destino protegía a este joven, habiéndolo marcado de antemano para un fin determinado. Pero también sabía aprovecharse de la benevolencia del destino. Había, con toda probabilidad, un acuerdo secreto entre ellos.

## *El periodo de Samara*

En otoño, la familia se trasladó a la ciudad, donde, junto con los Elisarov, ocuparon medio piso de una casa de madera con seis o siete habitaciones. Samara se convirtió así en el hogar de los Ulianov durante casi cuatro años y medio. En la vida de Lenin, el período de Samara fue un período especial. Más tarde, a mediados de los años 90, Samara, no sin su influencia, se convirtió en la capital marxista de la región del Volga. Es imprescindible echar al menos un breve vistazo a la fisonomía de esta ciudad.

La historia administrativa de Samara es muy parecida a la de Simbirsk: la misma lucha contra los nómadas, el mismo período de fundación de la “ciudad”, es decir, construcción de murallas de madera, la misma lucha contra Razin y Pugachev. Pero la fisonomía social de Samara es extremadamente diferente. Simbirsk fue construida como un sólido nido de señores. Más alejada en la estepa, Samara comenzó a desarrollarse como centro del comercio de cereales mucho más tarde, tras la abolición de la servidumbre. La calle principal de la ciudad se llamaba Calle de la Nobleza, pero era sólo por imitación. En realidad, el sistema de servidumbre casi nunca había llegado a las estepas de Samara; la ciudad carecía de antepasados y tradiciones. No tenía universidad como Kazán y, por consiguiente, no había casta académica ni ambiente estudiantil. Los ganaderos, agricultores, comerciantes de grano y molineros, los sólidos pioneros del capitalismo agrario, se sentían aquí tanto más seguros de su posición de amos. Indiferentes no sólo a la estética, sino incluso a la comodidad personal, no construyeron mansiones señoriales con columnatas, parques y ninfas de yeso. Lo que necesitaban eran embarcaderos, graneros, molinos, tiendas, puertas de hierro y pesados candados. No les interesaban los perros de caza, sino los perros guardianes. Sólo cuando habían amasado una sólida fortuna se construían casas de piedra.

Alrededor de la burguesía que comerciaba con cereales en el Volga, alrededor de estos muelles y almacenes, vivía un mundo de vagabundos y medio vagabundos. Los antiguos habitantes de los suburbios de Samara habían intentado una vez, siguiendo el ejemplo de los alemanes (los menonitas de Sarepta), cultivar una planta ventajosa, la mostaza; pero el hombre ruso carecía de habilidad y paciencia. El fracaso de las plantaciones de mostaza no dejó a los pequeños burgueses de Samara más que amargura, desilusión y el apodo irónico de “mostaceros”. Cuando se enfadaban, sobre todo después de beber, los habitantes de los suburbios de Samara, como los remolcadores, causaban gran preocupación a las autoridades. Pero sus revueltas eran inútiles, como toda su existencia perdida.

En 1887, el viejo Chelgunov, a quien más tarde rindieron homenaje los obreros de Petersburgo, hizo una interesante descripción de Samara, la ciudad de los pioneros: “Junto a los palacios se extienden terrenos baldíos, o empalizadas, o las chimeneas de las casas que se incendiaron hace quince años y nunca serán reconstruidas, del mismo modo que el pionero que fue más allá de sus posibilidades y se arruinó no volverá a ponerse en pie.

Más allá aún, más allá de las empalizadas, los descampados y las casas dispersas de los alrededores, se extienden los arrabales donde se apretujan estrechamente unas con otras las casuchas de tres o cuatro ventanas. Esta es la aldea que ha abandonado la estepa y se ha fijado en la ciudad y trabaja para el pionero...”

En Samara casi no había industria y, en consecuencia, tampoco obreros industriales. Y como allí tampoco había contagio universitario, Samara figuraba en la lista de ciudades que no daban motivos de preocupación, donde las autoridades toleraban la residencia de revolucionarios que habían cumplido su tiempo de deportación en Siberia, y adonde los sospechosos avistados en capitales y centros universitarios eran enviados de vez en cuando bajo vigilancia policial. Esta fraternidad nómada, que hasta principios de los años 90 se teñía de colores populistas, aglutinaba en torno a sí al ala izquierda de la juventud local. No sólo los representantes de los zemstvos y los comerciantes, sino a veces incluso los funcionarios, podían jugar impunemente al juego liberal en esta provincia donde la nobleza no ejercía ninguna coacción y no se producían disturbios entre los estudiantes y obreros. Las oscuras revueltas de los obreros portuarios no fueron registradas por nadie en el libro de la policía. Entre los individuos vigilados había siempre hombres de buen carácter y honradez, funcionarios de zemstvos, gerentes, secretarios y profesores particulares, aunque, según la ley, muchas de estas ocupaciones requerían una garantía oficial de lealtad. Según los informes de la policía de Samara, en 1889 Vladimir Ulianov también daba clases particulares. La administración de Samara hacía la vista gorda ante los pequeños favores concedidos a los sospechosos.

Los antiguos deportados, los individuos bajo vigilancia y, en conexión con ellos, los pequeños círculos de alumnos de secundaria, los seminaristas, las jóvenes de las escuelas sanitarias de los zemstvos y, por último, los estudiantes que venían a pasar el verano, constituían, por así decirlo, la vanguardia de la provincia. De este pequeño mundo surgieron hilos conductores hacia los liberales de los zemstvos, el colegio de abogados, el comercio y la función pública. Ambos grupos se alimentaban del periódico liberal-populista *Russkaya Vedomosti* (Información Rusa): el ala más importante se interesaba sobre todo por los editoriales ligeramente insidiosos y la sección de zemstvos; la juventud radical devoraba las correspondencias del extranjero. De todas las revistas mensuales, la izquierda absorbía con avidez cada nuevo número de *Russkaya Bogatstvo* (Riqueza rusa), especialmente los artículos del talentoso publicista populista Mijáilovsky, incansable predicador de la “sociología subjetiva”. El público más moderado prefería *Vestnik Evropy* (El Mensajero de Europa) o *Russkaya Mysl* (Pensamiento Ruso), órganos de constitucionalismo camuflado. La propaganda en Samara no rebasaba los confines del mundo intelectual. El nivel cultural de los obreros, que eran pocos, era extremadamente bajo. De hecho, un cierto número de ferroviarios se unió a los círculos populistas, no con el fin de hacer propaganda entre los obreros, sino para elevar su propio nivel cultural.

Los individuos bajo vigilancia visitaban sin aprensión a la familia Ulianov, que por su parte había ido perdiendo poco a poco toda razón para evitar relacionarse con los enemigos del zar y de la patria. La viuda del alto consejero de estado había entrado en contacto con un mundo en el que probablemente había pensado poco en vida de su marido. Ahora su sociedad no estaba formada por funcionarios provincianos y sus esposas, sino por viejos radicales rusos que habían pasado años en la cárcel y deportados, y que hablaban de sus amigos asesinados en atentados terroristas por la resistencia armada o muertos en prisión; en resumen, gente de ese mundo al que Alejandro había ido para no volver jamás. Tenían opiniones inusuales sobre muchas cosas, sus modales no siempre

eran distinguidos, algunos de ellos destacaban por las rarezas que habían adquirido durante largos años de aislamiento, pero no eran malas personas; al contrario, María Alexándrovna tuvo que convencerse de que eran buenas personas: desinteresadas, leales en la amistad, audaces. Era imposible no sentir simpatía por ellos y, al mismo tiempo, era imposible no temerlos: ¿llevarían también al otro hijo por el camino fatal?

Entre los revolucionarios que vivían en Samara bajo vigilancia policial estaban Dolgov, que había participado en el famoso asunto Nechayev, y el matrimonio Livanov: el marido había participado en el juicio de los 193, y la mujer se había visto comprometida en el caso Kovalsky en Odessa, el hombre que había intentado resistirse al arresto pistola en mano. Hablar con estas personas, especialmente con los Livanov, a quienes Elisarova describió como “típicos populistas, muy entusiastas e idealistas”, se convirtió para Vladimir en una auténtica escuela revolucionaria práctica. Recogía ávidamente sus historias, haciendo pregunta tras pregunta, siempre en busca de nuevos detalles para dar vida en su imaginación a las luchas de antaño. Un gran período revolucionario, que aún no había sido estudiado ni siquiera más o menos escrito, y que había quedado aislado de la nueva generación por una fase de reacción, aparecía ante Vladimir en figuras humanas vivas. Este joven poseía el más raro de los dones: sabía escuchar. Le interesaba todo lo relacionado con la lucha revolucionaria: las ideas, las personas, los métodos conspirativos, las técnicas de la acción clandestina, los pasaportes falsos, el sistema penitenciario, los procesos ante los tribunales, las condiciones de deportación y de fuga.

Uno de los centros de la intelectualidad radical de los zemstvos de Samara era la casa del juez de paz Samoïlov. Elisarov iba allí a menudo, y un día tuvo la feliz idea de llevar a su cuñado a ver a Samoïlov. Esta visita permitió al hijo Samoïlov, muchos años después, reconstruir la figura del joven Ulianov en unos cuantos trazos muy acertados. “Cuando me acerqué a saludar a los invitados [relata Samoïlov], enseguida me llamó la atención una nueva figura: sentado a la mesa, en pose despreocupada, había un joven hombre muy delgado, con los pómulos de un rojo vivo en un rostro ligeramente kalmuk, bigotes ralos y una perilla ligeramente cobriza, que evidentemente aún no había pasado por el filo de las tijeras, y ojos oscuros de mirada viva y burlona. Hablaba poco, pero eso no parecía tener nada que ver con el hecho de que se sintiera incómodo en un entorno desconocido: no, estaba absolutamente claro que esa circunstancia no le pesaba en absoluto. Al contrario, de repente me di cuenta de que el Sr. T. Elisarov, que normalmente se sentía como en casa con nosotros, esta vez no se sentía tan avergonzado por su nuevo anfitrión como algo intimidado. La conversación era insignificante y versaba, según recuerdo, sobre el movimiento estudiantil de Kazán, a causa del cual Vladimir Ilich (ése era él) se había visto obligado a abandonar la Universidad de Kazán... Por lo visto, no estaba dispuesto a tomarse su destino de forma tan trágica... En medio de la conversación, después de haber hecho una deducción que parecía particularmente bien fundamentada, estalló de repente en una risita corta y espasmódica que era completamente rusa. Estaba claro que acababa de tener un pensamiento excitante y picante que había estado buscando. Esta risita, sana y no exenta de picardía, subrayada por pequeñas arrugas, también traviesas, en las comisuras de los párpados, se me quedó grabada. Todo el mundo se echó a reír, pero él ya estaba callado y volvía a escuchar la conversación general, fijando en los interlocutores una mirada atenta y ligeramente burlona.” Cuando el visitante se hubo marchado, el anfitrión, de natural expansivo, resumió la impresión que había recibido en términos exaltados: “¡Qué cabeza!” Y la exclamación del padre se fundió para siempre en la memoria del hijo con la imagen del joven Lenin, con el juego irónico de sus ojos,

con su breve risa “muy rusa”. Así lo describió tres años más tarde Lalayantz, amigo íntimo de Vladimir: “pequeño de estatura, pero de constitución muy sólida”. Esta descripción se ajusta mucho más a lo que ya sabíamos de Vladimir en aquellos años: era un gran caminante, cazador, maestro en natación y patinaje, acróbata que practicaba en el Reck y, además, un amante del canto agudo, hasta el punto de acertar con la nota equivocada. Es posible que cuando llegó a Samara, siendo un adolescente delgaducho, se fortaleciera con la vida en la vasta estepa.

No cabe la menor duda de que fue precisamente durante su estancia en Samara cuando Vladimir Uliánov se hizo marxista y socialdemócrata. Pero su estancia en Samara duró casi cuatro años y medio. ¿Cómo encaja la evolución del joven en este amplio marco? Los biógrafos oficiales han prescindido de una vez por todas de las dificultades adoptando una teoría salvadora según la cual Lenin habría sido un revolucionario por herencia y un marxista por nacimiento. Sin embargo, no es así. De hecho, no tenemos documentos que prueben que Vladimir compartiera las opiniones de la Narodnaya Volya en los primeros años del período de Samara, pero los datos de los años siguientes dejan pocas dudas sobre este punto. Más tarde escucharemos el testimonio impecable de Lalayantz, Krjijanovsky y otros de que Vladimir, durante los años 1893-1895, cuando ya era un marxista bien formado, sostenía ideas sobre la cuestión del terrorismo que eran inusuales en los círculos socialdemócratas y que todos consideraban como un remanente de la etapa anterior de su desarrollo. Pero, aunque no tuviéramos esta deslumbrante confirmación a posteriori, seguiríamos obligados preguntarnos: ¿podría ser que esa etapa no existiera?

Durante muchos años, la sombra política de Alejandro planeó sobre Vladimir. “¿No es el hermano de ese Uliánov?”, escribió un burócrata de alto rango al margen de un documento oficial. Así lo veían todos a su alrededor. “El hermano del Uliánov que fue ahorcado”, decían de él con respeto los jóvenes radicales. *¡El muerto se come al vivo!* El propio Vladimir nunca mencionó a su hermano, a menos que se viera obligado a hacerlo por una pregunta directa; más tarde, ni una sola vez lo mencionó en la prensa, aunque las oportunidades de hacerlo no eran raras. Pero fue precisamente este obstinado silencio lo que demostró claramente la profundidad de la herida causada por la muerte de Alejandro. Para romper con la tradición de la Narodnaya Volya, Vladimir necesitaba razones infinitamente más convincentes y concluyentes que nadie.

Sin embargo, la prolongada persistencia de sus simpatías terroristas, que se remonta al período de su desarrollo, teñido por las ideas de la Narodnaya Volya, no sólo tenía raíces personales. Vladimir evolucionaba a la par que toda una generación y toda una época. Incluso los primeros trabajos del Grupo Emancipación del Trabajo, aunque Vladimir ya había tenido tiempo de familiarizarse con ellos, no le obligaron de repente a romper con la bandera de su hermano mayor. Al desarrollar la perspectiva de la evolución capitalista de Rusia, Plejánov todavía no estaba enfrentando a la futura socialdemocracia con Narodnaya Volya, sino que se limitaba a pedir a los partidarios de esta última que asimilaran el marxismo. Antes, el Grupo Emancipación del Trabajo había hecho un intento práctico de unirse con los representantes de Narodnaya Volya en el extranjero. Si a principios de la década las cosas se veían así incluso en la emigración, donde militaban teóricos combativos de ambas tendencias, en Rusia, en cambio, la demarcación entre los partidarios de Narodnaya Volya y los socialdemócratas era todavía, a finales de los 80, muy fluida y poco clara. Axelrod tiene mucha razón al señalar en sus reminiscencias que “a fines de los años ochenta, la principal línea divisoria de las aguas entre los miembros

de Narodnaya Volya y los socialdemócratas no era la oposición marxismo-populismo, sino la oposición lucha política directa, que entonces era sinónimo de terrorismo, o propaganda”. En los casos en que los marxistas reconocían el terrorismo, la línea divisoria desaparecía por completo. Así, Alejandro, después de haber tenido tiempo de leer *Nuestras diferencias*, consideró que prácticamente no había diferencias entre los miembros de Narodnaya Volya y los socialdemócratas y que Plejánov se había equivocado al hacer de su libro contra Tijomirov una polémica. En el complot del 1 de marzo de 1887, representantes de ambas facciones actuaron bajo la bandera de la Narodnaya Volya.

El acercamiento entre las dos tendencias, que más tarde iban a divergir irrevocablemente, fue en realidad ilusorio y se explicaba por su debilidad y por el crepúsculo de la política de la época. Pero fue precisamente en este crepúsculo en el que Vladimir comenzó su estudio teórico del marxismo. Al mismo tiempo, según los relatos de los “mayores”, se familiarizó con la práctica de las luchas recientes, que habían llegado a su fin con el asunto Alejandro. En Samara, donde aún no existía ni siquiera un movimiento obrero embrionario, los agrupamientos en los medios intelectuales tardaron en formarse y desarrollarse. Todavía no había socialdemócratas. Bajo estas condiciones Vladimir pudo estudiar a los clásicos marxistas sin verse obligado a elegir definitivamente entre la socialdemocracia y Narodnaya Volya. La búsqueda de la claridad y la perfección era sin duda el resorte principal tanto de su voluntad como de su inteligencia. Pero su sentido de la responsabilidad no era menos importante. El destino de Alejandro transportó repentinamente las ideas de la “lucha por la libertad” de la esfera de los rosados ensueños adolescentes al reino de la dura realidad. Bajo estas condiciones, tomar una decisión significaba estudiar, comprender, verificar y convencerse a uno mismo. Eso exigía tiempo.

Entre los primeros amigos de Vladimir en Samara se encuentra Skliarenko, que tenía la misma edad que Vladimir. Había sido expulsado de una clase superior del gimnasio (la sexta) y detenido en 1887. Ya había pasado un año en la prisión de Kresty, en Petersburgo, y, tras su regreso a Samara, había reanudado su labor de propaganda entre los jóvenes. Gracias a sus esfuerzos, se había creado una pequeña biblioteca para autodidactas, mitad legal, mitad ilegal. Los artículos más instructivos se recortaban de los viejos periódicos mensuales según un catálogo especial de propaganda, y a menudo había que copiar a mano la primera y la última página. Estas colecciones de artículos se encuadernaban y, junto con uno o doscientos libros seleccionados, la mayoría prohibidos, formaban la biblioteca para estudiantes del liceo de Samara (B.S.G.), que Vladimir tuvo que utilizar más de una vez durante sus años en la provincia. Junto con su amigo Semenov, Skliarenko publicaba literatura con una multicopista siguiendo el espíritu de Narodnaya Volya, que predominaba en su círculo. Si Ulianov se hubiera considerado socialdemócrata desde los dos primeros años de su estancia en Samara, habría mantenido encarnizados debates con Skliarenko, Semenov y sus amigos, debates que, en caso de tenaz resistencia por parte de sus adversarios, habrían desembocado inevitablemente en una ruptura muy rápida. Pero no ocurrió nada de eso, las relaciones personales no se deterioraron. Por otra parte, la amistad de Vladimir con los jóvenes partidarios de Narodnaya Volya no le llevó a participar en su trabajo clandestino. Después de lo que le había ocurrido a Alejandro, no se podían imponer las iniciativas revolucionarias de los novatos. Quería sobre todo aprender, y pronto se llevó consigo a Skliarenko y Semenov.

Vladimir pasaría cuatro inviernos en Samara. Creció y cambió durante esos años, acercándose gradualmente a la socialdemocracia. Pero quienes le observaban y sentían su influencia también cambiaron. Los límites entre las diferentes etapas se desvanecieron de la memoria. Los resultados de la evolución que se hizo patente en 1892 suelen extenderse ahora a todo el periodo de Samara. Esto es particularmente evidente en los recuerdos de la hermana mayor. Según ella, Vladimir estaba “cada vez más exasperado” cuando discutía con los antiguos de la Narodnaya Volya sobre sus opiniones fundamentales. No cabe duda de que así era. Pero, ¿cuándo empezaron las discusiones y cuándo se volvieron “exasperadas”? Anna, que por aquel entonces no tenía muy claros los principios, acababa de casarse con Elisarov cuando se trasladaron a Samara, y aunque las dos familias vivían en la misma casa, la joven pareja se había distanciado naturalmente de los demás. Los dos primeros años de la vida de Vladimir en Samara se escapan casi por completo a la memoria de su hermana mayor.

Es fácil creer que las opiniones arcaicas de los “viejos” de Samara no eran capaces de satisfacer a una mente joven preocupada por problemas fundamentales. Vladimir tuvo y debió tener discusiones con los viejos desde sus primeros años, no porque hubiera encontrado la verdad, sino porque la buscaba. Pero fue mucho más tarde, hacia el final del periodo de Samara, cuando estos debates se convirtieron en un conflicto entre las dos tendencias. Es notable que la propia Elisarova, en su búsqueda de una ilustración vívida de los debates de Samara, se refiera a Vodovosov, que estaba bajo vigilancia policial, como su adversario. Pero las discusiones con este ecléctico impenitente, que no era ni populista ni marxista, tuvieron lugar en el invierno de 1891-1892, al final del tercer año de Vladimir en Samara.

Es cierto que uno de los militantes de Samara cuenta cómo, durante una competición de piragüismo de la juventud radical, al parecer en el verano u otoño de 1890, Ulianov hizo papilla la teoría moral idealista desarrollada por un tal Buchholz y le opuso una concepción de clase. Este episodio muestra que el ritmo de desarrollo de Vladimir es algo más rápido de lo que indican los demás datos. Pero es notable que el propio Buchholz, socialdemócrata alemán nacido en Rusia, rebata el relato que acabamos de mencionar en el punto que nos interesa. “En las reuniones en que estuvimos juntos [escribió], que yo recuerde, V. I. Ulianov no mostró actividad particular alguna y, en todo caso, no desarrolló opiniones marxistas”. El valor de este testimonio es absolutamente indiscutible. ¿Podemos creer que Ulianov habría guardado su antorcha bajo un celemín si ya hubiera estado encendida? Si no desarrolló opiniones marxistas, fue porque aún no las había elaborado.

En octubre de 1889, ya instalado en Samara, Vladimir envió a “Su Alteza Serenísima el Ministro de Educación” una nueva carta extremadamente persuasiva. En los dos años transcurridos desde que había terminado sus estudios en el gimnasio, Vladimir Ulianov había sido “plenamente capaz de convencerse de la enorme dificultad, si no imposibilidad, de encontrar una ocupación para un hombre que no había recibido una educación especializada”. Sin embargo, el que suscribe necesitaba urgentemente una ocupación que le permitiera “mantener con su trabajo a una familia compuesta por una madre muy anciana y un hermano y una hermana que aún eran niños”. Esta vez no pidió ser admitido en la universidad, pero sí el derecho a presentarse al examen final como alumno libre. Délianov escribió a lápiz en el formulario de solicitud: “Pregunten por él al jefe de distrito escolar y al departamento de policía, es un tipo travieso”. Evidentemente, el departamento de policía no podía tener una opinión más favorable del solicitante que

el ministro de educación. Así que el “tipo travieso” fue rechazado de nuevo por el “hombre bueno y amable”.

Parecía que la puerta de la ciencia oficial se había cerrado en las narices de Vladimir para siempre. Al final, probablemente no habría cambiado mucho su destino futuro. Pero en aquellos días, la cuestión de un título universitario parecía mucho más importante para el propio Vladimir y, aún más, para su madre. María Alejandrovna partió hacia Petersburgo en mayo de 1890 para tomar medidas que aseguraran el futuro de Vladimir, igual que había hecho tres años antes para asegurar la vida de Alejandro. “Es un verdadero tormento [escribió] contemplar a mis hijos, ver cómo pasan sus mejores años sin dar fruto...”. Y para tocar aún más el corazón del ministro, la madre trató de asustarle, diciendo que la existencia sin sentido de su hijo “debe conducirle casi inevitablemente a la idea del suicidio”. Sinceramente, Vladimir no parecía un candidato al suicidio. Pero en la guerra (y la madre luchaba por su hijo) no se puede prescindir de estratagemas. Por lo visto, Délianov no carecía de debilidad: aunque no permitió que el “travieso” fuera a la universidad, esta vez sí le permitió presentarse a los exámenes finales del programa de la facultad de derecho, en una de las universidades imperiales. El departamento de policía de Samara informó oficialmente de este favor a la viuda del Alto Consejero de Estado Ulianov. Vladimir pidió permiso para presentarse a los exámenes en Petersburgo y recibió otra respuesta satisfactoria. Independientemente de los esfuerzos de su madre, se produjo inevitablemente una circunstancia: en los dos años y medio transcurridos desde su expulsión, Vladimir no había hecho nada para darse a conocer como sospechoso. La familia parecía estar saliendo de la desgracia.

A partir de finales de agosto, las plumas policiacas de Samara y de Kazán anotan una serie de informes registrando el viaje de Vladimir Ulianov de Kazán a Petersburgo para informarse sobre el orden a seguir para los exámenes. Vladimir pasó seis días en Kazán. ¿Con quién se encontró allí de sus viejos amigos? El informe del jefe de policía de Kazán no da ninguna indicación al respecto. Vladimir permaneció en Petersburgo casi dos meses: las fechas están avaladas por los informes del comisario de policía de Samara. Pero no sabemos mucho más que eso. Sin embargo, sin lugar a dudas Vladimir no perdía el tiempo. En cualquier caso, su principal preocupación era prepararse para los exámenes. No quería hacer las pruebas al azar, suspender y tener que empezar de nuevo. Tenía que situar de antemano con perfecta claridad todos los elementos del problema a resolver: el ámbito de cada asignatura, los libros de texto, las exigencias de los profesores. Sin duda, una parte considerable del tiempo pasado en Petersburgo lo dedicaba a trabajar en la biblioteca pública. Tenía que redactar extractos y escribir resúmenes para evitar comprar libros demasiado caros. A través de su hermana Olga, que estudiaba en Petersburgo, Vladimir conoció a su futuro adversario, Vodovosov, compañero de universidad de Alejandro que había regresado de la deportación para presentarse a los exámenes estatales, y a través de él pudo entrar en la sala donde unos cuatrocientos estudiantes realizaban las pruebas. Vladimir se mezcló con la multitud y, en palabras de Vodovosov, “permaneció allí varias horas, escuchando y observando”. Esta expedición a la arena para reconocer las condiciones de la batalla que se avecinaba era muy característica del joven Lenin. No le gustaba dejar al azar nada que pudiera preverse y prepararse de antemano en cierta medida.

En Petersburgo, sin embargo, Vladimir aún tenía un asunto de no poca importancia que atender. Fue precisamente en este viaje cuando finalmente adquirió el libro de Engels *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring* a través de un amigo suyo, un

profesor del Instituto Tecnológico llamado Jawein. Aunque el afortunado propietario no se decidió a dejar marchar el libro prohibido a una provincia lejana, Vladimir debió de estudiar el notable panfleto científico-filosófico con gran diligencia durante su breve estancia en la capital. No es imposible, sin embargo, que, tras una discusión con el testarudo joven, el joven profesor cediera y el *Anti-Dühring* abandonara el Neva rumbo al Volga. En cualquier caso, Vladimir no tuvo el libro en sus manos por primera vez hasta el otoño de 1890. Rádek, relatando este episodio según el propio Lenin, añade: “Durante mucho tiempo no pudo conseguir ninguna de las obras de Plejánov publicadas en el extranjero”. Si la palabra “mucho” significa aquí al menos algunos meses, entonces parece que Vladimir no conoció las obras del Grupo Emancipación del Trabajo hasta principios de 1891. Recordemos estas fechas. Aunque, en general, los testimonios de Rádek no pueden pretender ser exactos, en este caso se ven corroborados, independientemente de la convincente apariencia externa del relato, por la evolución general de Vladimir, tal como se desprende de otras circunstancias.

A principios de noviembre, el comisario de Samara informó al comisario jefe del regreso de Vladimir Ulianov. Una vez más, el comisario no había notado nada “sospechoso”. Ahora, de vuelta de Petersburgo, el aspirante a criminal había traído, si no bajo su cráneo, al menos en su maleta, la carga explosiva del materialismo dialéctico. Sin embargo, no había motivos para esperar explosiones a corto plazo. Por el momento, ni el marxismo ni la revolución estaban en primer plano. Había que arrancar el título de las manos de la universidad imperial. Había que prepararse para un tremendo refrito de los cursos.

En realidad, cuando Iliá Nikoláyevich temía que Vladimir no desarrollara el gusto por el trabajo, se equivocaba. Una de las personas puestas bajo vigilancia, la “jacobina” Yasneva, que llegó a Samara en la primavera de 1891, recuerda: “Tanta perseverancia, semejante obstinación, nunca los he visto en nadie como en Vladimir Ilich, ya entonces.” Vladimir sólo salía a tomar el té y a cenar, y hablaba muy poco. Era raro que alguien de la casa entrara en su habitación. Su estilo de vida le recordaba ahora al de Alejandro. Su estudio en el campo estaba en el jardín, al final de una avenida de tilos. Todos los días, a la misma hora de la mañana, iba allí con su provisión de libros jurídicos y no volvía a casa hasta las tres horas. “Le llamaban para cenar [decía un antiguo criado] y allí estaba con un libro.” No perdía el tiempo, como demuestra el frecuentado camino que recorría junto a su banco, donde ensayaba de memoria lo que había leído o aprendido. Después de cenar, como recreo, leía en alemán *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de Engels, o alguna otra obra marxista. De este modo, aprendía alemán, no por el idioma, sino por el marxismo, y con más éxito si cabe. El paseo, el baño y el té de la tarde precedían a la última parte de la jornada laboral, ya con la lámpara encendida en las escaleras del porche. Vladimir trabajaba con demasiada diligencia para que a ninguno de los ancianos o jóvenes se le ocurriera molestarlo durante sus horas de trabajo. Por supuesto, no habría dudado entonces, más que en sus días de gimnasio, en decirle a cualquiera: “Hágame el favor de marcharse”. En cambio, durante las horas de descanso, en las comidas y cuando nadaba, era ruidoso, hablador, risueño y contagiosamente alegre. Cada fibra de su cerebro y de su cuerpo se vengaba de las largas horas dedicadas al estudio del derecho romano o canónico. Este joven ponía tanto entusiasmo y pasión en su ocio como en su trabajo.

¿Cuánto tiempo necesitó para prepararse? Dieciocho meses, responde Elisarova. Sin embargo, sabemos a ciencia cierta por ella misma que Vladimir “empezó a repasar

sus lecciones” sólo después de que le dieran permiso para presentarse a los exámenes como alumno libre. Además, es difícil imaginar que hubiera estudiado derecho policial, derecho canónico o incluso derecho romano por placer o al azar. Pero en este caso la preparación ni siquiera duró un año y medio. Desde la “amnistía” gubernamental hasta el comienzo de los exámenes pasaron menos de once meses; hasta el final de los exámenes, dieciocho meses. La propia Elisarova, en otro artículo, habla de sólo un año. Los universitarios empleaban cuatro años en el mismo trabajo.

Tenía que presentarse a los exámenes en dos partes: en primavera (abril y mayo) y en otoño (septiembre y noviembre). Vladimir llegó a Petersburgo en marzo, ocho días antes de los exámenes, armado con una exposición sobre derecho penal. Es muy probable que hubiera reservado esa semana para estudiar los cursos publicados por los estudiantes. Ulianov era taylorista antes que Taylor. El comité de examen, presidido por Sergueevich, a la sazón un popular profesor de historia jurídica rusa, incluía a la flor y nata de la facultad de derecho. El recién llegado, al que los examinadores veían por primera vez, fue interrogado por ellos con cierta inquietud. Pero pronto la desconfianza dio paso a la aprobación. El alumno libre Ulianov demostró estar admirablemente preparado.

La lista de temas del examen es como una introducción irónica a todas las actividades futuras del abogado de los oprimidos, del fiscal contra los opresores. Para la historia del derecho ruso, a Vladimir Ulianov le preguntaron por las “personas no libres”, siervos de todas las categorías; en derecho civil, le preguntaron por las instituciones de las castas, lo que incluía información sobre la historia de las instituciones de la nobleza y la organización de las administraciones autónomas de la clase campesina. Al otorgarle las mejores notas en estas asignaturas, la universidad imperial certificaba que Vladimir Ulianov se había preparado concienzudamente para su futura profesión antes de lanzarse a eliminar las condiciones de los “no libres”, la esclavitud y la barbarie de las castas.

También en primavera, en economía política, tuvo que responder sobre los salarios y sus formas; para el conocimiento, la enciclopedia y la historia de la filosofía del derecho, sobre las opiniones de Platón concernientes a las leyes. Desgraciadamente, no sabemos si Ulianov explicó a sus examinadores la teoría del valor-trabajo y la concepción materialista del derecho, como contrapartida a todos los aspectos del platonismo de los explotadores. En cualquier caso, si acarició la ciencia oficial en la dirección equivocada, fue con la debida cautela. El comité anotó: “muy satisfactorio”, que era la nota más alta. Sin embargo, la mayoría de las pruebas se reservaron para el otoño.

Ese año, el primer domingo de mayo, un pequeño destacamento de obreros de Petersburgo, unos setenta hombres, celebró por primera vez la fiesta proletaria con una reunión clandestina fuera de la ciudad y con discursos que pronto se imprimieron en la multicopista y luego se publicaron en el extranjero. La propaganda socialdemócrata en cuyo centro se encontraba el joven estudiante de tecnología Brusnev, ya había logrado resultados notables. Encontrándose en Petersburgo cuando se celebró el Primero de Mayo, Vladimir aparentemente no sabía nada de este memorable acontecimiento. No tenía conexiones revolucionarias y es poco probable que las buscara. Durante los dos años siguientes tuvo que ponerse a la altura de los marxistas de Petersburgo, para encontrarse de repente a la cabeza de ellos.

En plena época de exámenes de primavera, la familia sufrió otro revés. La víctima fue Olga, la hermana que había crecido y se había formado con Vladimir y que le acompañaba al piano cuando cantaba *Los ojitos encantadores*. Desde el otoño del año anterior, Olga había cosechado un gran éxito en el colegio femenino de Petersburgo.

Varios recuerdos presentan a esta joven de la forma más atractiva. Tras graduarse en el gimnasio a los quince años y medio con una medalla de oro, al igual que sus hermanos, se dedicó a la música, aprendió inglés y sueco y leyó mucho. Una de las compañeras de Olga en la enseñanza superior, Z. Nevzorova, que más tarde se convertiría en la esposa del ingeniero Krzhijanovsky, que electrificó Rusia, escribió en sus recuerdos: “Olga Ulianova no encajaba del todo en el tipo ordinario de estudiante de la época: un pequeño grillo negro, modesta y autocomplaciente a primera vista, pero inteligente, dotada, poseedora de una especie de fuerza de voluntad concentrada y perseverante para alcanzar la meta. Profunda y seria, aunque sólo con diecinueve años, y una compañera maravillosa”. “En ella, como en Alejandro [escribe Elisarova], el sentimiento predominante era el del deber. Olga quería a Alejandro más que a sus otros hermanos. A pesar de su edad y desarrollo similares, no tenía ninguna intimidación moral con Vladimir. Pero le escuchaba con mucha atención y valoraba mucho su opinión.

En primavera, durante la estancia de Vladimir en Petersburgo, Olga enfermó de fiebre tifoidea. Entre examen y examen, Vladimir se vio obligado a llevar a su hermana al hospital y, como se supo más tarde, a un hospital muy malo. Respondiendo a un telegrama de alarma de su hijo, María Alexandrovna llegó inmediatamente a Petersburgo, pero sólo para perder un segundo hijo. Olga murió el 8 de mayo, el mismo día en que Alejandro había sido ahorcado cuatro años antes. Y al igual que Vladimir tuvo que presentarse a los exámenes finales de gimnasia en Simbirsk inmediatamente después de la ejecución de su hermano mayor, ahora tuvo que presentarse a los exámenes de la universidad en días en que su hermana menor sufría una enfermedad mortal. Al parecer, fue inmediatamente después del funeral cuando Vladimir hizo una visita a uno de los amigos universitarios de Alejandro, Serge Oldenburg, el futuro académico orientalista que, a diferencia de todos los demás, evoca a su interlocutor como oscuro y taciturno, sin la menor sonrisa. Durante los primeros días, los más difíciles, Vladimir se quedó con su madre en Petersburgo; luego emprendieron juntos el triste viaje de regreso a Samara. Y una vez más, todo el mundo admiró el valor de la madre, su constancia y su incansable cuidado de los hijos que quedaban.

Durante más de tres meses de verano, Vladimir recorrió su caminito al final de la avenida de tilos. En septiembre regresó a la capital, armado de pies a cabeza. En derecho penal, se defendió honorablemente sobre la defensa en juicios penales y en robos de documentos. Para dogmas del derecho romano, las preguntas a las que tuvo que responder se referían a los actos criminales y a la influencia del tiempo en el origen y la caducidad de los derechos: dos temas no desprovistos de interés para un hombre que tuvo que cometer actos criminales a bastante gran escala y acabar con derechos que no carecían de importancia. Ulianov respondió con gran acierto sobre “la ciencia de la policía”, destinada a “garantizar las condiciones de bienestar moral y material del pueblo”. El candidato demostró un conocimiento no menos envidiable de la organización de la Iglesia Ortodoxa y de la historia de su legislación. En cuanto al derecho internacional, se le preguntó por la neutralidad y los bloqueos. Continúa siendo una cuestión abierta si estos conceptos le fueron útiles veintiocho años más tarde, cuando Clemenceau y Lloyd George respondieron al intento de los soviéticos de salir de la guerra con un bloqueo. Para obtener el primer título había que aprobar más de la mitad de las asignaturas con la máxima distinción (“muy satisfactorio”); Vladimir lo había conseguido en las trece asignaturas. Podía felicitarse en secreto y reírse para sus adentros, con su risa corta y “muy rusa”.

Un mes antes del final de los exámenes, en octubre de 1891, fue rechazada por tercera vez la solicitud de pasaporte extranjero de Vladimir Ulianov. ¿Cuál era el objetivo del viaje? Vladimir estaba investigando y estudiando todas las obras esenciales de la literatura marxista. Sin duda le faltaban muchas obras, sobre todo en el campo de las publicaciones periódicas socialdemócratas. Después de aprobar sus exámenes, la idea de trabajar libremente en las bibliotecas de Berlín no podía sino atraerle. Desde Berlín, no era difícil viajar a Zúrich y Ginebra, conocer el Grupo Emancipación del Trabajo, estudiar todas sus publicaciones y dilucidar cuestiones controvertidas. Estas razones eran más que suficientes. Pero la policía pensaba lo contrario. Y, despotricando contra las autoridades superiores Vladimir ni siquiera esperó en la capital la decisión del comité de exámenes: no había razón para dudar del resultado. Y, de hecho, el 15 de noviembre, el mismo día en que el comisario de Samara informó al jefe de policía en un informe secreto del regreso de Vladimir Ulianov a Samara bajo discreta vigilancia, el comité examinador de la facultad de derecho de la Universidad Imperial de San Petersburgo le concedió el diploma de primer grado. En un año, año y medio, en un remoto rincón de la provincia de Samara, sin ayuda de los profesores ni de sus compañeros mayores, Vladimir no sólo había completado la tarea en la que los demás habían invertido cuatro años de su vida, sino que lo había hecho mejor que nadie: quedó primero entre ciento treinta y cuatro estudiantes y alumnos libres. Ante semejante resultado (comentó la hermana), mucha gente se quedó estupefacta. No era para menos. El principal atractivo de esta magnífica actuación, aparte del resto, era el elemento de acrobacia intelectual. Estaba “bien hecho”: ¡no podía haber sido mejor!

## ***El año de la hambruna. El abogado Ulianov***

El verano de 1891 fue muy caluroso y trajo sequía; el sol abrasó el trigo y los prados de veinte provincias con una población de treinta millones de habitantes. Cuando Vladimir regresó después de los exámenes de otoño, la provincia de Samara, más afectada que las demás, estaba sufriendo las contorsiones de la hambruna. De hecho, toda la historia de la Rusia campesina está plagada de hambrunas periódicas y grandes epidemias. Pero la hambruna de 1891-1892 fue excepcional, no sólo por su magnitud, sino también por la influencia que tuvo en el desarrollo político de la sociedad. Más tarde, mirando hacia atrás, los reaccionarios evocarían con ternura la inquebrantable solidez del régimen de Alejandro III, que con su fuerte mano rompía una herradura, y culpaba de los trastornos posteriores al débil Nicolás II. En realidad, los tres últimos años del reinado del “padre inolvidable” marcaron ya el comienzo de una nueva era que allanó el camino a la revolución de 1905.

El peligro procedía del lugar mismo en el que descansaba su fuerza: la aldea. En los treinta años transcurridos desde la abolición de la servidumbre, las condiciones de vida de la gran masa de campesinos habían empeorado considerablemente. En la provincia de Samara, rica en tierras, más del 40 % de los campesinos poseían las parcelas improductivas. Las tierras agotadas y mal labradas permanecían expuestas a la acción de todos los elementos hostiles. El desarrollo acelerado de la industria, junto con el restablecimiento de un sistema de semiservidumbre en el campo, llevó al mismo tiempo que a un rápido aumento de la explotación por los kulaks, a un empobrecimiento espantoso del campesinado. Por supuesto, se construían fábricas y ferrocarriles, se equilibraba el presupuesto, el oro se amontonaba en los sótanos del Banco del Estado, y el poder aparente parecía incommovible, cuando de repente, inmediatamente después de tales éxitos, el mujik se desplomó boca abajo y empezó a gritar con la voz agonizante de un muerto de hambre.

El gobierno, cogido desprevenido, primero trató de negar la hambruna, hablando sólo de un déficit en la cosecha, luego perdió la cabeza y, por primera vez desde 1881, aflojó un poco las riendas. La siniestra reputación de solidez inquebrantable que había envuelto al régimen de Alejandro III empezó a disiparse. La calamidad sacudió el letargo de la opinión pública. Un soplo de aire fresco recorrió el país. Cierta sector de las clases acomodadas y amplios círculos de la intelectualidad se vieron arrastrados por el mismo impulso: acudir en ayuda del pueblo, dar pan a los hambrientos y medicinas a los enfermos de tifus. Los zemstvos y la prensa liberal lanzaron la voz de alarma. Se hicieron colectas por todas partes. León Tolstoi empezó a abrir refectorios. Cientos de intelectuales volvieron a tender la mano al pueblo, esta vez con objetivos más modestos que en los años setenta. Sin embargo, las autoridades pensaron, no sin razón, que bajo el movimiento filantrópico se escondía una tendencia sospechosa: la forma pacífica de ayuda en caso de

catástrofe era la vía más fácil para las fuerzas de oposición que se habían acumulado durante los años del nuevo reinado.

Los revolucionarios no podían seguir esa vía. Para ellos, el problema no era mitigar las consecuencias de una calamidad social, sino eliminar sus causas. Diez o quince años antes, era exactamente así cómo veía las cosas la intelectualidad populista, a diferencia de los liberales y los filántropos. Pero el espíritu revolucionario se había desvanecido entre los populistas; ahora, despertando de un largo sueño, estaban felices de fusionarse con los liberales, poniéndose con ellos “al servicio del pueblo”. Incluso antes de que, bajo la influencia de esta catástrofe, se iniciará en las filas de la intelectualidad una encarnizada lucha sobre las perspectivas futuras del desarrollo del país, un pequeño número de marxistas se encontró en oposición con los amplios círculos de la “sociedad cultivada” sobre esta cuestión candente: ¿qué hacer inmediatamente? Más de treinta años después, Vodovosov, a quien ya conocemos, escribía en la prensa de la emigración: “El desacuerdo más grave y profundo que tuvimos con Vladimir Ulianov se refería a la actitud que debíamos adoptar ante la hambruna de 1891-1892”. Mientras que la sociedad de Samara respondía unánimemente a las peticiones de ayuda, “sólo Vladimir Ulianov, con su familia y un pequeño círculo que se hacía eco de él, adoptó una postura diferente”. Según nos dicen, Ulianov dio la bienvenida a la hambruna como factor de progreso: “Al destruir la economía campesina..., la hambruna crea un proletariado y contribuye a la industrialización del país”. Los recuerdos de Vodovosov en esta sección reproducen no tanto las opiniones de Ulianov como su reflejo distorsionado en la conciencia de liberales y populistas. La idea de que la ruina y la lenta extinción del campesinado podían contribuir a la industrialización del país era absurda en sí misma. Los campesinos arruinados se convertían en indigentes, no en proletarios; la hambruna alimentaba las tendencias parasitarias de la economía, no sus tendencias progresistas. Pero incluso a pesar de su tendenciosidad, el relato de Vodovosov transmite bastante bien la ardiente atmósfera de las viejas disputas.

Las acusaciones que se solían hacer a los marxistas de la época, a saber, que habían contemplado la angustia popular a través de los espejuelos de la doctrina, no hacían sino mostrar el bajo nivel teórico de los debates. En el fondo, todas las fuerzas y grupos adoptaron posiciones políticas: el gobierno, que, para mantener su prestigio, negaba o minimizaba la hambruna; los liberales que, denunciando la hambruna, intentaban al mismo tiempo demostrar con su “trabajo positivo” que serían los mejores colaboradores del zar solamente con que se les diese la menor porción de poder; los populistas que, precipitándose sobre los refectorios y los barracones de los tíficos, esperaban encontrar una manera pacífica y legal de ganarse las simpatías del pueblo. Los marxistas no estaban ciertamente contra la ayuda a los hambrientos, sino contra ciertas ilusiones según las cuales con la cuchara de la filantropía se podía secar el mar de la necesidad. Si un revolucionario ocupa en los comités legales y en los refectorios un lugar que corresponde por derecho a un miembro del zemstvos o a un funcionario, ¿quién ocupará entonces el lugar del revolucionario en la acción clandestina? De las circulares y órdenes ministeriales que se publicaron más tarde, se desprende claramente que el gobierno asignaba sumas cada vez más importantes para ayudar a los hambrientos únicamente por temor a la agitación revolucionaria, de modo que, incluso desde el punto de vista de la ayuda inmediata, la política revolucionaria resultó ser mucho más eficaz que la filantropía neutral.

En la emigración, no sólo el marxista Axelrod enseñaba entonces que “para un socialista... la lucha eficaz contra el hambre sólo es posible en el terreno de la lucha contra la autocracia”, sino que el viejo moralista de la revolución, Lavrov, proclamaba en la prensa: “Sí, la única obra buena posible para nosotros no es la filantrópica, sino la revolucionaria.” Sin embargo, en el centro de una provincia hambrienta, en un ambiente de entusiasmo general por los refectorios, era mucho más difícil mostrar intransigencia revolucionaria que en la emigración, que en aquellos años estaba aislada de Rusia. Por primera vez, Ulianov tuvo que tomar partido por propia iniciativa sobre una cuestión política candente. No se unió al comité de ayuda local. Es más, “en asambleas y reuniones..., realizó una propaganda sistemática y decidida contra el comité”. Hay que añadir: no contra su actividad práctica, sino contra sus ilusiones. Vodovosov replicó. Ulianov tenía con él “una minoría muy pequeña, pero esta minoría se mantenía firme en sus posiciones”. Vodovosov no consiguió ganarse a ni uno solo de sus miembros: hubo casos en los que Ulianov logró atraer a su lado a opositores “en pequeño número, pero los hubo”.

Fue precisamente en esta época cuando las diferencias con los populistas iban a adquirir el carácter de una lucha entre dos tendencias que se estaban escindiendo. No es casualidad que la figura de Vodovosov surja en la memoria de Elisarova cuando, sin dar fechas, habla de las controversias de Samara: comenzaron precisamente a finales de 1891. La catástrofe de la hambruna se convirtió así en una etapa importante en el desarrollo político de Vladimir. Para entonces, sin duda ya conocía la obra de Plejánov: a finales de ese año, o principios del siguiente, como atestigua Vodovosov, hablaba con gran respeto de *Nuestras diferencias*. Si aún le quedaban dudas sobre el desarrollo económico de Rusia y el camino revolucionario, a la luz de la catástrofe debieron disiparse de una vez por todas. En otras palabras, Vladimir Ulianov había pasado de ser un marxista teórico a un revolucionario socialdemócrata definitivo.

Según Vodovosov, toda la familia estaba del lado de Vladimir en la cuestión de ayudar a los hambrientos. Sin embargo, la hermana menor nos cuenta que en 1892, cuando la hambruna trajo consigo el cólera, Anna “se desvivió por ayudar a los enfermos, distribuyendo medicinas y consejos”. Y, por supuesto, Vladimir no la reprendió por ello. El relato de Yasneva tampoco coincide con el de Vodovosov. “De todas las personas que vivían en Samara bajo vigilancia policial [escribió ella], sólo Vladimir Ilich y yo no participamos en el trabajo en los refectorios”. Según este testimonio, todavía no había círculos que compartieran las ideas de Vladimir. No es difícil de creer. Todavía no había comenzado la propaganda socialdemócrata. Sólo podría emprenderla cuando se hubiera separado de los representantes de sus antiguas creencias y de los elementos del pantano. “Pacíficas al principio, nuestras discusiones [dice Vodovosov] empezaron poco a poco a adquirir un carácter muy violento”.

Las disputas políticas no tardaron en resolverse. Los liberales no consiguieron ganarse la confianza del gobierno: al contrario, éste no tardó, y sin duda con cierta razón, en acusar al zemstvo de Samara de haber comprado grano de mala calidad para los hambrientos. Los populistas no se ganaron al pueblo. Los campesinos no confiaban en los habitantes de las ciudades. Nunca habían visto a la gente cultivada hacer más que daño. Si se alimenta a los hambrientos, es porque el zar lo ha ordenado, y seguramente estos señores se dedican a hacer trampas. Tras la hambruna, estalló una epidemia de cólera, y como innumerables enfermos morían en los barracones donde eran atendidos desinteresadamente por médicos y estudiantes, los campesinos imaginaron que los

caballeros estaban envenenando a la gente para aumentar sus propios patrimonios. Se desencadenó una oleada de disturbios por el cólera, y médicos, estudiantes y asistentes médicos fueron asesinados. Entonces las autoridades “tomaron bajo su protección” a los intelectuales, protegiéndolos con la fuerza armada. De este modo, el año de la hambruna también ajustó cuentas con el trabajo cultural en el campo. En la provincia de Simbirsk, que Iliá Nikoláyevich Ulianov había educado incansablemente durante dieciséis años, los llamados disturbios del cólera adquirieron una magnitud particular y aldeas enteras recibieron el castigo de los azotes a un habitante por cada diez, algunos muriendo bajo los golpes. El campesino ruso sólo empezó a escuchar a los socialistas cuando se le acercó su hermano de la ciudad, el obrero que poseía una parcela de tierra en el pueblo, y cuando empezó a explicarle de qué lado estaba la justicia. Pero para ello, primero hubo que ganar al obrero de la ciudad para el socialismo.

Durante este año de hambruna y cólera, otra disputa sobre una cuestión de principio contribuyó a disgregar a los grupos políticos. Vodovosov propuso enviar un mensaje de simpatía a un tal Kossich, gobernador de una de las provincias del Volga, que había sido destituido por “liberalismo”. Vladimir se pronunció enérgicamente contra el sentimentalismo pequeñoburgués, siempre dispuesto a derramar una lágrima ante el menor atisbo de “humanidad” en un representante de las clases dominantes. Este episodio, por cierto, demuestra una vez más lo absurdo que es intentar trazar una línea de continuidad política hereditaria entre el director de las escuelas primarias, Ilyá Nikoláyevich, que, a diferencia de Kossich, ni siquiera había sido destituido por liberalismo, y su hijo, absolutamente intransigente y al que no podía conmovér ni el más humano de los gobernantes. Vodovosov fue claramente derrotado, y el mensaje no fue enviado.

Vodovosov, como él mismo contó, empezó a referirse a su joven antagonista con el nombre de Marat, por supuesto a sus espaldas. El sobrenombre era acertado, al menos si no se le había ocurrido con posterioridad. Los amigos de la víspera, ahora adversarios, consideraban a Vladimir, en palabras de su hermana mayor, “un joven muy capaz, pero demasiado presuntuoso”. Vladimir, que sólo ayer mismo había parecido simplemente “el hermano de Alejandro Ulianov”, se había convertido ahora en “él mismo” y enseñaba las garras. Vladimir no sólo no adaptaba su posición a la complejidad política de sus adversarios, sino que, por el contrario, llevaba esta posición al extremo, dándole un carácter intransigente, tajante, displicente. Esto le proporcionaba una doble alegría, por su confianza en sí mismo y por la indignación que delataban los rostros de sus adversarios. Según admitía el propio Vodovosov, “su profunda convicción de que tenía razón era evidente en todo lo que decía. Y por eso parecía doblemente insoportable.” Según Elisarova, “todas las personas más sensatas se escandalizaban por el gran aplomo que mostraba en las discusiones, pero a menudo le cedían el paso”. Lo que era particularmente imperdonable era el tono de desprecio con que hablaba de las más altas autoridades del populismo. Sin embargo, éstas eran sólo las primeras flores; los frutos selectos vendrían más tarde...

Vodovosov se preguntaba modestamente, resumiendo sus debates con Ulianov: “De qué lado estuvo la victoria, es difícil decirlo”. En realidad, no hubo necesidad de esperar a la revolución de octubre para descifrar este enigma. Cuando la hambruna volvió siete años después, ya había infinitamente menos ilusiones políticas; la intelectualidad, habiendo encontrado otro camino, ya no se dirigía a la aldea. Una revista liberal muy moderada, *Russkaya Mysl* (Pensamiento ruso), escribió que todos los que habían

regresado de las regiones hambrientas estaban muy descontentos con su propio trabajo, considerándolo un “paliativo miserable” cuando lo que se necesitaba eran “medidas generales”. Todo lo que se necesitaba era un poco de experiencia política, e incluso los tímidos constitucionalistas se vieron obligados a traducir al lenguaje liberal fragmentos de aquellas ideas que unos años antes habían sonado blasfemas.

Pero Vladimir se vio obligado a pensar en su propio destino, en lo que se llama el día de mañana. El diploma se había obtenido, había que utilizarlo. Vladimir entró en el colegio de abogados y se preparó para hacer suya la profesión de abogado: “Porque Vladimir Ilich [como recuerda Elisarova], no tenía más recursos que la pensión de nuestra madre y la granja de Alakayevka, que poco a poco se iba dilapidando.” Eligió como jefe al abogado con el que había jugado al ajedrez por correspondencia cuando aún vivía en Kazán. Jardin era una figura fuera de lo común, no sólo como abogado y estratega de ajedrez (Chigorin, el rey del ajedrez en Rusia en aquella época, hablaba muy bien de él), sino también como figura pública en su provincia. A los veintiocho años, se convirtió en presidente del zemstvo de la capital, pero fue destituido como sospechoso en veinticuatro horas, “por orden de su majestad”. A pocas personas se les concedió tal honor. Según N. Samoilov, que describió tan vívidamente sus primeras relaciones con Vladimir, Jardin, incluso en su madurez, había conservado sus simpatías por los radicales y había sabido evitar asomar la cabeza en la hostilidad hacia la ideología marxista. Según Elisarova, Vladimir pensaba que Jardin era un hombre muy inteligente. Cuando aún estaba en Kazán, Vladimir había llegado a apreciar en este ajedrecista “un poder del demonio”, y participaba regularmente en los torneos semanales en casa de su jefe.

Además, la inscripción en el colegio de abogados no estuvo exenta de dificultades. El tribunal del distrito de Samara necesitaba un certificado que acreditara la lealtad política de Ulianov; la Universidad de Petersburgo, que había concedido el título, no podía proporcionar el certificado requerido, ya que no había conocido a Ulianov como estudiante. Al final, el tribunal, ante la insistencia del propio Vladimir, se dirigió directamente al departamento de policía, que magnánimamente aconsejó que “no había obstáculos”. Tras cinco meses de dilaciones, Vladimir obtuvo por fin la licencia necesaria para ejercer en julio de 1892.

En su calidad de abogado defensor, sólo intervino en un total de diez causas penales, siete de oficio y tres a petición de los acusados. Eran todos casos pequeños, de gente pequeña, casos desesperados, y los perdió todos. Tuvo que defender a campesinos, trabajadores agrícolas y ciudadanos de clase trabajadora, la mayoría de las veces por pequeños hurtos cometidos por extrema necesidad. Los acusados eran unos cuantos mujiks que se habían reunido para robar trescientos rublos a un campesino rico de su pueblo; unos jornaleros que habían intentado robar trigo de un granero y habían sido sorprendidos en el acto; un campesino, reducido a la extrema pobreza, que había cometido cuatro pequeños hurtos; otro acusado en la misma situación; y de nuevo unos campesinos que habían “entrado por la fuerza” para robar mercancías por valor de ciento sesenta rublos. Todos estos delitos eran tan poco complicados que los debates en cada caso duraron una hora y media o dos como máximo. El secretario ni siquiera se molestó en redactar un largo informe, limitándose a la fórmula estereotipada: tras los alegatos finales del fiscal, habló el acusado Ulianov. Sólo dos chicos de trece años que habían participado en los robos con los adultos fueron absueltos, por razones de edad, no por los argumentos de la defensa; todos los demás acusados fueron declarados culpables y condenados. Ulianov también se hizo cargo del caso de un hombre de clase media de Samara llamado

Gusev, que había golpeado a su mujer con un látigo. Tras un breve juicio, en el que compareció la víctima, el defensor Ulianov se negó a pedir una reducción de la pena para el acusado. En este caso, y en todos los de este tipo, se sintió durante el resto de su vida un fiscal implacable.

En tres ocasiones, también bastante banales, Ulianov abogó a petición de los acusados. Un grupo de campesinos y pequeños burgueses fueron acusados de robar raíles y una rueda de hierro fundido a un comerciante de Samara. Todos fueron declarados culpables. Un joven campesino fue acusado de desobedecer a su padre e insultarlo. El caso fue aplazado a petición de la defensa y nunca fue llamado: el hijo se comprometió por escrito ante su padre a obedecerle sin réplica, y las partes se reconciliaron. Finalmente, en la última ocasión, Ulianov tuvo que defender a un jefe de estación acusado de negligencia que había provocado un choque de vagones de mercancías vacíos. También en este caso, la defensa fue ineficaz y el acusado fue declarado culpable. Así eran los casos del abogado en prácticas Ulianov. Casos humildes y sin esperanza, igual que humilde y sin esperanza era la vida de las clases de las que procedían los acusados. El joven defensor (¿quién podría dudarle?) examinaba cada caso y cada acusado con ojo penetrante. Pero no se les podía ayudar en detalle; sólo se podía hacer en bloque. Y para eso se necesitaba otro foro que la sala del tribunal del distrito de Samara.

Ulianov sólo ganó un juicio, pero (¡en verdad es el dedo del destino!) no habló como defensor sino como acusador. En el verano de 1892, Vladimir y Elisarov viajaron desde Syzran, en la orilla izquierda del Volga, hasta la aldea de Bestujevka, donde el hermano de Elisarov tenía una granja. El comerciante Arefiev, que se había hecho con los derechos del paso de barquero del río, lo consideraba como su feudo: cada vez que un barquero cogía pasajeros, el pequeño vapor de Arefiev lo alcanzaba y obligaba a todos a regresar atrás. Y así fue de nuevo aquella vez. Las amenazas de emprender acciones legales por arbitrariedad no sirvieron de nada. Hubo que recurrir a la fuerza. Vladimir anotó los nombres de los implicados en el incidente y los de los testigos. El asunto se discutió con el jefe del zemstvo, cerca de Syzrane, a más de cien verstas de Samara. A petición de Arefiev, el jefe del zemstvo aplazó la vista. Lo hizo por segunda vez. Evidentemente, el comerciante había decidido hacer esperar a su acusador. La tercera fecha fijada para la vista cayó en invierno. Vladimir tendría que soportar una noche en vela en el vagón, horas de agotadora espera en las estaciones y en la sala del zemstvo. María Alejandrovna trató de disuadir a su hijo de ir. Pero Vladimir era inflexible: el caso estaba preparado y había que llevarlo hasta el final. En la tercera ocasión, el jefe del zemstvo no pudo resistir la presión del joven abogado y se vio obligado a condenar al famoso comerciante a un mes de prisión. No es difícil imaginar qué música sonaba en el alma del vencedor cuando regresó a Samara.

La experiencia de Vladimir en el bufete, al igual que su anterior experiencia en la agricultura, no había sido un éxito. No es que Vladimir careciera de las cualidades necesarias para estas profesiones. Tenía tenacidad, sentido práctico, atención al detalle, capacidad para leer a las personas y ponerlas en su sitio, y amor por la naturaleza: podría haber sido un terrateniente de primera. Su capacidad para comprender una situación complicada, para desenredar los hilos principales, para apreciar los puntos fuertes y débiles de su adversario, para movilizar los mejores argumentos en defensa de su propia tesis, ya se había puesto de manifiesto en sus años de juventud. Jardín no dudaba de que su asistente llegaría a ser “un jurisconsulto notable”. Pero en 1892, cuando Vladimir inició su carrera de abogado, sus inquietudes de teórico y revolucionario, suscitadas por la

catástrofe de la hambruna y el renacimiento político del país, eran cada día más agudas y exigentes.

De hecho, aunque el joven abogado era muy concienzudo, la preparación de pequeños casos judiciales apenas le distraía de su estudio del marxismo. Pero su carrera de abogado no podía limitarse a casos como el robo de una rueda de hierro fundido por una banda criminal formada por tres pequeños burgueses y dos campesinos. Estaba escrito en el libro del destino que Vladimir Uliánov no serviría a dos dioses a la vez. Tenía que elegir. Y eligió sin dificultad. Su corta serie de acciones legales, que apenas había comenzado en marzo, se detuvo en diciembre. A decir verdad, todavía solicitó al tribunal un certificado para 1893 que le daba derecho a ejercer, pero este documento ya no le era necesario más que como disfraz legal para una actividad dirigida contra las leyes fundamentales del imperio ruso.

## *Las etapas del desarrollo*

Recorramos las etapas más importantes de la biografía del joven Lenin, con el telón de fondo del desarrollo del país. Un remoto rincón del Volga. La generación de esclavistas y esclavos de ayer viviendo todavía. La ofensiva de los Narodnaya Volya. El estancamiento político de los años ochenta. Vladimir creció en una familia patriarcal y unida de funcionarios, aprendiendo y moldeando su inteligencia sin importarle nada. La voz de la crítica no despertó en él hasta el final de sus estudios secundarios, tras la muerte del padre, y al principio se manifestó en contra de las autoridades escolares y de la iglesia. La inesperada muerte de su hermano mayor abrió los ojos de Vladimir a las cuestiones políticas. Su participación en una manifestación estudiantil fue la primera respuesta a la ejecución de Alejandro. La tentación de vengar a su hermano, utilizando el mismo método que él había empleado, se hizo especialmente aguda en aquellos días. Pero llegó el periodo más oscuro, 1888, cuando era imposible siquiera pensar en el terrorismo. La reacción no sólo salvó físicamente a Vladimir, sino que también le empujó por el camino del estudio teórico en profundidad.

Los años del aprendizaje revolucionario: Vladimir comienza a leer *El Capital* en Kazán. La asimilación de la teoría del valor-trabajo no significó una ruptura con la tradición de la Narodnaya Volya: Alejandro también era seguidor de Marx. Primero en Kazán, luego en Samara, Vladimir entró en contacto con los revolucionarios de la generación anterior, principalmente los de la Narodnaya Volya, como un alumno atento, de hecho, predispuesto a la crítica y a la verificación, pero no como un adversario. Si, a pesar de su mentalidad revolucionaria, suficientemente revelada tanto por la elección de sus relaciones como por la orientación de sus intereses intelectuales, no se afilió a ningún grupo político en aquellos años, ello demuestra sin duda que aún no tenía un *credo* político, ni siquiera el de un hombre muy joven, sino que lo estaba buscando. No obstante, sus investigaciones partían de la tradición de Narodnaya Volya, que dejó una huella significativa en su evolución posterior. Una vez convertido en activista marxista, Vladimir siguió manteniendo durante varios años una actitud de simpatía hacia el terrorismo individual, que lo distinguía claramente de otros jóvenes socialdemócratas y era la marca inconfundible de la época en que las ideas marxistas aún formaban una amalgama en su conciencia con sus simpatías por Narodnaya Volya.

Desde la primavera de 1890 hasta el otoño de 1891, Vladimir se dedicó casi por completo a la preparación de sus exámenes. El arduo estudio de las ciencias jurídicas fue, por así decirlo, insertado desde fuera en el proceso desarrollo de su concepción del mundo. Por supuesto, no hubo una completa interrupción. En su tiempo libre, Vladimir leía a los clásicos marxistas, se reunía con amigos e intercambiaba opiniones. Incluso utilizó el método de los opuestos de la escolástica jurídica para verificar y consolidar sus puntos de vista materialistas. Pero este trabajo crítico sólo se realizaba al margen. Las preguntas y dudas que quedaban sin respuesta debían dejarse para tiempos de mayor

libertad. Vladimir no tenía prisa por asentarse. He aquí una confirmación indirecta, pero interesante: a principios de 1891, las dos “jacobinas” de Samara aún no habían perdido la esperanza de atraer a Ulianov a sus filas y, en consecuencia, no lo veían como una figura política acabada.

A finales de 1891, Vladimir obtiene su diploma y se encuentra ante una encrucijada. El ámbito jurídico estaba destinado a atraerle. Según su hermana, en aquella época pensaba seriamente en hacerse abogado, “lo que podría proporcionarle un medio de vida más adelante”. Sin embargo, la reactivación política del país y el progreso de su propio desarrollo hicieron que se enfrentara a otras tareas que exigían toda su atención. Sus vacilaciones no duraron mucho. La profesión de abogado tuvo que dejar paso a la política y se convirtió en un camuflaje temporal para ella.

Un año y medio de febril trabajo jurídico dejó muy atrás la primera etapa del aprendizaje revolucionario e independizó su pensamiento del pasado reciente, puesto bajo el signo de Alejandro: así se crearon las condiciones necesarias para una audaz liquidación del periodo transitorio. El invierno del año del hambre iba a ser el momento de hacer un balance definitivo. La progresión gradual del desarrollo espiritual no excluye los saltos bruscos, siempre que se realicen desde estratos anteriores de la conciencia.

La formación de la personalidad revolucionaria de Vladimir reflejó en parte, y en parte anticipó, un cambio en las simpatías teóricas de la intelectualidad izquierdista provincial. En los círculos juveniles de Samara empezó a surgir un vivo interés por la doctrina marxista en 1891, precisamente durante el desastre de la hambruna. Había muchos cazadores persiguiendo el primer volumen de *El Capital*, pero la mayoría, según Semenov, “se rompió los dientes” desde el primer capítulo. Discutían los misterios de la dialéctica. En el jardín de la ciudad, a orillas del Volga, en un banco llamado “marxista”, la tríada hegeliana fue objeto de acalorados debates.

La intelectualidad de la vieja generación de Samara estaba alborotada. Sus dos grupos, el moderado y el radical, que habían vivido pacíficamente uno junto al otro en la esfera de las ideas recibidas y que habían rendido un tributo de estima a Marx (a quien, por otra parte, no conocían), consideraban a los primeros socialdemócratas rusos como el resultado de un malentendido perjudicial. Los más sinceros en su indignación eran los antiguos deportados que introdujeron en el Volga opiniones tradicionales que habían conservado perfectamente en el duro clima de Siberia.

Una desavenencia política puede convertirse fácilmente en una brecha irreparable. Vladimir ya no ahorrraba sarcasmos sobre las jeremiadas populistas: al parecer, a los marxistas “no les gustan los mujik”, “se alegran de la ruina del pueblo”, etcétera. Pronto aprendió a despreciar el proceso de sustitución del análisis de la realidad por lecciones morales y salmodias sentimentales. Las lágrimas literarias, a la vez que no hacían nada por el mujik, nublaban los ojos de la intelectualidad y le impedían ver el camino a seguir. Los conflictos cada vez más inexorables con los populistas y los activistas culturales dividieron gradualmente a la intelectualidad radical de Samara en dos bandos beligerantes y dieron un tono violento a las relaciones personales. No es sorprendente que los últimos dieciocho meses, durante los cuales Vladimir emergió de las sombras, marquen el tono de los recuerdos contemporáneos de todo el periodo de Samara. El joven Lenin, tal como llegó a Alakayevka en mayo de 1889 como futuro terrateniente rural, y tal como abandonó Samara en el otoño de 1893, siempre es retratado como el mismo revolucionario marxista, con el elemento esencial de su vida excluido: el movimiento.

P. Lepechinsky, esta vez acercándose a la realidad, escribió sobre la preparación de Lenin en Samara: “Hay motivos para pensar que, ya en 1891, se había formado a grandes rasgos su concepción marxista del mundo”. “En cuestiones de economía política e historia [confirma Vodovosov], sus conocimientos eran sorprendentes por su solidez y diversidad, especialmente en un hombre joven. Leía alemán, francés e inglés con fluidez, ya estaba familiarizado con *El Capital* y con la abundante literatura marxista (alemana)... Se declaraba un marxista convencido”. Este bagaje quizá hubiera bastado para una docena de individuos; pero el joven, estricto consigo mismo, se consideraba insuficientemente preparado para el trabajo revolucionario, y no sin razón: en la cadena que une la doctrina con la acción, le faltaban algunos eslabones importantes. Los hechos hablan por sí solos: si Vladimir se hubiera sentido plenamente preparado en 1891, no habría podido permanecer en Samara otros dos años enteros.

Es cierto que la hermana mayor afirma que Vladimir se mantuvo en la familia por la preocupación de su madre que, tras la muerte de Olga, había recuperado a sus hijos gracias a su valor mezclado con ternura. Pero, evidentemente, esta explicación no basta. Olga murió en mayo de 1891 y Vladimir no abandonó la familia hasta agosto de 1893, más de dos años después. Por consideración a su madre pudo aplazar sus deberes revolucionarios durante algunas semanas o meses, mientras la nueva herida estaba aún demasiado fresca, pero no durante años. No había sentimentalismo pasivo en sus relaciones con la gente, aparte de su madre. Su vida en Samara no aportó prácticamente nada a la familia. Vladimir pudo mantenerse alejado del gran ruedo durante tanto tiempo solamente porque sus años de aprendizaje todavía no habían terminado.

Junto a las obras fundamentales de Marx y Engels y las publicaciones de la socialdemocracia alemana, las recopilaciones estadísticas rusas ocupaban cada vez más espacio en su escritorio. Comenzó sus primeros trabajos personales arrojando algo de luz sobre la realidad rusa. Entre sus temas de estudio, el materialismo histórico y la teoría del valor-trabajo se convirtieron para él en instrumentos de orientación política. Estudió Rusia como escenario de lucha y observó la distribución de las principales fuerzas combatientes en el país.

Para determinar la etapa más importante en el desarrollo de Vladimir Ulianov, disponemos de una prueba absolutamente inestimable sobre la que, sin embargo, los biógrafos oficiales suelen hacer la vista gorda porque contradice la leyenda. En una hoja de encuesta del partido de 1921, el propio Lenin dio la fecha del comienzo de su actividad revolucionaria como: “1892-1893. Samara. Círculos ilegales de la socialdemocracia”. Esta fecha, dada por un testigo impecablemente exacto, lleva a dos conclusiones: Vladimir no participó en el trabajo político de los círculos de Narodnaya Volya, de lo contrario habría indicado este período en la hoja de encuesta; Vladimir no se convirtió definitivamente en socialdemócrata hasta 1892, de lo contrario habría comenzado antes la propaganda socialdemócrata. Las disputas y dudas quedan así resueltas de una vez por todas. En aras de la imparcialidad, quisiéramos señalar que un investigador soviético, situado por su posición a la cabeza de la historiografía de mausoleo (pensamos en Adoratsky, actual director del Instituto Marx-Engels-Lenin), sobre la cuestión que nos interesa llegó a una conclusión más o menos idéntica a la nuestra. “Durante los últimos años en Samara, 1892-1893 [escribe con toda la circunspección necesaria], Lenin ya era marxista, aunque aún quedaban en él ciertos vestigios del espíritu de la Narodnaya Volya (una opinión particular sobre el terrorismo)”. Ahora podemos despedirnos de la divertida

leyenda de que Vladimir “se frotó la frente” y condenó el terrorismo en mayo de 1887, el día en que se conoció la noticia de la ejecución de Alejandro.

Las etapas de la formación política del joven Lenin descritas anteriormente se confirman, quizá de forma algo inesperada pero muy vívida, en su biografía como jugador de ajedrez. En el invierno de 1889-1890, Vladimir, según su hermano menor, “jugaba al ajedrez más que nunca”. Estudiante excluido que no era aceptado en ninguna de las universidades, revolucionario en potencia sin programa ni rumbo, buscaba en el ajedrez una salida a la agitación interior que le causaba su creciente fuerza. El año y medio siguiente se dedicó a preparar exámenes: el ajedrez pasó a un segundo plano. Volvieron a ocupar el centro de la escena cuando, ya licenciado, Vladimir dudaba sobre su elección de carrera, tenía poco que ver con los asuntos jurídicos, pero, por otro lado, había encontrado un socio en su jefe. Un año y medio más de preparación y el joven marxista se sentía listo para la lucha. A partir de 1893, Vladimir Ilich jugaba cada vez menos al ajedrez. Podemos fiarnos sin temor del testimonio de Dimitri sobre este punto: él mismo, ardiente aficionado, vigilaba de cerca la pasión de su mayor por el juego.

\*

\*\*

Vladimir, en busca de audiencia en Kazán, intentó compartir con su hermana mayor las primeras ideas que había adquirido leyendo a Marx. El intento fracasó y Anna pronto perdió la pista de los estudios científicos de su hermano. No sabemos cuándo compró el primer volumen de *El Capital*. En cualquier caso, no fue durante su corta estancia en Kazán. Lenin asombraría más tarde a quienes le rodeaban por su capacidad para leer con rapidez y captar lo esencial sobre la marcha. Pero había forjado esta cualidad sabiendo leer muy despacio cuando era necesario. Comenzaba cada nuevo campo sentando bases sólidas, trabajaba como un albañil concienzudo. Hasta el final de su vida, conservó la capacidad de releer varias veces un libro o un capítulo esencial y significativo. Sólo apreciaba los libros que necesitaban ser releídos.

Desgraciadamente, nadie ha descrito cómo Lenin siguió la escuela de Marx. Sólo han sobrevivido algunas impresiones superficiales, y todavía muy incompletas. “Pasaba días enteros [escribió Yasneva] estudiando a Marx, escribiendo resúmenes, copiando extractos, tomando notas. Era difícil apartarle de su trabajo”. Sus resúmenes de *El Capital* no han llegado hasta nosotros. Sólo podemos reconstruir el trabajo del joven atleta sobre Marx consultando sus cuadernos de estudio de los años siguientes. Ya en el liceo, Vladimir comenzaba invariablemente sus composiciones con un plan acabado, para luego envolverlo en argumentos y citas. Este proceso creativo expresaba una cualidad que Ferdinand Lassalle llamó acertadamente la fuerza física del pensamiento. En el estudio, si este no se reduce a una repetición mecánica, también hay un acto creativo, pero del tipo opuesto. Resumir un libro ajeno significa exponer su esqueleto lógico, despojarlo de pruebas, ilustraciones y digresiones. Vladimir abordó esta difícil tarea con una tensión furiosa y gozosa, resumiendo cada capítulo que leía, a veces una página, reflexionando y comprobando la estructura lógica, las transiciones dialécticas y los términos. A medida que se apoderaba del resultado, asimilaba el método. Subía los peldaños del sistema ajeno como si lo estuviera construyendo de nuevo. Todo estaba firmemente alojado en aquella cabeza maravillosamente equipada bajo la poderosa cúpula del cráneo. A lo largo de su vida, Lenin nunca se desvió de la terminología político-económica rusa que había asimilado o desarrollado durante el período de Samara. Y no sólo por obstinación (aunque la terquedad intelectual era una de sus características esenciales) sino porque, desde sus

primeros años, había hecho una elección severamente calculada, ponderando cada término en todos sus valores hasta injertarlo en su conciencia como un ciclo completo de conceptos. Los volúmenes primero y segundo de *El Capital* fueron los libros de texto básicos de Vladimir en Alakayevka y Samara; el tercer volumen aún no había aparecido: el viejo Engels estaba poniendo en orden el borrador de Marx. Vladimir había estudiado tan bien *El Capital* que cada vez que volvía a él sabía descubrir nuevas ideas. Ya en Samara había aprendido, como dijo más tarde, a “buscar consejo” en Marx.

Frente a los libros del maestro, la impertinencia y la burla abandonaban por sí solas a esta mente sedienta que era en grado sumo capaz del pathos de la gratitud. Seguir el desarrollo del pensamiento de Marx, sentir su irresistible presión, descubrir las galerías laterales de deducciones bajo las frases u observaciones incidentales, convencerse cada vez de la exactitud y profundidad del sarcasmo e inclinarse agradecido ante un genio despiadado consigo mismo, esto se convirtió para Vladimir no sólo en una necesidad, sino en un deleite. Marx nunca tuvo un lector mejor, más atento y más en sintonía con su pensamiento, ni un discípulo mejor, más perspicaz y más agradecido.

“El marxismo en él no era una convicción, era una religión [escribe Vodovosov]: en él... se sentía ese grado de convicción que... es incompatible con el conocimiento verdaderamente científico”. Para el filisteo, no hay más sociología científica que la que le deja el derecho intacto a dudar. De hecho, según Vodovosov, Ulianov “se interesó mucho por las objeciones planteadas contra el marxismo, las estudió y reflexionó sobre ellas”, pero todo ello “no con el fin de buscar la verdad”, sino sólo para descubrir en las objeciones un error “de cuya existencia estaba convencido de antemano”. Hay algo de cierto en esta observación: Ulianov había tomado posesión del marxismo como una deducción procedente de la evolución anterior del pensamiento humano; no quería, antes de alcanzar el grado superior, descender al inferior; defendía con indomable energía lo que había meditado y que verificaba diariamente; y miraba con desconfianza preconcebida los intentos de ignorantes prepotentes y de mediocres eruditos de sustituir el marxismo por otra teoría más conveniente.

En el campo de la tecnología o la medicina, la rutina, el diletantismo y los hechizos se desprecian con razón. En el campo de la sociología, se presentan constantemente como manifestaciones de la libertad de la mente científica. Para quienes la teoría no es más que un divertimento de la mente, es fácil pasar de una revelación a otra o, más a menudo aún, contentarse con una migaja de cada revelación. Infinitamente más exigente, más severa y más equilibrada es la persona para quien la teoría sirve para dirigir la acción. Un escéptico de sillón puede burlarse impunemente de la medicina. El cirujano no puede vivir en una atmósfera de incertidumbre científica. Cuanto más necesita el revolucionario apoyarse en la teoría para actuar, más intransigente es para salvaguardarla. Vladimir Ulianov despreciaba el diletantismo y odiaba a los que se dedicaban a buscar curanderos. En el marxismo apreciaba sobre todo la autoridad disciplinada del método.

En 1893 aparecieron los últimos libros de V. Vorontsov (V. V.) y N. Danielson (Nikolayón). Los dos economistas populistas demostraron, con una obstinación digna de envidia, la imposibilidad del desarrollo burgués en Rusia, justo en el momento en que el capitalismo ruso se preparaba para despegar de forma particularmente tumultuosa. Es poco probable que los marchitos populistas de la época hubieran leído las tardías revelaciones de sus teóricos con tanta atención como el joven marxista de Samara. Ulianov necesitaba conocer a sus oponentes, no sólo enzarzarse en refutaciones literarias. Sobre todo, buscaba una certeza íntima para la lucha. Es cierto que estudiaba la realidad

con espíritu polémico, dirigiendo ahora todas sus deducciones contra el populismo que sobrevivía; pero la polémica pura nunca fue tan ajena a nadie como al futuro autor de veintisiete volúmenes de escritos polémicos. Necesitaba conocer la vida tal como es.

Cuanto más se acercaba Vladimir a los problemas de la revolución rusa más aprendía de Plejánov, adquiriendo una estima mucho mayor hacia el trabajo crítico que éste efectuaba. Los falsificadores recientes de la historia del bolchevismo hablan de una “generación espontánea del marxismo en Rusia, aislada de la influencia directa del grupo de emigrados y de Plejánov” (habría que añadir: y del propio Marx, el emigrado por *excelencia*) y hacen de Lenin el fundador de este “marxismo” nacional, verdaderamente ruso, del que posteriormente procederían la teoría y la práctica del “socialismo en un solo país”.

La doctrina marxista de la generación espontánea, como “reflejo” directo del desarrollo capitalista de Rusia, es en sí misma una caricatura execrable del marxismo. Los procesos económicos se reflejan, no en una conciencia “pura” que ha conservado toda su ignorancia natural, sino en la conciencia histórica, enriquecida por todas las conquistas del pasado humano. La lucha de clases en la sociedad capitalista sólo pudo desembocar en el marxismo a mediados del XIX porque encontró un método dialéctico ya preparado que completaba la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa de Adam Smith y David Ricardo y las doctrinas revolucionarias y socialistas francesas construidas desde la Gran Revolución. El carácter internacional del marxismo se afirmaba así en sus mismas fuentes. El desarrollo del poder de los kulaks en el Volga y de la metalurgia en los Urales era absolutamente insuficiente para permitir una elaboración independiente que condujera al mismo resultado científico. No fue casualidad que el Grupo Emancipación del Trabajo naciese en el extranjero: el marxismo ruso no nació como un producto automático del capitalismo ruso, junto con el azúcar de remolacha y el algodón (para los que, por cierto, también hubo que importar maquinaria), sino como una compleja combinación de toda la experiencia de la lucha revolucionaria rusa con la teoría del socialismo científico nacida en occidente. La generación marxista de los años noventa se elevó sobre los cimientos sentados por Plejánov.

Para apreciar la contribución histórica de Lenin, realmente no hay necesidad de presentar las cosas como si, desde sus primeros años, hubiera tenido que limpiar terreno virgen con su propio arado. Después de Kámenev y otros, Elisarova escribió: “Apenas existían obras teóricas de conjunto: tuvo que estudiar las obras primarias y construir sus deducciones sobre ellas.” Nada podría ofender más la alta conciencia científica de Lenin que decir que no tuvo en cuenta el trabajo de sus predecesores y maestros. No es cierto que a principios de los años 90 el marxismo ruso no dispusiera de obras de conjunto. Las publicaciones del Grupo Emancipación del Trabajo constituían ya una enciclopedia abreviada de la nueva tendencia. Tras seis años de brillante y heroica lucha contra los prejuicios de la intelectualidad rusa, Plejánov proclamó en el Congreso Socialista Internacional de París de 1889: “... el movimiento revolucionario en Rusia, o triunfa sólo como movimiento obrero o no triunfará nunca.” Estas palabras contenían la visión general más importante de todo el período precedente, y Vladimir Ulianov se educaba en el Volga sobre la base de esta visión general de un “emigrado”.

Vodovosov dice en sus memorias: “Lenin hablaba con profunda simpatía de Plejánov, principalmente sobre *Nuestras diferencias*”. La simpatía debió de ser muy fuerte para que Vodovosov lo recordara durante más de treinta años. La principal fuerza de *Nuestras diferencias* radica en el hecho de que las cuestiones de política revolucionaria

son tratadas en este libro en indisoluble conexión con la concepción materialista de la historia y el análisis del desarrollo económico de Rusia. Así, las primeras manifestaciones de Ulianov en Samara contra los populistas están fuertemente asociadas a su cálida apreciación de la obra del fundador de la socialdemocracia rusa. Después de lo que debía a Marx y Engels, Vladimir estaba sobre todo en deuda con Plejánov.

A finales de 1922, Lenin escribió incidentalmente sobre los primeros años 90: “El marxismo, como tendencia, comenzó a desarrollarse, adelantándose a la tendencia socialdemócrata proclamada mucho antes en Europa occidental por el Grupo de la Emancipación del Trabajo”. Estas líneas, que resumen el desarrollo de toda una generación, contienen parte de la autobiografía del propio Lenin: habiendo comenzado adoptando la tendencia marxista como doctrina económica e histórica, se convirtió en socialdemócrata bajo la influencia de las ideas del Grupo Emancipación del Trabajo, que iba muy por delante del desarrollo de la intelectualidad rusa. Sólo los pobres de mente pueden imaginar que exaltan a Lenin atribuyendo a su padre natural, el consejero de estado Ulianov, opiniones revolucionarias de las que nunca fue partidario, y al mismo tiempo disminuyen el papel revolucionario del emigrado Plejánov, en quien el propio Lenin veía a su padre espiritual.

En Kazán, Samara y Alakayevka, Vladimir se sintió ante todo un alumno. Pero al igual que los grandes artistas muestran desde su juventud la independencia de su pincel, incluso cuando copian cuadros de viejos maestros, Vladimir Ulianov aportó a su aprendizaje una facultad de investigación e iniciativa tan rigurosa que resulta difícil delimitar en él lo que asimilaba de otros y lo que desarrollaba por sí mismo. Durante el último año preparatorio en Samara, esta línea divisoria desapareció por completo: el aprendiz se convirtió en investigador.

La polémica con los populistas desembocó naturalmente en el problema de la evaluación de los procesos concretos: ¿seguía o no desarrollándose el capitalismo en Rusia? Los diagramas que mostraban las chimeneas de las fábricas y los obreros industriales adquirieron un significado tendencioso, al igual que los que mostraban la segregación de la clase campesina. Para determinar la dinámica del proceso, había que comparar las cifras del día con las de la víspera. La estadística económica se convirtió así en la ciencia de las ciencias. Las columnas de cifras contenían la clave de los misteriosos destinos de Rusia, su intelectualidad y su revolución. El censo de caballos realizado periódicamente por la administración militar estaba llamado a responder a la pregunta: ¿quién es más fuerte, Marx o la comuna rusa?

El aparato estadístico de los primeros trabajos de Plejánov no podía ser muy rico: las estadísticas de los zemstvos, de valor único para el estudio de economía aldeana, no se desarrollaron hasta los años ochenta; además, las publicaciones sobre ellas no eran muy accesibles para un emigrado que en aquellos años estaba casi completamente aislado de Rusia. No obstante, la orientación general de los trabajos científicos que debían realizarse sobre los datos estadísticos fue indicada por Plejánov con perfecta exactitud. Los primeros estadísticos de la nueva escuela siguieron sus pasos. En 1886 y 1892, el profesor estadounidense de origen ruso M. A. Gurvich publicó dos ensayos sobre la aldea rusa, que Vladimir Ulianov apreciaba mucho y que le sirvieron para formarse. Él mismo no perdía ocasión de reconocer la labor de sus predecesores.

Durante los últimos dieciocho meses de su vida en Samara, las compilaciones estadísticas ocuparon un lugar de honor en el escritorio de Vladimir. Su gran obra sobre el desarrollo del capitalismo ruso no apareció hasta 1899. Sin embargo, fue precedida por

un gran número de estudios teóricos y estadísticos preparatorios que ya habían comenzado en Samara. Del registro de la biblioteca de Samara, conservado fortuitamente para 1893, se desprende que Vladimir no descuidó ninguna publicación relacionada con su tema, ya fueran recopilaciones estadísticas oficiales o ensayos económicos populistas. Redactaba resúmenes de la mayoría de los libros y artículos, y daba charlas sobre los más importantes a sus camaradas más cercanos.

La primera obra literaria que se conserva de Vladimir Ulianov fue escrita durante los últimos meses de su estancia en Samara; resume un libro recientemente publicado por un tal Postnikov, antiguo funcionario del gobierno, sobre la economía campesina en el sur de Rusia. Centrado en la ilustración estadística de la segregación de la clase campesina y la proletarización de sus estratos más débiles (estos procesos ya estaban particularmente avanzados en el sur), el artículo mostraba la notable habilidad del joven en el manejo de datos estadísticos y su capacidad para ver detrás de los detalles el panorama general. La revista jurídica a la que iba destinado el trabajo, de tono prudente y seco, lo rechazó, sin duda por sus inclinaciones marxistas, a pesar de que el autor se había abstenido de entrar en polémica abierta con el populismo. Un ejemplar del artículo, regalado al estudiante Mickiewicz, le fue confiscado durante un registro; se conservó en los archivos de la gendarmería, donde fue descubierto en 1923 y se imprimió treinta años después de haber sido escrito. Con esta obra comienzan ahora las *Obras Completas* de Lenin.

¿Se preparaba entonces para convertirse en escritor, renunciando a la idea de hacer carrera en el bufete de abogados? Es dudoso que convertirse en escritor le pareciera un objetivo en sí mismo. Es cierto que era un “doctrinario” convencido, lo que significa que desde sus primeros años comprendió que, al igual que es imposible observar las luces celestes sin un telescopio o las bacterias sin un microscopio, la vida social también debe mirarse a través de las lentes de la doctrina. Pero sabía, en otro orden diferente de cosas, cómo mirar la doctrina a través de los fragmentos de la realidad. Sabía observar, interrogar, escuchar y espiar la vida y a las personas vivas. Y hacía este complicado trabajo con la misma naturalidad con la que respiraba. Sin ser todavía plenamente consciente de ello, tal vez se estaba preparando para convertirse, no en un teórico, ni en un escritor, sino en un líder.

Estando en Kazán, pasó por la escuela de los revolucionarios de la generación anterior, bajo vigilancia policial o antiguos deportados. Entre ellos había un buen número de mentes simples, que habían llegado a un punto muerto en su desarrollo y que razonaban sin malicia. Pero habían visto, oído y experimentado cosas que la nueva generación no lo había hecho, y eso los hacía, a su manera, representativos. La jacobina Yasneva, ella misma nueve años mayor que Vladimir, escribió: “Recuerdo que me asombraba la atención y seriedad con que Vladimir Ilich escuchaba los ingenuos, pero a veces curiosos, recuerdos de V. I. Witten”, una antigua activista de Narodnaya Volya y esposa de Livanov. Otros, quedándose en la superficie, sólo se fijaban en las curiosidades, pero Vladimir, apartando la corteza, recogía las pepitas. Era como si mantuviera dos conversaciones al mismo tiempo: una abierta, que no sólo dependía de él, sino también de su interlocutor, y en la que necesariamente entraban muchas superfluidades; y otra, en secreto, mucho más significativa, de la que sólo él se encargaba. Y las pupilas de sus ojos rasgados lanzaban chispas, encendidas por ambas conversaciones.

Como contradiciendo a Yasneva, Semenov dice: “Vladimir Ilich pertenecía a los conocidos de Livanov, pero no asistía a sus reuniones, y escuchaba muy atentamente lo que decíamos sobre las quejas de los viejos”. Esta aparente contradicción puede

explicarse por el hecho de que el relato de Semenov se refiere a un período posterior, aproximadamente un año después. Vladimir frecuentó a los viejos mientras tuvo algo que aprender de ellos. No estaba en su carácter discutir inútilmente, repetir una y otra vez los mismos argumentos e irritarse. Cuando sintió que el capítulo de las relaciones personales había terminado, le puso un firme punto final. Hacía falta autocontrol, mucho autocontrol, y Vladimir lo tenía de sobra. Pero habiendo dejado de ver a los Livanov, siguió interesándose por lo que ocurría en el otro bando: la guerra requiere exploradores, y Vladimir ya estaba haciendo la guerra contra los populistas. Escuchaba atentamente las historias, o más bien los informes, de sus partidarios, menos ahorrativos con su tiempo. Aquí, en la esfera de las relaciones personales, el joven de veintidós años ya estaba revelando esos rasgos de maniobra flexible que se encontrarían a lo largo de toda su vida política. No menos notable para la fisonomía espiritual del joven Lenin es su vasto campo de observación. La inmensa mayoría de los intelectuales radicales vivían la vida de los círculos, fuera de los cuales comenzaba un mundo ajeno a ellos. Vladimir no llevaba anteojeras. Sus intereses eran extremadamente diversos, pero al mismo tiempo conservaba la capacidad de concentrarse profundamente. Estudiaba la realidad allí donde la encontraba. Y desvió su atención de los populistas hacia el pueblo. La provincia de Samara era completamente campesina. Los Ulianov pasaron cinco veranos en Alakayevka. Vladimir no habría comenzado su labor propagandística entre los campesinos no porque hubiera estado paralizado por la vigilancia en un remoto rincón de la estepa, sino porque contemplaba la aldea con mayor atención, comprobando los cálculos de la teoría en la materia viva.

Sus relaciones personales con los mujiks, después de su corta experiencia en la agricultura, eran, a decir verdad, episódicas e inadecuadas; pero sabía dirigir la atención de los amigos allí donde era necesaria y aprovechar las observaciones de los demás. Uno de sus amigos íntimos, Skliarenko, era un empleado de oficina del juez de paz Samoilov que, hasta el establecimiento de los jefes de los zemstvos, estaba constantemente inmerso en los juicios de los mujiks. Elisarov era un campesino de Samara y se mantenía en contacto con la gente de su pueblo. Someter a Skliarenko a un interrogatorio, hacer hablar al propio juez, ir con su cuñado a Bestujevka, el pueblo natal de este último, para hablar durante horas con un kulak engreído y matón, el hermano mayor de Elisarov... ¡qué manual inagotable de economía política y psicología social! Vladimir pillaba un chiste al vuelo, le daba un codazo insidioso al narrador, escuchaba con inteligencia, fijaba los ojos en él, a veces se reía a carcajadas, a la manera de su padre, mientras echaba la cabeza hacia atrás. El kulak se sentía halagado de hablar con una persona culta, un joven abogado, el hijo de su excelencia, aunque no siempre estaba claro, reconozcámoslo, de qué se reía este alegre conversador ante una taza de té caliente.

Evidentemente, Vladimir había heredado de su padre la capacidad de conversar fácilmente con personas de clases y niveles sociales. Sin aburrirse, sin violentarse, a menudo sin ningún propósito preconcebido, en virtud de una curiosidad indomable y una intuición casi infalible, sabía obtener lo que necesitaba de cada persona con la que hablaba. Por eso escuchaba tan alegremente donde otros se aburrían, y nadie a su alrededor adivinaba que, detrás de la cháchara, había un enorme trabajo subconsciente en marcha: las impresiones se recogen y se ordenan, las cajas de la memoria se llenan de material fáctico de valor incalculable, los pequeños hechos sirven para verificar las grandes generalizaciones. De este modo, desaparecían las barreras entre los libros y la

vida, y Vladimir ya empezaba a utilizar el marxismo como un carpintero utiliza una sierra y un hacha.

## *El joven Lenin*

Las numerosas afrentas infligidas a opositores y, más tarde, a categorías sociales enteras, llevaron a muchos escritores (tanto publicistas como artistas) a retratar a Lenin, desde su juventud, como un monstruo pelirrojo, lleno de crueldad, vanidad e ingenio vengativo. Eugene Chirikov, que fue expulsado de la Universidad de Kazán al mismo tiempo que Ulianov, describió al joven Vladimir, en una novela escrita después de la revolución de octubre en la emigración blanca, como poseedor de un “amor propio enfermizo y una gran susceptibilidad”. Vodovosov escribió: “Los arrebatos y gestos groseros de Vladimir, sus comentarios groseros y brutales, etc. (eran muchos) escandalizaban vivamente a María Alexandrovna. A menudo exclamaba: ‘Oh, Volodia, Volodia, veamos: ¿eso está permitido?’” En realidad, Vladimir era demasiado consciente de su propio valor como para caer en un amor propio enfermizo. No tenía motivos para ser tímido, sencillamente porque allí no había nadie de quien ser tímido. Pero no cabe duda de la intratable dureza de Vladimir no siempre perdonaba la autoestima de los demás. Algunos adversarios, según Yasneva, “empezaron a mirarle con animadversión desde el primer momento”, y con tanta violencia que su animadversión no se enfrió en toda su vida.

Entre los que quedaron heridos para siempre estaba el difunto Vodovosov. Cuando llegó a Samara, Vladimir le dio una calurosa bienvenida y le ayudó a instalarse, pero pronto descubrió que era un diletante estéril al que no se podía ganar como partidario ni tomar en serio como adversario. Los enfrentamientos sobre la ayuda a los hambrientos y el mensaje al gobernador dejaron su huella: el resentimiento de Vodovosov contra el joven Ulianov se refleja en varias páginas de recuerdos en las que el autor, en beneficio de los lectores, dice más de lo que quería.

Vodovosov escribe sobre el aspecto externo de Vladimir: “Todo el rostro llamaba la atención por una especie de mezcla de inteligencia y tosquedad, incluso diría que por una especie de bestialidad. Su frente inteligente, pero retraída. La nariz era carnosa... Había algo obstinado y cruel en estos rasgos, combinado con una inteligencia inconfundible”. En su novela-panfleto, Chirikov hizo decir a los jóvenes de Simbirsk sobre Vladimir Ulianov: “¡Sus manos están siempre sudorosas! Y ayer mató de un tiro a un gatito... ¡Luego lo agarró por la cola y lo tiró por encima de la empalizada...!” Otro conocido escritor ruso, Kuprin, descubrió, aunque más recientemente, que Lenin tenía los ojos verdes de un mono. Así pues, incluso el aspecto externo, que parece ser el elemento menos discutible en el hombre, está sometido a una transformación tendenciosa por la memoria y la imaginación.

Una fotografía de 1890 captó el rostro fresco de un joven cuya calma sugiere cierta reserva. La frente obstinada aún no está acentuada por la calvicie. Los ojos pequeños tienen una mirada penetrante bajo los párpados asiáticos. Los pómulos también recuerdan a Asia. Los labios firmes bajo la nariz ancha y el mentón fuerte están cubiertos por un

ligero vello que aún no ha conocido las tijeras ni la hoja de afeitar. Es innegable que el rostro no es bello. Pero la alta disciplina del espíritu brillaba a través de aquellos rasgos frustrados y poco refinados con demasiada fuerza como para admitir la sola idea de bestialidad. Las manos de Vladimir eran secas, de forma plebeya, dedos cortos, cálidos y viriles. En cuanto a los gatitos, y en general a todo lo que es débil e indefenso, los amaba con el afecto indulgente de un hombre fuerte. ¡Los escritores lo han calumniado!

“En la fisonomía moral de Vladimir Ilich [continúa Vodovosov] era evidente una especie de amoralismo. En mi opinión, un rasgo orgánico peculiar de su naturaleza.” Resultó que el amoralismo consistía en reconocer que cualquier medio era admisible, siempre que condujera al objetivo perseguido. Sí, Ulianov no era admirador de la moral de los papas o de Kant, que se suponía regulaba nuestras vidas desde las alturas estrelladas. Los fines que perseguía eran tan grandes, tan superiores al individuo, que subordinaba abiertamente a ellos sus criterios morales. Miraba con irónica indiferencia, cuando no con repugnancia, a los cobardes e hipócritas que ocultan la insignificancia de sus fines o la vileza de sus métodos bajo normas más elevadas, supuestamente absolutas, pero en realidad flexibles.

“No conozco ningún hecho concreto que demuestre el amoralismo de Lenin”, recuerda inesperadamente Vodovosov. Pero, tras rebuscar en su memoria, recuerda cómo su delicada conciencia “se vio golpeada por el hecho de que Lenin se inclinaba a fomentar los chismorreos”. Reclinémonos y escuchemos al acusador. Un día, en un pequeño grupo, Vodovosov dijo que Ulianov no tenía reparos en recurrir a argumentos notoriamente falsos, “siempre que condujeran... al éxito entre los oyentes que no entendían”. Al parecer, el propio Vodovosov “no dio importancia” a su propia historia y, algún tiempo después, visitó a los Ulianov como si nada hubiera ocurrido. Sin embargo, Vladimir, a quien uno de sus amigos había informado de este juicio escandaloso, pidió explicaciones al visitante. En respuesta, Vodovosov “trató de suavizar sus expresiones”. La conversación condujo a una reconciliación formal. Pero hacia la primavera de 1892, las relaciones se deterioraron hasta tal punto que las reuniones casi cesaron por completo.

En su banalidad, el episodio es realmente notable. El moralista acusa en voz baja al amoralista por usar conscientemente argumentos falsos. Luego, “sin dar importancia” a su propia insinuación, acude a ver al calumniado de forma amistosa. El amoralista, acostumbrado a dar importancia a lo que dice, exige abiertamente una explicación. Con la espalda contra la pared, el moralista se retuerce, retrocede y niega sus propias palabras. Del propio relato de Vodovosov no podemos sino concluir que el moralista se parece mucho a un detractor sin valentía, mientras que la conducta del amoralista muestra precisamente lo contrario, ninguna propensión a “alentar el chismorreos”. Añadamos que, en cuanto al fondo de la acusación, relativa al uso de argumentos notoriamente falsos, Vodovosov se refuta a sí mismo cuando, en otra ocasión, escribe de Ulianov: “En todo lo que decía era evidente una profunda fe en la verdad de lo que decía”. Todos recordaremos este episodio: nos aparecerá más de una vez como la clave de muchos conflictos en los que los beatos charlatanes acusaban al revolucionario de indiferencia moral.

De la época de Samara no se conservan cartas escritas por Vladimir o sobre Vladimir ni, en general, documentos humanos. Los juicios de sus amigos y adversarios son todos retrospectivos e inevitablemente teñidos por las poderosas influencias del periodo soviético. Pero, por comparación, y a menudo por oposición, permiten sin embargo reconstruir una parte de la figura de Lenin en los albores de su obra revolucionaria.

En primer lugar, hay que señalar que Vladimir Uliánov no se parecía en nada al tipo clásico del nihilista ruso tal y como aparecía, no sólo en las novelas reaccionarias, sino a veces en la vida real: una rebelde mata de pelo revuelto, ropa desaliñada, un garrote nudoso. “Su frente ya empezaba a retroceder notablemente”, recuerda Semenov. No había nada llamativo ni provocativo en su ropa ni en sus modales. Sergeyevsky, que pertenecía más o menos a la misma generación marxista, ofreció una interesante descripción de Vladimir hacia el final del periodo de Samara. “Un hombre modesto, vestido con pulcritud y, como suele decirse, adecuadamente, pero sin pretensiones, que no llama la atención entre la gente corriente. Esta apariencia, destinada a protegerlo, me atraía... La expresión traviesa de su rostro que me llamó la atención más tarde, después de la deportación, no la noté en ese momento... Cauteloso, mirando a su alrededor con circunspección, observador, tranquilo, contenido, con todo el temperamento que yo conocía por sus cartas...”

Semenov plantea de pasada una pequeña imagen de la moral de la juventud radical de Samara. Cuando llegaba a casa de Skliarenko, Uliánov se tumbaba en cama del anfitrión, “después de extender un periódico bajo sus pies”, y escuchaba las conversaciones en torno al samovar. Alguna opinión le obligaba a levantar la voz. “Mentira” se oía desde la cama, y entonces comenzaba una demolición sistemática. Esta forma poco loable de sentarse o tumbarse en la cama de otro era común en todos los círculos juveniles y se explicaba tanto por la sencillez de modales como por la falta de sillas. Si algo distinguía a Vladimir de los demás era que ponía un periódico bajo sus pies. La rigidez de sus respuestas era una expresión de resistencia inflexible y un medio de obligar a su adversario a mostrar su verdadera cara.

Tras estudiar *Anti-Dühring*, la enciclopedia polémica del marxismo, Uliánov barría incansablemente los valores metafísicos de las mentes jóvenes en charlas en torno al samovar o en un barco por el Volga. ¿La justicia? Un mito que oculta el derecho del más fuerte. ¿Normas absolutas? La moral al servicio de los intereses materiales. ¿El poder del estado? Un comité ejecutivo de explotadores. ¿La revolución? Tomaos la molestia de añadir: burguesa. Es en estos aforismos y otros similares, que desgarraban la más fina porcelana del idealismo, donde aparentemente debemos buscar la clave de su temprana reputación de “amoralista”. Entrenados por sus cuadernos escolares, los oyentes se quedaron atónitos e intentaron protestar. Esto era exactamente lo que el joven atleta necesitaba. ¿“Sofismas”? ¿“Paradojas”? Los golpes llovían amistosamente a diestro y siniestro. Cogido desprevenido, el adversario callaba, a veces incluso se olvidaba de cerrar la boca, y se iba en busca de los libros que citaba Uliánov; y entonces, un buen día, se declaraba marxista.

En los debates con los militantes de Narodnaya Volya y los jacobinos, Vladimir, el corifeo del creciente clan marxista, utilizaba el método socrático. –“Vale, tomáis el poder, ¿y luego qué?”, preguntaba a su oponente: “Decretos. - ¿Y en quién confiamos? - En el pueblo. - Pero ¿y quién es “el pueblo”?” A esto le seguía un análisis de los antagonismos de clase. Hacia el final del periodo de Samara, circuló entre los jóvenes un manuscrito de Uliánov: *Discusión entre un socialdemócrata y un populista*, que pensamos (desafortunadamente la obra se ha perdido) era un resumen en forma de diálogo de las controversias de Samara.

Vladimir discutía apasionadamente (lo hacía todo apasionadamente), pero nunca al azar ni indiscriminadamente. No se precipitaba en la refriega, no interrumpía, no intentaba gritar más alto que los demás; dejaba que su oponente se explicara, incluso

cuando su indignación le ahogaba, captaba los puntos débiles con vivacidad y luego se lanzaba al ataque con maravilloso ardor. Sin embargo, incluso en los golpes más furiosos del joven polemista, no era cuestión de personas. Atacaba ideas o una forma descuidada de tratarlas; sólo golpeaba al hombre de pasada. Ahora les tocaba a sus oponentes mantener la boca cerrada. Como él no interrumpía a los demás, Vladimir tampoco permitía que le interrumpieran a él. Como en el ajedrez, nunca retiraba piezas del juego ni permitía que se las quitaran.

La afirmación de María Ulianova de que la timidez de Vladimir era un rasgo familiar parece muy extraña. La falta de perspicacia psicológica evidente en muchos de los testimonios de la hermana menor hace aún más necesaria la cautela, ya que la necesidad de encontrar tantos rasgos “familiares” en Lenin como sea posible es tanto más natural en este caso. Es cierto que la fotografía de 1890 que conocemos parece mostrar una lucha entre la timidez y una confianza que aún no se ha desarrollado. Parece como si el joven se sintiera avergonzado ante el fotógrafo o hiciera de mala gana una concesión, del mismo modo que Lenin se avergonzaría treinta años más tarde de dictar sus cartas y artículos a un taquígrafo. Si esto es “timidez”, en cualquier caso no implica ni un sentimiento de debilidad ni un exceso de sensibilidad: esconde fuerza. Su finalidad es proteger el mundo interior de un contacto demasiado inmediato y de una familiaridad indiscreta. En los distintos miembros de una familia, un mismo rasgo, denominado de forma similar, puede no sólo mostrar grandes diferencias, sino también transformarse en su contrario. La timidez de Alejandro, advertida por todos los que se acercaban a él, estaba totalmente en consonancia con su naturaleza contenida y retraída. Alejandro se avergonzaba claramente de su superioridad cuando era consciente de ella. Pero era precisamente este rasgo el que le diferenciaba de su hermano menor, que mostraba sin reparos su dominio sobre los demás. Incluso podría decirse que el carácter agresivo de Vladimir, debido a su total subordinación a la idea y a su falta de vanidad personal, le liberaba en cierto modo de las ataduras de la timidez. En cualquier caso, si a veces, sobre todo en sus años mozos, se apoderaba de él un sentimiento restrictivo de vergüenza, no era por sí mismo, sino por los demás, por la banalidad de sus intereses, la vulgaridad de sus bromas o simplemente por su estupidez. Samoilov nos ha mostrado a Vladimir en un nuevo círculo para él: “Hablaba poco, pero probablemente no se debía en absoluto a la vergüenza que pudiera sentir en un entorno desconocido.” Por el contrario, su presencia obligó a los demás a ponerse en guardia; la gente inclinada a ser despreocupada empezó a mostrar cautela, cuando no vergüenza.

La hermana mayor contó en su día cómo los compañeros se contenían en presencia de Alejandro, cómo “se avergonzaban de decir tonterías delante de él, se volvían hacia él y esperaban su opinión”. Cualquiera que fuera el contraste de naturaleza entre los hermanos, en este aspecto Vladimir actuaba sobre los demás “como Sasha”: les obligaba a elevarse por encima de sí mismos. Semenov escribió: “Vladimir Ilich, desde su juventud, era ajeno a toda bohemia... y, en su presencia, todos los que éramos miembros del círculo de Skliarenko nos conteníamos... La conversación frívola, las bromas groseras eran imposibles en su presencia”. ¡Qué impagable testimonio! Vladimir podía utilizar una expresión plebeya en una discusión acalorada o al juzgar a un enemigo, pero no podía permitirse una alusión vil, un chiste trivial o una anécdota pornográfica, tan comunes en los círculos de hombres jóvenes. No era que se impusiera a sí mismo ningún tipo de ascetismo: este “amoralista” no tenía necesidad del knut trascendental; tampoco era que, por naturaleza, permaneciera indiferente a los demás aspectos de la vida, aparte de la

política. No, nada de lo humano le era ajeno. Es cierto que no tenemos constancia de la actitud del joven Ulianov hacia las mujeres. Probablemente cortejaba a alguna de vez en cuando y se enamoraba de ella: no por casualidad cantaba *Los ojitos encantadores* enmascarando su emoción con ironía. Pero, sin conocer siquiera los detalles, podemos afirmar con seguridad que Vladimir, desde su juventud, mantuvo durante toda su vida una actitud pura hacia las mujeres. Este rasgo casi espartano de su carácter moral no se debía a un temperamento frío. Al contrario, la esencia de su naturaleza era apasionada. Pero se complementaba con... (es difícil encontrar otra palabra para ello) la castidad. La combinación orgánica de estos dos elementos, temperamento apasionado y castidad, descartaba la idea misma del cinismo. Para ser superior a los demás, Vladimir no necesitaba los grilletes de la moral: todo lo que necesitaba era una repulsión orgánica hacia la bajeza y la trivialidad.

El mismo Vodovosov confirmó que, en el círculo marxista de Samara, Vladimir era “una autoridad indiscutible: se le alababa casi tanto como a su familia”, a pesar de que algunos de ellos eran mayores que él. “Su autoridad en el círculo era indiscutible”, confirma Semenov. Lalayantz escribió que Ulianov, a quien conoció un año después de su ruptura con Vodovosov, le conquistó de inmediato. “En este hombre de veintitrés años se combinaban de forma asombrosa la sencillez, la delicadeza, la alegría de vivir y el gusto por las bromas, por un lado, y la solidez, la profundidad de conocimientos y la lógica implacable en la argumentación, por otro”. Inmediatamente después del primer encuentro, Lalayantz se felicitó por haber elegido Samara como lugar de residencia vigilada.

Provocar juicios tan contradictorios es privilegio de los elegidos. Ulianov, incluso en su juventud, probablemente no era proclive a quejarse de la parcialidad de los demás. De hecho, sentimientos que inspiraba en los demás parecían con toda claridad un reflejo de su parcialidad. Para él, el hombre no era una meta, sino un instrumento. “En su actitud hacia las personas [escribe Semenov], había claras diferencias. Con los camaradas a los que consideraba sus partidarios, discutía amablemente, bromeaba con gran bonhomía... Pero en cuanto veía en un contradictor al representante de otra tendencia... su pasión en la polémica era inexorable. Golpeaba a su adversario en los puntos más dolorosos y apenas era tímido en sus expresiones.” Para comprender a Lenin, esta observación de un compañero de sus años jóvenes es de capital importancia.

“Parcial”, porque su actitud utilitarista hacia las personas procedía de las fuentes más profundas de su naturaleza, enteramente orientada hacia la reconstrucción del mundo exterior. Si todavía había aquí un cálculo (y lo había, por supuesto, y con el paso del tiempo se hizo cada vez más clarividente y sutil), era inseparable de un sentimiento genuino. Se “enamoraba” muy fácilmente de las personas cuando veía en ellas valor y utilidad. Pero ninguna cualidad personal podía detenerle cuando se trataba de un adversario. Su actitud hacia las mismas personas cambiaba bruscamente según fueran, en un momento dado, de su bando o de otro. No había rastro de impresionismo, capricho o ambición en sus “aventuras amorosas” ni en los periodos de hostilidad que las siguieron. Para él, el código de la justicia eran las leyes de la lucha. De ahí que, incluso en sus juicios impresos sobre algunas personas, hubiera frecuentes y sorprendentes contradicciones; pero en todas estas contradicciones, Lenin se mantuvo fiel a sí mismo.

Los individualistas declaran que la personalidad es un fin en sí mismo, que permite a cada uno, en la vida práctica, guiarse en sus relaciones con los demás por sus propios gustos, cuando no por el estado de su hígado. La gran tarea histórica a la que se

comprometió nuestro “amoralista” ennobleció su actitud hacia los demás; en la práctica, utilizó para medirlos el mismo rasero que utilizaba para medirse a sí mismo. La parcialidad dictada por los intereses de la causa se convirtió, al final, en una imparcialidad superior, y esta rara cualidad (un verdadero don de mando) dio a Lenin, desde sus primeros años, una autoridad inigualable.

Semenov, que era tres años mayor que Vladimir, comentó una vez, en una conversación general sobre él y sus amigos, que les iba mal en el marxismo porque sabían poco de historia y economía burguesas. Vladimir respondió breve y severamente: “Si eso va mal, todo va mal en general, hay que estudiar...” En el ámbito de las grandes cuestiones, este joven sencillo y alegre hablaba como alguien en el poder. Y los demás callaron, concentrándose ansiosamente sobre sí mismos.

El mismo Semenov relata con qué seguridad y firmeza Vladimir rechazó los desacertados argumentos de su cuñado Elisarov, que había intentado apoyarle en una discusión con Vodovosov. No, ¡no era tímido! También hay que recordar que tanto Elisarov, que idolatraba a Vladimir, como Vodovosov, que ya no le apreciaba, eran seis años mayores que Vladimir, si no más. Cuando se trataba de ideas revolucionarias, Vladimir no conocía ni la amistad ni el parentesco, y mucho menos el respeto debido a la edad.

Según Vodovosov, a la edad de veintidós años Ulianov daba, según Vodovosov, “la impresión de un hombre completo y plenamente formado desde el punto de vista político”. “Vladimir Ilich [escribe Semenov], parecía desde entonces un hombre con opiniones plenamente formadas, que se comportaba con seguridad e independencia en las reuniones del círculo”. El estudiante P. P. Maslov, futuro economista del partido menchevique, supo por sus visitantes en un pueblo de la provincia de Ufa, donde vivía bajo vigilancia, que en Samara había un tal Vladimir Ulianov que “también se interesaba” por las cuestiones económicas y que, además, era “un hombre de los más distinguidos por su educación y formación”. Al leer un manuscrito que le había enviado Ulianov (el marxismo ruso de aquellos años aún no tenía acceso a la imprenta), a Maslov le llamó la atención sobre todo “la agudeza y claridad de las formulaciones” del autor, “que reflejaban a un hombre cuyas opiniones estaban plenamente formadas”.

Ya durante el período de Samara, la palabra “el Viejo”, que más tarde se convertiría en el apodo de Lenin, empezó a unirse de forma extraña a la imagen del joven Vladimir. Y, sin embargo, no sólo en aquellos días, sino durante el resto de su vida, no había nada senil en él, con la posible excepción de su calvicie. Lo sorprendente en este hombre era la madurez su pensamiento, el equilibrio de sus facultades espirituales, su seguridad de visión. “Por supuesto [escribió Vodovosov], yo no preveía el papel que estaba destinado a desempeñar, pero desde entonces estaba convencido, y lo dije abiertamente, de que el papel de Ulianov sería grande.”

\*

Entretanto la doctrina herética había logrado ganar adeptos en los círculos juveniles de Samara y había obtenido algo parecido al reconocimiento oficial en el entorno radical. El populismo, que seguía siendo la tendencia dominante, tuvo que pasar a un segundo plano. La propaganda socialdemócrata en los círculos universitarios estaba dirigida principalmente por Skliarenko, un joven dotado, pero poco asiduo. En marzo de 1893 apareció en Samara Lalayantz, un estudiante de Kazán que había sido expulsado y puesto bajo vigilancia policial. Lalayantz era un antiguo camarada de Fedoseyev e

inmediatamente se hizo muy amigo de Ulianov y Skliarenko. Estas tres personas formaron el cuartel general marxista en Samara, aunque sólo durante unos meses. Vladimir se mantuvo al margen del trabajo de propaganda. Lalayantz dijo claramente: “En Samara, al menos en mi época, no participó en ningún círculo ni realizó ningún estudio.” En cambio, la dirección general era incuestionablemente suya. El “trío” se reunía a menudo: a veces en el piso de Skliarenko, a veces en una de las tabernas de Samara, por las que Skliarenko mostraba un gusto excesivo. Ulianov contaba a sus amigos su trabajo y les preguntaba sobre los últimos acontecimientos en los círculos de Samara. A menudo había discusiones teóricas, pero ya estaba claro que Ulianov siempre tenía la última palabra. Durante el verano, Skliarenko acudía a Alakayevka, donde era muy bien recibido por todos debido a su sociabilidad y jovialidad, y de donde él se llevaba, para los seminaristas y estudiantes de medicina, una provisión de nuevas ideas. Tanto Skliarenko como Lalayantz se convirtieron en destacados bolcheviques.

Por aquel entonces, Vladimir también había conseguido ganarse a Preobrazhensky, antiguo organizador de una comuna agrícola, con quien a menudo recorría a pie la hectárea y media que separaba las dos granjas en acaloradas discusiones. Más tarde, Preobrazhensky participó en la organización socialdemócrata de Samara y, muchos años después, bajo el régimen soviético, administró la finca de Gorki, donde descansó, enfermó y murió el líder de la Rusia soviética. En general, las relaciones de los primeros años ocuparon un lugar destacado en la vida de Lenin.

Vladimir sacó todo lo que pudo de la provincia del Volga. Hacia finales del invierno de 1892-1893, según Elisarova, “ya se aburría profundamente a veces, anhelando vivir en algún lugar más animado...” Pero, como abandonar Alakayevka en verano no tenía sentido alguno, la partida se pospuso hasta el otoño. Para entonces, el hermano menor estaba terminando sus estudios de liceo y preparándose para partir hacia la Universidad de Moscú. María Alexandrovna tenía la intención de seguir a Dimitri a Moscú, igual que seis años antes había seguido a Vladimir a Kazán. Había llegado el momento de separarse de la familia. Petersburgo, la más europea de las ciudades rusas, resultaba mucho más atractiva para Vladimir que el Moscú de la época, la “gran aldea”. Además, vivir separado de su familia significaba que era menos probable que proyectara la sombra de su trabajo revolucionario sobre sus hermanos y hermanas.

Los últimos meses en Samara y Alakayevka ya estuvieron consagrados a preparar la partida. Vladimir resumió libros y artículos, recopiló las conclusiones más importantes y esbozó estudios polémicos. Comprobó, afinó y afiló el arma que pronto utilizaría. El movimiento crítico que se desarrolla en los cerebros de la intelectualidad, al igual que el movimiento más profundo que agita los sectores industriales, requiere una doctrina, un programa, un instructor. La rueda de la historia rusa empieza a girar más deprisa. Era hora de decir adiós a Samara, Alakayevka y a la avenida de tilos. Vladimir Ulianov abandonó su escondite provinciano para encontrarse, nada más entrar en la arena de la capital, encumbrado por encima de su generación.

Así, entre la ejecución de su hermano y su traslado a Petersburgo, en estos seis cortos pero largos años de duro trabajo, se formó el futuro Lenin. Aún tenía que pasar por algunas etapas importantes, no sólo externa sino también internamente; en el curso de su desarrollo pueden discernirse varias etapas claramente marcadas. Pero todos los rasgos esenciales de su carácter, su concepción del mundo y su modo de actuar ya se habían establecido en el intervalo entre su decimoséptimo y vigésimo tercer cumpleaños.

**Edicions Internacionals Sedov**  
**Serie Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)**



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español*
- *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
  - *04. Obres escollides de Lenin en català*
  - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
    - *06. León Sedov: escritos*
    - *07.a Liga de los Comunistas*
- *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
- *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
  - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
  - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
  - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*
    - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
    - *14. Lenin: dos textos inéditos*
  - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
- *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano

(enlace desde imagen)

**Alejandro Proletaria**

